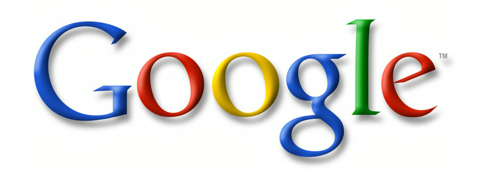
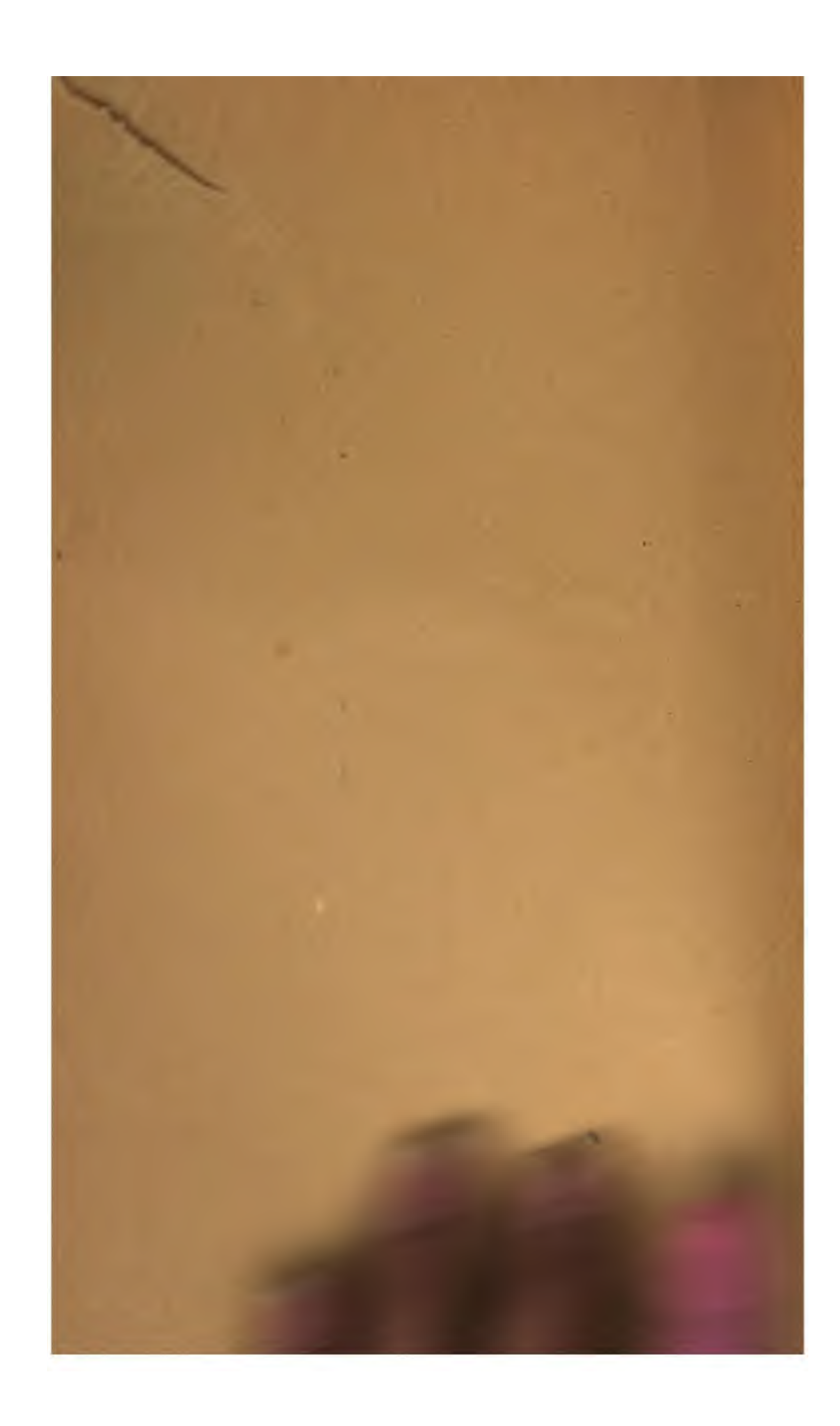





STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES








GOBIERNOS MILITARES



GOBIERNOS MILITARES
DE MÉXICO

LOS ATAQUES AL EJÉRCITO

Y LAS MAQUINACIONES POLITICAS

DEL PARTIDO CIENTÍFICO

PARA REGIR
LOS DESTINOS NACIONALES,

POR

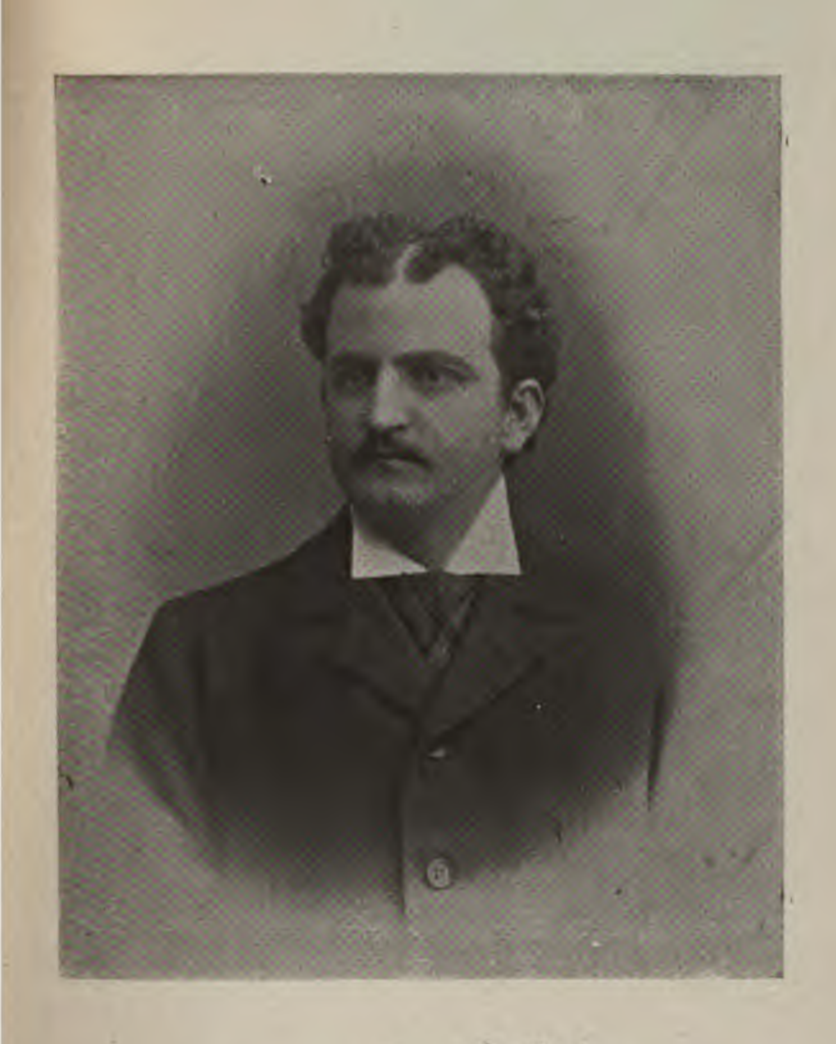
JUAN PEDRO DIDAPP.



MÉXICO

TIP. DE J. I. GUERRERO Y COMP., SUCS. DE FRANCISCO DIAZ DE LEON.
Cinco de Mayo y Callejón de Santa Clara.

1904



Lic. Pedro Didapp.

Al valiente y distinguido General

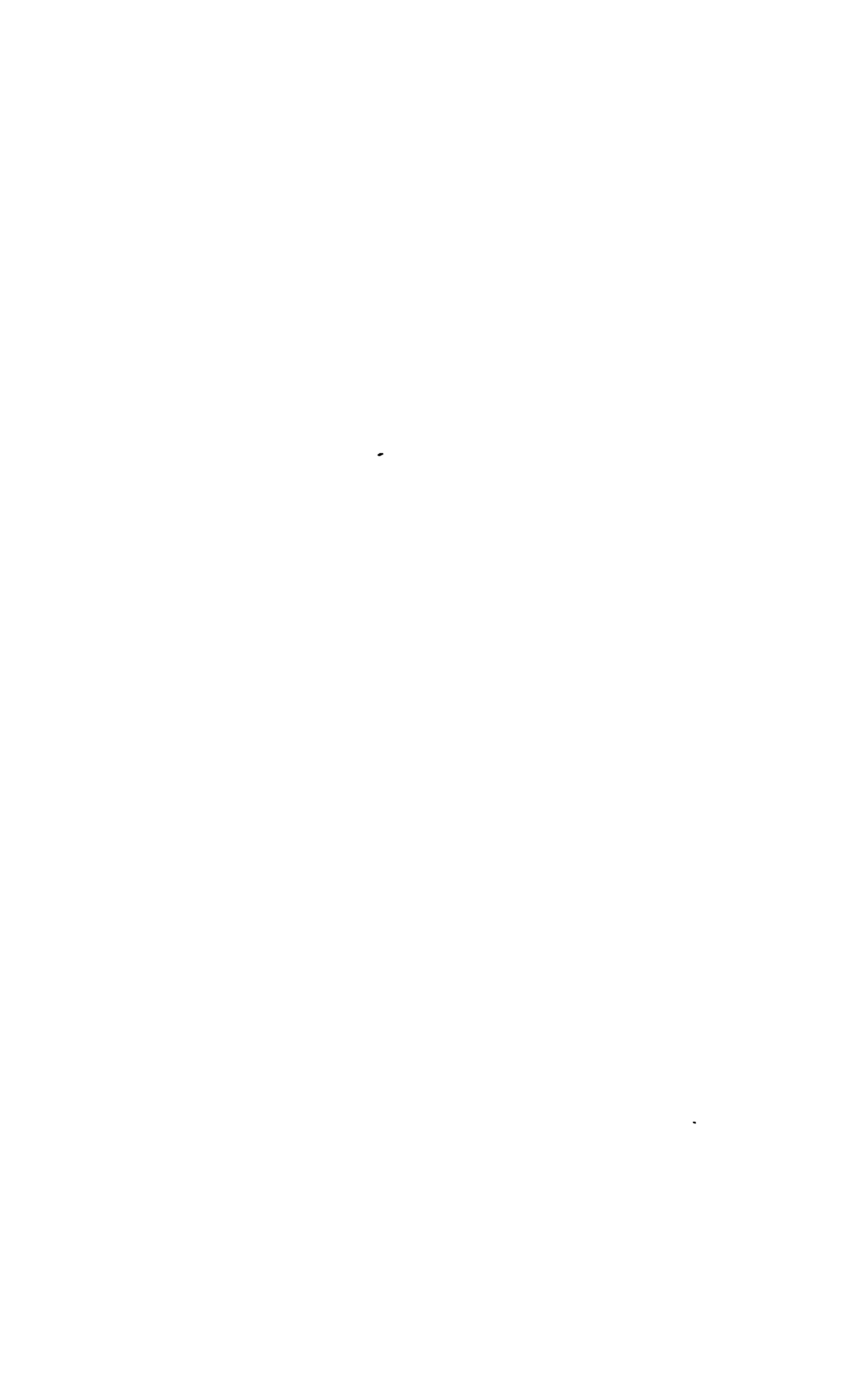
Don Francisco Cantón

PARA dedicar á usted esta obra, tuve presentes dos importantes razones: su amor profundo al ejército, del que usted es parte, y el ardiente patriotismo que siempre lo ha distinguido en el campo de la lucha. Ambos motivos son poderosos para que mi trabajo sea de su agrado, desde el momento que el principal objeto se encamina á desenmascarar á tantos políticos explotadores de las arcas nacionales.

Ha sonado la hora del combate, y creo que, dado su valor de yucateco y su amor á las instituciones civiles, sabrá compartir los honores de la pelea conmigo, como buen soldado, excelente mexicano é inmejorable amigo, y partidario del actual Presidente de la república, contra quien han dirigido sus dardos los "científicos," enemigos declarados del ejército y de todo gobierno militar.

México, mayo de 1904.

Ln. Pedro Didapp.



PRÓLOGO

I

Las almas pequeñas son incapaces de sentir las cosas grandes, porque les faltan alas para hender el espacio, donde, á guisa de seres vaporosos, van los émulos de lo sublime, los hijos de la inmortalidad. Por lo mismo, en los diversos órdenes de la naturaleza, se contemplan varias especies de criaturas animadas: unas, luciendo los vivos colores de sus plumajes, vuelan por el éter, tendiendo la vista hacia el centro de la tierra; otras, con tardo paso, cruzan por ella, yendo en pos del verde pasto que les sirve de sustento. Pero entre unas y otras existen las que participan de ambas condiciones: oprimiendo el suelo con sus plantas, están siempre en aptitud de traspasar las alturas de lo inconmensurable. Ninguna de las primeras, pueden erguir, con la majestad del imperio y el mando, la cabeza; porque, sea que vaguen fugitivas en las umbrosas

selvas del globo, buscando el seguro albergue á la intemperie; sea que rompan con las alas la diafanidad del cielo, jamás pueden enorgullecerse de ser directoras de los destinos relativos de la humanidad. Por más que se eleven en su vuelo, traspasando distancias, no están en disposición de levantar nunca la cerviz; porque, en los elementos constitutivos de su sér, llevan la inclinación hacia la materia pura que vegeta y no vive; y en ellas reside, como en su propio centro, el polen de la sumisión y la obediencia: saben acatar, pero no mandar; imitan, pero no inventan. Esto las ha hecho seguir el mismo derrotero, sin facultades para cambiarlo, porque carecen del espíritu imperativo, signo indispensable en todo sér que evoluciona.

Siguiendo las doctrinas filosóficas, puedo afirmar de esas criaturas que tienen una vida transitoria y vegetativa; nacen, crecen y se desarrollan por el instinto é impelidos por la misma fuerza de una ley natural que ellas desconocen. Preguntadle al mismo buey la razón de su existencia, ó al altivo cóndor de los Andes; interrogad al fiero león, rey de los africanos bosques, el por qué de su bravura, ó al ruiseñor el de su sonoro canto y la divinidad de sus arpegios; y ninguno sabrá deciros lo que deseáis, porque ninguno posee facultades intelectivas que puedan argumentar, ni usar los grandes recursos del raciocinio;

Los tales seres viven, pero ignoran las razones de su vida.

En cambio, el sér que ejerce imperio sobre ellos, puede definir su situación: preguntadle y él sabrá responder á lo que se le pregunte. A esa clase de entes pertenece el hombre: con la inteligencia, cualidad distintiva en él, puede volar muy alto, á pesar de fijar los pies en el suelo; porque lleva siempre la cabeza erguida. Puede ir más arriba que el águila caudal orgullosa de sus alas, porque su mente participa de lo sublime, como que su origen descansa en algo divino. Mezcla de espíritu y materia, con aquél, lleva tendencias á todo lo grande; con ésta, puede arrastrarse, aun más que las viles criaturas que no se dan cuenta de sí mismas, por el lodo, rebajando su propia dignidad. Dotado de libre albedrío, puede obrar ó no obrar; querer ó aborrecer; amar ú odiar; preferir seleccionar ó despreciar; admitir ó rechazar: solo la conciencia (una ley moral relativa) lo impulsa ó lo contiene; lo excita ó lo reprime; lo precipita al abismo ó lo atrae á él; lo salva ó lo condena. Obrando á impulsión de la voluntad, puede, ó ascender á la inmortalidad, ocupando el lugar que merecen los que son grandes, ó hundirse en la escoria, donde sólo, navegando, flotan las almas pequeñas, nacidas para ocupar el sepulcro del olvido, único refugio de los abyectos que dejan huellas de vicio y crimen.

Solo el hombre, en el reino de la vida animada, es capaz de sentir las cosas grandes; porque él, monarca altivo del universo, manda, piensa, entiende y quiere. Los demás seres, sujetos á él y hechos para servirlo, ignoran los elementos de su propia constitución física. Pero como está en condiciones de subir ó bajar, su nivel intelectual fluctúa incesantemente, impelido por las fuertes pasiones que lo agitan; pues, no obstante tener el espíritu como el único piloto de la nave humana, ejerce mayor influjo la materia sobre él: raras veces el soplo divino llega á triunfar, porque la delincuencia es la flaqueza, y ésta está incubada en las venas del ente pensante. De aquí se infiere que la comunidad de los hombres marchan al compás que les marca la carne, y siguen la ruta general de todo lo humano: imperando lo pequeño, lo grande vive ausente, y son escasos los que pueden sentirlo. ¿Es que la especie humana estará condenada á perecer?.... No quiero filosofar sobre la predestinación de las criaturas, temeroso de llegar á una conclusión terrible y desesperada: como creyente, debo tener la luz de la fe que me hace creer lo que no veo; como pensador, indudablemente que sería fácil hundirme en un abismo; y como hombre que he palpado toda clase de sufrimientos y desdichas, estoy expuesto á no creer en nada. Puesto así el problema, mejor es abandonar un campo tan peligroso; y,

ya que son tan dulces la mentira y el engaño del misterio..., vale más creer, soportar este escepticismo que me mata desde que comencé á discernir lo malo de lo bueno. Otros podrán filosofar sobre los destinos postrimeros, no sea que en la afirmación ó negación esté el error, y tras del error, pueda estar la muerte....

II

No pudiendo translimitarme, porque las disquisiciones teológicas no son de este libro, sólo me reduzco á confesar, que en la comedia humana son más los pequeños que los grandes, porque es más fácil ser servíl que héroe. El heroísmo requiere espíritus templados como el yunque al fuego, y, precisamente, espíritus tales no abundan en esta batahola de calumniadores y falsarios, en donde aquellos que se creen sin mancha, todos están manchados; porque las sociedades modernas, basándose sobre los fugaces destellos de una falsa ciencia, pretenden desgarrar honras ajenas, sin que nadie tenga derecho de reclamar los trámites; y quien se oponga á ello, ha de sufrir imprescindiblemente las iras del poderoso que manda, como el victimario al esclavo, los rebaños de conciencias carcomidas, que han perdido hasta el decoro y la dignidad personales. Estos verdugos de nuevo cuño, esclavistas del pensamien-

to, en medio de su pequeñez moral, han pretendido lanzar el anatema contra el juez que los condena, en vista de los hechos punibles señalados por la historia. ¿Sobre que se basan? Si es cierto que la especie está relajada, soy de los que creen en la existencia de los héroes. No es posible que la humanidad viva envuelta en la escoria; forzosamente ha de tener un sér superior, que, de vez en cuando, haga surgir á seres extraordinarios que sepan condenar con la energía de la ley á quienes mal uso han sabido hacer de la libertad individual, y esos seres serán grandes hasta el heroísmo.

Como la cosa más natural del mundo, se difama, se calumnia; como si el honor del hombre estuviere á merced de los mercaderes. Supongo á ciertos grupos sociales con todos los vicios concebibles, ya que esto es inherente á la materia; pero, por ventura, ¿carecen las sociedades de hoy de los conatos de la ley moral? ¿No quedan en el alma de esa turbamulta corrompida sentimientos de honor? ¿Se han perdido los recuerdos de las facultades potenciales del hombre? Tal parece que densa nube cubre el cielo de las virtudes sociales: con el respeto así mismos, han debido perder todo respeto á los demás. En aras del propio interés, hay que sacrificar todo, hasta el sentimiento de la patria.

Trazado así el cuadro, por todas partes con-

templo á las agrupaciones defeccionadas, persiguiendo fines innobles por medios punibles. Y no es esto lo más, sino que, procediendo contra el orden moral, son incapaces de creer en la existencia de almas que, aunque solitarias, nobles, dispuestas al martirio. Con hombres, para quienes la patria es una cuestión de bolsa, la mujer una mesalina, la desgracia del prójimo motivo de bandálicos festines y sangrientas burlas, es fácil interrogar al Eterno: ¿qué sociedad es ésta en que me has puesto? ¿A qué me habéis traído? Porque, en un caso tan imprevisto, mejor sería convenir en la no-existencia, toda vez que ella es amarga y hay que sostenerla á punta de espada desenvainada.

A pesar de todo, en medio de su indigencia y su pequeñez, quieren juzgar, como si fueran ellos, á los que se levantan de las masas comunes, cual nuevos Prometeos, rompiendo las cadenas, para escupir el rostro á tantos seres degenerados, señalando los vicios sociales. Es probable que la tarea sea pesada y difícil, porque la lucha es contra el poderoso, que todo lo hace aparecer con visos de bondad; pues para los criminales, es excelente factor el dinero: teniendo presente que los redentores se suceden, el camino se andará despacio, pero quedará recorrido; porque tras un héroe, vendría otro, hasta formar la escala de Jacob.

III

A traves de los siglos, la lucha entre la verdad y la mentira ha sido reñida: mas aquella ha triunfado. Por esto mismo Cristo implanta su doctrina y la hace navegar imperturbable sobre las agitadas ondas del Tiberiades: pudieron sumergirla las enturbiadas olas de las pasiones humanas; la han amenazado sus propios ministros; pero ella va siempre á flote, porque es la verdadera guia de los destinos humanos. Cambiaron las circunstancias; han ido extinguiéndose naciones y pueblos, apenas quedan memorias de poderosos imperios y monarquías; mas en la mutable sucesion de los tiempos [illegible] vive en su [illegible] la verdad, y sobre la verdad [illegible] ¿Qué importa, [illegible] la tempestad? [illegible] formidable [illegible] del [illegible]

[illegible]

más: hay verdades que se desarrollan y toman mayor fuerza con el ataque, porque la alarma de los pequeños es la propaganda de las ideas grandes. ¿Cuántos no se han lanzado á la ingrata tarea de desprestigiar á los verdaderos sabios de la humanidad? ¿Han dejado de serlo por ese sólo hecho?

Podrán asimismo exhibirse todos aquellos que pretenden deprimir los hechos que la historia señala como verídicos, pero jamás serán capaces de borrarlos. Harán la apología del historiador, labrarán su estatua; con eso, ¿lograrán desvanecer los cargos? Creo que no. Aunque la maldad de los hombres sea mucha, no llegará á tales extremos de conquista.

Toda conducta que tienda á la depresión de la verdad, tiene que ser de infelices miras.

IV

Pero entre los detractores, los hay de varias especies, según los resortes que muevan, porque la maldad tiene múltiples fases. El despechado que, después de cortejar á una dama honorable, es desechado, llega hasta el crimen de llamar impúdica y adúltera á la que lo desprecia; pues el amor propio, vencido, de la pasión amorosa pasa á la calumnia, desgarrando la honra de quien no tuvo más delito que desechar pretensiones mo-

lestas. El que solicita un favor y no lo obtiene, convierte en fiera al que se lo negó, sin investigar sobre las poderosas razones que hubo para la negativa. El político aspirante á un puesto, tiene que ser feroz enemigo de quien, descubiertas sus intrigas palaciegas, le da el debido pasaporte, lanzándolo de un puesto de confianza, que está reservado para los partidarios leales de un gobierno honrado. El enojo contra todo aquello que contraría nuestro modo de ser, es natural; aunque bien pensadas las cosas, la contrariedad es producto de nuestra conducta: cada quien es hijo de sus obras. La ira sobresale, cuando se trata de asuntos religiosos y políticos, porque ambos puntos influyen más poderosamente sobre el ánimo, presente nuestra condición de tener voz y mando sobre los demás. Esto hace que no se extrañe el encono de nuestros adversarios políticos, quienes procuran, por todos los medios, deprimir las obras ajenas, si ellas son de notable manufactura, ó sobresalen de lo común por la verdad del fondo. De ahí proviene que la primera alabanza de una obra política es hija de los adversarios.

Para lo anterior, tengo sobradas razones, que, hasta cierto punto, son la causa de que aparezca, antes del tiempo que yo me había fijado, esta obra.

Defender, siempre ha sido tarea más que difícil; pero si la defensa ha de ir enderezada contra personas que se consideran inmunes ó intangi-

bles, entonces el mérito de la labor sube de punto. Precisamente, este es el caso. Vanagloriándose los jefes del Partido Científico de su poder, se creyeron dueños de la situación. Derramar el dinero á manos llenas, para allegarse defensores; á tal grado llegó su cinismo en este punto, que no se han fijado ni en la legitimidad de los medios. Lanzaron á las plazas públicas á sus guerreros dispensados de oficio, los cuales, con el prurito de la defensa, se entraron en un campo desconocido, calumniando al ejército mexicano. Las miras estaban bien definidas: creyeron que el pueblo, á estas alturas, aun comulgaba con ruedas de molino. En esto, como fácilmente se comprenderá, hay un error grave: el pueblo ya sabe donde le aprieta el zapato. Todo lo que para los científicos es inadmisible, es lo que conviene al país. Atacar, pues, al ejército, es atacar al pueblo; porque el ejército, como se verá más adelante, es la institución popular más querida, porque ella mantiene la paz de las naciones y es la garantía más firme de las instituciones y de los gobiernos.

Por hoy, solo á los científicos les estaba reservado ese ataque tan injustificado como innoble. Todos los gremios políticos habían respetado al ejército; pero el Partido Científico, con la zaña que lo caracteriza, rompió con esa añeja costumbre, porque, para dirigir sus ataques al general Reyes,

era preciso ultrajar á toda la institución, de la que forma parte aquel eminente militar.

V

Como creo que el patriotismo queda afectado con la punible propaganda en contra del ejército, me he resuelto á publicar esta obra con el nombre de "Gobiernos Militares de México." No iré á hacer la historia del ejército mexicano; historias sobre la materia hay muchas. Quiero estudiar al ejército como poderoso factor político en la república; de ahí el nombre que le doy á mi libro. De manera que mi labor, antes que un estudio militar, es la continuación de los "Partidos Políticos." Me he impuesto la tarea de hacer una propaganda patriótica, y tengo que cumplir con mi programa.

Los "científicos," incapaces de una tarea que indique patriotismo, con motivo de mi trabajo anterior, han querido desfigurar los hechos, atribuyendo mi labor á otras personas, á quienes ni he consultado siquiera. Esos señores no conciben cómo un hombre, con sus propios elementos, publique obras de tanta significación; como ellos son los judíos del país, creen que todo escritor independiente es imposible su existencia. Por lo mismo, se atrevieron á asegurar que el gobernador de Nuevo León me había suministrado los

fondos para la impresión, y algunos otros pusieron su contingente. Para calumniar, no se necesitan pruebas; mas para decir verdad, precisan los documentos. En vista de tales aserciones, PROTESTO ANTE LA REPÚBLICA ENTERA CONTRA LO AFIRMADO POR EL PARTIDO CIENTÍFICO, PORQUE AL GENERAL REYES NO ME LIGAN NINGUNOS VÍNCULOS, NI DE AMISTAD SIQUIERA, Y AL SEÑOR DON JOAQUÍN BARANDA NO TENGO EL HONOR NI DE CONOCERLO. Hecha esta franca confesión, que es sincera, no podrán decir que otros me habrán dado dinero, porque los antes expresados son los personajes principales de mi obra. Entiendo que del señor Presidente no sospecharán nada, pues es público y notorio que, sin estar empleado en su acertada administración, soy su verdadero admirador.

Respecto á los demás que aparecen en mi libro, con decir que un gobernador amigo me escribió lo siguiente: NO PUEDO, NI DEBO, NI ME ATREVO Á DARLE OPINIÓN EN MATERIA POLÍTICA, quedarán convencidos mis adversarios que, no solo no he recibido subsidio alguno, sino que muchos me negaron hasta los honores de la opinión política. Afortunadamente, ni yo trafico con mi pluma, ni necesito pareceres de ninguno para confirmar los míos propios. Estimo en muy poco la vida, y tengo entendido que ella pertenece á la patria, antes que á mí mismo.

Estas declaraciones, "de ningún modo significan satisfacción á los científicos," porque tengo por tema invariable: NI DAR SATISFACCIONES, NI RECTIFICAR LO ESCRITO. He dicho lo que precede, porque se me ha calumniado, con suponer que soy capaz de vender lo que más estimo: MI DIGNIDAD DE HOMBRE HONRADO.

Acostumbrados los "científicos" á comprar prensa, pudieron creer que el general Reyes hará lo mismo, cuando á todo el país le consta que ese señor es pobre, á pesar de haber hecho rico á un Estado que no tiene ningunos elementos. En cuanto al señor Baranda, tampoco creo que esté en disposición de costear ediciones de tanto lujo á personas que ni conoce. Que mi obra, como mercancía, se haya vendida cara, esto obedece á las leyes de la demanda y de la oferta. Siendo imposible para el Partido Científico la honradez de las almas grandes, nada remoto es que crean que á manos ocultas se deba la edición de estos "Gobiernos Militares." Pero la historia dará á cada cual lo que se merece.

Dado nuestro medio político, puedo creer que se necesita valor para desenmascarar á los que, viviendo á la sombra del señor general Díaz, no han sabido corresponder á las distinciones del Presidente. Es fácil publicar obras contra el ejército, pero también es muy difícil desviar el criterio del pueblo sobre los propagandistas de ideas

tan malévolas como disolventes. En el agitado mar de las opiniones mexicanas, puedo señalar á tres clases de ciudadanos: á los que temerosos del poderoso, callan y sufren sus propias desdichas, los llamo con el epíteto de COBARDES; á los leales que se sacrifican, manifestando su no-adhesión hacia los de ideas perversas, los designo con el nombre de MÁRTIRES, y á los que lanzan el guante blanco, sin contar ni el número ni los elementos de los enemigos de la república, los señalo con el adjetivo de HÉROES. Aplicadme el título que mejor os parezca, después de haber leído esta obra.

Cobarde, mártir, ó héroe, he puesto mi grano de arena en los altares de la patria; pues, aunque tenga que luchar á brazo tendido, no seré yo quien predique en la sombra.

CAPÍTULO I.

CAUSA Y ANTECEDENTES.—INJURIAR Á UNA INSTITUCIÓN, NO ES ESCRIBIR SU HISTORIA.—UN LIBRO DE PROPAGANDA POLÍTICA.

I



UNO de los más grandes pensadores franceses é historiador eminente, se debe la siguiente frase: "Narrar los hechos de una institución, no es injuriarla." Palabras que hizo suyas un periódico que se dice católico, después de adulterarlas; porque, variando, sin saber lo que produjo, dijo: "*Narrar la historia de una institución no es insultarla.*"

Entre lo dicho por el periódico católico y la expresión profundamente filosófica del sabio de Francia, hay enorme diferencia. Éste, arrostrando las iras de los magnates y mandarines de Luis XIV, trazó una línea de conducta que lo hizo émulo de un Argos del pensamiento en su época; aquél, convirtiéndose en defensor de una generación viciada, tergiversó la proposición, y, usur-

pando lo que no le pertenece, no supo ni darle forma nueva siquiera. Sin embargo de no tener escrúpulos en la materia, pretendió haber ejercido el dictamen del magisterio, produciendo un artículo lleno de palabras y vacío de fondo. Esto era de suponerse, desde el momento que ahí tienen cabida los inválidos de la inteligencia, los reclutas del pensamiento humano.

A fin de llenar debidamente este capítulo, tengo que ir por puntos.

Llevo entendido que el periódico en cuestión, al entrar de lleno en una materia que desconoce, perseguía—y aun persigue—algún fin; pues no puedo concebir ninguna clase de combate sin un objeto determinado. ¿Qué es lo que impulsó á ese diario á lanzar un artículo en defensa de un hombre antagonista en credo é ideas? Porque, aunque parezca mentira, el artículo trata de justificar la conducta de un escritor que ningunos escrúpulos ha podido tener durante su larga carrera, y aun la más larga vida que soportan sus hombres. En todas las cuestiones humanas, todos tenemos que buscar algo que nos falta; ¿cuál será ese algo que le hace falta al periódico aludido? No pudiendo ser religioso ni político, pues media entre ambos enorme distancia de opiniones, no es remoto ni aventurado suponer que se va . . . . tras de algo efectivo. Bien que, si es cierto que la defensa estuvo á la altura del defen-

dido, no merecería el autor de ella ni un ochavo, porque dista mucho de tener un valor positivo. Es un brochazo de cartel, sin forma ni detalles; en una palabra, se ve al pintor, pero no hay cuadro, por más refinado que sea el quijotismo allí dominante. Lo único que se palpa en el efusivo artículo, es la frase rebuscada, para halagar á los oídos de los imbéciles.

Primeramente, para ejercer el papel de defensor, se requieren: conocimientos de causa, prestigio personal y algún crédito para la firma literaria; de lo contrario, es ser responsables cuando se necesita quien por uno responda. Estoy seguro de que el articulista, al producir su elogio fúnebre, oyó hablar del asunto, sin saber donde; le bastó la previa orden de su director para producir tan estupendos dislates.

Desde el momento que pretendió el periodista hacerse célebre con palabras de las eminencias europeas, debió haber copiado ó plagiado con cierta propiedad las frases; ó, al menos, consultado el significado de las palabras. Pero de tales padres, tales hijos. ¿Qué cosa buena habían de escribir los fatuos, que trabajan por las exigencias de la vida, mas no por la convicción del principio? Las ideas grandes son el producto de las almas convencidas, y de ninguna manera pueden ser hijas de los cerebros débiles, cuya brújula reside en las válvulas de un estómago hambriento.

II

El texto original del articulista es: "Narrar los hechos de una institución, no es injuriarla." Tal como está escrita la proposición, es elegante, filosófica, atrevida y original; porque es correcta en la forma y profundamente verídica en el fondo. Y una frase lanzada en épocas terribles para un historiador contra personajes á quienes gustaba la adulación y que sus crímenes viviesen ocultos, es para inmortalizar á su autor y darle un aire y majestad de los invictos dioses paganos. Pero el cursi escritor de periódico, por ignorancia ó fatuidad, sentó esta otra proposición, que ni caricatura puede ser de la original: "*Narrar la historia de una institución no es insultarla.*

No resiste los rigores del análisis la famosa aserción científica, aunque el mismo Aristóteles resucite tan sólo para el caso. Haciendo notar que falta una coma, después de la palabra "institución," porque toda oración de infinitivo debe llevarla á continuación del sujeto, puedo asegurar, en rigurosa lógica, que el defensor "científico" se fué de bruces; porque hay una redundancia en los términos. Decir narración de la historia, es lo mismo que pedir un aparejo para el escritor. Se hubiera evitado ese bochorno literario, con haber

pedido consejo á quien más sabe. Pero los señores "científicos" consideran un rebajamiento consultar á los seres superiores en saber y consejo, como que, según frase de ellos mismos, fuera del Partido Científico, todo el mundo se compone de ignorantes. Es evidente que con lo dicho por el articulista, estoy por afirmar: fuera de los científicos, no puede haber ignorantes.

Después de haber consultado las opiniones de Bossuet, Mariana y César Cantú, puedo definir: "La historia es la narración de los hechos pasados, para la debida enseñanza de las generaciones presentes y futuras." Hice el análisis filosófico de la anterior definición, y me resulta precisa, aunque breve. Siendo, pues, la historia una narración, ¿habría olvidado el periodista clerical el significado del verbo narrar? De modo que "narrar historias," es un disparate, porque el verbo narrar ya está incluído en la palabra definida. Narrar una historia, es narrar una narración. ¿Será necesario mandar á los defensores de oficio á la escuela?

El definido no debe entrar en la definición, y, aunque no se trata de definir, aquí sí se pretende sentar una proposición, cuyo verbo está incluído en el sujeto; faltando, por lo mismo, verbo en la oración. ¿Se concibe una oración sin verbo? Pregunto, porque es una obra de misericordia enseñar al que no sabe. Más punibles son estos dis-

lates, porque el autor de ellos es consejero de educación pública. ¡Vaya una anomalía! ¿Qué aconsejará ese señor? En muy poca cosa debe estimarme el señor Subsecretario de Instrucción Pública, cuando tiene á su lado á gente de "tanta nota."

Podrán narrarse los hechos, ó escribirse la historia; mas narrar la historia, es concebible tan solo en un cerebro "científico." Sube la gravedad de las circunstancias, si hago notar que el director ó presidente de esos "famosos consejeros" pretende ser historiador. ¿Y cómo es posible que un historiador tenga por consejero á un ciudadano que *narra narraciones?*

Quitados los grandes disparates expuestos, ya sabemos que historiar no es insultar, porque el historiador es tan sólo un cronista; no mereciendo el nombre de tal, quien falsea los hechos ó los adultera. Así como el consejero y defensor "científico" puede ser llamado un perfecto ignorante en materias gramaticales, el que altera los hechos históricos, será un calumniador.

Que un niño de primeras letras cometa semejantes desatinos, no sería difícil el perdón; pero incurrir en ellos una persona que, además de ser consejera, forma parte del "cuarto poder," no encuentro palabras á propósito en castellano para condenarlo.

Aquí sí que hubo doble delito: apropiarse de

una frase ajena, desfigurándola, y no saber la manera de aprovecharse de ella. Estoy por asegurar que, con defensores tan grandes, el Partido Científico, no cabe duda, irá á flote.

III

Ahora bien, á pesar de lo dicho, ¿será capaz de defender un periódico que tiene á su disposición elementos inútiles? Estamos entendidos que la historia no es una injuria: quien no quiere verse mal parado en las letras de molde, obre bien. Este ha sido el argumento poderoso que he esgrimido en todas mis obras políticas y sociales. Pero el órgano cristiano anda muy lejos de hacer aplicaciones: es un diablo predicador. Todos los de ese gremio establecen reglas y principios, pero yo no he podido ver muchos que hagan lo que dicen; mucha predicación y ninguna práctica.

Estoy casi seguro que, no obstante haber injuriado á personas que ningún mal le han causado, estos comentarios á su conducta sospechosa le producirán ira, que él llamará *santa;* pero ira al fin: mas los enojos me tienen sin cuidado; es necesario exhibir de bulto, para que la sociedad conozca á sus miembros maleados.

Hoy que esas almas cristianas predican y ja-

más ejecutan, porque el artículo disparatado—aunque bien expensado—se encamina á encomiar una obra digna de los tribunales equisitoriales, por las falsedades que contiene. El autor del libro agotó su repertorio de maldades para lastimar al ejército. ¿Qué persigue con ello? Sujeto y objeto están claros. La obra, antes que una historia, es una propaganda política. Podrán hacer lo que quieran los científicos, que tienen derecho para ello, pero mentir en público es muy difícil, máxime á estas latitudes políticas.

Aunque el autor del libro asegure ser historiador, yo no veo nada claro en este sentido: le niego la aplicación del epíteto, porque el que insulta, no escribe historia, por más defensores que tenga.

Reduzcamos la cuestión.

Los "científicos," teniendo ya tiempo en aspirar á la Presidencia de la república, han puesto toda clase de medios para conseguir su objeto. El país está dividido en dos facciones políticas, cada una con su respectivo jefe. Es natural que cada una de esas facciones pretenda la supremacía en el poder. A este fin, se encaminarían todos los trabajos políticos.

Podemos designar á los dos grupos con los nombres de *civilistas* y *militaristas*. Porque unos pretenden el poder de los destinos nacionales para los hombres civiles, y los otros optan por el militarismo en el mando. Unos y otros tienen ya

tiempo en la lucha. Aunque el gobierno está ahora en manos del ejército y la administración es militarista, viven á su sombra muchos civiles, que, no conformes con su suerte, quieren ascender, aunque sea maquinando intrigas. Por el sólo hecho de comer el pan de una administración militar, debieran guardar, para mejores tiempos, sus trabajos contra el militarismo. Pero, en el día, el que no traiciona al amigo, pasa por hombre poco hábil. Presente esta sentencia, los civilistas maman á dos carrillos: viven en la actual administración y de ella, é intrigan contra su jefe. Bien que es cierto que en política todo es permitido, también no deja de serlo que muchos insectos no pueden ser de agua y tierra.

No pudiendo lanzar la careta de una vez, han ido graduando poco á poco su táctica. Pronunciarse de una manera abierta contra el militarismo, sería asestarse el golpe de muerte, pues una institución tan arraigada, no fácilmente se vence. Comprendiendo esto los civilistas, quisieron, según ellos, proceder con la prudencia que Dios les ha dado. Por esto mismo caminan lentamente.

Para desprestigiar una institución, no hay mejor medio que calumniarla. Se quiere sembrar la desolación en una familia, difamad á una mujer, y veréis coronados vuestros "cristianos" deseos. Es la ruta más corta para llegar al fin de

la jornada, la calumnia; porque perdida la honra ante la sociedad moderna, queda perdido el prestigio. No se concibe éste sin honor. Sin prestigio, ¿qué institución es capaz de sobrevivir? Humanamente, creo que ninguna. Para la larga vida de las instituciones sociales, es indispensable el decoro, la dignidad; y ni decoro ni dignidad podrá haber sin la honra. Apoyándose la inmortalidad y el renombre en la pureza de intención, se explica claramente por qué Cristo lanzó duro anatema contra los calumniadores.

Que si es seguro un triunfo transitorio, no hay quien discuta ni le niegue eso al calumniador; porque, desgarrando honras, se vive bien. Mas las almas grandes y nobles no podrán admitir los oropeles por oro. El calumniador vivirá civilmente, pues para vivir. . . . . también las bestias viven; pero no existe vida moral para el falsario difamador. Ahí está la lucha de conciencia que constantemente sostengo conmigo mismo: al lado del hombre virtuoso no es justo que exista el criminal, hechura perfecta del presidiario. Yo pido, para éste, el presidio y la cadena, y para aquél, puros nimbos de luz y gloria. Esa amalgama de justos y pecadores. . . . . es lo que mi razón, en el colmo del argumento ético, rechaza. Nacer pobre, condenado á sufrir en el aislamiento y la proscripción; vivir asfixiado en un medio de corrompidos y corruptores, y tener que estrecharle la

mano al malediscente y al procaz; verlo crecer y desarrollarse, sin un castigo del momento, pierdo la serenidad de juicio, al sólo considerar en esto que yo llamaría arbitrariedad humana. ¿Cuándo gozará la familia honrada, que ha sido el pasto cuotidiano de viperinas lenguas? Existen almas tan desdichadas en el mundo, que han perdido, con las comodidades materiales de la vida, el justo renombre de buenas, porque los calumniadores han sabido inculcar el veneno en los corazones crédulos.

¡Tal es el poder de la calumnia! Es la antítesis de la justicia: ésta es el patrimonio de los pechos generosos y buenos, aquella de los pérfidos y cobardes, como hija del despecho. Y como la materia no argumenta, cosecha mayores frutos el calumniador que el que hace justicia.

¿Queréis vivir con aire triunfal? Calumniad. ¿Queréis vencer? Calumniad. ¿Queréis grandezas y fortuna? Calumniad. ¿Queréis mando y poderío? Calumniad. Para el mundo, la calumnia es la verdad, porque pueden más la voz del impostor y los insultos que el grito de la conciencia.

Los civilistas quieren el poder, quieren mandar; ¿cómo obtenerlo? El modo es sencillo: sembrar la calumnia sobre el ejército, á fin de que el pueblo lo abomine y le lance el estigma social, tachándolo de traidor y criminal. La tarea sería

larga, pero de seguros resultados. Para obtener esto, no hay más que hacer propaganda activa, difundir el desprestigio.

Tal ha sido la tarea de los "científicos," dignos representantes de la política civil.

IV

Precursor de esta propaganda activa y sin cuartel es un libro hecho circular profusamente, á cuya defensa dedicó un artículo el dogmático periódico de que hice mención atrás.

Maravillados los científicos de su obra, editada á costa del partido, después del insulto, agregan la infamia, y dicen que historiar no es insultar. Efectivamente, aunque ellos no pudieron probarlo, cuando se narran los hechos, se hace la historia de ellos; y, cuando se escribe historia, es imposible el insulto. Historiar, es decir la verdad, desde el momento que la historia es una narración de los sucesos que han tenido acontecimiento. El historiador no es inventor, puesto que el que inventa, deja de merecer el epíteto de historiador: la inventiva es para los poetas, mas no para los historiadores. El campo real pertenece á la historia; el campo ideal es de los que viven soñando. El poeta pinta las cosas cual debieran ser; el historiador las presenta como son. Aquél

puede componerlas en su imaginación; éste no debe quitar ni poner á los hechos ni un ápice.

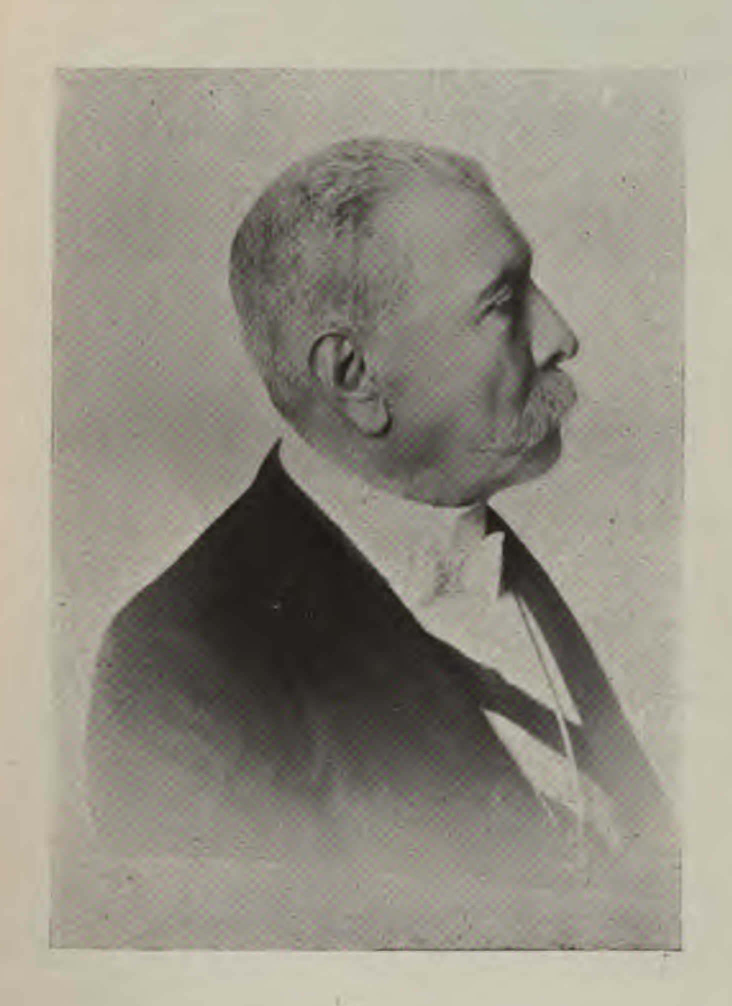
Si la historia estuviese al arbitrio del que la escribe, la crítica histórica fuera materialmente imposible, porque los enemigos serían monstruos humanos, y los abortos de la naturaleza, en siendo amigos, fueran dioses invencibles para el historiador, por aquello de que cada quien habla de la feria, según le va en ella.

Y con este modo de hacer historia, la posteridad no sabría distinguir los hechos que le precedieron.

Es evidente que un acto de heroísmo no se le podría negar ni al mismo Nerón, nacido para el escarnio de la moral; pero un delito, no porque lo hubiese cometido Santo Tomás, ha de ser una virtud. Para las apreciacionss históricas, el sujeto no importa, bien sea diablo ó santo. Lo que sí es altamente injusto—y hasta inhumano y atentatorio—desfigurar las cosas, desvirtuar los hechos. Si "narrar los hechos de una institución, no es injuriarla," INSULTAR Á UNA INSTITUCIÓN, NO ES ESCRIBIR SU HISTORIA. Esta sí que es una gran verdad filosófica, original y propia; porque no peca quien expone los hechos tal como han pasado. Por algo se ha hecho célebre la frase de que la "verdad no ofende ni agravia, por más dura que sea."

Parecería que he sido largo, al ocuparme en un

artículo de periódico; pero, si bien se ven las cosas, no es al periódico á quien replico aquí, sino á todo un grupo político; en este caso, para fundar una proposición. Nada más oportuno, que citar las palabras de los que deben ser enemigos de ella. No concibo yo la verdad predicada, en riguroso sentir filosófico, cuando los primeros infractores se componen de los que la predican. Sé que me encuentro en frente de quienes usan dobles pesas y medidas, y saben empuñar las armas de la impostura con la fingida sonrisa de los malévolos y depravados. De los argumentos, esgrimen todos aquellos que los favorecen, reservando la condenación para el adversario. Mas, á mi pesar, tengo que luchar contra ellos, porque me he echado encima una tarea que, aunque ingrata, es altamente noble civilizadora y patriótica. En ciertos pechos, la palabra *patriotismo* vive adulterada,—y hasta puedo afirmar—que ni idea se tiene de ella. Por lo mismo, hacer que resurjan ideas grandes en las almas muertas á fuerza de no sentir, es tanto como cargar á cuestas, cual nuevo Cristo, la cruz redentora. Y al fin de tanto sacrificio, ¿qué vendrá?.... Para el Pescador de Galilea, hubo un Calvario; para Cervantes, la miseria, y para Colón, la abyección y el presidio: tal es el compendio de la humanidad. ¿Se podrán achacar á las circunstancias tantas ingratitudes? De ningún modo, porque sería tanto como con-



Porfirio Diaz

sentir en la veracidad de la célebre frase de Quintana, quien, según veremos en otra parte, al disculpar á España, culpaba á los tiempos. Y después de tantos años idos, ¿no sería una heregía histórica una afirmación idéntica á la del gran poeta hispano? La verdadera filosofía sabría volver por sus fueros: el que no es agente, no puede ser sujeto: de lo que se infiere, que los crímenes son de los hombres de la época, mas no de las épocas en que puedan vivir los hombres.

Sean cuales fueren las consecuencias, tengo que proseguir con mis propósitos, importando bien poco los rigores del medio político en que vivimos. Si es bien cierto que me he puesto frente á frente de un adversario poderoso, no debo temer, porque tengo la conciencia tranquila; presto un servicio á la república, desenmascarando á los que se llaman sus amigos, siendo, precisamente, sus más terribles enemigos.

V

Por ese camino, cualquiera puede ser historiador: mentir no es historiar, y sí es injuriar. Mas los políticos de referencia, de la calumnia han querido hacer arma de combate. Para conseguir sus fines, habría que presentar al ejército como un ogro. Sólo de esta manera contarían con el triun-

fo. Semejante conducta, los ha puesto en plena evidencia.

Ahora podrán los lectores, y con ellos todos los mexicanos, apreciar en todo su valor la obra ensalzada por los científicos. Siendo ellos los autores también se constituyeron en pregoneros de sus méritos; sólo que el pueblo no quiere tragar la píldora.

Muchos cándidos creen que el libro va encaminado á limpiar la patria historia de muchos lunares que tienen los textos; pero se engañan; la obra científica tiene por objeto preparar el terreno, á fin de que el pueblo aborrezca al ejército, y de este modo entrar ellos, á hacer de las suyas, en le poder. ¿Cómo, dirán muchos? El procedimiento es obvio y palmario: en frente de los partidarios del gobierno civil, están los partidarios del militarismo, capitaneados por jefes militares á quienes odian los científicos. Entre los enemigos del partido, se encuentra el más temible de los políticos militares; este jefe es el general don Bernardo Reyes, para el que guardan todo su rencor los adeptos de Comte y de Spencer. Con el libro famoso es probable crear una atmósfera mala para el adversario.

Pero se dirá también que esa obra no trata de cuestiones del día, sino de época pasada. A esta objeción se contesta diciendo que, siendo el principal orgullo de los científicos los ambajes, qui-

sieron traer las cosas desde lejos, para entrar de lleno en sus propósitos, al llegar á la era actual. De este modo pretenden arrancar la cuestión desde los comienzos del gobierno militar en México. Tal es mi opinión.

Otros creen que en todos los asuntos del Partido Científico anda el cálculo económico, al grado de sacar ventaja pecuniaria de todo. Fundan sus asertos en el hecho de que el libro es una defensa de los Estados Unidos en la cuestión tejana, por lo mismo suponen alguna operación financiera con la Casa Blanca. Tampoco juzgo remoto un proceder de esa índole, aunque no he podido confirmar con documentos lo que, hasta hoy, es un rumor persistente. Lo que sí creo, es que el autor de la obra contó con el apoyo pecuniario de todo el partido, y que las ideas ahí vertidas son las dominantes entre sus colegas, é hijas de los jefes "científicos."

No encontrando título más llamativo, resolvieron ponerle el de "Las grandes mentiras de nuestra historia."

Es incuestionable, que la obra política de los "científicos" ha debido ser la causa directa de mis "Gobiernos Militares;" de lo contrario, no tendría objeto este libro.

Tales son las causas y los antecedentes que han movido á mi pluma para entrar en plena lucha. ¿Merecen "Las grandes mentiras de los

"científicos" una réplica minuciosa? El nombre de la obra en cuestión, ¿es exacto y preciso?

Como tengo que extenderme sobre la mala aplicación del título, le dedicaré un capítulo al asunto.

CAPÍTULO II

¿LA HISTORIA PUEDE MENTIR?—LOS "CIENTÍFICOS," CON EL EMBUSTE, HACEN PROPAGANDA.—EL ERROR ES PROPIO DEL HOMBRE, NO DE LAS COSAS.

I

LLEGUÉ á creer, de buena fe, que los respetables personajes que componen el Partido Científico fueran hombres de ciertos alcances intelectuales; pero debo confesar—también con la mayor buena fe—que, si no del todo, algo van perdiendo en mi concepto del atributo que les tenía reservado. ¡Cometen cada atrocidad que tiembla la tierra!

Que un periodista de la época que atravesamos incurra en desatinos, me parece lo cuerdo; pues los publicistas menudos son, en lo general, entes que asaltan el periodismo como elemento seguro contra el naufragio en la lucha por la vida; no teniendo facultades mentales para ganarse el pan de algún modo más difícil, se lanzan al periodismo todos aquellos inválidos del trabajo, con el exclusivo objeto de no perecer de hambre. Con

tales condiciones, ¿qué obra superior se le podrá exigir á quien se dedica al apostolado para alejarse de una muerte segura por inanición?

Así las cosas, se explica que el periodista profesional siempre anda lejos de las verdaderas cuestiones que se discuten. Antes que publicar un artículo, medita en el efecto pecuniario; por lo que, no obstante la amplia libertad de imprenta en las constituciones republicanas, siempre está alojado en la cárcel, por los "honrosos delitos," de calumnia y difamación. Por supuesto, que á la ley, en este punto, la llama atentado contra la libertad del pensamiento. Creen esos falsarios del orden público que la libertad individual, tan decantada, no tiene ningunos límites, y que la honra y los intereses de tercero pueden estar á la disposición de cualquier ciudadano intruso.

Jamás he visto, ni en los países más incultos, en donde impera el despotismo, que sin causa justificada se encarcele á un miembro útil y pacífico de la sociedad; y sí he podido observar que los presidios, los antros y las mazmorras se han mandado construir expresamente para los criminales del orden común. Con efecto, no concibo que al asesino se le aplique todo el rigor de la ley, y al calumniador, en vez de castigarlo, se le regalen dulces, besos y abrazos, como si valiese más la vida material que la moral. ¡Y luego exigen los periodistas hasta celdas distintivas!

Yo estoy por afirmar que los delitos de imprenta deben ser castigados con más rigor; porque esta clase de delincuencia es más peligrosa, y concurren en ella todas las circunstancias agravantes marcadas por las leyes. En un acto de violencia, sin quererlo ni buscarlo, el asesino asesta mortal puñalada á su interlocutor, pero el periodista hiere á sus semejantes con toda la premeditación necesaria: suponiendo de antemano un plan, se piensa bien en la manera de desarrollarlo. Y con enemigos sociales tan perniciosos, es indispensable una ley dura, á fin de que no peligre la vida de tercero.

Tales son mis opiniones respecto de los publicistas periódicos A una ignorancia supina, agregan una refinada mala fe: tienen en constante jaque á la sociedad honrada, pues, con el afán de sacar fondos para comer, son capaces de vender fe, credo, ideas y los intereses más caros del país en que se vive. ¿Qué les importa el medio? Por lo regular, esa clase de ciudadanos no tiene ideales ni aspiraciones, desde el momento que se ponen á la entera disposición del comprador; serán diferentes los resortes que toquen, pero los resultados serán siempre idénticos: escribir para comer. ¡Desgraciada sociedad es aquella en que militan tantos seres relajados y abyectos, porque en su propia constitución lleva el germen de muerte!

No quiero tampoco decir que se elimine el periodismo del seno de la república, porque sería retrogradar; pido, sí, más conciencia en ese elemento, pues, antes que civilizador, es una amenaza terrible para las naciones cultas y los hogares honrados; para lograr lo cual, fuera necesario é indispensable el drenaje moral, y esto solo se consigue con la inflexibilidad de la ley, el azote más formidable para los pícaros.

Con corporaciones que son el albergue de gente que tan poco vale, ya se sabrá aquilatar de antemano el valor de sus afirmaciones; pero lo que es perdonable en una clase social, debido á los exiguos elementos de su constitución, no puedo aceptarlo en una agrupación política directora de determinados gremios científicos: á esta última tengo que exigirle más, puesto que tiene más altas miras y blasona de ser el mecenas del pueblo. La ignorancia reconocida, si no del todo disculpa, al menos, se considera como atenuante en el terreno de las acusaciones. Presente esta circunstancia, hay que exigir más responsabilidades á quien se encuentre en encumbrado puesto social y científico.

Fuera yo aun algo más indulgente, en este caso, si mereciera el Partido Científico la indulgencia. A la vista de toda la República está la conducta observada por los satélites de la escuela positivista: ellos no saben perdonar á nadie, y el

que no perdona, creo que no tendrá derecho de exigir perdón tampoco. En todos los actos humanos debe de existir la reciprocidad: cuando se recibe, hay la obligación de dar. Y yo, que soy enemigo de las pesas de doble medida, tengo que amoldarme á los principios generales de la ética. Doy, cuando recibo, y recibo cuando doy. Me niego á recibir cuando no puedo dar, porque pertenezco á una escuela que se llama LEALTAD Y GRATITUD.

II

Esta conducta que exijo, la sé practicar, porque, antes que mandar, aprendí á obedecer. Cuando condeno á los ingratos y falsos, es porque me honro en haber sido recto y equitativo. Las mismas pesas y medidas que empleo para aquilatar el mérito ajeno, reclamo para mis intereses de los demás.

Con lo que precede, mi actitud en frente de los "científicos" tiene queser inexorable; porque estos señores han sido inflexibles con sus adversarios. De ahí mi arrepentimiento de haberles concedido el talento político y el desarrollo intelectual. No por adulación, pues no puede adular á un partido quien no espera nada de él, sino sinceramente creí que los amigos del libre pienso eran hombres de empujes en el vastísimo campo de la inteligencia; mas sus obras me están des-

mintiendo, y me veo en la precisión de rectificar, estableciendo la siguiente proposición: los "científicos" son escasos de recursos intelectuales.

La sentencia no puede ser más dura; pero tampoco puede ser más verdadera. El país se asombrará cuando vea que quienes usan un mote pomposo para apellidarse, son casi unos ignorantes y faltos de tacto y tino.

Probemos:

Empeñosos en hacer aparecer al ejército como una agrupación de infelices caricaturas humanas, ya ni el significado de las palabras conocen: le hacen par á su prensa oficiosa. Tal parece que, tanto defendidos como defensores, se han metido en terreno vedado, completamente desconocido para personas poco afectas al estudio y á la meditación. Pretendieron sembrar la alarma entre los ciudadanos de la república, quienes, durante un cuarto de siglo, llevan una vida tranquila, entregados á las labores que pueden engrandecer á la patria. Sumisos ante las instituciones que nos rigen, sólo se preocupan por el trabajo honrado, acreciendo sus capitales á la sombra de un gobierno progresista, y disfrutando de una era nunca vista en los anales de la historia hispano-americana. Buscaron en el campo de la lucha lo que tanta sangre ha costado á la nación; la mano hábil de un Presidente que, comprendiendo á su pueblo, supiera darle lo que nunca tuvo,

un gobierno estable y duradero. Sus ambiciones quedaron, después de atravesar épocas aciagas, más que satisfechos. Desgarrada la república, mermados sus nobles intereses, pudo dar con lo que anhelaba, con el brazo formidable del señor general Díaz, hombre de inteligencia preclara, energía de bronce y tamaños de gigante. Hallado el móvil de la discordia ¿qué más podrá querer el pueblo mexicano? La discordia sumióse en el sepulcro del olvido, é instaló sus tiendas la paz benéfica. Con el pasado orden de cosas, todo pereció.

El país, que, á fuerza de tantos reveses, obtuvo su regeneración, venera al señor Presidente y secunda todos sus esfuerzos. Se une á él, porque sabe, por experiencia triste, que México jamás ha tenido mejor gobernante, y podrán pasar varios lustros sin que surja otro igual ó superior. Esto, si no lo saben, deben saberlo los científicos; porque, atendiendo á los preceptos de un mero orden filosófico, contra hechos no hay argumentos posibles. Pero me inclino á aceptar de que mis adversarios políticos están al tanto de todas estas cosas. Me inducen á creerlo así, los medios que emplean para llamar la atención del pueblo en todas sus obras de propaganda. No siéndoles fácil desviar la opinión pública con elementos del orden regular, brincan las trancas, como los caballos briosos, al oir el chasquido del látigo, y se

entran por los reducidos huecos de un camino escabroso.

Volviéndome al libro publicado últimamente, para hacerse notables, no encontraron más recurso llamativo que el de intitularlo "Las grandes mentiras de nuestra historia." Algunos hombres pensadores, viéndose en frente de una obra nueva y pomposamente anunciada, supusieron algún monumento para la patria historia. Como todo hijo de vecino, fuí el primero en ojearlo, pues soy afecto siempre á esta clase de estudios. Pero ¡qué desilución! El libro, á fuer de ser cansado, no está escrito ni en castellano. Al principio creí que algún muchacho estudiante de gramática, era el autor; pero el nombre del que lo escribió está con todas sus letras: es un anciano órgano del Partido Científico, notable por mil conceptos, como que no tiene ideas propias y está á la disposición de sus apreciables jefes y compañeros de escuela filosófica.

III

Hubo momentos en que llegué á pensar seriamente en los honores de la refutación, pero, sea dicho con franqueza, la obra no la resiste. A pesar de las novecientas páginas que contiene, nada en limpio se puede sacar. Lo único que sobresalen ahí, son: la falta absoluta de plan his-

tórico y la saña con que trata todo lo que huele al militarismo. Ya se ve que, con escritores de tan "grande talla," no es posible hacer nada.

Desistido de mis primeros propósitos; al abandonar la carga á personas dedicadas á esta especialidad,—la de refutar obras pésimas—no puedo dejar pasar por alto aunque sea el título y un resumen breve y sucinto del libro, ya que los "científicos" empuñan esa arma como de incontrastable fuerza.

Pregunto yo ahora: el autor de "Las grandes mentiras de la historia," ¿sabrá lo que es historia? ¿Estará en las mismas condiciones que su pagado defensor en el periódico casi católico? Me parece que aquél consejero de educación pública y este sabio Arquímedes corren parejas: que ninguno de los dos conocen la filosofía del idioma; de lo contrario, no estamparían tantos desatinos y se quedan como si tal cosa les pasara. Que para disparatar anden de acuerdo, no creo que esto sea cosa del otro mundo; pero que el uno sea consejero y el otro el caballo de batalla de los "científicos," apenas me cabe en la cabeza. El editorialista expensado, el político de marras, creyó salir de lo común, con sólo decir *narrar la historia;* aunque todos estén en la plena convicción de que no sabe ni lo qué es historia, ni lo qué es narrar.

Es imposible escribir cosas que no se conocen.

Para discutir sobre algo, es indispensable saber qué algo es ese que se pretende conocer. Lo que en palabras vulgares se traduce: nadie puede escribir lo que ignora. Antes de emitir ninguna idea, hay que saber su traducción en el idioma del sentido común. Parece mentira que lo más común falta en la comunidad!

Que si cada cual está en aptitud de manifestar sus esperpentos intelectuales, el mundo se convertiría en puros sabios. Mas el número de éstos es muy corto, y el de los necios casi infinito. A la cifra mayor han de pertenecer los gladiadores "científicos," á juzgar por sus magistrales producciones.

Resueltamente, después de ver el título del libro en cuestión, no habrá necesidad de desplegarlo, para juzgar de su mérito. Vuelvo á interrogar: ¿qué entenderán por historia los científicos? Si historia, según el común sentir de todos los historiadores de nota, es la narración sucinta de todos los acontecimientos habidos en el globo, en tratándose de la historia de México, tiene que ser, por fuerza, la narración de todos los hechos pasados en México. Con esto, se ve que la historia se reduce á transcribir lo que pasa realmente. Si Juan se suicida, arrojándose de un balcón, la historia de él es "la muerte por medio del suicidio, precipitándose de un balcón." Pero, si alguno al escribir su biografía, dijese que Juan

se suicidó simplemente, no escribiría la historia de él, desde el momento que la muerte del suicida podía ser de varios modos. Para que la narración sea verídica, tiene que ser fiel copia de los hechos; de lo contrario, no hay historia.

La verdad es la base de la historia. ¿Cómo es posible la existencia de un hecho histórico, si no ha tenido lugar en ninguna parte ni época? La narración, repito, podrá no llegar exacta á la posteridad, y en este caso no es la historia de un hecho.

Expuesto lo anterior, ¿es lógico el título del libro científico? Cualquiera dirá que no, porque la historia no puede mentir. Decir "grandes mentiras de la historia," es decir una barbaridad: lo que es histórico, tiene que ser verídico, y lo que es una verdad, no puede ser una mentira. Esto está apoyado en un principio de lógica, que cualquier estudiante de última categoría conoce: una misma cosa no puede ser y dejar de ser á un mismo tiempo.

¿Así son sabios los "científicos"? ¿Qué habrá querido decir con "las grandes mentiras de nuestra historia" el nervioso escritor? Aquí sí cabe aquello lo de "entiendes Fabio lo que voy diciendo;" porque, francamente, creo que ningún científico puede entender estos estupendos desatinos. Decir que la verdad miente, es tanto como afirmar que el día es noche, la luz tinieblas y una

paradoja la existencia del Partido Científico, porque verdad y mentira son términos que se excluyen.

En el mismo caso está la frase expresada: la historia no miente, porque, ó han pasado las cosas que narra, ó no. En el primer caso, hay historia: en el segundo, no existe. ¿A qué viene lo de "las grandes mentiras de nuestra historia?" Podrán mentir los historiadores, por varios motivos, al escribir la historia de un lugar. En este caso, la adulteración, la falsedad ó la mentira pertenece al autor, quien, lejos de haber escrito la historia de aquel lugar, transladó á las generaciones futuras hechos supuestos, antes que históricos.

De modo que si los "científicos" hubieran bautizado su obra política—no histórica—con este nombre: LOS FALSOS HISTORIADORES, habrían acertado y dejado bien puesto un nombre que, de otra manera, prueban que no merecen. Sólo que, entonces, la alarma y el escándalo políticos no cunden, ni habria propaganda; y como de propaganda se trata, el raquítico talento del autor no encontró sino un disparate para ponerle á su libro como mote.

Es fácil que pretendan salirse por la tangente, probando que la frase se refiere á los historiadores, no á la historia; ó que, haciendo uso de una figura, en vez de referirse al concepto que repre-



senta la palabra historia, se hace alusión á los diversos libros que tratan la historia de la república.

Contesto, diciendo: en una obra didáctica, huelgan las figuras retóricas tan confusas, recursos de los literatos de pocos vuelos y de los vates ramplones; ni es posible que un sustantivo pueda ser un adjetivo, ó viceversa. En obras tan serias y de tanta trascendencia, se procuran los términos y las ideas claras, máxime en los títulos; pues, de otro modo, los nombres nunca se comprenderían. ¡Cualquiera sabrá quien soy, si mi biografía comienza por decir: "esta es la vida de un "científico!"

Convengamos, y es lo más caritativo, en que, al ponerle por título al libro "Las grandes mentiras de nuestra historia," sólo se quiso bautizarlo con algo extraordinario, lo cual sobrepujó á los deseos del autor, pues dió por resultado un contrasentido inmenso y un dislate colosal.

IV

Si la historia no miente, el Partido Científico sí es un falsario. Y hé aquí una idea contraproducente; el argumento vuelve contra el operador: ni grandes ni pequeñas pueden ser las mentiras de ninguna historia, porque, siendo una la verdad, la historia de un acontecimiento tiene que ser una también, incapaz de relación.

Vean, pues, los hombres del pueblo, á lo que se reducen las frases de relumbrón: á un disparate [illegible] de mayores proporciones. Yo no tendré fundamento para asegurar que el Partido Científico del todo es malo: á pesar de la ineptitud notoria de sus leaders, éste puede tener algo aceptable: la carencia absoluta de lealtad. ¿Hay quien ponga á discusión esto? Por mi parte, sólo he puesto en tela de juicio la competencia de los "científicos" en materia intelectual: las demás cualidades que los adornan están fuera de toda discusión, porque pertenecen al hogar.

Tal es la portada de lo que han llamado magna obra histórica. ¿Podrá tener buen fondo? Al principio creí que estaba escrita en idioma chino; pero, al fin, tuve que convencerme de que no estaba trazada en ningún idioma conocido. Sin embargo, para adquirir fama de valiente, no hay más que desafiar á los muertos, á las mujeres y á los cobardes: los primeros, no han de resucitar para recoger guantes ni esquivar agresiones históricas; las otras, débiles por constituciones y delicadas por temperamento, tampoco son aptas para rechazar insultos; y los últimos, no pertenecen "al reino de los cielos." Por lo tanto, yendo dirigidas las bravatas de los "científicos" contra cualquiera de las tres clases de adversarios, llegarán, antes de batirse, al pináculo de la heráldica gloria.

Estoy seguro que, si alguno de los agraviados

viviera, el autor de tantas mentiras, no se ufanaría de pasear á su ya caduca persona por las calles de la ciudad. Y débele al respeto que el ejército mexicano tiene al señor Presidente, el que las consecuencias hayan tardado algo, porque la libertad de imprenta existe; que, á no ser tales circunstancias, de seguro que no hubieran acariciádole los oídos las palabras "escritor valiente."

El libro da comienzos por la expedición de Barradas (porque, realmente, al Partido Científico, la historia patria desde esa época le conviene), pues con la tal invasión da comienzos el gobierno militar de la república, al entender del autor. Sigue con la cuestión de Texas, en donde el flamante historiador se convierte en paladín de los Estados Unidos—no sé si por la paga, ó de oficio,—llegando á lanzar los más injustificados cargos contra el pueblo y el ejército mexicanos. Corona su libro casi con una nota de alta traición, que ameritaría un proceso idéntico al de Dreyfus: defiende, con tesón, el origen de una deuda injusta y que sólo la ambición europea podía concebir. Se pierde en citas inútiles, textos de folletín de periódico, para probar que el gobierno de entonces, el pueblo y el ejército, fueron traidores.

Con asegurar que ni Julio Verne pudo producir más que el científico escritor, es suficiente; con la sola diferencia de que el eminente novelista francés tiene conciencia de lo que dice, y el au-

tor de "Las grandes mentiras" se pierde en el inmenso piélago de la ignorancia histórica.

De toda la obra, por más que he procurado leerla y releerla, sólo puedo deducir: la defensa completa de los Estados Unidos en la cuestión texana; exhibirnos cómo un pueblo salvaje, sin temor y sin ejército con decoro personal. Si la índole de este libro me lo permitiera, con los mismos argumentos del autor, lo reduciría á polvo; pero una polémica histórica no es de este lugar: Yo quiero defender al ejército, ultrajado por los "científicos," y este es mi propósito.

V

Mi intento queda logrado, desde el momento que no hay necesidad de descender á un combate personal. "Las grandes mentiras," sin muchos argumentos, viene á tierra. En la conciencia de todos los mexicanos está, que la cuestión texana fué un atentado, el despojo más descarado del siglo XIX, como lo es el asunto de Panamá en los comienzos del siglo XX. El ejército, salvo las torpezas debidas á las ambiciones de Santa-Anna, y de las que ya ha tomado nota la historia, en todos los tiempos ha tenido honor militar. Es una calumnia, como lo probaré más adelante, llamar traidores á tantos soldados valerosos que jamás supieron lo que es amor á la vida.

La defensa del castillo de San Juan de Ulúa, podrá haber sido deficiente, por varias circunstancias, pero no se podrá llamar cobardes á sus defensores. Un historiador que se ha propuesto denigrar á una institución ¿podrá decir verdad? Aparte del fin innoble que se persigue, un "científico" no puede escribir la historia militar de la república: el enemigo no puede ser historiador verídico.

Además, en esa obra, se ha querido filosofar sobre la historia, cuando no se dispone de tamaños. No deberá ser un gran filósofo quien llama mentira á la verdad, y culpa á los tiempos y no á los hombres que delinquen. Los partidarios de Quintana, podrían ser, si acaso, literatos, pero nunca filósofos.

Deseo que se me diga: ¿cómo delinquen los tiempos? Pues la afirmación del poeta español, defendida por sus secuaces los "científicos," me pone en el caso de pedir nueva jurisprudencia y nuevas leyes de moral para los tiempos en que viven los hombres, lo cual sería un imposible. Es responsable de sus actos el que los conoce y es capaz de consentir ó rechazar: es así que el tiempo ni consiente ni rechaza: luego el tiempo no puede ser responsable de los actos que se desarrollan en él. Es probable que Quintana, si viviera, sería cofrade de muchos conservadores y "científicos" coaligados.

Una propaganda que lleva, como medio, el embuste y la falsedad histórica, tiene que ser nociva á la paz pública, y los "científicos," con obras como "Las grandes mentiras," son los seres más nocivos y peligrosos de la nación.

Conste, pues, que la historia no puede mentir: que el Partido Científico no pára en medios para propagar sus principios é ideas disolventes, y que el error es propio de los hombres, mas no de las cosas. Así los hechos, el libro científico podría haberse llamado: "Las grandes falsedades de los que no conocen nuestra historia.

CAPITULO III.

Conceptos generales sobre la milicia. ¿Qué es milicia?—Su origen.

I

Véome en la necesidad imprescindible, aunque peque de cansado, de retroceder un poco en tiempo, trayendo el plan de este libro, á guisa de recapitulación histórica, desde remotas épocas. Para formarse una idea exacta de lo que es y puede ser una institución, hay que verla y estudiarla á través de los tiempos; y el ejército es una de las instituciones humanas más antiguas en el universo. Por lo tanto, ya que de milicia se trata aquí, la cuestión merece los honores de un estudio largo y serio.

Marquemos puntos:

La milicia tiene que ser tan antigua como el mundo, al grado de atreverme á asegurar que ese nombre fué la primera palabra que sonó en los oídos del primer hombre, en el primer estado de la época impecable, si hemos de admitir las

teorías teodícicas. De aquí que en este estudio filosófico-militar tengo, para ser conciso, que entrar en pormenores, que, á la simple vista, parecerían superfluos y de ninguna aplicación.

Haciendo referencia al parecer de los tratadistas militares de más sobresaliente nota y reconocida fama, la milicia se define: por el arte de la guerra, ó la profesión de los que se dedican á la guerra. O, más bien, para ser un poco más extenso: es el arte que, mediante ciertas reglas de orden y disciplina, sirve para poner en pie de guerra á determinado número de individuos ó ciudadanos, dedicándolos á la defensa de una nación, ó colectividad, moral y civilmente constituída.

Casi todos los pensadores en la materia están conformes con el contenido de la anterior definición, en tratando de la milicia como término genérico y abstracto; porque dentro de ella giran las ideas concretas. Así, para determinar y reducir á la significación particular la cosa definida, se agregan á la palabra nación, pueblo ó colectividad, las patronímicas ó gentílicas que sirven para distinguir á las naciones, pueblos ó colectividades. Por ejemplo, en tratándose de milicia mexicana, será el arte que, mediante ciertas reglas de orden y disciplina, sirve para mantener en pie de guerra á cierto número de ciudadanos, dedicándolos á la defensa de los intereses nacionales del pueblo mexicano.

Es fácil llegar al orden concreto, conocido el abstracto; pues presente el todo, no hay que perder mucho tiempo para llegar á las partes, toda vez que éstas están contenidas en aquél. Quien conoce una mano, sabiendo que ésta se compone, conforme al orden regular, de cinco dedos, *de facto* quedan conocidos éstos. Este es un principio general de filosofía aplicada, y está en la conciencia de todos los individuos pensantes.

No habrá razón, pues, para que, en tratando de milicia, cambien los sistemas ideológicos. En las ciencias filosóficas, las leyes, siendo abstractas, son de aplicaciones generales.

Pero, quitando palabras de la definición apuntada, puedo, sin afectar á la esencia de ella misma, reducirla á la siguiente: la milicia es el arte de la disciplina.

Pormenorizaré:

1.—Es evidente que el orden queda incluído en la palabra disciplina, porque no puede haber disciplina sin haber orden.

2.—Todo arte es el conjunto de reglas, pues ésta es la diferencia entre arte y ciencia. Diciendo arte, queda dicho que median reglas para llegar al resultado final.

3.—¿Cuál es ese resultado? Habiendo disciplina, tiene que referirse á sujetos capaces de poder ser disciplinados, en toda la extensión de la palabra. Luego también queda incluído el tér-

mino ciudadanos. únicos capaces de ser disciplinados.

4.—¿Para qué es la disciplina? En tratando de milicia, es claro que no puede referirse la idea sino á la defensa de alguna agrupación humana, sea nación, pueblo, ó bien determinada colectividad moral ó civil. Para la rigurosa aplicación de la idea, es forzosa la defensa de algo humano, porque los seres incapaces de pensar, querer y sentir, no necesitan artes militares para disciplinarlos; llevan la disciplina en su propio instinto de conservación.

Aunque es cierto que, en el orden de la naturaleza, todo está constituído en grupos militantes, la palabra milicia, en su sentido supremo, sólo se refiere al hombre; porque en el reino animado sólo él dispone de facultades de gobierno: así como sabe gobernar, puede desgobernarse, lastimando los intereses ajenos. La libertad lo pone, precisamente, en el caso de ordenar ó trastornar el orden. He ahí la necesidad de la milicia, para reducirlo á los fueros de la justicia.

De lo que se infiere que, siendo más breve la definición, me parece más propia. En pocas palabras, está dicho el objeto. La milicia es el arte de la disciplina.

Se desprende, pues, de la anterior definición, que la milicia se confunde con el origen del mundo, porque, tal cual está presentada, abarca per-

fectamente á todas las colectividades que habitan el planeta terrestre. Aun más: sin la milicia, no es posible la existencia de la palabra "militar," porque la primera incluye á la segunda, como un vaso encierra en su superficie cóncava todas las gotas de agua que contiene. Para que haya militares, es indispensable que les preceda la milicia. Así como no podría haber médicos sin medicina, tampoco es concebible la existencia de militares sin milicia.

En el juego de los términos filosóficos hay que tener presente las ideas que encierran; de lo contrario, se caería en el mismo error de los "científicos," usar palabras y frases que no se conocen. Procedimiento que llevaría á la contradicción y al desatino científico. Y para pruebas, las hay de sobra en el campo contrario.

Examinaré, ya que el asunto es noble y merece un examen minucioso. El éxito de este trabajo está, precisamente, en el mayor ó menor desarrollo de las ideas contenidas en este capítulo.

II

En un estudio militar, como en toda clase de estudios, lo que más abrevia caminos, es el empleo riguroso de ideas y términos conducentes. Incurriría yo en un grave error, si, para llegar á

las conclusiones que pretendo, comenzara por establecer esas conclusiones, sin haber pasado por un plan expositivo que me lleve al terreno de las deducciones. Para probar y demostrar, es necesario exponer pruebas y demostraciones; lo que, en lenguaje científico, se expresa así: la verdad de una cosa no se logra obtener antes de deslindarla de todo lo que la rodea; esto es, pasarla por el minucioso análisis de la lógica.

Dicho lo anterior, podré proseguir.

Toda idea que indique algo particular, tiene que desprenderse de otra más extensa; pues las ideas específicas son emanaciones de las genéricas. En otros términos: las palabras calificativas indican correlación de las sustantivas. Con esto, no hay sabios sin ciencia, ni abogados sin abogacía; porque unos y otros ejercen algo que ya existe de antemano: sabio y abogado son profesionales; ¿y serán posibles los profesionales sin profesión? La profesión es el ejercicio de algo; nadie puede ejercer ese algo, si no existe; porque el ejercicio de lo que no existe es el imposible metafísico.

Lo mismo pasa con los términos militares, milatarismo y ejército. ¿Qué cosa es militar? ¿Qué militarismo? ¿Qué son los ejércitos? Todas estas palabras son relativas; no pueden existir por sí solas, por no ser posible moralmente la existencia de ideas que indican relación. Y aunque de

los términos citados hay uno que parece generador y no generado, se encuentra exactamente en el mismo caso que los otros: todos son generados. Este término es el de "ejércitos," del cual trataré en otro lugar.

Milicia, pues, es un término genérico, que abarca á todos los demás que se relacionan con él. Claramente lo expresa la definición ya apuntada arriba: es el arte que, mediante ciertas reglas de disciplina y orden, sirve para enseñar la profesión militar. De consiguiente, los hombres dispuestos en orden de guerra y cuya misión es hacer respetar la paz en el territorio nacional, así como vigilar la integridad de la república, pertenecen á la milicia, y la profesan.

Podrá haber discrepancia en los autores sobre las prerrogativas militares; pero todos están acordes en la definición de la palabra milicia, sin que ninguno se haya atrevido á definirla de distinto modo. Las discusiones varían, no sobre la esencia de la palabra, sino sobre los atributos de ella.

Entendido que la milicia es una profesión militar, ¿no puede ser ciencia? Pues un militar, para llegar á obtener el pase respectivo para el ejercicio de su profesión, le precisan estudios profundos científicos.

Esta es otra cuestión.

A mi modo de entender las cosas, cuando se hacen referencias tan sólo á la idea militar, en-

tonces la profesión debe ser ciencia, y de las más difíciles; porque el perfecto militar, para la precisión de sus movimientos en campaña, tiene que disponer de un caudal vastísimo de las ciencias exactas. Un cuerpo de artilleros no cumplirá con su papel de defensa ó ataque, si no se colocan sus baterías á determinada distancia, de modo que las balas de sus cañones ofendan, evitando la ofensa de las del enemigo. Sobre todo, en la guerra moderna, han sido tantos los progresos hechos, que llegará al triunfo seguro quien mejor sepa calcular y distribuir sus tropas. Si no interviniese la ciencia, y de una manera directa, en la construcción de puentes, trincheras y fosos, la derrota sería segura en una acción de batalla.

Pero, así tratada la cuestión, ya la idea no es la que conduce al término milicia, sino á otro derivado de él. Una palabra primitiva puede perfectamente no ser del todo tan extensa como una derivada de ella. Confirma esta aserción aquel principio de lógica que enseña el filósofo fundador de la escuela peripatética: los términos más extensos son los menos comprensivos.

Aquí pasa lo igual: milicia, palabra primitiva, es más comprensiva que sus derivadas, porque las incluye, aunque sea menos extensa que ellas. Con lo cual, se ve que, si, de hecho, la milicia no es ciencia, el militarismo, rama de ella, puede

perfectamente serlo. Además, muchas artes se valen de la ciencia para su debido desarrollo.

No hay, pues, contradicción alguna en que la milicia sea un arte, como conjunto de reglas para mantener en pie de formación un grupo de tropas disciplinadas para la conservación de la paz nacional, procurando alejar de la república todo disturbio exterior ó interior, y el militarismo se base en una ciencia. Aunque el carpintero haga rayas para acepillar la madera, no por solo ese hecho procede porque la carpintería es una ciencia: emplear la geometría en parte, para elaborar sus productos, no se deduce de ahí que el carpintero es un émulo de Platón, sabio filósofo griego. Todas las artes tienen cierta relación con las ciencias, sin que, por esta sola circunstancia, deban incluirse en la lista de éstas.

Lo igual acontece con la milicia. Bien que no del todo participo yo de las ideas generalmente admitidas por los tratadistas militares; pues, confieso con franqueza, que, para mí, la milicia puede ser ciencia, si por ciencia se entiende: "la deducción de principios secundarios de otros primarios," y por arte: "el conjunto de reglas para hacer bien alguna cosa." Haciendo aplicaciones particulares, resulta que la milicia es más ciencia que arte; porque el pintor en todos los tiempos ha sido siempre el mismo; entre tanto que la milicia ha ido tendiendo á la perfección cada día, debido á

los nuevos problemas que ha ido desarrollando á través de las épocas y las distancias. Mas, perteneciendo á una escuela que admite, como autoridad irrefutable, la mayoría de criterio, debo aceptar las teorías expuestas sobre la materia, con ciertas restricciones.

III

Expuesta la definición de milicia, ocurre preguntar: ¿cuántas clases de milicias existen? ¿Qué origen tiene la milicia?

Es evidente que, al venir á la mente una idea, llega á la concepción con todos sus detalles de relación de esencia y tiempo. Cuando concibo la idea de una rosa, inmediata y simultáneamente concibo su origen y aplicaciones, la variedad de sus colores, y el reino á que pertenece. No debe de acontecer nada distinto, en tratando de otra idea cualquiera. Ya no es una rosa la palabra concebida, sino la de milicia, materia de este capítulo. En una idea, hay que conocer: su esencia, elementos que la constituyen, su origen y uso y aplicaciones.

Ya dije lo qué era milicia, pues definir una cosa, es decir lo que es. Falta saber los elementos que la constituyen y su origen. En su constitución están comprendidas las clases de milicia que existen y sus diversas aplicaciones.

1.—Origen de la milicia.

Al sentir de los filósofos que se han ocupado en esta clase de cuestiones, la milicia remonta á la época de la criación, aun antes de que fuese hecho el hombre; pues, presente lo aseverado por los Sagrados Textos, á este mundo material precedió otro de un orden espiritual, de seres incorpóreos é intangibles. Supuesta y admitida esta afirmación, contra la cual nada han podido los escépticos, hay que convenir en que aquellos seres superiores estaban sometidos á rigurosa disciplina también. De ahí proviene su división en grupos y jerarquías, llegando á nuestras noticias que hubo ángeles, arcángeles, querubines, serafines y potestades. Las funciones que hubiesen desempeñado, éstas no importan al caso; para mi objeto, basta con manifestar su existencia; pues ella indica la antigüedad de la institución.

2.—Si milicia es el arte de la disciplina, en simplificadas palabras, todos aquellos grupos celestiales formaban una milicia. Su criación fué de un momento; ¿de qué duración era ese momento? Ha habido conjeturas, mas ninguna seguridad en los autores, sobre el punto á discusión.

Toda criatura tiene que estar sometida á su criador, porque el que produce, debe ejercer imperio y mando sobre su producto. Si es cierto que tanto ángeles como arcángeles pertenecen á un orden superior, también lo es que el autor de ellos está por sobre todo lo criado, y tiene amplios

motivos para organizarlos y ordenarlos, reduciéndolos á rigurosa disciplina.

3.—En el orden regular, no se concibe la formación de ninguna agrupación, si antes no se conciben los medios de organizarla y conservarla en estado perfecto, relativamente. Para el establecimiento de una institución social, se hacen indispensables los estatutos que la reglamenten; de lo contrario, sin bases de gobierno, no es posible el sostenimiento de ningún círculo. El inventor del vapor tuvo que tener presente el contravapor, el de la electricidad, la contracorriente; así como el que invente el movimiento continuo, tendrá presente la válvula de seguridad.

4.—Si esto pasa en el mundo físico, ¿habremos de establecer excepciones para el moral? Perteneciendo á un mundo de materia, nuestro punto de partida ha de ser por relación, porque nosotros no estamos obligados á lo que no llegamos á concebir. Y, conforme á las leyes naturales, tenemos que deducir las leyes precisas y perfectas á que debió someter Dios á las criaturas superiores. Desde el momento de concebir su creación, concibió la forma de tenerlos en disciplina. Por lo mismo, los dividió en clases y jerarquías, lo que en idioma militar significa: cuerpos y batallones. El fin era servirse de ellos para algo, y no era posible crearlos de substancia pura, sin darles organización militar, ó disciplinaria, la más á

propósito para tener á raya á las criaturas. Y con esto y todo, aquellas generaciones de espíritus puros, al verse tan grandes, como locomotoras sin obedecer á las válvulas de seguridad, emprendieron la campaña del orgullo, rebelándose contra el Criador los que más bien dotados estaban. Quisieron ir más alto que Dios mismo, y, capitaneados por un "espíritu científico," lanzaron la voz de guerra. Hubo una lucha terrible entre rebeldes y buenos, quedando derrotados los primeros y sepultados en las sinuosidades del abismo.

5.—De aquel combate en las alturas tuvo origen la milicia, porque el primer genio de la guerra fué el arcángel Gabriel, servidor leal del Señor. Y como la escala celeste está tan bien trazada, desde entonces, al frente de cada cuerpo de aquellas legiones se encuentra un grupo bien disciplinado, guardando el orden y vigilando los destinos de cielo y tierra.

6.—Los espíritus ambiciosos, desobedientes y altaneros, en premio de su inicua hazaña, se convirtieron en terribles enemigos de los fieles y en guardianes de las regiones infernales.

IV

En pos de la sublevación, vino el complemento del mundo de la materia: el hombre, mezcla [illegible] y espíritu. En los cielos se crió la mi-

licia superior, pero en la tierra había necesidad de continuar la obra: no serían los espíritus puros los que la poblasen, porque la materia pura no puede servir de albergue al espíritu puro. Entonces, ¿qué hacer? ¿Dejaría Dios incompleta la obra? Si algún fin perseguía, éste no se podría obtener dejando el espléndido palacio criado sin jefe, y ese jefe, como compuesto de cielo y tierra, tenía que ser consejero entre ésta y aquél.

El hombre, pues, vino á ser el general más perfecto de la milicia celeste sobre la tierra: á él tenían que obedecer los seres inferiores. La misma disciplina de las regiones superiores había en las capas inferiores: los de arriba estaban divididos en grupos y jerarquías, los de abajo fueron distribuidos en géneros y especies; como si se dijera, en brigadas y regimientos. Capitán general de esa milicia terrenal fué el hombre, á cuya voz de mando todos los seres que le rodeaban inclinaban la cabeza en señal de respeto.

Miróse que aquel régimen y aquella disciplina eran netamente militares, porque en esa obediencia ciega reside la perfecta milicia. Sobre la voz de diversidad de jefes existe una superior, de órdenes irrevocables; porque las divisiones secundarias son para simplificar las atribuciones del general en jefe: pasaba entonces lo que pasa actualmente, las órdenes corren de jefe en jefe, hasta llegar á su destino.

Se dirá que aquel jefe primitivo fué criado en estado perfecto de impecabilidad. Pero el haber sido criado en estado perfecto, no quiere decir el que su criación no fuese bajo un sistema militar. De modo que el origen de la milicia precedió á la origen del hombre, porque, antes que éste, tuvieron ser los seres alados, pobladores del mundo incorpóreo, y éstos obedecieron á una formación y distribución militar. A tal grado es verídico esto, que la palabra milicia se aplica con más exactitud á la corte celestial.

Por lo mismo, verán los "científicos" que la milicia no es un invento moderno, ni del hombre: "el general de todos los generales, usando las palabras de un profundo teólogo, es el mismo Dios, porque no hay disciplina más rigurosa que la empleada por él, al crear de la nada el mundo y sus cosas."

Tanto los seres animados como los inanimados están formados por grupos, con un plan defensivo y ofensivo. ¿Qué seres del campo inferior no obedecen á una voz de mando y persiguen un fin? Todos, absolutamente todos, acatan órdenes dadas.

Con el tiempo, desde la caída del hombre, existiendo la idea, la milicia fué siendo más necesaria, porque en el estado perfecto no había tanta necesidad de que Adán se afanara por conservar la disciplina, desde el momento que la idea de la

rebelión en los seres inferiores era desconocid
por completo. Mas, caído en el estado de culpa
todas las cosas se pronunciaron, en justo castig
de su delito: desde entonces tuvo origen el ejér
cito, y la lucha es tenaz.

CAPÍTULO IV.

CUALIDADES DE LA DISCIPLINA.—LAS CLASES DE MILICIA QUE EXISTÍAN DESPUÉS DEL DILUVIO.—¿A QUÉ ÉPOCA REMONTA LA DIVISIÓN?

I

SIENDO la milicia el arte de la disciplina, ésta tiene que ser el objeto directo de aquélla, el complemento; y sin complemento, no habrá oración posible.

En las acciones humanas tiene que haber: persona que ejecuta, nexo que la haga llegar á lo que tiene que ejecutar, y cosa ejecutada. En el presente caso, podremos expresarlo así: sujeto es la milicia, nexo el verbo ser y la cosa es el arte de la disciplina.

Reduciendo la proporción á sus justas dimenciones, aparece: la milicia es la disciplina. Entonces, resultan los tres miembros de la proposición sin compostura; y, llamándolos por sus verdaderos nombres lógicos, quedan: sujeto, milicia; verbo, es, y complemento, disciplina.

Me detengo en esto que podrían los "científicos" llamar pequeñeces, porque quiero fijar hasta los más ligeros detalles, para poder aprovecharlos en su lugar debido.

De cualquier modo que se mire la cuestión, resulta que no es posible hablar de milicia sin hablar de disciplina. El filósofo, al establecer sus principios y fijar sus ideas, es porque pretende probar sus afirmaciones, encerrándolas en los estrechos límites de la argumentación silogística. No diferente cosa tiene que pasar aquí: yo persigo, como todo expositor, un fin, y para lograrlo, tengo que someter á riguroso examen la exposición, para ver si se deduce lo que deseo.

Hasta el día, ningún pedagogo ha pretendido enseñar sin probar ó aducir principios conducentes al objeto. El matemático, para conocer la relación que existe entre tres y seis, tiene que proceder al análisis, descomponiendo ambos factores en sus respectivas unidades. Una vez que concluya esta operación, afirma: la relación entre tres y seis es de tres.

Sin el método de la descomposición analítica, no hubiera llegado á la afirmación; porque para afirmar, tendría que estar en aptitud de hacerlo y no se está en la aptitud de afirmar algo, cuando no se prueba.

De manera que el matemático argumentaría así: la relación de tres á seis es de tres, porque

la diferencia entre ambos factores justifica la afirmación. Decir relación, es decir diferencia ó exceso entre dos cosas, y, en tratando de unidades, será la diferencia entre dos números de la misma especie.

Para llegar á despejar la incógnita, no hay más que descomponer cada factor en sus unidades, operación que se obtiene agregando una á una, hasta agotar el contenido del todo. Las unidades que excedan de la suma igual, serán las que dén la relación. Hecho lo cual, háse llegado á la conclusión precisa de que, entre seis y tres, la relación es de tres.

El raciocinio empleado por el hijo de Pitágoras confirma la deducción del argumento sentado, al grado de poder decir: concluye.

Volviendo á mi proposición: la milicia es la disciplina. He hablado extensamente del sujeto, hasta dejarlo bien probado; debo ahora proceder á hacer lo mismo respecto del complemento, á fin de no incurrir en los graves errores de "los científicos," quienes establecen proposiciones, dejando al lector el trabajo de adivinar, como si la república se compusiera de eminentes sabios ó de profetas.

II

Antes de entrar al fondo de la cuestión, procede definir. ¿Qué es disciplina?

Para ser más claro, será conveniente definir el verbo, producto de este sustantivo.

El verbo disciplinar tiene varias acepciones, pero la que interesa aquí es una sola: la que genera el complemento de la milicia; que las demás, aunque pueden relacionarse remotamente con el sujeto, no forman el objeto inmediato.

Disciplinar, en términos militares, es, compendiando ideas de meritísimos autores: organizar á determinados grupos, que se llaman tropa, é inculcarles los principios de la subordinación y el respeto á las ordenanzas del régimen militar, para que estén en disposición fácil de defender los intereses de la república, en caso de guerra.

Pero, á mi modo de ver las cosas, no obstante respetar las opiniones ajenas, es larga la definición expuesta, y, por lo tanto, algo confusa. Para acortarla un poco y ponerla al alcance hasta de los señores "científicos," conviene la reducción y la generalización, de manera que abarque á todos los gremios sociales, moral ó civilmente constituidos.

Para mí, el verbo disciplinar debe definirse: la subordinación y el respeto al régimen establecido, para que los pueblos vivan en paz. O, en otros términos: la subordinación á la ordenanza y el acatamiento del deber impuesto.

Paréceme, á más de ser breve, más concisa la definición, y da á conocer al definido perfectamente.

Pues bien: si las sociedades legítimamente establecidas tienen estricta obligación de subordinarse y acatar las leyes que las regulen, no lograrán esto, careciendo del conocimiento de estas mismas leyes, de las que nace la palabra disciplina. De modo que, presentes estas circunstancias, los especialistas, poco más ó menos, definan disciplina así: la estricta observancia de todas las reglas ó leyes que marcan el establecimiento del orden en los diversos grupos ó múltiples asociaciones civiles que constituyen un pueblo. O de este modo: el conjunto de cánones que regulan la marcha dentro de la perfección y el orden en las sociedades morales ó civiles.

Ambas definiciones son también largas, que podrían divagar la imaginación del pensador. Creo que es más accesible á la comunidad de las inteligencias definirla así: disciplina es la facultad de la rigurosa observancia de todos los principios y de todas las reglas para imponer el respeto á las leyes del orden en la organización de las sociedades humanas.

Aplicándola á la milicia, podrá exponerse de este modo: disciplina es la absoluta observancia de la ordenanza militar. Y ésta es la que aquí nos conviene.

Dedúcese de todo lo expuesto, que la palabra disciplina es el origen del verbo disciplinar; y que una y otro son peculiares al hombre y aplicables

solamente á él, por ser el sujeto capaz de subordinarse, organizar asociaciones, congregarse, convocar á reuniones y asambleas, y fijar reglamentos y ordenanzas.

Mas nótase bien que, para haber disciplina, es necesaria una agrupación. Que si es cierto que un individuo solo puede ser afectado de disciplina, vista de un modo moral la cuestión, ese hombre aislado aparece ligado en el orden abstracto al Criador, quien exige la subordinación de los seres criados; y en este caso, ya existe la reunión de dos, uno que impone la subordinación y otro que está obligado á seguirla, sin discutirla. Pues la disciplina, entendida en el sentido más amplio de la expresión, no podrá existir tampoco cuando las disposiciones impuestas están afectas á discusión. Con lo cual, hay que variar la definición, y dejarla reducida á la siguiente:

Disciplina es la absoluta observancia de lo mandado por el superior, sin discusión de ningún género.

Paréceme completa la idea.

III

Se ve cuán precisas son las palabras que dan á conocer lo que son disciplinar y disciplina. ¿Qué cualidades deben tener uno y otra?

Empezaré por el verbo. Como el objeto del que disciplina es reducir al orden los miembros de la sociedad, en sus diversas agrupaciones, claro está que, para llegar al fin, hay que enseñar é instruir, y esta enseñanza é instrucción deben ser completas; de lo contrario, nada sería fácil lograr: con sistemas enseñados ó inculcados á medias, no es disciplinar, porque no se disciplina á nadie con métodos incompletos ó inconducentes.

Todos los principios se infunden desarrollando un plan detallado y procurando ponerlos al alcance de los entendimientos hasta más vulgares; porque los beneficios de la enseñanza, para cumplir con su objeto, deben extenderse á los seres menos privilegiados.

Tales son las condiciones del verbo disciplinar; atreviéndome á afirmar que ellas no se lograrán sin personas hábiles ó ciudadanos capaces de llevar el dictado de maestros, tanto por su saber como por sus costumbres, usos y maneras disciplinados. No hay qué incurrir en el gravísimo error de "los científicos:" predicar la moralidad y no ejecutarla. Semejante procedimiento, es el patrimonio de los conservadores, padres carnales de "los científicos," ineptos para ejercer la nobilísima misión del magisterio.

Entonces, ¿cómo debe ser la disciplina? Señalando la manera de cómo ha de ser en las socie-

dades en general, podré venir á la aplicación que ha de tener en el ejército.

Vamos por partes.

La disciplina, siguiendo ahora un argumento figurado, es la ley; porque hacer lo que ésta ordena, es indęntificarla con aquélla. Y creo que, para el cumplimiento de las leyes, no habrá términos medios. No calumniar, es una ley de mandato divino. El fundador del orden moral, al establecer esa ley, previó el perjuicio que su infracción acarrearía á los intereses y vida de tercero; y para llevarla al terreno de la obligación positiva, al lado de la ley, puso el premio y el castigo.

Efectivamente, quien cumple con un precepto, teniendo libertad plena de no hacerlo, no deja de ejecutar un acto laudario, según los Escolásticos. Bien es cierto que, emitiendo ideas mías, quien cumple con la ley, hace lo que debe; y el deber cumplido nunca puede ser el ejercicio de un acto gracioso. El deber es la obligación aplicada á algo en el campo positivo. Por consiguiente, salvo error ú omisión, el cumplimiento de las leyes es el cumplimiento del deber, no habiendo méritos ningunos de parte del ejecutor; á no ser que, presente el relajamiento social, hasta para llenar el hombre sus deberes morales exige el premio.

Mas, dejando á un lado mi escepticismo, quiero aceptar la sentencia escolástica tal como está presentada.

Puede, el que cumple, no cumplir, y en este caso, merece premio. Así como recae sobre él el castigo, si infringe los preceptos establecidos. Esta medida estrecha al cumplimiento exacto de las leyes morales: premiando, estimula; y castigando, reduce al orden, estrecha y amenaza, previendo, para escarmentar á los seres humanos.

Los principios correlacionados obligan más, porque limitan. De aquí la existencia de premios y castigos al lado de la flexibilidad de la materia. Mas la ley es para ser cumplida, sin excepciones ni adulteración. No calumniar es mandato universal, abraza á todos los hombres y á todas las épocas. Igual cosa acontece con la disciplina; participa de la majestad de su colega, como que se identifican entre sí. De esta identidad nace la deducción de que ambas están presentadas bajo el mismo aspecto: no admitiendo la una distinciones, tampoco debe admitirlas la otra.

O ¿puede Juan calumniar, siéndole prohibido hacerlo á José? Si tal cosa tuviese lugar, la ley ya no existiría, desde el momento en que uno y otro están en las mismas condiciones, y las leyes escritas obligan por igual.

La perfección de las leyes depende de su carácter general, que se extiendan á todos los ciudadanos de la misma comunión y que profesen los mismos principios y esperan las mismas prerrogativas. Esto, en tratándose de las leyes del

orden moral, que, por lo mismo de su índole, abrazan á toda la humanidad; mas, refiriéndose á determinado grupo, si no tienen la misma universalidad, sí poseen idéntica inflexibilidad: no distinguen.

Lo dicho respecto de una ley, debe también entenderse de la disciplina, por ser ésta la ley de la observancia de un precepto de orden, que dispone el acatamiento de lo mandado.

Si la disciplina estableciera excepciones, perdería, con su carácter, toda su fuerza: en tan anómalas circunstancias perdería también su ser. Dada á conocer como la observancia estricta de la subordinación, para implantar el respeto á las instituciones, no tendría ningún carácter y carecería de su objeto, obligando en parte. A fin de llenar su cometido, es fuerza que no distinga. De lo contrario, no sería lo que es, y tendríamos que aceptar una cosa que es y no es, y esto es imposible, con imposibilidad absoluta.

Como ley, es y será inexorable; como base de una institución, debe ser aplicada sin excepciones, si se quiere que sea perfecta.

IV

Ninguna sociedad puede existir cuando la disciplina se relaja y queda relegada á las disposiciones escritas. Las doctrinas, los principios, así

como las ideas, deben ser llevados á la práctica tal cual son, sin adulteraciones ni distingos. Las disposiciones disciplinarias son reglamento de las instituciones, bases sobre que descansan; y, para ser sancionadas y puestas en vigor, se suponen la previa censura, el profundo examen y las discusiones adecuadas. Nunca se dictan leyes ni se dan reglas, si antes no se amoldan al carácter de la agrupación para la cual se dan. Confirmo esta doctrina con aquel espléndido axioma de sana filosofía: las disposiciones legales son para los individuos, mas de ningún modo éstos para aquéllas. En esto me apoyo para condenar, de paso, lo de que las costumbres hacen á los hombres; porque esta frase sólo honraría á un déspota, como Luis XIV, que, á ciencia y paciencia del aguerrido pueblo francés, exclamó: "El Estado soy yo."

Ni las costumbres hacen á los hombres, ni el Estado es un individuo; los hombres hacen costumbres, y el Estado se compone de la colectividad, siendo el mandatario el ejecutor de las disposiciones del pueblo. Opinar en contrario, á estas altitudes, es retroceder en plena era de raciocinio y gobernar con el capricho, la tiranía y la arbitrariedad: tales atributos no hacen al gobernante probo y honrado, sino al feroz verdugo de la humanidad.

Convengamos, pues, en que, para dar leyes, es

preciso adaptarlas á los hombres; por lo mismo, bien entendida la cosa, ni la ley ni la disciplina pueden establecer distinciones. En la esencia misma de su constitución llevan la inflexibilidad, indispensable para la debida organización de las instituciones humanas.

Cuando, en tratando de cualquiera clase de asociaciones, se requieren caracteres tan vigorosos, sube de punto la necesidad en ciertas instituciones, en las que las masas, por circunstancias no para dichas, son de variadas formas y exaltadas pasiones. En una sociedad mutualista, sólo se persigue la recíproca utilidad de los socios; para cumplir con sus fines, la disciplina es menos severa y los reglamentos menos tirantes. Pero en una agrupación moral cuya misión es predicar los fueros de la justicia, la disciplina es excesiva y terrible: el sacrificio humano de todo lo que halaga á los sentidos, porque las ideas religiosas se enseñan más con el ejemplo que con la regla. Quien predica contra la embriaguez, tiene que abstenerse del vicio; quien repudia la prostitución, es fuerza que sea casto; el que grita contra los vicios sociales, debe ser modelo de virtudes cívicas y morales; quien se escandaliza de la infamia, es indispensable la rectitud en todos sus actos. No es apóstol el que es corruptor, ni ministro perfecto de un culto el falsario, fiel retrato de Nerones y Calígulas. Para dechados de maestros y



J. Z. Mena.



apóstoles, están los mártires del Cristianismo, que predican hasta entre las garras de las fieras romanas.

Según el carácter de la institución, sin que esto indique variedad y alteración, la disciplina tiene su especial manera de entenderse. El legislador, al dictar leyes, tiene presentes el objeto y fin de ellas: ver las sociedades, y dictar principios legales, es propio de los hombres pensadores, padres de la humanidad y de los pueblos. Haciendo referencia á los reformistas mexicanos, los considero como apóstoles del pueblo, ¿me equivocaré? Supongo que ninguna persona sensata se atreverá á afirmar tal herejía. En un medio semejante al de entonces, rodeado de peligros inminentes, hallar la solución de un problema, condenando á los poderosos, es tan sólo digno de hombres extraordinarios. Los constituyentes del 1857 estaban atrincherados por todas partes: sentados en las gradas de un parlamento, tenían por enemigos hasta á los miembros de sus familias. Con la pluma en la mano para firmar la Constitución de la república, sufrían con espíritu de titanes la execración del trono, de los elementos poderosos del país, de la esposa, del hijo y de la madre, que se recluía llorando en el hogar la resolución nefasta del producto de sus entrañas, sancionando la sentencia de un clero que había olvidado los deberes de una religión pura, hermosa y sublime.

En una atmósfera llena de sinsabores, dan, en medio de maldiciones, la ley disciplinaria del país, á pesar de las iras y los odios tempestuosos que lanzaban estigmas y anatemas. Tales son los verdaderos legisladores: dictan leyes para las necesidades, y no necesidades para las leyes. Aunque arrostren toda clase de peligros, quedan satisfechos por haber producido la disciplina republicana.

No se dirá que los reformistas, por temor al peligro, infringieron su carácter de salvadores de la república. Fueron el azote de los tiranos y los protectores de los desvalidos. Dejaron las caricias del hogar, las amenazas de los señores feudales, para cumplir con su noble papel de patricios mexicanos.

Lo igual tendrá que pasar siempre que se tienen que dictar preceptos reglamentarios para una institución. Tener presente sus necesidades, no es desviarse del fondo de la verdad.

V

Los expresados son los carácteres de la disciplina: miran ellos al objeto ó cosa disciplinados. Cualesquiera que sean las circunstancias, tiene que ser la base inquebrantable de las instituciones.

Huelga decir que sin disciplina no es posible el

respeto al orden establecido ni fácil la consecución del fin deseado.

Aplicando la disciplina á la milicia, entendida la definición dada atrás de esta institución, tiene que ser hasta tiránica en sus aplicaciones.

Antes de avanzar, conviene ver cuántas clases de milicias hay, y á qué época remonta la división.

Es algo aventurado asegurar que la división de la milicia en dos ramas importantes parte del Paraíso; pero tiene sus visos de probabilidad la afirmación. Lo que sí es bastante dudoso saber si ella nació después ó antes del estado pecable del primer hombre. En estas conjeturas, dejaré á los teólogos; así como también el tratar de la milicia celestial, pues yo escribo para los republicanos, no para los teólogos. Si esos republicanos quieren tratados teológicos, vayan á Santo Tomás de Aquino, el Ángel de las escuelas; él, mejor que nadie, sabrá enseñar cosas ultrahumanas, porque es el águila caudal que toca con sus resplandecientes alas hasta los astros que sirven de pedestal á la milicia del cielo.

A mí, me basta consignar que opino que la división de la milicia apoya su origen en la era siguiente al estado impecable. La definición lo dice: tener grupos de ciudadanos disciplinados en actitud defensiva y ofensiva, para CONSERVAR la paz en la república. Se conserva lo que se te-

me su deterioro. Holgaría la palabra "conservar," si no existiere peligro inminente de menoscabo.

A nadie se le ha ocurrido consentir en que el hombre, en el estado feliz, tuviese que precaverse de peligros: la precaución supone perjuicios habidos. Por lo mismo, no creo ninguna división en tales condiciones. Puedo admitir la existencia *in principio* de la milicia, porque la criación fué seguramente disciplinaria, hasta en los seres incorpóreos. Esta admisión filosófica no implica división.

Todos los seres criados obedecían, por constitución propia, al mandato del rey-monarca, sin intervención de códigos escritos. El único reglamento, recibido de viva voz, fué el precepto de que "no comiese la fruta de cierto árbol." La prohibición fijó una ley verbal y para ella no hubo necesidad de más. Los ángeles fueron espectadores, mas no jefes, cuyas órdenes debiese el primer hombre acatar; pues, aunque ambos eran criaturas, estaban en las condiciones de inmortalidad. La diferencia residía en la substancia de formación, pero no en el mando. Los seres alados ejercieron cierto imperio sobre el compuesto de espíritu y barro, cuando, infringiendo éste el mandato divino, dado como una ley, cayó del estado de gracia.

Visto esto, yo desde entonces admito la posi-

bilidad de la división; pues fué cuando, realmente, tuvo principio la familia, base de toda milicia.

Pero, para ser más preciso, yo creo que la verdadera milicia terrestre echó raíces en el mundo después del diluvio, época en que, vuelta á producirse y á multiplicarse la especie humana, produjo la diversidad de razas, idiomas y costumbres. No por esto, repito, dejo de reconocer un origen prehistórico. Al expresarme de este modo, sólo quiero referirme á la verdadera milicia terrestre.

VI

1.—Como el hombre, no obstante haber caído, no perdió el vínculo con la divinidad, quedóle en el corazón la fe del espíritu religioso. Antes de la caída, las necesidades sólo eran espirituales, si me es permitida la frase; pero, una vez que delinquió, sus miras fueron de dos clases: espirituales y corporales. Temeroso, aunque perdonado, llegó á concebir el poder de los peligros, y esto lo hizo extender su mirada sobre los medios de defensa, para ponerse á salvo de los demás seres, los que contra él ya se habían pronunciado.

2.—Naturalmente que, heredando sus descendientes todos sus vicios, heredaron también las inminentes impresiones del temor, los azares y

peligros de la vida. A esto debióse el espíritu de asociación.

3.—No fué tan perfecta ninguna sociedad humana en sus comienzos, porque las cosas, al entrar en el campo de la vida, se hallan en embrionario estado. Tal le pasó, antes de propagarse lo suficiente, á la institución humana. Perfecta fué en el estado impecable, en la primera era de su ser; pero el Criador la hizo retroceder, para volver á formarse.

4.—Poco á poco, y atravesando por mil peripecies, el hombre llegó á la multiplicidad extrema. Considerándose con elementos poderosos, olvidó su principio, entregándose al mundo de la materia, convirtiéndose en animal impúdico y altamente inmoral. Como el caballo desbocado, al chasquido del látigo domador, vuelve á obedecer el freno.

5.—Pero ya entonces comenzó á dividirse aquella molicie humana en grupos. Los principales eran dos: uno que observó la disciplina recibida de sus mayores, y á éste se lo llamó grupo de los hijos de Dios; y á otro que, olvidando hasta el decoro y la dignidad, recibió el nombre de "hijos del hombre," ó grupo mundano.

6.—Mezclándose los unos con los otros, ambos perdieron las nociones de la divinidad; porque el mal cunde con la rapidez del rayo y contagia á todo lo bueno. Para reprimirlos, era ne-

cesaria la extinción, pues el árbol malo merece cortarse de raíz. A este fin, salvándose el único justo en embetunada nave, sobre los demás se desatan la tempestad y el rayo, y perecen ahogados todos.

7.—Cesa la lluvia, y el arco-iris, con sus multicoloras luces, es portador de la oliva de paz.

8.—El único ser superviviente, con su patriarcal gente, salta á tierra y ora en acción de gracias, jurando ser fiel, como lo deben ser las almas agradecidas.

9.—Educa á los suyos bajo dos aspectos, para cumplir con dos misiones á la vez: la una,—y la principal—ser gratos al que los salvó de la muerte segura, y la otra, ser buenos hijos, hermanos y esposos.

De lo dicho se desprenden dos deberes: un religioso y otro social. Ambos son el cimiento de dos órdenes disciplinarias: una religiosa y la otra civil.

Deduzco, con claros argumentos, que en la época de aquel mensajero conservador de la especie humana, llamado Noé, tuvo origen la verdadera milicia terrestre.

Por lo que respecta á las clases que hubo entonces, con sólo reflexionar un poco, se palpan: milicia religiosa y milicia civil. La una procuraba conservar el culto á la Divinidad, y la otra era para conservarse asímisma, esquivando las agresiones á la vida y á los intereses.

Hé ahí, pues, expuestos el origen de la milicia y su primera división, así como las cualidades que han de distinguir á la rigurosa disciplina.

Si la milicia es emanación del cielo, la disciplina tiene que serlo forzosamente, porque su idea es correlativa de la primera. Toda institución descansa sobre una ley: la milicia es una institución, y tan antigua como el mundo: luego debe descansar también sobre una ley que ha de protegerla de los azotes del tiempo y de las asechanzas de los pérfidos.

CAPÍTULO V.

LA MILICIA Y LA DISCIPLINA EN LOS PUEBLOS PREHISTÓRICOS.

I

DADOS á conocer el origen y las cualidades de la milicia y la disciplina, la época á que remontan, urge exponer aquí la influencia que ejercían en los pueblos antiguos, anteriores al pueblo hebreo. Ya que he traído la cuestión desde tan lejano período de tiempo, no serán superfluos datos extensos, á fin de dejar bien tratado un punto que ha sido el objetivo en todas las sociedades constituídas, desde que el mundo es mundo.

Los últimos ataques dirigidos al ejército mexicano, hasta el grado de negarle el valor, el decoro y la dignidad del patriotismo, por quienes debieran estarle altamente agradecidos, me ponen en el caso de pecar de largo y extenso. Unos —pocos, por cierto—se mostrarán indiferentes, altivos é implacables conmigo; pero tengo la con-

vicción plena de encontrar quien sepa apreciar el mérito de esta labor: de los primeros será el reino de los ignorantes, y á los segundos pertenece el pequeñísimo y reducido número de los justos apreciadores del bien ajeno.

A la vez que la milicia, surge la disciplina, como que es la norma de toda agrupación ó colectividad individual. Sujetos á pecado, algo habían que tener los hombres para obedecer al llamado del orden moral. Se vió que las tendencias al mal estaban en todo su apogeo en el corazón de la especie caída, de la estirpe degenerada.

En una era completamente feliz, en un estado extremoso de dicha, en que nada faltábale, el hombre, sin respeto á la ley dada, delinque; desobedece y se deja arrastrar por el apetito desordenado, ajeno á los espíritus puros. ¿Es que las criaturas, desde su formación, llevan en su propia constitución la delincuencia? ¿Estaban formados de materia imperfecta é innoble? Los teólogos, dedicados á deslindar los problemas de esta índole y á despejar incógnitas en el terreno de la predestinación, se pierden, divagando antes que contestar á las objeciones. Muchos argumentos, brillantes exposiciones se palpan en el campo de la discusión; pero, á través de tanto derroche metafísico, no he podido sacar nada en claro: la dificultad queda en pie; la resolución no se obtiene. Rodean de más ó menos matices sus raciocinios, tanto

teólogos como filósofos ascetas y místicos; mas de ese maremágnum de racionamientos nada se deduce. Las argumentaciones podrían ser representadas, aunque con menos ropajes, bajo un aspecto más sencillo, que conduzca á una conclusión rápida y pronta.

Muchos dirán que hay campos, en la vida intelectiva, vedados para las inteligencias bajas y vulgares. Con afirmaciones de ese jáez, no es posible entrar á discutir nada útil para la humanidad. Decidle á un escolástico en qué apoya sus deducciones ético-metafísicas, y la respuesta que dé resulta una paradoja de niños, una deducción que no concluye á los ojos de una filosofía serena y tranquila. No quiero discusiones sobre la esencia de un dogma, pues ya sé de antemano que la razón no alcanza á concebir algo superior á ella, porque su comprensión no puede llegar á las regiones etéreas, donde reside aquel Ser Supremo, organizador de globos y mundos. Aunque lo pretendiese, la pretensión sería una locura. Podría perder el tiempo en divagaciones verosímiles, más ó menos aceptables, filosóficamente hablando; empero, llegará momento en que la razón se tropieza con formidables muros, los que no puede traspasar de ningún modo. Ahí está el misterio. El dogma es misterio, y para la existencia de un ente inferior, es indispensable la existencia del misterio. Tras de lo que no

se ve ni se palpa, está la verdad irrecusable del que todo lo abarca, productor de los seres contingentes: éste debe ser un ente no-contingente, capaz de producir. Alguna diferencia hay en la existencia de ambos seres; no pueden, en ningún estado de la vida, ser iguales, ni aun en el estado impecable de aquéllos.

En la idea de criador y criatura, existe la relación; pero de los términos relacionados se desprende la inferioridad de alguno de ellos. ¿Cómo podrán los teólogos, hasta la evidencia, deducir que en estado perfecto no llevaba tendencias á la delincuencia el hombre? Y si no ellos, ¿serán capaces de hacerlo nuestros "conspicuos científicos," éstos que han probado no conocer ni la extensión comprensiva de las palabras que emplean en sus argumentaciones? Bien que la convicción que domina en mi pecho respecto del dogma, á veces, me impide discutir sobre estas cosas, ocasiones hay, en que el escepticismo me postra y pretendo arrancarme la fe que heredé de mis mayores. Sé que el misterio, moralmente hablando, es al hombre lo que el sol al mundo animal: indispensable. En el orden religioso—parece hipérbole—la sombra es luz que ilumina. En vista de esta verdad indiscutible, porque no hay razón que puede discutirla, han podido afirmar los apologistas católicos la verdad incontrastable de la Religion Católica: pues reli-

gión sin misterios ni dogmas, no cabe concebirla.

Veces hay en que la razón, poderosa de inventiva, acorta el vuelo, cuando pretende ir á regiones desconocidas, traspasando los límites de sus facultades. Por las cosas naturales, es fácil deducir lo sobrenatural, empleando la serie silogística que conduzca ahí; pero qué clase de orden será el sobrenatural, se conjetura, pero no es posible que se afirme. Se afirma lo que se conoce, siéndole imposible á la razón ir más allá. Entonces, abreviando caminos, se opta por la aceptación del misterio: lo que no se llega á concebir, no importando el nombre, constituye lo que se ignora, el dogma.

Decidme, sabios teólogos, ahora, ¿hubo propensión en el hombre á la delincuencia en el estado perfecto? Si negáis, estoy en la posibilidad de afirmar; si afirmáis, siguiendo doctrinas de sabios expositores, tendré que negar. Y vedme aquí con argumentos en pro y en contra, unos y otros poderosos, casi irrefutables: teológicamente, parecen invencibles; pero, filosóficamente, surge el conflicto, la imposible existencia de una cosa que es y no es, á un mismo tiempo.

Argumentemos.

II

1.—¿Hubo propensión á la delincuencia en el estado perfecto?

La doctrina vuestra tendrá que decir: NO. Y esta será la doctrina teológica.

También teológicamente, yo diré que SI.

Basta, en confirmación, manifestar la rebelión angélica, que costó la perdición de muchos seres puros, incorpóreos é intangibles, humanamente hablando. Tengo entendido que, una vez criados, fueron puestos á prueba, y lo que se pone á prueba, tiene que estar propenso á delinquir, á caer en algo de la desaprobación del ser generador, como de hecho pasó: algunos resistieron y pudieron triunfar, salvándose del abismo, mas muchos se hundieron.

2.—Luego, habiendo estado propensos los mismos espíritus superiores á la delincuencia, no creo que el hombre, formado de materia corruptible, no lo estuviera. Al criarlo, se lo puso á prueba también, imponiéndole un precepto, el cual desobedeció, cayendo en el pecado y en las consecuencias inherentes á todo delito.

3.—Mas, para cumplir con vuestra misión filosófica, tendréis que afirmar; entonces, usando los resortes teológicos, diré: lo que está en un estado perfecto, no está propenso á nada malo, porque esto pugnaría con su constitución: el hombre, puesto en estas condiciones, fué criado en estado perfecto también: luego la propensión á la delincuencia era imposible.

4.—El silogismo concluye; ¿me exigís prue-

bas de evidencia? No las sabré dar: carezco de los recursos filosóficos para llegar á la deducción completa, después de una exposición sucinta y tangible. Para mí, esto es un misterio.

Tanto porque mi concepción se ofusca, como porque no debo navegar en un piélago de conjeturas, quiero concluir, salvando la parte dogmática: que de la propensión á la delincuencia, DESPUÉS DEL ESTADO PERFECTO, nacieron las necesidades de la disciplina humana. Poco extendida la especie, á raíz de la fatal caída del primer hombre, las dificultades con que pudo tropezar éste fueron insignificantes; aumentaron, á medida de la propagación.

La influencia directa del mal quedó palmariamente demostrada por el sér humano, cuando cometióse el más grave delito que señala la historia de la criminalidad: el fratricidio. Dos almas, frutos de las recíprocas caricias de aquellos habitantes felices del Edén, lanzados de él en fuerza de su propensión á la desobediencia de los mandatos recibidos, ponen el pedestal de la multiplicidad humana. Eran dos espíritus diferentes, dos temperamentos desemejantes: Caín, nervioso, malévolo, incapaz de sentir algo noble; y Abel, pacífico, tranquilo, de una alma pura como la de un ángel, hecho para todo lo bello y lo sublime, y capaz de todo lo noble. Ambos, con distintas miras, son soldados de la vida, luchadores pri-

mitivos por el sostenimiento de los principios de la humanidad. El uno, como todos los perversos, altanero, irascible, maquina el relajamiento de la armonía y rompe la base de la disciplina, atentando contra su propio hermano. ¿Por qué conspira contra la vida de un hombre bueno, que da al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios? Sin motivo alguno, á no ser la inclinación de los rebeldes que lleva en la sangre, convierte en arma homicida el despojo de un asno y se lo hunde en el pecho del hermano, dejándolo exánime y tendido en el suelo. ¿Qué mal le pudo causar su víctima? No hubo motivo para la venganza, porque el celo por el bien ajeno no es argumento de excusa, ni lo ha sido en ningún tiempo.

Abel pagaba los tributos exigidos por la divinidad; daba á Jehová lo mejor de sus rebaños. ¿No había de ser más grato á él? El padre, aunque ama á todos sus hijos, prefiere al mejor. Caín era un malvado, pecador empedernido; tarde ó nunca pagaba la deuda contraída con su Dios, y, cuando lo hacía, daba lo peor. Abel, por lo contrario, nacido para recto ciudadano, ofrecía lo mejor de sus haberes en holocausto. De ahí el rencor satánico de aquel pérfido; no pudiendo ejercer sus nefandos instintos, engañó, conspiró, y logró cometer aquel primer delito con todas las agravantes de ley: con sañamiento, alevosía y ventaja.





Humeante la sangre de su víctima, parece reir de su acción altamente inmoral cuando se le interroga: "¿Qué has hecho de tu hermano, Caín?" Y, al igual de todos los criminales, responde: "¿Acaso soy el guardián de mi hermano?"....
"Vaga fugitivo y miserable en castigo, hasta que expíes tu enorme crimen," replica una voz de trueno, imperiosa, que llena el espacio.

Y aquel execrable fratricida, llevando en el alma el tormento, suelto el cabello, como las fieras selváticas, vaga sin encontrar paz ni reposo en su agitada fuga por bosques y desiertos; hasta que perece devorado por las bestias salvajes.

En el delito está el castigo.

III

En aquellos dos seres descansan dos distintas generaciones, casi enemigas, la una en frente de la otra pasando á la posteridad, y reproducciones directas de uno y otro. Caín forma á su sombra una prole agresiva, enemiga de todo orden y de toda disciplina, propensa al delito y siguiendo el ejemplo deplorable de su fundador. Abel, abnegado hasta el sacrificio, noble, generoso y bueno, da origen á una pléyade de virtuosos, dignos de su padre y fieles conservadores de las reglas recibidas. A través del tiempo, los hijos de Caín

propagan las costumbres disolventes é implantan la injusticia y el crimen como único patrimonio recibido: todo lo bueno lo odian, lo execran; era la materia impúdica pretendiendo establecer el reino de la mentira, para derrocar al espíritu, hechura perfecta de Jehová. En cambio, los hijos del primer mártir del deber y de la justicia heredan las virtudes de aquella alma tan benigna, y, amantes de todo lo bueno, siembran la semilla del derecho. Los unos, predicando el vicio, se pusieron en contra de los otros, que predicaban la verdad. Perfectamente pertrechados, guardaban, cada cual de los dos grupos, como timbres de legítima herencia, los antecedentes de sus respectivos progenitores.

No eran muchas las leyes que obedecían y hacían obedecer. Como dos únicas facciones humanas, formaron dos tribus, ó pueblos, sujetas á distintos principios: la descendencia fratricida, olvidando toda clase de deberes morales, se dedicó á la materia, dándole pábulo á las pasiones de la carne; la obediente, virtuosa y buena, tuvo por base el mundo del espíritu, dejando á la materia en el justo medio que merecía.

Para la una, el crimen era una virtud; para la otra, la idea de lo grandioso estribaba en un principio altamente puro, inmaterial. Deducía cada quien, según sus inclinaciones, las leyes más acomodaticias á su nivel moral. De aquí surgió una

disciplina perfectamente distinta para ambas, defendiéndose de los ataques recíprocos; pues, opuestos los medios de la lucha por la vida, llegaron á los extremos en el combate, sostenido desde los comienzos de su formación.

Natural era que, para obtener ventajas, procurasen dictar disposiciones de elevada organización social, á fin de conservarse en sus respectivas posesiones de dominio. Al principio, cuando las disidencias eran tan sólo por cuestión de principios é ideas, pudo la lucha ser más llevadera; pero, una vez crecidas las dos tribus primitivas, vino á ser más difícil la cosa: á la cuestión de la diferencia de temperamentos heredados, se agregó la de intereses y posesión de dominio. Predispuestos los ánimos de antemano, no es difícil comprender la fuerza de las divergencias.

Aquellos pueblos—podemos llamarlos así—ramas de dos tribus hermanas, acudieron á los medios agresivos de defensa, y empezaron á buscar los elementos más á propósito para la campaña.

Por más en embrión que estuviesen, no ignoraban que, en semejantes casos, la defensa está en acaparar mayores elementos de lucha, pues la victoria se posesiona del más poderoso. A este fin, aguzaron la inteligencia y comenzaron los inventos destructivos. . . .

IV

Confundidos los habitantes, por la mezcla habida posteriormente de los unos con los otros, surge de nuevo la especie humana multiplicada. Cómo y de qué manera fué esto, ya queda dicho en otro lugar. Pero, por el estado del hombre de entonces, el jefe inmediato, por decirlo así, de aquellas masas, era el mismo Dios, quien, imponiendo terribles castigos, imponía la disciplina y el orden; pues, afectos los pobladores á hacer su santa voluntad, pronto olvidaban sus deberes. Mas, desbordándose el río de su cauce, vuelve á su lecho mediante los valladares de las presas que se construyan. Así Dios; tan luego como aquella milicia se hundía en los abismos del crimen, aplicábale el castigo consiguiente, como general experto para disciplinar tropas olvidadizas de sus deberes. Obedeciendo á esta conducta, provino el diluvio. . . .

Con los tres troncos nuevos, el linaje humano brotó más frondoso y mejor dispuesto, porque los tres nuevos generales, á las órdenes del generalísimo, comenzaron sus labores bajo un plan rigurosamente disciplinario, y vieron crecer en su torno á tres pueblos, llevando cada uno el nombre de su jefe fundador.

Vistos los terribles estragos que hicieron las

aguas con tanto ser delincuente, ¿sería fácil la reincidencia en el pecado? Mientras la materia ocupe parte principal en el hombre, el crimen tiene que ser inherente á él, con tendencias al triunfo siempre.

Efectivamente, aunque más bien dotados los nuevos pueblos, vino en ellos el enfriamiento del deber, y empezaron, de nueva cuenta, los abusos y los caprichos arbitrarios. A pesar de la voz de los profetas, que arengaban y exhortaban á los viciosos, el desenfreno tomó incremento y grandes proporciones. No obstante comenzar sobre los mismos principios y obedeciendo á las mismas leyes, en breve se dividieron, y cada tribu tomó á poblar determinada región del globo conocido. De esta decisión, nació entonces, bien definida, la existencia de tres pueblos con diferentes costumbres, usos y hasta color de raza.

Conforme más iban retirándose de las leyes morales, chocaban entre sí, al grado de producirse grandes discordias entre ellos.

Cada tribu ó pueblo procuraba hostilizar á los demás, quitándoles elementos de vida, por grado ó por fuerza. Al crecer, procuraban ocupar posesiones ajenas, obtenidas en virtud de la superioridad física; porque, para sostener alegados derechos, tenían en disponibilidad cierto número de ciudadanos dedicados á ello. Obedecían éstos á ciertas disposiciones que daba el jefe del

pueblo, quien era sacerdote y gobernante; pues, en vista del número, tuvo origen un sistema nuevo de gobierno. Al principio, el mando recayó en los ministros de culto, por ser los legítimos representantes de la autoridad divina. A este sistema se lo llamó "gobierno teocrático," porque reconocía á Dios como fuente y propietario único de toda administración. La voz de este jefe era obedecida sin reticencias, siendo castigado todo aquel que no acatase los mandatos del sacerdote, pues, desobedeciéndolo, el ultraje era de carácter divino: para conseguir una obediencia absoluta, los castigos eran terribles, y hasta infamantes para nosotros.

En un principio, los tres pueblos primitivos seguían el mismo sistema administrativo, hijo de las necesidades de la época; por lo que no era de extrañarse que los mismos ministros del cielo resolviesen sobre vidas é intereses, rompiendo hostilidades con el vecino cuando recibiesen una injuria. Tal conducta, á través de los tiempos, hasta hace poco, fué imitada al pie de la letra entre nosotros que la heredamos de los españoles, pueblo excesivamente fanático en este sentido.

Dadas las circunstancias de lugar y tiempo, aquella disciplina era imperfecta, pero conducía al fin, que era la defensa. Para los casos de lucha, todos los de la tribu tenían la obligación de

aprestarse al combate. Cuando las desavenencias no eran de ideas religiosas (esto, raras veces acontecía), habiendo tanto terreno despoblado, era difícil que se llegasen á las manos, pues optaban por el desalojamiento de posesiones, é iban á otro lado, ó despojando á los débiles de sus propiedades, ó poblando nuevas comarcas fértiles y productoras de lo indispensable para las pocas necesidades que tenían que llenar.

V

Estudiando un poco detenidamente el carácter de aquellos pueblos primitivos, se nota una milicia en ellos relativamente disciplinada y sin conocimiento regular de los elementos de defensa.

Por varios motivos, tal vez en vista de la multiplicidad, muchas tribus se segregaron de las tres principales y formaron grupos separados, con costumbres, ideas, religión y todo propio, estableciendo sus dominios distantes las unas de las otras, á fin de ponerse, probablemente, á salvo de las asechanzas. Fijadas sus posesiones en apartados lugares, pudieron hasta perder la memoria de la existencia de otros pueblos. Según el temple de moral que aun conservaban en sus pechos, eran más ó menos religiosos; aunque muchas—por no decir que todas—perdieron la idea de los vínculos que debían unirlos con Dios. Natural-

mente, en virtud de tal desequilibrio, los patriarcas y profetas empezaron sus grandes misiones cerca de los pecadores, procurando volverlos á sus verdaderos pasos. No se puede decir que los frutos hubiesen sido muchos, á pesar de muchos esfuerzos y muchas energías gastadas: aquellas gentes estaban encenagadas en el vicio de la carne. Cuando las multitudes se desnivelan, no hay poder humano posible para nivelarlas, porque la rebelión de la carne es la peor de las rebeliones: sus flaquezas habían producido muchas catástrofes; sin embargo, olvidado el castigo tal fácilmente, se vuelve al delito.

Cosa idéntica pasó con aquellos pueblos primitivos. ¿Había que dejarlos así? Del desorden no era difícil sacar una colectividad disciplinada. Si es verdad que delincuentes, relajados y todo, procuraban los medios de la defensa, también hay que convenir que esto no era todo. La comprensión misma del individuo pedía algo más: la disciplina, que, de ningún modo, por más embrionaria que fuese la condición humana, podría estar sujeta al aumento ó á la diminución. Capaz de adaptarse á los diversos grados de perfección, tenía que ser observada en todo su vigor.

Los pueblos primitivos perdieron el respeto á sí mismos, perdiendo las generalísimas nociones enciclopédicas de la ley: dedicados, en un todo, á un fino terreno, echaron en saco roto las instruc-

ciones disciplinarias, observadas en un principio, según el carácter de cada tribu ó pueblo de las mismas costumbres.

Era, pues, completamente imperfecta la disciplina; ¿sería por la incapacidad de los observantes? Pudiera suceder esto. Pero lo cierto, puesto fuera de discusión, es la adaptación, desde los comienzos de las sociedades, del hombre al espíritu de asociación, de lo que nació la ordenanza, el reglamento, la ley. Perdidas las nociones de justicia, con uno ú otro fin, resurgían con más empuje. Y por tantos golpes recibidos, vino la imprescindible necesidad de la organización miliciaca, con carácter de ofensiva y defensiva; sólo que entonces, como ahora, el fuerte aniquilaba al débil. Para que se guardase el equilibrio, dió principio una nueva era: el establecimiento de grupos permanentes, dedicados á asegurar la paz exterior é interior.

Contémplese bien aquel período de tiempo, y se verá la influencia que ejercían la milicia y la disciplina en las tribus primitivas.



CAPÍTULO VI.

ORIGEN DEL EJÉRCITO.—¿QUÉ COSA ES EJÉRCITO?—EL PRIMER PUEBLO MILITAR.

I

INICIÁBASE, con el transcurso de los días, y surgía del seno de aquellas turbamultas y muchedumbres desmoralizadas, un pueblo de constitución diversa, amante fijo del orden y de la estabilidad. De las múltiples tribus que poblaban ya el globo, Dios seleccionó la mejor de todas, para formar una distinta, sujeta á sus preceptos divinos. Caído el linaje humano, hubo una promesa, y en su cumplimiento residía el rescate de la especie, ya entregada en manos de la impudencia. Mas, para el cumplimiento de lo ofrecido, había que preparar mucho terreno. Por eso se procedió á la organización de la nueva tribu, que apoyaba su cabeza en Abel, el hijo bueno.

No era posible abandonar en el desorden más

completo á los hombres; prepararlos, era redimirlos: la promesa era redención A este propósito, obedecía la nueva tribu formada. Se seleccionó para que de ella surgiera el redentor de todo el linaje. Con esto, era directamente vigilado por Dios mismo, poniéndose en comunicación directa con los jefes que la comandaban.

La tribu á que me refiero llámase pueblo hebreo, porque tuvo por primer jefe á Abraham, hombre justo y temeroso de Dios. Este pueblo, por circunstancias providenciales, arrastrado por el hambre, llama á las puertas extrañas, para proveerse de víveres, instala sus tiendas en medio de otro pueblo pagano, quien, al fin, lo cautiva y lo retiene arbitrariamente en sus dominios, impidiéndole la marcha. Referir las peripecies de aquella retención injusta, debida á las disposiciones de un monarca enemigo del bien ajeno, no corresponde á este estudio; quédese la tarea para los historiadores sagrados.

Al fin de muchas idas y venidas, Faraón se resuelve á conceder la libertad de un pueblo predestinado para grandes y maravillosas jornadas. Al frente de las multitudes hebraicas marcha Moisés, jefe aguerrido del pueblo. Aquella jornada se hizo con riguroso orden militar y conforme á una ordenanza disciplinaria.

Desde entonces se llegaron á dar las primeras disposiciones para la formación de un ejército,

listo para la defensa del pueblo, en caso de ataque.

Contemplad á aquellas masas populares obedeciendo á un solo jefe, y veréis claramente cuál fué el origen del ejército.

II

Retrocedamos.

Para conocer más detalladamente la cuestión, precisa saber lo qué es ejército.

En la Sagrada Escritura, á cada paso tropiezo con la frase "Dios de los ejércitos." Los mismos pueblos, diseminados y sin freno, imploraban el auxilio de la Divinidad, aplicándole epítetos militares. No hay autores antiguos que no emplean términos miliciacos en sus escritos. Inconcusamente, que la idea del ejército es tan antigua como la de la milicia, pues juzgo imposible la existencia de la segunda sin que exista la primera, por la sola razón de ser correlativas.

No habiendo agrupaciones sin jefes, tienen que estar organizadas, imperfectas ó perfectas, bajo un plan militar; no hay planes militares sin ejércitos.

Ya vimos que la creación obedeció á un plan eminentemente militar: si se trata del mundo incorpóreo, estaba formado--y aún lo está--por gru-

pos militares, habiendo jefes, oficiales y soldados, qne reconoce la Biblia y admiten hasta los filósofos más descreídos. Y esto es natural, porque un régimen de subordinación es el único adaptable á los gremios colectivos, ya sean de seres alados, ya de seres mortales. Síguese de esto que los cielos están poblados por ejércitos disciplinados, obedeciendo á su propia constitución militar.

Pasando esto en los espacios de eterna felicidad, ¿dejará de suceder en un mundo de materia? Sin un plan militar de disciplina y orden, creados los coros celestiales en un grado perfecto, todos hubiesen pretendido, á la par de Luzbel, colocarse á la altura del mismo que les dió ser de substancia, no preexistente: de la nada. Al mismo tiempo — simultáneamente — de querer Dios la formación de los mundos y sus habitantes, quiso el orden militar. Sólo esa era la manera de reducir á la obediencia á una criatura.

Tal como tuvo lugar en los cielos, en la tierra imperó, ó imperaron la milicia, la disciplina, y, por ende, el orden militar. De donde se infiere la necesidad de los ejércitos, salvadores de la ley.

En el mundo de la materia, no es posible concebir muchas ideas sin las correlativas. Para formarse idea, por ejemplo, de la majestad de un mandatario, se tiene presente la ley del manda-





to, su objeto é imprescindible necesidad; los beneficios que reportan á la colectividad. Valiéndome de la magnífica expresión de Descartes, puedo asegurar que las cosas profanas de los seres intelectivos se encadenan de tal manera, que son asimilables al engrane de las ruedas de un perfecto cronómetro, en que todas las piezas, por pequeñas que sean, contribuyen á la marcha precisa del reloj. Conduce tal afirmación á probar la relación directa que existe entre las ideas humanas. Habiendo, por lo mismo, un plan militar, tiene que haber agrupación que sostenga ese plan y lo ponga á flote, salvándolo de las innumerables vicisitudes á que están sujetos los pueblos y los hombres.

Ya vimos que tal procedimiento existe en un mundo de mayor perfección fuera de prueba alguna; no hay que dudar de su existencia en donde más se necesita: en un mundo de criaturas finitas. En la actualidad, refiriéndome á nuestro medio político, los señores del Partido Científico, con sus hechos, están probando la necesidad de esa existencia.

Mas, reduciéndome, quiero conceder que la existencia de los ejércitos en los pueblos prehistóricos fuera imperfecta; pero la imperfección no probaría la no-existencia, sino una existencia en estado embrionario imperfecto, á lo más. ¿Qué mundo material comienza por la perfección? Si,

dadas las teorías de los más profundos geólogos, la tierra fué adquiriendo mayor solidez á medida que del tiempo, no veo ninguna razón poderosa para que varíen las aplicaciones, en tratando de colectividades humanas; las que, no por estar dotadas de cierta preferencia espiritual, dejan de estar sometidas á las mismas leyes universales de la materia animada En igualdad de circunstancias está el ejército, institución también humana: comenzando su existencia con el mundo, ha debido evolucionar en el perfeccionamiento, conforme van avanzando los medios de lugar y personas.

III

Ciertamente, pudieron los primitivos pobladores apenas conocer la institución: mas, del más ó menos conocimiento que tuvieren de ella, no se deduce su ignorancia respecto de la criatura. Todo lo cual me pone en el caso de sentar que el ejército, institución tan antigua como el tiempo, fué perfectamente conocido en las épocas prehistóricas, y aunque imperfectamente, implantado entre las diversas tribus habidas entonces sobre el haz de la tierra. Yendo más allá, me atrevo á asegurar, que los antiguos, recibiéndolo de orden superior y por herencia, lo establecieron como indispensable para la conservación de la paz.

Expuestas las anteriores razones de origen, será oportuno definir. Ejército, en el sentido lato de la palabra, es: determinado número de ciudadanos, disciplinados y bien armados, cuya misión es de defender los intereses de un pueblo ó nación.

Presentes las vicisitudes de la vida, como los individuales, también peligran los intereses de un país, y, para ponerlos á salvo de las asechanzas, se sostienen los ejércitos; de modo que el destino no puede ser más sagrado. El ciudadano, por derecho divino, está en el deber de defender á la patria en que nació. Sólo olvidando toda clase de deberes, es posible desentenderse de una obligación impuesta por prescripción superior. Si para acudir á la defensa de un pariente, en caso de peligro, justifica nuestra intervención y ayuda la sangre, para ir en ayuda de la patria, lo justifica un amor inexplicable que nace con el individuo y del cual es materialmente imposible prescindir.

Tres amores constituyen la fuerza del corazón: amor á Dios, amor á la patria y amor á los padres. De ellos, nadie puede desligarse, porque están sepultados en lo más profundo del sentimiento. Las infracciones son delitos graves que castigan las leyes divinas y humanas. Quien no ama á su Dios, es un miserable á quien la sociedad repudia y detesta; quien no ama á la patria, es

un hijo espúreo, abominable por traidor; y quien odia á sus padres, es un ente execrable, digno del estigma social. Por lo mismo, la historia humana designa con terribles frases á los hijos ingratos sin Dios, patria ni hogar.

Por más que se quiera, no es posible no fomentar esos tres amores y dejar de levantarles altares en el corazón. Unidos siempre, han venido á labrar, ó la felicidad de los pueblos, ó su desgracia. Al cumplimiento de tan sagrados preceptos se dedican los ejércitos, porque ellos, vigilando por los intereses patrios, defienden el culto divino y el amor paterno. ¡La patria encierra todos los afectos nobles!

¿Se podrá negar la anterior afirmación? Creo que lo podrá hacer algún miembro del Partido Científico, nunca un verdadero patriota.

El papel que desempeña el ejército en un pueblo, á más de ser levantado, es grande; pues la misión es alta: la defensa de los intereses nacionales.

"Y si la definición da á conocer tan sólo á determinado número de ciudadanos dispuestos á la defensa," en los momentos del peligro todos los ciudadanos están obligados á ponerse en el servicio activo, porque entonces todos deben ser soldados. Casos dignos de imitación tiene la historia á este respecto, en que hasta las mujeres y los niños se batían para salvar el honor nacional.

IV

Los verdaderos ejércitos, ya está dicho, comienzan con el pueblo hebreo, único que, á través de los tiempos, conservó un carácter verdaderamente militar. Huyendo del poder de los Faraones, obedece á la voz de un general, que lo era Moisés, el porta-estandarte del pueblo. Aquellas masas, con bienes y todo, comienzan su jornada hacia la tierra de promisión.

No digo que hubo entonces otros pueblos de constitución militar, porque en ellos, antes que la disciplina, reinaba el desorden; mientras que los hebreos, después de varios lustros, cambiando de jefes, pudieron coronar su marcha llegando á la tierra prometida, cuna de sus padres.

No falta historiador que afirme que el pueblo hebreo, sin su carácter de militar, no hubiera llegado á su final destino; sino que, confundido y esclavizado, no hubiera tenido valor para sacudir el yugo de la opresión. Ya sea Moisés, ya Josué, los jefes hebreos fueron los primeros militares que comandaron tropas tan numerosas en los pueblos antiguos, y gracias á ese régimen disciplinario, en todos los encuentros pudieron triunfar.

Así como fueron los descendientes de Abraham los primeros soldados, no es aventurado de-

cir que también establecieron los primeros sistemas de gobiernos militares, únicos capaces de reducir al orden á las multitudes desenfrenadas. La razón es obvia. Los pueblos de sistema militar llevan una disciplina más rigurosa y dura, inflexible. ¿Qué sería la débil voz de Moisés, sin ese recurso absolutista de mando? Las turbas, faltas de alimentos, las más de las veces, en castigo de su rebeldía, se habrían levantado, como llegaron á hacerlo, para pulverizar á su jefe.

Algunos—los creyentes—tendrán poca fe en estos argumentos, pues dirán que el pueblo hebreo era gobernado directamente por Dios, y Moisés y sus sucesores, como Josué, introductores del pueblo á la tierra de promisión, sólo fueron los intermediarios. En este caso, más poderosa sería la razón que me pudiese asistir en mis conclusiones, porque querría decir que Dios mismo autorizó á los gobernantes militares como necesarios é indispensables para pueblos levantiscos y desobedientes á las leyes dadas, verdad que vengo sosteniendo.

De modo que el ejército, institución tan vieja, es hija de las necesidades, y remonta á épocas bien lejanas de nosotros. ¿Cómo será posible que se proclamen en contra de él ciertos grupos de ciudadanos? Ni por su antigüedad, ni por su origen, deja lugar á sospechas respecto de su imperiosa necesidad en los pueblos.

Si el pueblo hebreo, predestinado, como que de él tenía que nacer el Salvador del mundo, apeló á los sistemas militares; constituyendo ejércitos, ¿será posible que nieguen la bondad de los sistemas militares nuestros políticos de hoy? Los insultos lanzados contra el ejército, aunque á nadie dañan, sí tendrían que alcanzar hasta los tiempos primitivos, pues desde allá viene la institución.

Se pretende dizque volver por los fueros del orden civil, dándole lo que le pertenece, el gobierno de la república. Ignoro las razones que haya para el caso. Recorrida la historia, nada encuentro que diga que los gobiernos son exclusivos del poder civil; en cambio, sí tengo á la vista datos poderosos é irrefutables que me ponen en el caso de reclamar para los pueblos díscolos y altaneros el imperio de la espada. Una afirmación de esta índole, podrá ser escandalosa para los adversarios del ejército, pero está justificada y comprobada ante la historia.

Es fácil que los demás pueblos primitivos tuviesen ejércitos y gobiernos militares, pero nunca pudieron ser tan viriles como el hebreo; por lo mismo, á este pueblo señalo como el primero militar.

Tomada posesión de la tierra de promisión, se dedicó á conservarla por medio de las armas, aniquilando á los que pretendían invadirla. La lu-

cha duró hasta la venida de Cristo, época en que ya la milicia había llegado á un grado de relativa perfección, descollando, por su bravura y disciplina, los ejércitos persas, griegos y romanos.

CAPÍTULO VII.

EL PODER DE LOS EJÉRCITOS.—¿QUÉ COSA ES EL MILITARISMO?

I

PARECE bien fácil la misión de los poquísimos mexicanos de constituirse en declamadores, calumniando á las instituciones viriles, sostenedoras de las garantías democráticas; pues se ha creído que el país, á estas alturas, se deja embaucar y engañar candorosamente. Empero, este es un error, que, á todo trance, conviene desvanecer.

Hay que recorrer la odisea de la humanidad, para, con fundamentos, desechar de plano doctrinas y teorías perniciosas. Podría ser largo y cansado, pero, á riesgo de todo apodo, quiero examinar.

Si yo, en estos momentos, dijera que el poder es la victoria, no faltará alguno que se escandalice; mas, con el escándalo y todo, el poder es victoria, diré de nueva cuenta.

Historiemos un poco.

Los ejércitos, en todas las épocas, han sido la palanca de todos los pueblos y de todas las naciones; y el país que más disciplinados los tuvo, ese ha podido pasear victorioso sus huestes. El pueblo de Israel, sosteniendo campañas sin cuento, en su tránsito de Egipto á la tierra prometida, llegó á dar los mejores argumentos para mi aserto. Sucédele, como viril, el pueblo persa, comandado por uno de los generales más sobresalientes del mundo, Alejandro Magno: rompiendo las aguas de los Dardanelos, á la cabeza de sus legiones militares, escribió con caracteres de fuego la historia persa.

Y ¿qué se me dirá de Atenas y Esparta? ¿Qué del ejército romano? A no ser por la fuerza de sus armas, ninguno hubiera dejado huella alguna á través de los rigores del tiempo.

En vano se pretenderá borrar de las hojas contundentes de la historia las razones alegadas en el campo de batalla, porque yo no concibo hazaña, digna de mención, que no haya tenido por pedestal una proeza militar. Los grandes hechos de la humanidad descansan en acciones militares. ¿Se quiere denigrar á todo lo heroico, á todo lo sublime....? Entonces es fácil atacar al ejército.

Ni la leyenda ni la Biblia, texto del creyente, serían capaces de existir sin los actos militares: un sueño de locos fuera la primera; porque

¿dónde estarán Argos, Aquiles, Esparta y Atenas, si se niega lo que á ellos les dió fama, renombre y poder? Vana ilusión sería la Iliada, la inmortal producción del genio humano, el monumento más sublime que nos han legado las edades pasadas. ¿Cuál es el argumento de lo que tanto ha impresionado á los amantes de lo grande? El valor inaudito, la heroicidad indiscutible, el arrojo, descansan en la disciplina militar, en las columnas desplegadas y batiéndose en fila contra un enemigo superior en número y elementos. La inmortalidad es el producto de aquellos helenos cuyas acciones cantaron Homero y Virgilio, en época estrofa. El soldado griego, en lo recio del combate, repartiendo tajos á cuchillo limpio, y Tirteo animando con los bélicos sones de su cítara á la pelea, es lo más bello, lo más sublime y lo más grande de la leyenda pagana.

Pudieron perder los hombres hasta las nociones rudimentarias del verdadero Dios, pero el patriotismo nunca desmereció en los pechos varoniles, patriotas y heroicos: si olvidaron á la Divinidad, llegaron á reemplazarla con el dulce nombre de "patria." Hubo época en que Dios era la misma idea que el suelo en donde nacían. Recorred la historia, y sabréis apreciar en todo su valor lo que afirmo.

Tal es la leyenda griega. Perdonaban los helenos todo agravio, pero al que era poco afecto

á los ejercicios militares lo veían con desdén y alto desprecio. Porque la grandeza de aquel pueblo extraordinario estribaba en sus altas prendas militares: padres, amor y placeres eran pospuestos á las prerrogativas de patricios; eran el premio obtenido en el campo de pelea, por sus acciones de guerreros. Retrato fiel de lo que los griegos fueron, como soldados, es la Iliada. De ahí su grandeza como monumento de arte.

No hay virtud posible sin valor, y éste pertenece á los ejércitos. El creyente es soldado, el pagano es soldado, y el indiferente es un miserable que vegeta, pero no vive. Quitadle á la sublime producción de Homero los combates, y no habrá arte ni belleza. Aquiles, empuñando su poderosa y pesada lanza contra sus enemigos, es el dios de los griegos, el éxodo, la vida. El griego no admitirá otra grandeza que no sea militar; por eso, el cantor de tantas proezas pasa de generación en generación como un ente extraordinario: á pesar del tiempo, no importando la distancia, aparece como una figura de semidiós. Poeta é historiador, vale más que Demóstenes; vate y profeta, supera á Cicerón; porque Demóstenes y Cicerón no escribieron la odisea del bélico pueblo cuna de guerreros, repúblicos y filósofos; ni condensaron en una leyenda las leyes sagradas y profanas que norman las acciones del hombre. ¿Qué vale la voz de un orador que desafía las

iras, despreciando la vida, de los poderosos? A los que se enfrentan con los magnates, se los llama mártires; pero á los que dictan leyes y animan á un pueblo al combate, en defensa de sus intereses, se los apellida héroes.

De estos últimos era Homero Valiente inválido, heroico repúblico, narra en su divina Iliada los hechos que hoy asombran á la humanidad. Para él, no eran hijos de Grecia los que no sabían el arte de la guerra, ni patriotas quienes no respetaban las instituciones militares.

Tampoco la Biblia sería admisible sin el poder de los ejércitos; porque el Génesis sería una mentira sin el triunfo de los ángeles buenos sobre los malos; el Éxodo, una paradoja sin los encuentros mil y peripecies sin cuento del pueblo hebreo en su jira por los desiertos de Arabia en pos de la tierra de promisión; el Levítico, una falsedad, sin el conjunto ordenado de los encargados del culto, y lo demás una inventiva de cerebros enfermos. Pues la belleza bíblica reside en los combates de los escogidos; porque, para llegar al cumplimiento del deber, era precisa la lucha. Ignoro cómo pueda ser verdadera la Biblia, si, siendo una historia santa, deja de ser la narración de hechos: toda historia tiene que consignar las acciones de guerra, y éstas acciones no son posibles sin ejércitos.

Mas, precisamente, la grandeza admirable de

ese Texto, compendio de todas las leyes divinas y humanas, consiste en la narración exacta del formidable ejército hebreo: éste triunfa, porque dispone de elementos superiores á los que tenía el enemigo; lo asedia y lo arroja de sus posesiones, debido á la mayor pujanza de sus tropas y á la disciplina de sus jefes. Sin esta circunstancia, ¿sería fácil que Josué, ni jefe alguno, hubiese tomado la tierra anhelada?

Los hebreos debieron la victoria al poder de sus armas, pues—y estoy plenamente convencido de ello—que, sin esta circunstancia, podían haber estado esperando tomar posesión hasta el día......

II

Nada grande que exista bajo el sol procede sin las armas: monumentos de arte, trofeos de gloria, y todo lo que han querido que sea inmortal es producto de la lucha, la cual no concibo sin poder ni fuerza.

Tras del explorador, que va en pos de reliquias históricas, marcha el equipo de guerra, pues ni la investigación científica se obtiene sin la actitud defensiva ú ofensiva. Así como Atenas y Esparta, surge Roma, la matrona de tierras y mares, al impulso de un acto de guerra. Las divisiones de raza, la conservación de las costum-

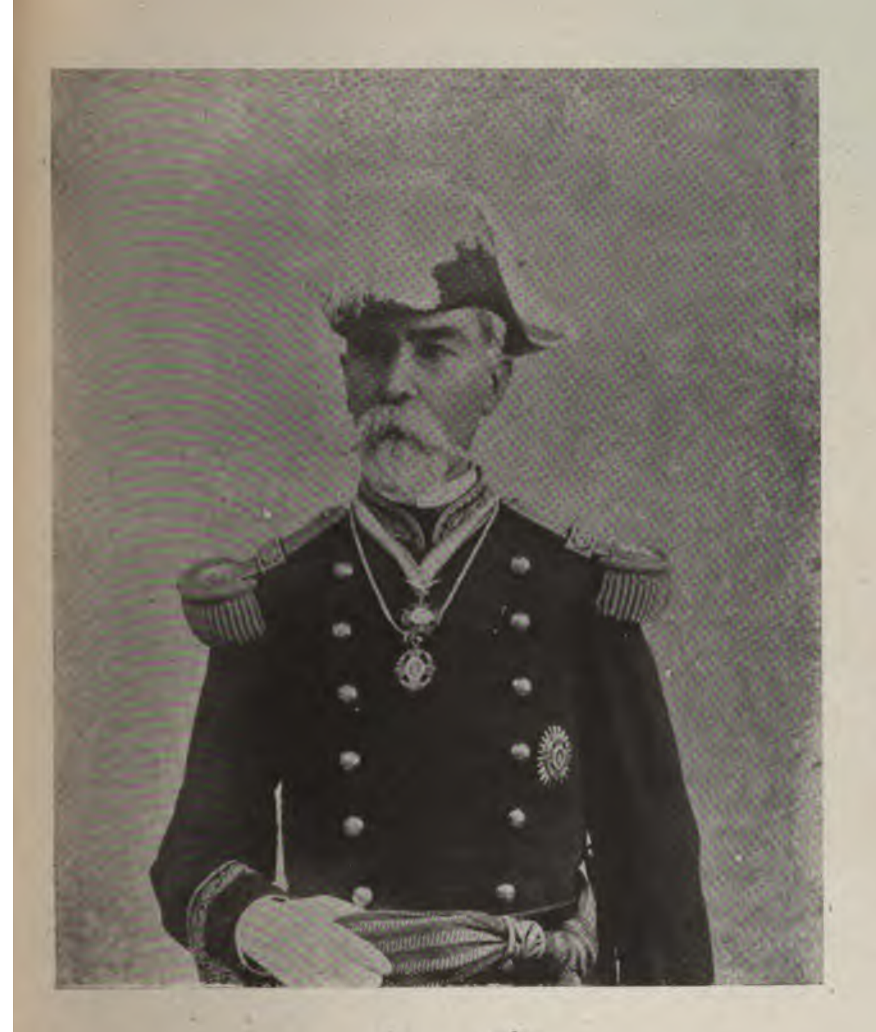
bres; en una palabra, la victoria ó la derrota son hijas de la lucha. ¿Quién sostendría guerras ni luchas, careciendo de fuerzas vivas? A éstas se deben así las grandezas como las desdichas humanas.

Ahora bien; ¿qué pueblo ha sido el más grande del mundo? No digo que el heleno, persa, espartano ó romano; porque todos los pueblos son grandes, cuando disponen de ilustres jefes que comanden ejércitos poderosos, ya sea por el número, ó bien por la disciplina. Alejandro el Grande, Carlo Magno y Napoleón, son tres distintas figuras, eminentes las tres; pues el primero vence por el número, el segundo obtiene el triunfo por la audacia, y el tercero, la figura más sobresaliente de la historia contemporánea y el capitán más valiente del siglo XIX, adquiere la victoria sobre Europa por la bravura de su arrojo y su arrogante talento militar. Aquellos pelean en épocas de poco adelanto, éste bate á pueblos altamente civilizados en el arte de la guerra; sin embargo, contando con pocas fuerzas, la gloria le abre paso donde quiera que va, porque sus huestes contaban con el valor de la disciplina, y no con la disciplina del valor. Derrotando aquí, venciendo allá, yo admiro á Napoleón esclavizando á toda Europa, porque el genio es digno de la admiración del mundo entero. ¿Cómo no había de ser admirado, respetado y hasta venerado, aquel sér

semi-diós que, aun muerto, desafía; sepultado, provoca y, convertido en cenizas, lucha? El azote de la vieja Europa parece estar inquieto aún en su sarcófago lúgubre, por que ese guerrero temible resurge en su sombra como una visión misteriosa á través de los siglos, y vive en continuo movimiento, pues los genios de su magnitud no mueren; Austerlitz y Jena, Sebastopol y Gibraltar lo harán vivir siempre. ¿Qué podrán los débiles para eclipsar las glorias de quien, por pocas horas, dirigió los destinos humanos? Mientras haya historia militar, vivirá Napoleón. Algunos perecen, cuando mudan los pueblos; pero á pesar de toda mudanza, perduran los nombres de Alejandro, Carlo Magno y Bonaparte. ¿Por qué? No hay que preguntarlo; la inmortalidad los hizo suyos: los dioses no mueren.

III

Las pirámides de Egipto, el Partenón y Esparta están predicando lo que pueden producir las fuerzas de las armas. ¿Qué civilización es posible, qué adelanto ni qué progreso, sin la intervención directa de los ejércitos? Ellos son los encargados de implantar y sostener el respeto á las instituciones. Preguntadle al pueblo más grande por el origen de su grandeza, y no tardará en responder que ella emana de su fuerza.





En los tiempos medioevales, en que los sueños imperaron, dominando á los hombres, es posible concebir adelantos sin armas. Pero ni aun entonces, porque la Edad Media, llena de peripecies caballerescas, fué la madre de aquellas épocas; ¿y se podrán negar las aventuras de capa y espada? A tal grado llegó el espíritu militar, que Cervantes produjo entonces el libro más sublime que ha concebido cerebro humano conocido. Hasta la dama exigía hechos de armas para casarse con un mortal, y despreciaba á todo aquel meticuloso y cobarde; quedando sin esposas y relegándose al servicio del altar todos los inútiles, incapaces de conquistarse una mujer para compañera.

Si he de atenerme á la historia, los cristianos de aquella edad, que llaman los clericales de oro, hasta el Santo Sepulcro fué disputado en plena guerra: los cruzados, bendecidos por Pedro el Ermitaño, podían, como los antiguos judíos, degollar herejes, siempre que llevasen al pecho un santo cristo. Los Pontífices llamaban á todas las naciones católicas de Europa, á fin de formar ejércitos poderosos y enviarlos á rescatar la tumba de Cristo de poder de los moros. Que hayan ó no obtenido buenos resultados, es cuestión de la magnificencia de los ejércitos formados.

En todas las circunstancias de la vida de las naciones, se ha blasonado de mayor poder, cuando

se ha contado con mayores elementos de combate: los pueblos más grandes han sido aquellos que dispusieron de grandes ejércitos. Con este elemento, se la vió crecer en progreso, adelanto y civilización á la república de más disciplinados y numerosos ejércitos. Cuando un país carece de ejércitos, es el punto céntrico de las ambiciones de otro poderoso y fuerte.

Extrañeza causa que, en vista del difícil medio en que nos encontramos colocados, se desconozcan estas grandes verdades, ó se finge desconocerlas. ¡Lucidos estaríamos ahora, estrechados por un pueblo grande, poderoso y fuerte, que en su propia constitución lleva la absorción y el ensanche, si tuviésemos la ocurrencia, por nivelar nuestro exiguo presupuesto, de suprimir parte del ejército, ó todo él! Pobres, pequeños y débiles, nos quedaría el único recurso del rendimiento á discreción. ¿Habrá mexicano de corazón que acepte un medio tan punible? Creo que no lo habrá, pues supongo aun hondo patriotismo en los pechos nobles y sinceros.

IV

Si cierto grupo de ciudadanos, dedicados á las intrigas palaciegas, reflexionasen sobre el valor y la importancia de su obra destructora, estudiando la historia del mundo, verían que, en este

planeta estrafalario, el poder lo dan los ejércitos y es rey el que más vale. Pero hay políticos que no quieren ver la razón; cierran los ojos y se empeñan en no convencerse. Con personas que así proceden, sobran los argumentos y de nada sirven las reflexiones.

Naturalmente, luchando el ejército por las libertades y el progreso, es fuerza que aspire, CUANDO NO HAYA HOMBRES MÁS APTOS, por ascender á los primeros puesto del mando. Y en este caso, estando los destinos nacionales en poder del ejército, se dice que el régimen es militar, y á las gestiones de los militares para ascender, militarismo.

De modo que el militarismo puede definirse: la gestión política de los gremios militares para ocupar puestos públicos en la república.

O en estos otros términos: la política hecha por los militares para gobernar el país.

Al gobierno político del ejército se lo llama "sistema militar."

Ya tengo dicho que el mundo fué criado bajo un sistema militar, gobernado conforme á un sistema militar, y que el primer pueblo militar conocido fué el pueblo hebreo. Deduzco de todo que al optar Dios por esa forma de gobierno, es porque ella es la más adaptable al carácter humano.

También es cierto que un gobierno militar tiene que ser de carácter eminentemente personal,

porque el primer jefe del Estado tendría que ser el jefe supremo del ejército, y ahí está el personalismo. Pero no creo yo que los gobiernos personales sean menos buenos que los gobiernos democrático-populares, porque ellos pueden también emanar de la voluntad del pueblo; sólo que, entonces, ese pueblo obedece á una disciplina militar: la voluntad del mandatario, aunque sujeto á leyes legisladas, impera, abreviando trámites.

Así entiendo los gobiernos personales.

Ahora, ¿son arbitrarios los sistemas militares? Conmigo, todos podrán decir que no; pues un gobierno, cuando es tiránico, lo mismo sea personal ó no, abusa y ultraja derechos ajenos.

Convenido que el militarismo ha sido la energía más poderosa de todas las naciones, porque el ejército es el salvador de pueblos é instituciones, ya puedo avanzar en mi plan.

CAPÍTULO VIII

LA GUERRA Y LA RELIGIÓN.—SUS CONSECUENCIAS.

I

No comprendo cómo puedan existir ciudadanos, que, pomposamente, se aplican frases como ésta: "mentores del pueblo," y que por antonomasia se llaman, "los científicos" de la república, dedicados á la vil tarea de injuriar á todo lo que indica nobleza en las colectividades. Pero ellos existen, y el país los tiene en su seno. Son como los cobardes callejeros; insultan á manzalva, y, en las horas de las consecuencias, esquivan el cuerpo: afirman, y niegan luego lo mismo que habían afirmado. Lo que en buen español significa: no tienen valor civil para sostener sus propias opiniones. Yo respeto á todos los que piensen conforme á un criterio sano y propio, aunque vayan contra la mayoría; porque, en el medio que nos da vida, no es poco opinar en contra de las multitudes; venero á los valientes que, como Cicerón, desde la tribu-

na sostienen sus convicciones; siento admiración profunda hacia los seres extraordinarios que condenan á los poderosos; rindo culto sagrado á los bravos luchadores parlamentarios que vuelven por los fueros de la justicia; pero tengo que despreciar á los que, en nombre de la república y á la sombra de un ciudadano preclaro, honrado y probo, vituperan á una de las instituciones más queridas del pueblo: al ejército. Ahí está la razón de brotar á la defensa; voto la piedra, como diría Cristo, porque no me remuerde la conciencia de haber intrigado; ataco á los enemigos del militarismo, porque tengo la convicción de defender una causa justa; marcho al combate, porque jamás he estrechado la mano á quienes hoy repudio políticamente: puedo hablar, porque no he intrigado. No llevo al campo de la lucha mas que mi buena voluntad; no aporto otro contingente á la causa que un corazón grande, sincero y noble, dispuesto, á pesar de las vicisitudes de la vida, al sacrificio por los ideales sublimes. Yo no blasono de ser director de un pueblo sufrido, valiente y abnegado; porque ese pueblo requiere jefes de mayores quilates, que estén á la altura de él. No soy un Mecenas que enseña, ilustra é inculca principios de alta filosofía, pero sí—lo diré con orgullo—soy un soldado pertrechado de los mejores deseos para desenmascarar á los enemigos ocultos de la nación.

Lo que hoy asiento, lo recordaré mañana, sin discrepar: ajeno á toda clase de soborno, aun laten en mi pecho los sentimientos de más preciado patriotismo. Seré polemista, aunque no pertenezco al edén de los que sueñan en un mundo de mentiras y falsedades. Soy partidario del sabio que prueba y sostiene sus ideas, no del charlatán que niega mañana lo que hoy dijo á las multitudes, para conquistarse las palmas efímeras de sus allegados y congéneres.

En medio de un grupo ambicioso que todo lo quiere avasallar, tal pienso. Firme al pie de la bandera, sabré sostener punto por punto lo que aquí he dicho. Inflexible ante la ley, no podré retirar nada de lo que afirmo, pues de los que piensan es el campo y son las verdaderas palmas de la victoria.

¿Cómo quieren los detractores del ejército que yo les crea, bajo palabra de honor, sus aseveraciones? En sus discursos, clubs y asambleas, guiados por el odio satánico á toda institución militar, atacan con las armas de los que hieren, mas no matan. Hacen una confesión lastimosa, y, asombrados con sus obras destructoras, se retractan y salen por la tangente, como si lo escrito pudiese ser borrado con la rectificación del día siguiente. Siembran el escándalo, la infamia y la impudencia, y, obligados, ellos mismos se contradicen. Tal ha sido la táctica de ciertos políti-

cos que se han entrado en terreno extraño y prohibido.

"Las Catilinarias" de Cicerón son el producto del convencimiento, del valor y el arrojo, unidos; nunca el eximio orador romano se atrevió á sentar lo que no sentía: la misión de los tribunos es convencer y persuadir, pero no insultar. Por eso, firme en sus convicciones, aquel coloso de la tribuna latina llegó á ser el azote más terrible de los tiranos. Pudieron despedazarlo, porque aquellos magnates y mandarines no conocían el respeto á la vida ajena, ni, probablemente, el mérito de un hombre que había nacido antes de su tiempo. Hablaba en el parlamento con la firmeza de la roca de granito, como habló Demóstenes al pueblo más aguerrido del orbe; pues en el alma, templada con los crisoles del patriotismo, de los dos reyes de la tribuna parlamentaria latían los ideales más sagrados de la justicia humana: eran los defensores del pueblo, y, por lo tanto, intangibles ante los verdugos del mando. Cuando ascendían las gradas ó escalinatas de la cátedra legislativas, temblaban hasta las fieras en el Circo Romano, ó los atletas de las Olimpíadas. ¡Aquellos eran los dioses humanos, dotados con la grandeza de la palabra que enseña y el verbo que subyuga y arrastra! En una expresión, el uno era el salvador de las leyes romanas, y el otro el sostén y la base de la hermosa

república helénica. Jamás tuvieron por ingrata misión torcer los fueros del derecho, pues fueron sus verdaderos intérpretes.

¿Querrán "los científicos" mexicanos usurpar la gloria de las dos palancas del entendimiento tribunicio? Querer es fácil, que lo puedan alcanzar, juzgo la cosa como imposible.

II

Cualquiera, en el día, pretende asaltar la tribuna para lanzar denuestos, y todos ocurren á la imprenta como al único medio de transmisión de injurias contra las agrupaciones cuyo origen se confunde con los orígenes del mundo; porque, siendo tan sublime la inmortalidad, tan grande sobresalir, dejando atrás á los demás seres, se emplean hasta los medios prohibidos para llegar á las alturas culminantes de la historia. ¿Qué mejor camino, para obtener seguro ascenso, que atacar á las instituciones respetables? Darle una bofetada á un cobarde y de poca significación social, es quedarse en el mismo puesto,—eso si no se identifica con él—pero lanzar la saliva al rostro de un encumbrado, es hacerse eminentemente notable. "Los científicos," tal es lo que desean.

Al frente, para llegar á sus fines, no tienen sino al gremio militar; que contra él vayan los com-

bates. Está visto que, no teniendo flanco por donde puedan atacarlo, hay que recurrir á la injuria, al insulto y al denuesto, armas muy apropiadas para los hombres de poco valor: si los ofendidos devuelven el insulto, el ejército saldría de su papel, descendiendo á la riña callejera, y haría de méritos á los que no poseen ningunos. Además, la Ordenanza prohibe á los gremios disciplinados toda clase de polémica periodística; resultando victoriosos, de todos modos, los adversarios. ¿Qué hacer? Dejarlos sin refutación, sería para ellos una victoria el silencio; porque esos ciudadanos, como hijos de Compte, dicen que el que calla, otorga; y refutarlos, es honrarlos, pues la refutación es un mérito concedido al refutado.

Tampoco es decoroso dejarlos como dueños del campo, porque á tal equivaldría el silencio. Uno, que es tan civil como ellos, se lanza al combate; con la diferencia de estar convencido de lo que dice.

Puestas así las cosas, digo que existe una guerra política entre ellos y yo, porque hay divergencia completa entre nosotros. No se podrá alegar que la Ordenanza militar me veda entrar en discusión con esta gente, porque no tengo el honor de pertenecer á tan respetable institución. Aunque tengo carácter de hombre civil, soy partidario del ejército, y de los sistemas de gobiernos militares, pues los juzgo indispensables en los

pueblos modernos, y especialmente en México, país indomable y bélico.

Pero no adelantemos los hechos.

III

Desde que el mundo es mundo, la guerra está sancionada por leyes divinas y humanas; pues no es posible concebir la existencia del bien y el mal, sin que *de ipso facto* se conciba la desavenencia entre los dos, que á esto equivale la palabra guerra. A los ángeles, rebelándose, hubo que reducirlos al orden, y la guerra fué declarada. Naturalmente, en tratándose de seres superiores, los resultados tenían que ser de fatales y terribles consecuencias. Más de las dos terceras partes de los pobladores celestes rodaron al abismo, debido al formidable golpe dado por los cuerpos contrarios.

Criado el hombre, habiendo un precepto que se dió de antemano, tuvo que sostener una lucha, y ella originó la guerra de conciencia; hasta que, al fin, cayó vencido y derrotado: no supo aprovechar los elementos que también se le dieron para vencer y triunfar. A su alcance estaban los elementos de combate, pero, mal militar, de nada le sirvieron; cayó, arrastrando en su caída á todo el género humano: tal fué la heren-

cia legada por aquel feliz y solitario primer poblador del Edén.

A través de los tiempos, la lucha fué más recia, porque los intereses eran opuestos, y para nivelarlos ó quedar en el medio justo, se dirimían en el campo del combate. Es incuestionable que no siempre era vencedor aquel á quien la razón asistía, porque la fuerza daba el triunfo, y las más de las veces no eran superiores las fuerzas de quien reclamaba lo suyo. De esto da palmarias pruebas la historia antigua. El mismo pueblo escogido, en castigo de las faltas cometidas á Jehová, repetidas ocasiones fué hecho cautivo, porque las leyes de entonces, en los conflictos, amparaban el cautiverio, en justos rehenes del vencido.

La justicia de la guerra se puede probar con las mismas disposiciones divinas, pues Dios mismo ordenó la lucha de su pueblo contra sus enemigos, al grado de aniquilarlos y convertir en páramos desiertos ciudades, pueblos y aldeas enteras; y si los jefes hebreos desobedecían el mandato, eran castigados severamente y despojados del mando. Confirma esta verdad lo que pasó con Saúl; quien, por conservar la vida de uno de sus enemigos, obedeciendo á los sentimientos de gratitud, fué depuesto del trono de Israel y reducido á la demencia.

Muchos declaman contra los horrores de la guerra, alegando que la misión del hombre debe

ser pacífica. Estas teorías no pasan de ser sentimentales; que, por lo demás, sólo son propias de los que no son capaces de pelear ni de presentarse en los lugares de lucha, por temor de perecer ahí. Y á pesar de su cobardía, quieren, apelando al mundo de la eterna felicidad, negar hasta los beneficios de la guerra; pues dicen que el hombre no debe ser diezmado por su semejante. ¿A qué credo religioso ó político pertenecen los que así opinan? Tengo entendido que no es tan fácil que puedan ostentar principios religiosos verdaderos, porque la historia sagrada los está contradiciendo; pues el pueblo judío blasonaba de no dejar títere con cabeza, matando hasta con las quijadas de los asnos, y los cruzados de la Edad Media tenían á honor ofrecer en holocausto cabezas de moros á los pies del Santo Sepulcro. Habría que condenar la conducta seguida entonces, presentes las teorías de los "creyentes pacíficos." De seguro que, de condenar las disposiciones antiguas y condenar á "los clericales-científicos" de hoy, opto por esto último, dada la lucha natural entre el bien y el mal, provenida de los aborígenes de la humanidad.

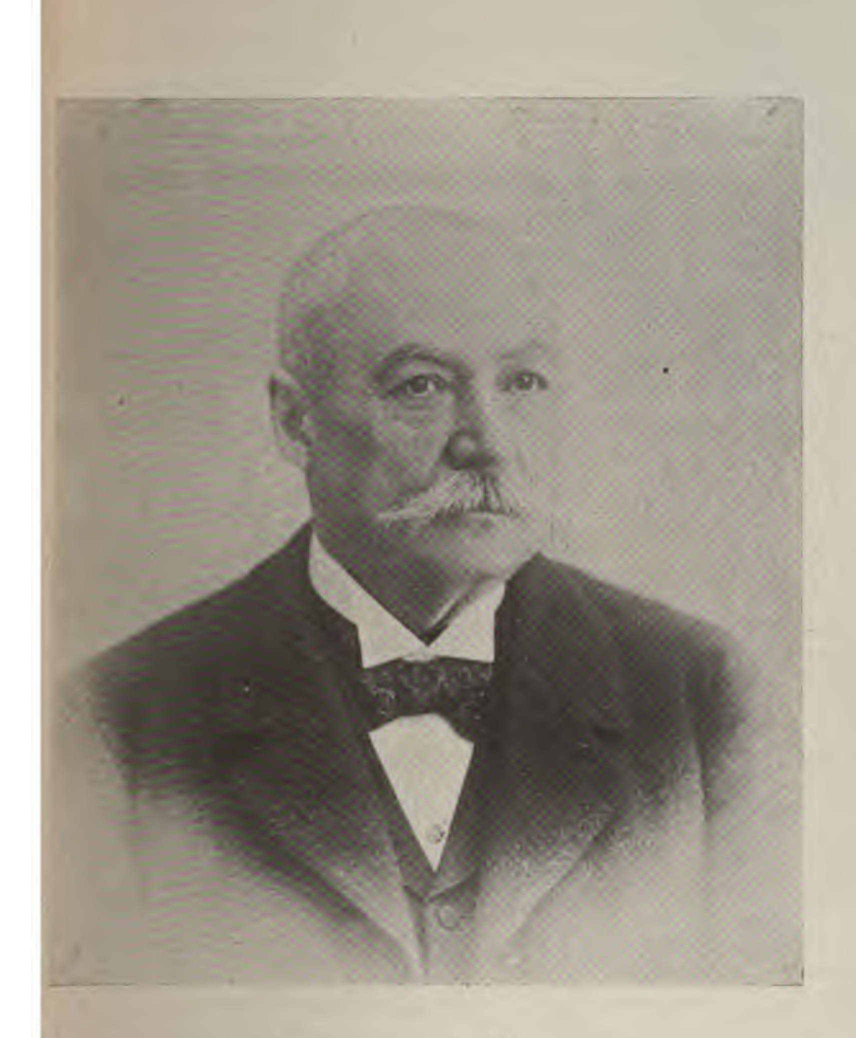
En todas las épocas ha sido indispensable la guerra, no porque no sea buena la paz, sino porque, precisamente, la guerra es la paz.

¿Cómo?—dirá algún escéptico. Perfectamente—responderá un estadista.

Una vez que se diriman las dificultades en el campo de la lucha, desaparecen, quedando la victoria de parte del más fuerte, y humillado el contrario, con disposiciones de no volver á alterar la paz. Durante el combate entre dos pueblos, por circunstancias justas ó injustas, alguno de los dos será el que gane, conformándose el otro con su suerte y sin ganas de bravatas ni de nuevos levantamientos.

De algún modo había que dirimir divergencias. Si es cierto que en los tiempos antiguos eran más fáciles las declaraciones bélicas, en el día se procura agotar todos los recursos de la diplomacia, antes de llegarse á las manos. Justifica este proceder el progreso en materiales de guerra.

También se dirá que no siempre triunfa el que tiene la justicia de su parte. Esto es muy cierto; pero, en tratándose de intereses, sean nacionales ó individuales, la idea de la justicia es muy vaga, porque cada uno la interpreta á su manera. Un nihilista cree que sus doctrinas sobre justicia son las mejores; un anarquista, rebelándose contra la autoridad, predica justicia, y el socialista no puede ver con ojos serenos á los capitalistas, pues reclama, para su modo de entender, la equitativa repartición de bienes y capitales. ¿Quién de los tres tiene la razón y conoce lo que es justicia? Todos creen estar en lo justo, y en una guerra, dejando á un lado la justicia de la causa, vence-



Manuel G Cosio



rá el más fuerte: podrá la guerra no ser justa, pero la divergencia existe, aunque los intereses no la justifiquen.

Convengamos, pues, que, en cuestiones de justicia, nadie la conoce: es una idea tan metafísica, que, por lo mismo de su elevación, se desconoce. Un autócrata, dueño de vidas y propiedades, creyéndose ser el monarca más justo, convoca á un congreso de paz en la Haya y, precisamente, ese monarca acude hoy á la guerra para dirimir cuestiones que él cree ser justas de su parte. A raíz del congreso famoso, una nación intrusa provoca á otra y la despoja de sus propiedades. Sin embargo de no haber justicia, las naciones que subscribieron la convención aprueban el robo descarado....

En este pícaro mundo, la justicia está basada en los elemêntos de la guerra: el que tenga más formidables ejércitos, es quien puede decir: YO SOSTENGO UN PRINCIPIO DE JUSTICIA. Para el débil é inerme la justicia humana tiene que ser humillante y hasta servil, porque no se conoce, ni la podría sostener con las armas.

IV

Efectivamente, aunque no del todo, la guerra tiene que presentar apariencias de una idea que

nadie ejecuta, como lo es la de la justicia. No digo que el pueblo hebreo haya sido criminal en ese sentido, pues mis convicciones religiosas me ponen fuera de capacidad para discutir los actos de aquella colectividad predestinada; mas sí, por sus hechos, puedo inferir la necesidad de la lucha, ordenada por el mismo Jehová. Que la guerra diezma, en la sociedad humana, á veces, hay que diezmar, pues la existencia de los seres rebeldes es nociva y perjudicial. Además, entendido que ninguno conoce lo que puede ser la justicia, en su expresión más genuina, es fuerza acercarse á ella; lo que no se consigue sin la guerra. Si la sangre redime, la derramada en aras de alguna causa tiene por fuerza que redimir.

Lo expuesto prueba que la Religión Católica, sea que se llame primitiva, sea que se denomine patriarcal, para reinar, ha tenido que apelar al recurso de la guerra. Desde su fundación, sostiene sangrientos combates con los enemigos. Cristo no la predicó con la espada; empleó la palabra predicada: pero sus ministros, fundándose en leyes antiguas, han ordenado la justificación de la guerra, para imperar y tener dominio sobre las multitudes.

Como las divergencias religiosas han sido las más candentes en la vida del hombre, porque ellas exaltan y ciegan la razón, los combates, sostenidos en defensa de los principios religiosos, han

podido dejar huellas de sangre en el transcurso del tiempo.

Italia, Francia y España pelean contra el poder de los turbantes y de la media-luna para rescatar la cuna y el sepulcro de Jesús. Los historiadores tuvieron material vasto para escribir los sangrientos encuentros, en los cuales perecieron millares de moros y cristianos. Por muchos lustros duró aquella reñida campaña, porque, á toda costa, Europa pretendía rescatar la tumba de su Dios, ultrajada en poder de los descendientes de Mahoma, el audaz profeta de las turbas lacivas y sensuales. De esa guerra surgieron los cruzados, heroicos atletas cristianos.

España peleó siete siglos para lanzar de su territorio á los herejes, moros y cismáticos. Logró su objeto, pero las corrientes del Guadalquivir y el Genil quedaron completamente teñidas en roja sangre. La leyenda hispana, al igual de la griega, produjo entonces á sus mejores poetas y más grandes pintores y artistas; pues los genios de la raza latina son el producto directo de aquella guerra devastadora y aciaga.

Tampoco cesaron ahí las divergencias por los principios religiosos. Una religión, como la Católica, de inflexibles ideales, tenía que seguir su cruzada envuelta en sangre. Inglaterra protesta, gobernada por monarcas disolutos é incestuosos, contra el poder del Papa, porque éste no autori-

za lo que la moral prohibe: el incesto. La vieja Albión se lanza al combate contra Francia, en el seno de la cual surge una mujer visionaria, que era Juana de Arco, y humilla el poder de Inglaterra, coronando á un príncipe de Orleans. Vencida y derrotada, como la víbora de cascabel, vuelve sus ataques contra una reina desamparada, María Estuardo, á la que persiguen y martirizan sus propios parientes coronados. Por la Religión Católica perece aquella dama en la hoguera, sentenciada por un tribunal incompetente, que la condena, simulando un juicio. En cambio, las naciones cristianas se conforman con "proclamar que expira sin abjurar de su religión," mandando que se aplicaran por su alma misas; cuando la mejor misa era tomar venganza de un agravio y castigar un delito sin precedente en la historia. Las oraciones son de fuerza espiritual, pero las balas son para reprimir crímenes; de seguro que los sufrimientos de María Estuardo, con la resignación cristiana y todo, no se calmaron con las oraciones. Las ofensas escarmientan con sangre, porque son de un orden material; mientras que las plegarias se rezan en un campo espiritual.

Viendo lo acontecido, normó su conducta el gran Napoleón, el terror de las naciones. ¡A veces, las excomuniones son buenas, pero los cañones, son de más inmediatos resultados!

Con los mismos principios, todos los países europeos se lanzaban á la guerra: la religión era su punto de partida, y, en aras de ella, la historia ha sido incapaz para consignar los disturbios habidos y los hombres muertos. Todo podía perdonar el gobernante antiguo, pero un país hereje tenía que ser enemigo: esta conducta normó y autorizó el principio de conquista por medio de las armas. El fanatismo religioso tenía entregada á media humanidad en brazos de la discordia y de la guerra: matar por Dios y por la religión, era una virtud. . . .Y no se crea que esta fué la particularidad de los pueblos cristianos, pues lo mismo hacían el egipcio, el persa, el moro y el protestante: degollar, asesinar y cometer crímenes á la sombra de su religión, era un sacrificio en honor de la Divinidad. Sólo que en los países cristianos, cuya exclusiva misión es obrar bien y dar ejemplo, se hacían más notables los delitos sociales.

El español, pongo por caso, que, al acostarse y levantarse, se encomienda á Dios y se persigna tres veces, pasa la vida en crápulas y toda clase de placeres carnales: sobre la cama suele tener un rosario y un cristo, y en la misma cama, haciéndole compañía, cualquiera mujer que no sea la suya. No puede caminar un paso, si no lleva consigo la Virgen del Pilar; en cambio, ese mismo devoto presta dinero con el doce por ciento

al mes. ¡Raro modo de entender las cosas divinas...!

V

El mundo, para regenerarse, necesita la guerra, como el pez necesita el agua para vivir. Dios bien supo lo que hizo; de lo contrario, hubiera establecido otra manera de disputar lo que se se cree que es de justicia.

Los enemigos de la guerra deben ser los mismos enemigos del ejército, pues no hay guerras sin combatientes, y estos combatientes forman los ejércitos, preparados de antemano para la lucha.

Los pueblos, para cumplir con su papel dé discordia, algo habían de alegar, y ese algo fué la causa religiosa; porque los pérfidos siempre se valen de lo bueno para sus fines malévolos: la religión es lo más sublime y sagrado del corazón, como que es su culto más preclaro; de aquí que á ella se refugian. El eclesiástico, profanando su carácter, hace sus conquistas amorosas, alegando su puesto, como si para cometer un crimen, variara la gravedad del delito, tan sólo por ser levita quien lo comete. Antes, al contrario, las cabezas ungidas, seduciendo vírgenes, son doblemente criminales; porque, al infringir un precepto, violan otro: la confianza en ellos depositada. Mas

la comprensión de tan altos deberes religiosos está fuera de las inteligencias de las víctimas buscadas: ¡ellos van en pos de fáciles conquistas!

El procedimiento de tan "respetables miembros" de la religión se amolda á lo de siempre: quebrantan más los mandamientos los encargados de predicarlos, porque éstos son los menos aptos para cumplirlos.

Los clericales comprenden bien todo lo que me callo sobre la materia; perteneciendo al número de los "criminales intangibles," no hay que dudar su habilidad en la comprensión. Unidos á sus amigos "los científicos," darán fe de la verdad que asiento......

Ahora bien: decidme, en esta sociedad perversa, ¿se podrá negar la necesidad de la guerra, cuando el mismo que pretende enseñar justicia es injusto? Yo soy partidario de ella, porque hay muchos traidores; y, para no matar á sangre fría, hay que aprobar la existencia del remedio de una plaga peligrosa.

Las consecuencias de la guerra no pueden ser más funestas, pues arrastran las vidas de muchos ciudadanos útiles y militares valerosos, mientras los que merecerían morir, viven á sus anchas. Mas esto no tiene remedio. Correrá la sangre á raudales, si se quiere, pero los ánimos después se calman y la paz se hace más duradera. Muchos huérfanos y viudas quedan desamparados,

y eso ¿qué importa? La vida del ciudadano es para la república; en sus altares tiene que ofrecerla.

Sé bien los desastres que origina la guerra; mas también sé que á ella se deben todos los adelantos conocidos: los que estorban en la marcha evolutiva del progreso, impidiendo el avance, desaparecerán al filo de la espada vengadora; pues todo elemento inútil tiene que morir, por grado ó por fuerza.

Por las guerras, los pueblos han cambiado de formas de gobierno; las razas han mejorado de condición y transformádose; las ideas religiosas cedido el paso á la tolerancia; las costumbres purificádose, y la inteligencia ha llegado á la meta de su final destino: la libertad. Es cierto que quedan atrás charcos de sangre humana, víctimas que claman venganza; mas no lo es menos que la redención necesita baños de sangre: ¡los grandes hechos, las evoluciones grandes, han menester prendas humanas para el holocausto! Si hubo atrocidades, inherentes á toda clase de luchas, sin embargo, el mundo, al contemplar la gigantesca obra de las guerras, puede exclamar: ¡HE AVANZADO, PORQUE SOY LIBRE!

Querer la supresión de las guerras, es lo mismo que exigir un mundo de ángeles. Mientras se desconozcan las bases de la verdadera justicia, ésta será la guerra.

Todo lo que obstruya, todo lo que traiciona, todo lo que coarta y atenta contra las facultades potenciales del hombre, merece una protesta y que se le escupa el rostro: tal es el objeto de la guerra.

No importan los desastres ni los cadáveres que se riegan por la tierra, hay que salvar el honor.



CAPITULO IX.

HEREDAMOS LA SANGRE GUERRERA.—CONSIDERACIONES PREHISTÓRICAS DE NUESTRO ORIGEN.

I

OMO el más abnegado, más sufrido y más valiente que ejército alguno de los que conozco, considero al ejército mexicano; y para convencerse de tan grande verdad, no hay que ir muy lejos ni acudir á testigos muertos. Pudiera achacárseme el epíteto de mexicano fanático, pero la historia sabrá justificar lo que el patriotismo me dicta.

Valientes, heroicos y aguerridos fueron los griegos y los romanos; pero en mayor grado tendrán que serlo los que, sin profesión en la milicia, se improvisan de soldados, y luchan sin cuartel ni tregua hasta llegar á la victoria.

Consideremos.

Seres, tal vez náufragos del destino, ó mártires de la lucha por la vida, impulsados por el instinto de conservación, se lanzan en pro de tierras

desconocidas, en épocas de las que la historia apenas conserva recuerdo. No se sabe la causa cierta que animó á aquellas criaturas para emprender una peregrinación tan larga y azarosa; de las huellas que pudieron dar indicios, no quedan señales seguras para poder llegar al terreno de las deducciones filosóficas. ¿Qué móviles animaron á aquellos hombres para atravesar distancias tan enormes? La historia no lo dice. ¿ Data su odisea á la confusión de las lenguas? ¿Fué la torre de Babel la causa directa de la marcha? La historia tampoco lo dice. ¿A qué debemos, pues, atenernos para cimentar los principios históricos de nuestro origen?

Los autores divagan mucho, sin llegar á ponerse de acuerdo. Yendo yo un poco más allá, me atrevo á asegurar que nuestro origen se ha confundido con los tiempos; teniendo que aceptar, como una verdad, tal vez una mentira poética ó una invención de soñadores, que lo mismo son capaces para escribir una historia, que para producir una plegaria erótica, himnos para un dios, un héroe, ó una dama histérica: muchas suposiciones, nada de fijo.

Respecto á la causa de la dispersión, no nos queda otro recurso, que admitir las teorías bíblicas; pues, por ahora, la bíblica leyenda teológica es la única que pueda dar indicios ciertos sobre el particular.

Cualquiera que haya sido la causa, lo expuesto por los historiadores hebreos, da por razón de la dispersión de la especie humana el orgullo del hombre, de "querer ir al cielo por medio de una torre," levantada al efecto, y para que sirviera de monumento de la grandeza de los habitantes terrestres. Babel y los suyos pretendían ascender, por ese conducto, á las regiones superiores, donde moran las almas felices. Así lo expresa el texto judío, y, para el caso de ser aceptado, no hay quien pueda decir lo contrario, porque no existe historia que copie los hechos de entonces, ni peor ni mejor.

Naturalmente, confundidos aquellos trabajadores, ninguno podía entender al vecino, resultando el nacimiento de varios idiomas ó dialectos—que el nombre no importa mucho para la crónica.—No pudiendo ya entenderse, tuvieron que dispersarse, formando grupos ó familias capaces de habitar juntos y luchar juntos, haciendo llevadera la vida. Por consiguiente, no es remoto ni aventurado afirmar que nosotros debemos nuestro origen á quella dispersión, provenente de la famosa torre de Babel.

¿Cómo vinieron aquellos fugitivos? ¿A qué obedeció la venida? Tampoco es cuestión definida, porque no existen documentos que aclaren estos puntos. Los historiadores hebreos, los más aceptados en sus narraciones, dejan escritos sobre las

causas de la dispersión, mas ningunos nos pudieron dejar sobre hechos que no conocieron: historiaron á sus hombres y sus cosas, pero no debieron conocer á los que vinieron á fundar pueblos en remotas regiones, como pasó con los que llegaron á las costas de este continente, de antigua fundación y de reciente conocimiento en el concierto universal. Alojados los emigrantes del resto humano, quedaron, por este solo hecho, aislados de toda comunicación con los demás congéneres.

No habiendo nada escrito sobre el particular, tenemos que aceptar las doctrinas de la conjetura, como lo son todas las que han llegado hasta nosotros. Que, siéndoles difícil ya la vida en unión de agrupaciones que hablaban distinto idioma, buscaron otro suelo, en el que instalasen sus dominios; que, andando al azar, obedeciendo á las leyes continuas del movimiento, por causas que no se han podido aclarar, llegaron á los estrechos límites del continente viejo; que, por circunstancias—también desconocidas por su era prehistórica—especiales, los dos continentes estaban unidos por una lengua de tierra; que, atravesando por ese contacto terrestre, desaparecido después en fuerza de algún brusco movimiento de rotación en nuestro planeta, salvaron los contornos del hemisferio asiático, penetrando á suelo más vasto, lejano y bien dispuesto para crecer en él

y fomentar sus producciones. A ese lindero llaman los geólogos estrecho de Behring en la actualidad; pues suponen la incomunicación causada por un cataclismo planetario, del cual provino el trastorno y la separación absoluta de los dos hemisferios terrestres conocidos ahora.

II

Sobre la veracidad de las versiones no quiero discutir, porque, sean ó no ciertas, pueden ser probables; con lo que me basta, importándome muy poco la precisión matemática en un asunto que pasa al terreno de la leyenda, dejando de pertenecer al campo de los hechos ciertos.

En tierra nueva, y, probablemente, sin conocimiento de ella, ya escarmentados en la lucha por la vida, empezaron á cruzar distancias, yendo en pos de algo que les pronosticaban los dioses, directores de sus destinos; ese algo tenía que ser una tierra de condiciones climatológicas benignas; pues creo—con todos los escritores—que, á no ser esa la razón, ignoro otros motivos que hubiesen tenido para seguir una jira tan prolongada. O ¿quedarían afectados por la conducta anterior del pueblo hebreo? Es muy posible que, teniendo presente una tierra de promisión, creyesen encontrarla por acá, máxime cuando la

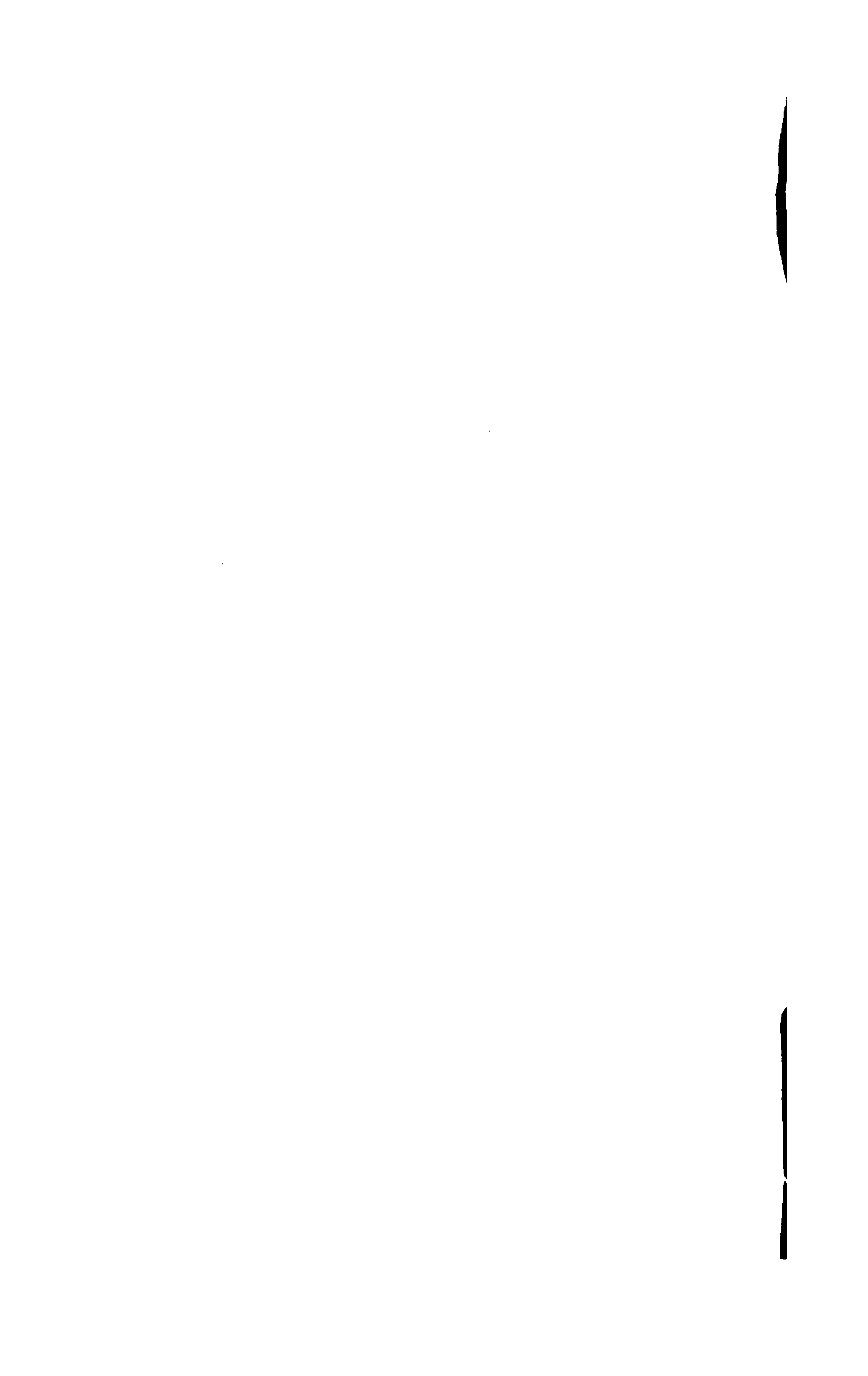
confusión de las lenguas, punto de partida para ellos, todas las tribus perseguían el mismo fin: la llegada de un sér redentor en una tierra de promisión y de tribu seleccionada. Nada remoto es súponer eso, porque palpitaban aún en el corazón del hombre su deplorable caída y el remedio oportuno para calmar sus males. Si bien es cierto esto, no teniendo que pasar del terreno de las suposiciones, tampoco deja de serlo el que no hay otro punto de que podamos partir, para llegar á las conclusiones seguras. Los geólogos, sobre todo mexicanos, en vez de la investigación científica, se han convertido en explotadores de las arcas nacionales: quieren vivir á costillas de la república, preocupándoles bien poco la suerte del origen de nuestra raza. Se conforman—como yo lo hago—con apoyarse en conjeturas, y empiezan sus dictámenes con las sacramentales palabras: "Así lo han asegurado Homobono y Blas." Medida que produce qué comer, y evita trabajos y vigilias en el campo de la exploración arqueológica.

Sea de ello lo que fuere; puedo aceptar que los primeros aborígenes de América vinieron buscando un paraíso prometido, á fin de esperar al Mesías. No es caritativo suponer otra cosa, aunque los exploradores ó "explotadores" digan lo contrario.

En vista de ese fin [illegible]mente religioso,



Gaspar Sanchez Ochoa



arribaron á este continente, que después debía ser testigo de los hechos más asombrosos de la historia contemporánea. Que hubiesen seguido su carrera, nada tiene de particular; pues los sacerdotes, agoreros y brujas, intérpretes de la ley, influían sobremanera en el ánimo de aquellas legiones: interpuesto un accidente, riguroso en el orden natural, era comentado por los consejeros celestes á su modo, y lo atribuían á indicaciones sobrenaturales. Y, ciegas las masas del pueblo, acataban sin comentarios lo dicho por los ministros del culto. La voz de éstos, aunque se inspirase en las curvas de un fiero animal selvático, era tenida por la única palabra de la Divinidad, como si ésta perdiese tiempo en aconsejar brujerías y desatinos de un grupo dedicado á la explotación. Pero el hombre, más animal que espíritu, se deja engañar más fácilmente por su igual: quien se ha propuesto vivir del sudor ajeno, no importa que infrinja el precepto original, vivirá, empleando el mayor talento de que está dotado desde la cuna.

Tal hacían los ministros de los emigrantes: dueños de un entendimiento más amplio que sus congéneres, se propusieron aprovecharlo, engañando á todo hijo de vecino. Quien se propone una cosa, la consigue, aun haciendo el papel de victimario. ¿Qué otro nombre merece el que sacrifica á los demás para vivir él? El engaño es

una explotación, y eso ha sido en todas las épocas y en todos los tiempos. Algún filósofo original dividió al género humano en dos mitades, bien definidas: mitad que explota y mitad que se deja explotar. Tal división se deriva de la esencia misma de las cosas; por lo mismo, por herencia pasa de una generación á otra.

Indudablemente que los que más se han distinguido en esto de explotar, son los ministros de los cultos, porque esgrimen, como argumento poderoso, los deberes de conciencia, los temores de ultratumba: si se equivocan, no faltan á la verdad, porque el error es inherente á la especie; si aciertan, como el burro que tocó la flauta, cantan victoria, y á lo que está afectado de la universal marcha de los seres criados, lo llaman poder sobrenatural, delegado en ellos.

Se comprenderá, por esto, que hombres que disponen de recursos tan fuera del orden común, tienen que labrarse un porvenir brillante, sin trabajar. Predicarán la ley del trabajo, pero la predicación no reza con ellos, pues ellos trabajan engañando.

III

Sujetos á las tales supercherías estaban los nuevos pobladores de este suelo. Oían los consejos del sacerdote y vagaban en pos de un lugar que,

para ellos, debía ser un paraíso. Viviendo entre enviados de Tonatieh, algún día esperaban que tomase forma corporal entre ellos.

Los historiadores se pierden en consideraciones sobre el particular, pues no disponen de documentos auténticos; los únicos escritos que pudiesen servir, serían las exploraciones arqueológicas, llevadas á cabo por los peritos. Está visto que nuestros arqueólogos no son los llamados á descifrar el problema; pues, por ganarse los viáticos que, de buena voluntad, les asigna el gobierno, son capaces de fabricar los monolitos y presentarlos como reliquias antidiluvianas y verdaderas joyas auténticas. Así es como tenemos que conformarnos con nuestra suerte, siéndonos un misterio nuestro origen prehistórico.

Pero, á través de las edades idas, se ve una cosa contundente: el que aquellas tribus, ó lo que fuesen, en su travesía, eran portadoras de un régimen militar á toda prueba. Desde que penetran en las fronteras de esta tierra, se comprende que venían como dispuestas á sostener verdaderos combates. ¿Acababan de ser derrotados en ultramares? ¿Dejan recuerdos de victorias ganadas? El suelo que abandonaron, ¿era de puros revolucionarios? ¿Fueron acaso desterrados por belicosos y bravos? . . . . Vuelven aquí las vacilaciones y las conjeturas, y á hundirse el filósofo de nueva cuenta en el misterio vuelve también: no hay

datos. ¡Todo puede ser! Así como derrotados, pueden haber sido vencedores en algún combate sostenido con algunas tribus aliadas, y entonces, para vengarse, aquéllas se conjuraron contra éstas y les aplicaron la ley del ostracismo.

De estas afirmaciones, no debe andar lejos la realidad; y si es así, se explica su actitud belicosa, al penetrar en estas regiones: pudieron creerse encontrar nuevos y poderosos enemigos, á quienes desalojar y derrotar.

Atenidos á ésto, y aconsejados por sus agoreros, siempre iban dispuestos. Pertrechados con las armas de la época, avanzaban, después de haber permanecido largos años en un solo lugar. La peregrinación de los aborígenes de América debió ser aún más terrible y azarosa que la del pueblo hebreo; ¿qué razón hubo para ello? Se ignora; pero sí es un hecho, puesto fuera de duda, que los temores que se apoderaron de los peregrinos debieron llegar á grandes proporciones, dadas las fortalezas y las ciudades que, á su paso, levantaban, dejando recuerdos imperecederos de su tránsito. Aun después de centenares de años, —miles acaso—quedan aquellos monumentos de arte en pie; convertidos en sublimes ruinas, pero denuncian lugares y fechas en que vivió una generación ardorosa y guerrera: los europeos, maravillados, vienen á estudiar la odisea de los siglos, y quedan estupefactos al ver que nuestros

aborígenes fueron los fundadores de una raza de soberano empuje. Muchos han exclamado: "los primeros pobladores de estos valles, de rica exuberancia y florida vegetación, debieron ser dioses."

Con efecto, los castillos derruídos en las inmensas llanuras de Sonora y Sinaloa; las fortalezas que aun yerguen sus majestuosos torreones en Durango y Chihuahua; los restos de las calzadas y las pirámides formidables que, abandonadas, se levantan á un lado de Zacatecas; los palacios reales; los restos é indicios de las populosas ciudades del Teul, Malpaís y Mitla, indican á un pueblo culto, artista y guerrero. Tanta grandeza que no han podido borrar ni los azares del tiempo, debió ser producción de una pléyade vencedora, jamás vencida.

IV

Es fácil que, tomada posesión de un vasto territorio, construídas las ciudades con todo lo necesario para la vida, se hubiesen quedado, con el fin de asegurar la propiedad, algunos de los vástagos ó descendientes de los jefes de aquellas legiones. De esta manera, hincaban su poderío y su dominio en las partes exploradas, comunicándolas con la que debiera ser la metrópoli. Sobre esto, tampoco existen auténticas, pero es fácil su-

ponerlas, desde el momento que la topografía del terreno escogido, las fortalezas levantadas y los caminos abiertos en magníficas calzadas, lo justifican.

¿Cómo entonces—dirá alguien—provinieron tantas tribus en tiempo de los aztecas? ¿Por qué fueron tantas guerras entre los naturales? Esto tiene su explicación, si se reflexiona que las luchas son hijas del hombre, y pudo haber venido la desavenencia por los intereses, entre los mismos hermanos. Y de todo pudo proceder (una vez instalados los aztecas en el valle de Anáhuac, lugar escogido para la fundación de la ciudad divina, aconsejada por los ministros del culto, quienes, perdidos en misticismo y explotaciones sagradas, tuvieron por buen augurio el que una águila, teniendo en sus garras una serpiente, y parada en una penca de nopal, vaticinaron el final de la peregrinación) la división de las tribus y que cada una, para distinguirse de las demás, hubiese tomado nuevas costumbres y aceptado dialectos especiales, para entenderse.

Así me explico yo la diferencia de costumbres y hasta de sistemas de gobierno en las partes recorridas.

De los que poblaron á México se desprendió una parte que fueron á habitar el resto del continente; pues no es posible admitir otra entrada distinta, que no sea la de Behring, y en otra épo-

ca anterior á la que supongo al principio de este capítulo. Las mismas desavenencias habidas entre los diversos habitantes de estos reinos, produjeron que muchos se dirigieran al Perú, á fundar otra dinastía, que fué la de los incas

Mas, cualesquiera que hubiesen sido las causas, los aborígenes marchaban siempre en son de guerra, temerosos los unos de los otros. Llegados al punto de la larga peregrinación, se multiplicaron á tal grado, que los unos contra los otros empuñaron los medios ofensivos y defensivos; lo cual me induce á creer, con firmeza, que á la confusión de las lenguas, los más belicosos y de carácter fiero y aguerrido vinieron á poblar estas vegas y estos verjeles. Quedó allende los horizontes lo mediano y lo pacífico, incapaz de provocar á la lucha.

De estos atletas, á quienes su propia sombra provoca é indigna, descienden los guerreros aztecas, padres de nuestro ejército mexicano.

En el capítulo siguiente, haré consideraciones sobre el soldado indio, legatario de nuestras más culminantes proezas militares.

CAPITULO X.

EL EJÉRCITO MEXICANO Á TRAVÉS DE LA HISTORIA ANTIGUA.

I

TENGO para mí, que aquellos hombres primitivos, fundadores de grandes y vastos imperios, fueron los guerreros más temibles del globo; y no es exagerado asegurar que, á no ser por su espíritu fanático y la incomunicación completa con el resto del mundo, hubieran sido los eclipsadores de las glorias helénicas y espartanas. Los empujes de la tribu de Israel—pueblo predestinado—fueran débiles sombras de las hazañas de las generaciones feroces que aqueste lado del horizonte crecían y se multiplicaban, si el aislamiento y la separación no las hubiesen dejado en deplorable y lastimero estado de incultura espiritual. Rindiendo culto sagrado á las falsas suposiciones divinas, minaban el vigor de su férreo carácter y temple de acero; ante el pronóstico prematuro de una fatal nue-

va, aquellos aventureros aborígenes deponían todo su ardor y temblaban como endebles niños, temerosos del suceso. La debilidad de los rayos solares, su mayor ó menor fuerza, eran indicios seguros de algún suceso grato ó ingrato; el desprendimiento de algún bólido de fuego, presagio de una desgracia; la palidez de la luna, fatal pronóstico; y, en fin, en medio de su agitada vida, todos los acontecimientos naturales eran atribuídos á causas extraordinarias, á indicios de sucesos históricos futuros y á otras supercherías que llegaron á tomar posesión completa de aquellas almas aguerridas.

Fundada la gran Tenochtitlán en medio de las aguas, remedando isla flotante sobre el mar, la tribu indígena de los meshicas impone su señorío. Presente la poderosa voz de Huitzilopochtli, á quien obedecían como al único dios los mexicanos, siempre estaban preparados para la guerra. Después de tantas luchas, logran llegar al lugar que, para ellos, era divino, pues sus augures así lo decían. Por eso, levantan la ciudad en medio de las aguas: nuevos Noés, hacen surgir á su diosa del seno del poderoso elemento líquido, y, como el Arca Santa, por ficción de óptica, se mece la reina de los lagos perdida en las ondas cristalinas y turgentes de las aguas. Por la natural inclinación, acatan la orden misteriosa de un dios revolucionario, como si quisiesen, con

esto, dar á entender que su destino es la guerra y su única misión son la pelea y el exterminio de los débiles. Antes que la oración, aprendieron á empuñar el arco y la flecha; antes que la señal de paz y bendición, conocieron el grito de la lucha; antes que el amor de los unos á los otros, se les enseñó el arte de la guerra. De ahí que el dios más poderoso fuera Huitzilopochtli, que quiere decir: guerra, exterminio.

No podían tener otros fines y elegir otros dioses, quienes guardaban vivos recuerdos de un diluvio universal: vivía en su mente el Dios del Sinaí, que lanza su ley en medio del fuego abrasador, apareciendo con todo su poder sobre nubes de luz. Conservaban en la memoria, por tradición histórico-religiosa, ambas versiones, y en las dos se sublimaba á una divinidad destructora: tal era la razón que los indujo á creer en la existencia de un dios de fuego, como Huitzilopochtli; estando siempre en actitud de acometer y con tendencias al absolutismo en el poder. Porque los jefes del pueblo, entendidas sus teorías sobre el gobierno, eran emisarios de Dios, y una especie de seres sobrenaturales, ó semi-dioses, para quienes existía un culto especial. Siendo el dios de ellos símbolo de guerra, no hay que vacilar en aceptar á aquellos pueblos como tributarios absolutos de un jefe guerrero.

II

Efectivamente, los pobladores de Anáhuac, para estar siempre dispuestos y poder ensanchar sus dominios, fortificaron con trincheras y fosos la ciudad fundada. Halagada con los tumbos de las durmientes ondas, á la pálida luz de la luna, se deslizaba la tranquila existencia de aquella población señorial, soberana del rico valle de Anáhuac. Entre tanto, el súbdito azteca se formaba y se educaba en la guerra. Centenares de miles de hombres, al rendir tributo al rey, custodiaban la capital del imperio; y numerosos ejércitos, que eran el signo de la fiera humana, al estilo de la antigua disciplina, hacían ejercicios militares, reconociendo un sistema netamente jerárquico. Dejábase oir el chasquido de la flecha, lanzada con certera puntería sobre el enemigo. Sin cuarteles, vagaban por los umbrosos bosques; de las montañas hacían fortalezas, porque el indígena sabía bien que las alturas y prominencias eran puntos estratégicos.

Apenas cubiertas las carnes, el soldado no tenía más armamento que su carcax ó arco, y por municiones las flechas, arrancadas de los gigantescos árboles del monte. Las peñas de los cerros y las cuevas servían de albergue; las frutas silvestres, recogidas al paso, daban seguro alimento

á la tropa. Sin más conocimiento de la guerra que la natural inclinación á la defensa y á la propia conservación, cual antecesores de los Cides, en masa compacta y á la poderosa voz de un jefe, se lanzaban á la lucha, á poca distancia, ó cuerpo á cuerpo. Pueblo bien constituído y temible, llegó el azteca á predominar, derrotando á multitud de pequeños reinos, y subyugándolos por completo.

Briosos, valientes y atenidos á sus fuerzas y al número, en poco tiempo llegó á constituir la monarquía más sólida y duradera el pueblo azteca. Temerosos de ese pueblo tan grande, sus vecinos establecieron pactos de alianza, á fin de ponerse á salvo de la agresión, aunque ocupasen lugar inferior en ella.

Conocedores de sus dotes guerreras, ninguno de los reyes próximos se atrevía á romper las hostilidades, porque consideraban segura la derrota y la pérdida de la nacionalidad. Con esto, el altivo meshica se vanagloriaba de su grandeza y del poder de sus armas, dominando por completo sobre sus vecinos. Todos los que intentaron llamarlo á combate, perecieron, viniendo á ser sus tributarios. De aquí el pujante espíritu conquistador de sus valerosos soldados: desnudos, sin alimentos y equipo de guerra, obedeciendo tan sólo á la voz del patriotismo, se arrojaban al combate en honor de su dios sanguinario y de un rey autócrata, dueños ambos de

vidas y propiedades. En recompensa de tanto heroísmo, ¿cuál era el premio? Desprender el corazón del más valiente, y ofrecerlo á ese dios fiero, que había tomado posesión del ánimo de un pueblo fanático, idólatra, aunque heroico y valiente.

Para los aztecas, la guerra era siempre el primer deber del ciudadano, y todo ciudadano era soldado, dispuesto á morir en los altares de la república. La familia, el hogar y la riqueza, debían ser esclavos de la patria. Fieles á ese principio terrible, en que el hombre obedece á ciegas, sin el derecho de la objeción, los habitantes de Anáhuac obtenían las victorias sobre sus enemigos, yendo á la lucha por deber religioso y civil, aun á riesgo de perder la vida; lo que se consideraba como una honra especial concedida por Huitzilopochtli.

Considerábanse invencibles y con fuerzas sobrenaturales, dadas las conquistas obtenidas y las victorias sobre sus enemigos: los que no eran sus aliados, tenían que ser sus adversarios más terribles.

Cercano á ese pueblo belicoso, se levantaba otro, aun más fiero que él, cuyo sistema de gobierno era más perfecto. También, aunque procuraba cuidar sus propios intereses, lo distinguía la bravura de sus hijos, quienes, en guerras anteriores con los aztecas, habían probado un tem-

ple digno de los más belicosos hijos de la batalla, sin que los pobladores de Anáhuac hubiesen podido vencerlos ni subyugarlos. Este pueblo era el de Tlaxcala, constituído en república.

Los odios, provenidos de la altivez de ambos, los tenían divididos; pero no se atrevían á llegarse á las manos, temerosos uno y otro de la duda en la victoria. Patriotas y heroicamente valientes los dos, procuraban alejarse de las probabilidades de nuevos encuentros, ya que en los anteriores sólo pérdidas irreparables pudieron conseguir, sin resultados prácticos.

Sin embargo, esta actitud no los impedía aprovechar oportunidades propicias, á fin de volver á dirimir sus cuestiones en el campo del combate; podrían esperar más ó menos tiempo, pero ambos pueblos, irreconciliables, estaban dispuestos á fundir el uno al otro, ó hacerse trizas ambos; resultado el más probable este último, presente el valor, la disciplina y el arrojo de los dos. Cuando dos cuerpos, de la misma fuerza, chocan, ó no se hacen nada, ó ambos perecen en el choque.

Existirían diferencias en la constitución política entre aztecas y tlaxcaltecas, pero en heroísmo creo que los dos fueron los más bizarros de los pueblos que habitaban estas tierras. Aunque la república de Tlaxcala era menos ambiciosa y mejor gobernada que el imperio de Anáhuac, porque la nobleza de sus hijos y la bondad

de su sistema administrativo la ponían en espléndidas condiciones de gobierno. Todo esto era bien conocido por sus mortales enemigos, que, si feroces en la lucha, se consideraban inferiores en disciplina y en constitución gubernativa, en la época de referencia; pues los monarcas aztecas llegaron al extremo de las supersticiones religiosas, declinando en poder y grandeza; y un pueblo gobernado por hombres pequeños, toca á su ocaso, por más valerosos que sean sus soldados: los pueblos sin jefes, son rebaños sin cabeza, y pastos seguros de los feroces animales carnívoros. De ahí que los cobardes son mujeres que no pueden gobernar á pueblos viriles y de grandes empujes militares, porque las hembras, por su endeble constitución física, no están predestinadas á dirigir agrupaciones belicosas.

III

Quiso la ironía del destino que, en momentos de división temible, arribaran á las costas apartadas del continente los hombres blancos. En el viejo mundo, entre tanto aquí dominaba la idolatría religiosa, y en aras de Huitzilopochtli se sacrifican víctimas humanas, tomaba creces la religión de un hombre divino, bueno; el Mártir del género humano, enviado á rescatar al caído.

El anunciado por los profetas tantos años atrás, predica su doctrina; perece en una cruz, en torno de la cual se levantan naciones sin cuento, dispuestas á propagar la nueva fe, nacida en Belén y afirmada en las ásperas rocas del Calvario. Continuador de tan nobles principios fué Colón, mártir de América, quien, á semejanza de su antecesor, también encuentra su cruz entre la turba religiosa, transgresora de todo derecho.

Las naciones católicas de Europa, ocupadas en el ensanche de su poderío, buscan nuevas tierras que conquistar. A España le estaba reservada la fortuna de iniciar nueva era en el mapa de las conquistas. Inspirada por Dios, ó por la propia ambición, arma cinco carabelas de vieja madera, embarca en ellas á corta tripulación, en medio de la cual surge majestuosa la figura de Cristóbal, el soñador profético de los grandes destinos humanos. Recorrida la nueva odisea, flota, al cabo de meses, la bandera española en un continente hasta entonces desconocido. Consecuencia legítima: en vista del resultado, crecen las ambiciones de gloria, y, cual aventureros de riqueza y poderío, se lanzan los hijos de Iberia en pos de fortuna, degollando aborígenes en nombre de una doctrina salvadora: entonces toma fuerza el principio de la conquista y da origen á la ley del despojo.

Para ser apóstoles del nuevo derecho, eran

precisas condiciones de audacia y valor, y—escrito está—estas cualidades nunca han sido el patrimonio de los cobardes, apegados á un principio vegetativo y conservador. Las empresas de esta índole requieren almas bien templadas, espíritus resueltos y hombres poco apegados al amor de la vida, ó al calor del materno hogar.

Extendida la noticia de las tierras descubiertas, los que hasta entonces vivían alejados de las grandezas de la corte relegados al sepulcral olvido, como que nada significaban para el concierto español, dedicado al altar y al trono, inútiles para ambas cosas resolvieron arrojarse al furor del océano, para conquistarse una palma de gloria y poder salir del medio ignorado en que vegetaban. Así es como, resueltos á los peligros, interesándoles bien poco una "vida inservible" se reclutaron en las flotas españolas que cruzaban los mares. Por Dios y el trono, dejaban allende las aguas todo lo más caro para el corazón humano: padres, hijos y esposas.

El arrojo de aquellos hombres, ¿era meritorio? Yo lo juzgo desde un punto de vista relativo. Si bien es cierto que las grandes proezas siempre han sido de los seres ignorados, tampoco hay que olvidar que el mérito nunca debe desviarse de lo justo, en las apreciaciones históricas. Los nuevos cruzados, valiendo bien poco en su suelo natal y significando poca cosa en el mapa del

progreso intelectual, nada jugaban en la empresa expedicionaria: si no lograban alzarse sobre sus compatriotas por los descubrimientos, en cam-io, nada se perdía con el fracaso. Antes y des-ués, con un resultado no propicio, quedarían en l mismo lugar: IGNORADOS. Pero si lograban, á sombra de las ideas dominantes de Dios y rey, egar al fin propuesto, entonces, sin exponer osa que valga, adquirían títulos de grandeza hu-nana, á pesar de ser unos verdugos legalizados.

Tal es mi opinión respecto de los aventureros que debían fundar nueva raza y nueva unidad en América. Podrá ser extrahumana, pero de ningún modo exagerada. En los dominios de la crítica histórica, hay que ser justos. El que nada expone, no creo que merezca el nombre de héroe de la humanidad. Aplicando el argumento á Colón, cambia de aspecto la cosa: el descubridor de América fué un héroe divino y humano, porque, peligrando su preciosa existencia, buscó, en el mundo de los ensueños científicos, un mundo de riqueza real y efectiva. Como todos los mártires, redimió, y fué crucificado por los mismos redimidos.

IV

Mas, dejando á un lado toda consideración filosófico-histórica, quiero convenir en la grandeza

atribuída á aquellos hombres ambiciosos de mando y poderío; porque debido á las tales cualidades, surgió una raza más vigorosa y fuerte; con inclinaciones más belicosas, espíritu más bien templado y sangre más guerrera. Es un principio de filosofía pura, que la mezcla de razas aventureras, poco amantes de la vida, produce á los seres extraordinarios y de valor inaudito.

Sabedores los españoles, ó los hombres blancos, de la existencia de un reino inmensamente rico y poderoso, capitaneados por un hombre audaz y bizarro, dirigieron sus veleras naves á sus costas, á fin de subyugarlo y reducirlo al poder de un monarca—para los primitivos pobladores—desconocido.

Cuando los españoles dieron con tierra, ya tenían informes casi seguros de las desavenencias de sus habitantes; porque, apenas llegaron, sugestionados los indios por el fanatismo idólatra, recibieron diversos embajadores de los monarcas más poderosos del valle, quienes les enviaron ricos presentes. Natural era que, en vista de las dádivas y el oro, las ambiciones del conquistador hubieran llegado al colmo. Los embajadores, después de cumplida su misión, llevaron informes sobrenaturales, pintando á aquellos barbados como á hijos del mismo dios de la guerra. Estas descripciones, unidas á otras muchas circunstancias, hicieron tambalear los tronos de los monar-



cas aztecas, pues creyeron ya llegada la hora de su disolución. Tampoco se equivocaron en esto; porque, efectivamente, los blancos llevaban intenciones de no dejar títere con cabeza, si la rendición no fuera absoluta de vidas y propiedades.

Estimulados por la perspectiva de la victoria, y alentados por su superioridad disciplinaria y militar, como avalancha de langosta cayeron sobre aquellos imperios, diezmándolos por completo. Matando aquí, robando allá,—con la cruz en la mano—se apoderaron de lo que deseaban: de lo mejor de las mujeres y de los tesoros.

Los historiadores creen que la victoria hubiera sido indecisa de parte de los blancos, si no cuentan con la alianza de la república de Tlaxcala, que fué la que proporcionó la carne de cañón. Marchando los tlaxcaltecas á la vanguardia y los españoles á la retaguardia, pudieron, después de algunos combates, enarbolar su bandera triunfal sobre la hermosa Tenochtitlán, cuna de valientes y abnegados indios.

Favoreció á los conquistadores, en no pequeña parte, la cobardía de Moctezuma, quien, conteniendo los ímpetus bélicos del pueblo, dejó que los españoles ganaran terreno y preparasen mejor los ataques.

Y, de cualquier modo que hubiese sido, con la alianza de los tlaxcaltecas y todo, á pesar de que los indios carecían de un jefe más valiente que

Moctezuma, con más alma, no se puede negar el heroísmo con que sostuvieron su nacionalidad. A veces resignados y sufridos, á veces llenos de enojo y encono, los soldados aztecas conservaban en todo su vigor la sangre heredada: fieros, heroicos y bravos, peleaban contra el invasor blanco cual las hienas y los tigres que, sin considerar el peligro, se arrojan sobre la presa. Sin negarles el denuedo á los españoles, que jugaron el todo por el todo, sacrificando sus vidas "en aras del oro," debieron éstos su victoria, no á la falta de valentía en los pechos aztecas, sino á la falta de jefe digno y á la desigualdad de elementos en la lucha. Por lo demás, fanáticos ambos, unos por la idolatría, otros por la sed del dinero, en más favorables circunstancias, los blancos no instalan sus tiendas triunfales en Anáhuac.

V

Entre tanto, un príncipe de sangre ardiente, hijo de lo más belicoso de la raza aborigen, de mirada penetrante, tez tostada y altiva la frente, maldecía la suerte de su país. Orgulloso, como digno vástago de sus antepasados, era imposible reducirlo á la obediencia; porque los héroes no se rinden, perecen al pie de su estandarte. Aprisionado como el fiero león en su jaula, estando

su tío Moctezuma en el trono, y siendo éste adverso á los intereses del país, rugía en su prisión, haciendo remembranza del valor de sus mayores. En vano Cortés le hace proposiciones engañosas, él no se deja engañar. ¡Lástima que ese hombre de tantos quilates no hubiera sido comprendido por sus verdugos....!

Cuauhtémoc, el por mil títulos más grande que ningún general español que haya pisado americanas playas, al ver el envilecimiento de Moctezuma, agita al pueblo contra los blancos, y en la tremenda lucha perece el rey azteca prisionero. Los súbditos de Carlos V, en medio de su cobardía, lo llevan al combate como una muralla de fortaleza, porque creen que su presencia es suficiente para reprimir la ira popular. Pero se equivocaron; porque aquel pueblo, de cerviz guerrera, aunque noble y sufrido, era ajeno á toda sujeción extranjera; sin respeto á la orden de un rey prisionario, rompe toda obediencia y amenaza de muerte al traidor y á los invasores.

En tales tiroteos, resulta muerto Moctezuma, Cuauhtémoc encabeza las tropas, y el pueblo lo reconoce y aclama como el único soberano azteca de Anáhuac. Se empeñó la lucha, y los cadáveres llegaron á tapizar el suelo y á convertir en tierra firme los lagos y los fosos: tal era su número. Desesperados los conquistadores, se baten en retirada por toda la calzada de Atzcapo-

tzalco, sin esperanzas de volver á ver de cerca la bella "ciudad de las aguas." Viéndose Cortés vencido y agotado, imitando á Boabdil al ser arrojado de Granada, llora sus desdichas cabe el vasto tronco de un miliario ahuehuete, único recuerdo que nos queda en pie de tan aciaga y sangrienta lucha. ¡Si ese viejo árbol hablara, la historia de la conquista quedaría bien escrita...!

Mas al infortunado guerrero Cuauhtémoc, que recibe el trono en condiciones lastimeras, no le fué dable sostenerse en el puesto; pues el audaz Cortés, descendiente de moros é hispanos, antes que soportar el bochorno de la derrota ante sus tropas, procede á la última tentativa, como el ahogado que se ase de la primera rama que divisa....

¡Bien hacen los escritores en ponderar el mérito de ese español de hierro! Aunque sean las circunstancias las que le dieran el triunfo, salvo sus graves errores, por sí solo valía más que todos sus compañeros. ¡Cortés era la reencarnación del soldado español, trasladado á América! Sea por el oro, sea por lo que fuese, era un batallador denodado y valiente...

Vuelve á la lucha, y en esta vez, la desgracia persigue al príncipe heroico, y triunfa el conquistador, tomando prisionero á aquel sublime ejemplar de la raza humana, de cuyos ardientes ojos lanza llamas de fuego; y, cual ningún militar de

los países más civilizados del globo, lleno de ira y vergüenza, exclama: ¡HUNDE ESE PUÑAL, QUE TRAES AL CINTO, IBERO, EN ESTE PECHO QUE NO HA SABIDO DEFENDER Á SU PATRIA! ¡MATA, PORQUE NO QUIERO LA VIDA SIN HONOR!

Algo más de cuatrocientos años han pasado y, á través de ellos, ni el Gran Capitán del siglo XIX pudo mostrar tanto heroísmo. Son incomparables las proezas del desdichado monarca azteca; pues ni Alejandro, ni Cárlo Magno, ni Tito Livio, pudieron, en la desgracia, dictar lección más grandiosa que consigne la historia humana en sus brillantes páginas.

Los españoles venían á infundir la civilización en corazones que ENSEÑAN EL HONOR MILITAR: prefieren la muerte á la esclavitud. ¿Acaso la conducta de Cuauhtémoc era indicio de un estado salvaje? ¿Es capaz un hombre inculto de decir: MATA, PORQUE NO QUIERO LA VIDA SIN HONOR?... No creo que hubiese habido monarca español, ni el mismo Carlos V, capaz de dar un ejemplo más elocuente de lo que es el decoro militar.

VI

No obstante la grandeza de la víctima, fueron pequeños sus verdugos, porque no concibieron la alteza del prisionero. Bajos hasta arrastrarse

por la escoria, lo obligaron á confesar lo que no debía: el lugar de los tesoros.

Está visto el principal objeto de los conquistadores: querían oro; tenían sed y hambre de él. En el mundo de la materia, todo lo que no sean riquezas, es ilusorio, metafísico. De manera que la civilización era de un orden secundario, la religión vana fórmula. La sujeción á un príncipe extranjero era predicada por los temores á la inquisición regio-cristiana, muy en boga entonces. Y en aras de tan viles ambiciones, colocan al gran prisionero en una parrilla, y le prenden fuego, no sin antes de persignarse y pretender administrarle los Santos Sacramentos. Lo cual prueba que la idea religiosa es relativa y acomodaticia, desde el momento que se invoca para asesinar á un hombre, y un hombre más grande que "sus cristianos" verdugos. Si con la quemazón se pretendiesen fines de conversión, enhorabuena, pero el martirio era para sacar el dinero: los tesoros.

Claro está, aquellos pescadores de fortuna, no era posible que fuesen cristianos; pues la doctrina de Cristo fué hecha *de ipso facto* en el grado perfecto, y en cualquier tiempo obliga con la misma fuerza. Resultando que los conquistadores, invocándola para el asesinato, para atormentar á un héroe, daban claras muestras de desconocerla.

Las bajezas de los conquistadores quedaron

bien pagadas con el desdén de Cuauhtémoc: aunque ardía en la "parrilla cristiana," jamás llegó á satisfacer las ambiciones de aquellos seres escupidos por la suerte é infractores de las leyes divinas y humanas. Lo abrasaban las llamas, pero él, nuevo mártir, evangelista de la libertad y del honor militar, sonreía, y la sonrisa era el látigo de sus verdugos. Murió carbonizado, pero si los héroes viven otra vida mejor, si la inmortalidad existe, si lo grande no perece, Cuauhtémoc, hereje y todo, es el dios de una raza que, en su ejército, ha vuelto á la vida, sacudiendo el ignominioso yugo de la opresión.

Dueños absolutos los españoles de un pueblo ya sin fuerzas, pudieron establecerse á sus anchas en él, recluyéndose los vencidos á las montañas. Ciudades, palacios y chozas fueron registrados y despojados por los conquistadores, en legítimo botín de la desigual batalla.

Jamás se podrá decir que el azteca honrado llegó á aceptar el yugo; pues, aparentemente en calma, durante tres centurias estuvo preparando el camino para la libertad. Cuando más descuidado estaba el pueblo conquistador, el conquistado empuña las armas, y proclama la independencia. Inútiles fueron las tentativas de la corona de Castilla para contener y ahogar el levantamiento: el pueblo oprimido, surge tan valeroso como Cuauhtémoc y, en medio de sangrienta lu-

cha, da el grito formidable de libertad. A la voz de un solo jefe, ya los mexicanos, convertidos todos en soldados, se afilian al iniciador de la independencia, y en cada alcalde de pueblo hay un general.

¡Breve fué el Calvario, grande la libertad!

Todo el pueblo fué soldado, porque todos odiaban la sujeción. Prerrogativas y fueros, eran para los hijos de Pelayo; cadena, sumisión forzada y la esclavitud, eran para el hijo del país, como si unos y otros tuviesen distintos orígenes sobrenaturales.

Contemplad ahora á esa pléyade guerrera que, en medio de las demás tribus, aparece como la más valiente, resuelta y audaz, y bajo el poder de los conquistadores es terrible é indomable, y se verá si el ejército que de allí desciende merece elogios ó vituperios. Tan grandes fueron en valor, como nobles, altivos y fieros en presencia de los tiranos.

A ese elemento aguerrido se debe la nacionalidad mexicana.

CAPITULO XI.

EL SOLDADO MEXICANO EN LA INDEPENDENCIA NACIONAL.

I

UNA grande verdad histórica se desprende de aquellos acontecimientos aciagos: que los pueblos de carácter indomable, vencidos, á través del tiempo, nunca pueden conformarse con su suerte; van preparando los recursos de la venganza en las soledades de su retiro involuntario, hasta que puedan sacudir el yugo opresor. Algunos afirman que en las mezclas de las razas predomina la más vigorosa y fuerte, haciendo perder los recuerdos de origen á la más débil. Tal afirmación es posible que sea cierta, pero como no hay regla sin excepción, y aquí me someto á la regla general, para mis deducciones.

Ignoro lo que entiendan por "razas fuertes" los expresados autores; pues creo, precisamente, que,

en las jornadas de conquista, no siempre son los más débiles los que pierden, y menos en la época actual se podría aplicar ese principio. Quedándonos en los tiempos de la conquista de América por España, no puedo aceptar mayor pujanza en el soldado español que en el azteca. Entonces, ¿por qué vencieron los españoles? La victoria no dependió de la cobardía,—ésta es la que puede y debe graduar la fuerza de raza—sino de las circunstancias que concurrieron en el caso: el espíritu idolátrico, los elementos de combate y la pequeñez del rey Moctezuma, prohijaron el triunfo español. Yo puedo creer en la superioridad de las razas, sobre todo en cuestiones de guerra, cuando los elementos de combate son comunes é iguales. Mas figuraos á un pueblo sumido en la superstición religiosa que, en vez de balas y municiones, usa el arco y la flecha, atacado por otro de poderosos elementos destructores, y sabréis cuál pueda ser el resultado de la lucha. Mientras el azteca tenía que batirse cuerpo á cuerpo, el ibero lanzaba, fuera de peligro, sus proyectiles contra su adversario. Llevaba éste, además, otro enemigo temible para el indio: la caballería. Desconocida ésta, se creyó que formaban un todo el jinete y el caballo. Si los aztecas hubiesen apelado á la fuga, era fácil suponer que los españoles procedían de una raza superior, porque los que huyen del campo de guerra, dejando la posesión al

enemigo, son de una raza degenerada y cobarde. Esto nunca llegó á suceder; el indio se batía como fiera, y en fila, mostrando á sus enemigos valor inaudito y una disciplina militar rigorosa.

Por lo mismo, no acepto la superioridad de la raza conquistadora sobre la conquistada; pues los elementos aportados para la guerra, podrán ser frutos del medio, mas no indicar la tal superioridad. Los mismos españoles nunca pudieron llamarse más fuertes de raza que los moros, aunque los hubiesen arrojado de su territorio, después de siete siglos de posesión.

La superioridad está en la sangre y en la inteligencia. Y ni la una ni la otra pudo pregonar como mejor el hombre blanco. Los nobles aztecas conocían el arte de la guerra á su modo y según el medio; tenían certezas seguras sobre la idea del honor militar; sabían grabar sus ideas y comunicarse por escrito, aunque los signos fuesenjeroglíficos: mientras los españoles, salvo uno ó dos, no sabían escribir ni su nombre. Cuauhtémoc, pidiendo la muerte en vez de la deshonra, prueba á las claras que la inteligencia del indio era clara, y el honor denunciaba á una raza superior. Los descendientes de una raza inferior, abyecta, no legan á la historia ejemplos de valor y heroísmo. En vista de las frases lanzadas por el infortunado monarca azteca, al caer prisionero en poder de los conquistadores, no es posible su-

poner que hayan sido de raza ni superior ni más fuertes éstos.

"A mí, quítame la vida; y á estas mujeres, que son mías, como pertenecientes al sexo débil, siendo tú caballero, guárdales las consideraciones que reclaman." ¿Puede ser de raza degenerada quien emite tales palabras? Más abyectos fueron los españoles, porque no supieron ni guardarles consideraciones á las pobres mujeres, ni respetar la vida de su prisionero: á aquéllas las violaron, y á éste lo martirizaron ignominiosamente, y en nombre de un Dios benigno y justiciero. Decir tales desatinos filosóficos, es aceptar el crimen histórico como una virtud, y hacer del asesinato una epopeya.

No, de ningún modo la raza azteca era menos fuerte; puédesele considerar desgraciada, más no débil: hombres que morían por millares en defensa del honor nacional, no debían ser de raza inferior. En cambio, el europeo que no sabe respetar la vida de un prisionero político, ni conoce el respeto que se le debe á toda dama,—es seguro—pertenece á una raza degenerada y abyecta.

Débenles los conquistadores los honores de la victoria á otras circunstancias, mas no á la famosa superioridad de raza alegada por sus defensores de hoy, los "científicos" y los conservadores, ambos enemigos de una raza viril, como la azteca.

No es posible que los vencidos sean los menos fuertes de raza, porque en el conflicto anglo-boero, después de sangrientos combates, perdieron los boeros, no debido á la inferioridad de raza, sino á la multiplicidad en los elementos de Inglaterra. De lo que infiero, que la victoria no siempre indica superioridad de raza, sino de elementos.

Habiendo pasado tantos años, ya es tiempo de que se les haga justicia á los primitivos pobladores del país. Prueban de que no eran inferiores de raza los hechos posteriores. Cuando el vicio está en la sangre, ésta desaparece aniquilada por menos fuerte y vigorosa.

Los españoles, bien cimentados, pudieron hacer que su sangre dominase, al mezclarse con la indígena; pero la historia reza lo contrario, que nunca se apagaron los bríos del espíritu azteca.

Durante los trescientos años de la dominación española, antes que desaparecer el carácter bélico del pueblo oprimido, la sangre indígena, mezclada con la española, llegó á predominar; viniendo á dar pruebas palmarias, con este hecho, de que, antes que superior la raza española, es inferior á la del indio. En los pueblos conquistadores antiguos, pasaba siempre que el más fuerte y de

raza superior inoculaba su sangre en el débil y lo reducía á una mezcla absoluta, al grado de confundirlo consigo mismo. Tal aconteció con Persia, Grecia y Roma, naciones de las más poderosas conquistadoras antiguas. Vencían á los de raza inferior y los reducían á sus costumbres, religión é idioma; prevaleciendo la sangre conquistadora.

Precisamente, aquí pasó lo contrario; la raza aborigen se recluyó en las montañas, en su mayor parte, conservando su propio idioma, y dejando al conquistador en los puntos poblados por los blancos. Cuando, como tenía que suceder, dado el temperamento lascivo de los barbados, se mezcló una raza con otra, la generación nacía con las mismas tendencias de la madre. Los hijos heredaban el vigor de sus antepasados, sin abandonar su idioma.

Puedo asegurar que el pueblo aborigen crecía y se desarrollaba solo, teniendo por apoyo seguro uno que otro fraile bien intencionado. El cambio operado se reducía á la idea religiosa: en vez de Huitzilopochtli, adoraban al conquistador; pues la Religión Católica no era accesible á los cerebros oprimidos, ni era fácil que la entendiesen aquellos hombres, á quienes faltaba ejemplo de parte de los españoles. El conquistador decía, desde el púlpito: Sólo una mujer debe tener el hombre, porque la poligamia está prohibida por



precepto divino. Por lo tanto, queda condenada la fornicación.

El neófito, lego en cuestiones religiosas, se preguntaba: ¿qué entenderán estos buenos hombres por poligamia? ¿Qué por fornicación? Porque nos han dejado sin mujeres, y cada uno de ellos posee algo más de una docena para su uso particular.

Deducían de todo lo que veían, que aquellos eran unos falsarios y engañadores de nuevo cuño; apóstoles de la impostura.

Además, el pueblo no tenía ningunas consideraciones ni prerrogativas: él era la bestia para la carga de su dueño y señor, y los blancos eran dueños de vidas y propiedades.

Por fin, hasta que la cosa llegó al colmo; pues los pueblos belicosos, con los golpes recibidos, toman ejemplos de grandiosa enseñanza. Los descalabros son un estímulo para mejorar su condición.

Algo parecido le pasó al pueblo aborigen. Subyugado durante trescientos años, tratado como á sér inferior, no obstante que sus mujeres eran buscadas como á "seres superiores," ya no pudo sufrir: hirvió la sangre primitiva en sus venas, y preparó el golpe más formidable que haya podido recibir pueblo alguno sobre la tierra, como que tras de él tenían que sublevarse todos los pueblos americanos de dominio español.

III

Vivían muy tranquilos los súbditos de Fernando VII, el rey-hembra, cuando, llena la copa hasta las heces, se levanta el pueblo agobiado por los títulos, fueros y privilegios; y para vengar el crimen del martirio de Cuauhtémoc, castiga á los criminales. Ley histórica es que los débiles, aunque, favorecidos por la suerte, lleguen á mandar, ese mando tiene que ser transitorio; durará más ó menos años, pero, al fin, toca á su término. Y de esta sentencia no hay razón para exceptuar al pueblo español, máxime si estaba gobernado por un hombre tan débil y pequeño.

Sólo esperaban una circunstancia propicia para dar el grito de alarma; esta circunstancia no tardó mucho. Ocupada la metrópoli en repeler las huestes de Napoleón I, tenía su atención absorbida por completo en la defensa de la Península, amagada por las armas del coloso militar, azote de la Europa entera.

Naturalmente que, ya preparados los ánimos, los cuidados de España fueron á propósito para que el levantamiento se iniciara. ¿Quién sería el primer audaz que lanzara la voz de la rebelión?

Próxima á romperse la aurora del día 16 de Septiembre de 1810, surge la arrogante y vene-

rable figura de Hidalgo, soldado de almas, y en las calles públicas de una histórica villa, se proclama salvador del pueblo y lanza el grito de la separación absoluta de España. Aquella voz cundió por todos los ámbitos del país, creándose prosélitos y partidarios.

Es incuestionable que, desde esa fecha, la república tomó sér, porque al grito de Hidalgo se unieron todos los corazones mexicanos, enemigos de un yugo tan despótico y miserable. Por más que se diga, España no supo gobernar á sus provincias de ultramar, porque todos sus virreyes eran unos verdugos del pueblo. De la aserción, muy pocos podrían exceptuarse, pues la excepción era rara en aquel medio deplorable de puros explotadores, unos de conciencias y otros del sudor del infeliz indigente, incapaz de defensa. ¿Quién se atrevía á levantar la voz contra el oprovio de los que desconocían el origen divino del indio?

¿Era fácil que tantos españoles victimarios se convencieran de sus errores? ¿Habría alguno que, á riesgo de sufrir los rigores de la Inquisición, saliese á condenar el ultraje hecho á la dignidad del hombre? Coaligados sacerdotes y mandarines, llegaron á ser verdaderos tiranos del pobre indígena, sufrido y abnegado.

Ajeno el hijo del país á toda clase de vicios, lo único que aprendió de los españoles fueron aqué-

llos. Sobrio de antaño, inmediatamente le inculcaron los abominables vicios de la embriaguez: después de que rendía jornada en la casa de sus amos, transportando los efectos de carga, por única paga, le daban una copa de aguardiente. El fin era degenerarlo, para que su espíritu se aletargara y no estuviera en disposición de levantarse en contra de sus tiranos. No tenían los españoles presente que los hijos de un pueblo guerrero, muertos y sin vida, pueden resurgir del sepulcro frío, y volver por sus fueros y derechos.

Aquel enjambre procuró degradar, mas no instruir, como correspondía, á un pueblo conquistado. Creían que, con obligarlo á ir á misa y besarle los choclos á un reverendo, estaba cumplida su misión, para que se prestase á ejercer los oficios de la bestia de carga. Para el poderoso, valido de las fuerzas físicas, siempre ha sido justísimo reducir al vencido á la condición de esclavo. Este principio de conducta, lo seguían al pie de la letra los descendientes de Bobadilla; tanto más condenables, cuanto que invocaban un principio de un orden eminentemente superior de moralidad, cual lo es el cristiano. A su modo, comentaban las cosas, pues hacer esclavos en nombre de una ley que estableció la igualdad absoluta entre los miembros de la humanidad, es ser unos canallas é impostores de esa ley. Redimir es rescatar, librar de la esclavitud; y, estando á

la vista una doctrina semejante, ¿cómo es posible que hayan sido morales sus infractores?

Aunque aislados de una civilización cristiana, vivían sujetos á los preceptos naturales los aztecas, á la llegada de sus conquistadores. En el idioma náhuatl no conozco las palabras adulterio, desfalco, delapidación, peculado, juego y embriaguez; lo que prueba que los españoles, por "más civilizados," las hicieron de uso frecuente y común, enseñándolas á los naturales. Tampoco conozco la palabra "plagio," propia de los progresos hispanos.

Con sus vicios, habían precipitado en el abismo á un pueblo bueno y valiente, dejándolo en un estado de abyección tal, que ni idea tenían de lo que significaban la moral y la religión. Así como sus antepasados creyeron que el jinete y el caballo eran una misma cosa, ellos llegaron á la convicción plena de que las palabras "hombre español" eran sinónimos de tirano, verdugo, déspota y ladrón.

IV

Los hombres afectos á sus semejantes, no pudieron ver con ojos benignos tanta arbitrariedad y tantos abusos. Recorrieron la historia del país de los Moctezumas, y vieron que aquellos valerosos tenían mucho que imitar; y, como si oye-

sen á Cuauhtémoc pidiendo venganza y justicia para su raza, se ponen frente á frente de los conquistadores y proclaman la independencia de un pueblo acreedor á mejor suerte.

Los clericales, conservadores y "científicos" culpan á Hidalgo por su audaz grito de libertad.

Como ninguno de esos esclavistas expone razones de poder y empuje, ignoro las bases que puedan servirles de apoyo.

De los clericales y conservadores, fanáticos adoradores de las grandezas humanas, puedo aceptar la negativa, que, hasta cierto punto, ellos pretenden justificar; pues la insurrección de Hidalgo, ministro del altar, contra el trono, significaba que el trono hacía mal uso de la religión, beneficiando á tres ó cuatro miserables. En aquel medio, la rebelión de un cura contra el poder era el arma más poderosa para derrocar tronos y monarquías, máxime si se considera el gran prestigio que tenía el mártir de la libertad en el pueblo. Sacerdote cumplido y trabajador, de magníficos antecedentes de virtud, al pedir la separación de España, era para ser temido.

En efecto, iniciada la rebelión, con la rapidez de rayo se propagó por todo el país, creándose innumerables partidarios al paso. Es claro, los amantes de la monarquía, teniendo ideas deplorables sobre el principio de gobierno, se constituyeron en acérrimos oposicionistas al fundador

de nuestra unidad nacional. Dueños de los beneficios eclesiásticos, comprados con las riquezas quitadas al indio, lanzaron la excomunión contra Hidalgo, pretendiendo darle muerte civil. Creían ahogar así, en su cuna, la rebelión; como si las ideas de la libertad no fuesen de origen divino, ni estuviesen arraigadas en el corazón, y mucho más bien fomentadas en los pechos lacerados por los martirios sufridos. ¿Podría sofocarse en su principio lo que se agitaba en el alma de los mexicanos desde que Cortés quemó á su más legendario héroe? Hidalgo, Aldama, Allende y Abasolo son los vengadores de Cuauhtémoc.

Ya se podrá comprender ¡cuánto odio dormido despertó á aquella sonora voz de lucha! Los presos de las cárceles públicas fueron sueltos y armados con escopetas para formar la primera tropa insurgente. Los aldeanos abandonaron sus arados, dejándolos en manos de sus mujeres, para ir ellos á combatir al odioso opresor.

¡Turbas llaman á los primeros soldados los hijos del invasor hispano! Éste no merece otro nombre quien, faltando á la fe jurada, ultraje hasta la dignidad de los que le dieron hogar para dormir y tierras para enriquecerse, haciéndose gran señor, de pobre y mísero que estaba.

Hidalgo queda justificado ante la historia y enaltecido, con sólo reflexionar que no pudo disponer de mejores elementos de combate. ¿Piden

los enemigos del "padre de la patria" soldados disciplinados? Éstos no los había ni en las filas conservadoras. Si por soldado disciplinado se entiende un hombre culto, moral y de orden, desde luego que ninguno de la tropa conservadora podía serlo; pues todos, en general, y cada uno, en particular, formaban una pacotilla de seres sin disciplina y sin honor militar, no obstante alardear de formar parte de un ejército "invencible." El soldado español tenía todos los vicios de degeneración, conociendo bien poco—ó nada— sus deberes de ciudadano disciplinario. Los defectos de la milicia española fueron los que echaron á perder al pueblo primitivo: teniendo aquélla tantos adefecios morales, que llegaron á enfermar de contagio á éste; enfermedad que, á tardar más en el espíritu mexicano, lo hubiera conducido á la muerte y á una esclavitud indefinida.

Se ve por lo anterior, que los conservadores no podían, según sus doctrinas religiosas, arrojar la piedra; porque si no en peores condiciones, estaba en las idénticas el pequeño ejército virreinal que cuidaba de las rentas que correspondían á la corona. Defeccionado, deficiente, y dado al desenfreno moral, es imposible que fuese capaz de echarle nada en cara al valiente soldado insurgente: cuando se tiene el tejado de vidrio, no es cuerdo lanzar piedras contra el del vecino, si no se quieren sufrir las represalias.

V

Costumbre ha sido siempre del elemento hispanófilo, injuriar á los demás, cuando no marchan de acuerdo en las ideas. Aun en la época, pasados tantos años, pretenden hacer uso de esa arma de defensa, sin comprender que tal recurso se emplea en el terreno vedado.

Nadie estará en disposición de negar que, en efecto, los soldados de la independencia no tenían disciplina ni podían batirse conforme á los sistemas actuales de guerra. Los labriegos que hicieron causa común con Hidalgo, no eran soldados de oficio, eran libertadores, y los libertadores no siempre se desprenden de los ejércitos disciplinados. El heroísmo es hijo de las almas grandes y extraordinarias; y lo hay, cuando las virtudes morales se imponen á la materia. El soldado de la independencia, falto de instrucción, era un héroe sublime; porque, sin elementos para el caso, logra hundir el poder de los que se llegaron á creer invencibles, pisoteando toda clase de garantías y todas las nociones de derecho. Es cierto, le faltaban medios, pero le sobró valor para obtener su intento. Quería libertad, y la obtuvo, aunque sea á costa de su vida. Y yo creo, que á eso, propiamente, se lo llama heroísmo: luchar contra un adversario que dispone de mayores recursos y mejores elementos.

Quiero aceptar que las masas populares no son para las acciones que requieren disciplina, pues están propensas al saqueo y á la depredación. Mas en las grandes sacudidas políticas, para derrocar á los malos gobiernos constituídos, no es fácil acudir á otros medios: se buscaba un gobierno del pueblo y para el pueblo, lo más natural es suponer que él mismo debía buscarlo, enfrentándose con sus tiranos. Perfectamente lo hizo Hidalgo, al abrir las puertas de las cárceles y poner en libertad á los presos; porque, desde aquel momento, quedó desconocido el poder español, y libre quedaba el pueblo; teniendo, por lo tanto, que reconocer el sistema republicano, acabado de proclamar.

La idea, por lo mismo de su gran bondad, fué oída por todo el país. Inútiles fueron los esfuerzos de los españoles para contener á las multitudes armadas en contra de un gobierno extorsionador y tirano, porque las masas populares llevan en su propia constitución un poder irresistible: la fuerza colectiva.

En poco tiempo, la idea fecundizó, y de todas partes recibía Hidalgo adhesiones; mientras tanto, frenético él de patriotismo y libertad, daba la formidable batalla en el cerro de las Cruces. Su misión fué de apóstol, y los apóstoles redimen, muriendo ellos en aras del bien general. En su ayuda fueron ameritados generales, corriendo la

misma suerte que él; porque todos los insurgentes tenían fe ciega en su causa, pues el dominio peninsular se llegó á hacer insoportable.

Pequeños y cobardes los soldados de Fernando VII, no pudiendo vencer por las armas, acudieron á las excomuniones pontificias, lanzadas contra aquellos heroicos curas, convertidos en generales.

Desparramados los insurgentes en el norte y sur de la república, fueron avanzando sobre la capital, en tanto llegaba á las costas del Golfo una víctima de la monarquía, dispuesta á sacrificarse también por la libertad de América. Esa víctima era el glorioso general Mina, que, desembarcando en Soto la Marina, se dispuso á entrar en actividad plena, despejando el camino lleno de tropas imperiales. Sus intenciones eran ayudar á las columnas de Hidalgo, próximas á Chihuahua.

Mina venía resuelto á ayudar á los insurgentes, así como sus compatriotas pretendían extinguirlos.

Ya desarrollada la revolución de independencia por todos los pueblos, ciudades y aldeas, lanza lejos de sí los hábitos el cura de Carácuaro, el valiente Morelos; y, más grande que ninguno, bate á las tropas reales, cosechando lauros de victoria por todas partes. El sitio de Cuautla pudo comprender cuánto valía ese general, que

apenas tenía émulo en Napoleón I; porque éste avasallaba á toda Europa, y aquél, ébrio de grandeza y libertad, llega á ser el terror de Calleja y la admiración del continente. Al lado de ese eminente militar, crece el corazón más bueno y fiero: bueno, para perdonar á los asesinos de su padre, y fiero soldado de la libertad. El generalísimo Morelos fué la columna más poderosa de la independencia, el cerebro pensador de su causa: á sus dotes de soldado y guerrero, y al arrojo de los suyos debióse todo el éxito de la caída de los virreyes.

Examinad la historia, y veréis claramente que el ejército libertador, compuesto de campesinos y reclutas, valía mucho más que el disciplinado de la corona española. La razón se explica. El insurgente quería libertad, y la libertad hace mejores soldados; mientras que los partidarios del trono y del clero defendían los derechos de la opresión, y éstos hacen á los cobardes y á los traidores.

¡Once años de incesante lucha! Unos generales sucedían á otros; los soldados perecían por millares, cubriendo de roja alfombra el suelo patrio; pero, después de la fatiga, llegó resplandeciente la victoria: los soldados improvisados, la plebe presidiaria, da el golpe de muerte á España, y grita, desfalleciendo de hambre y casi desnuda: ¡YA ES LIBRE EL PUEBLO MEXICANO!

CAPÍTULO XII.

El triunfo de la República.—España arria su estandarte.—Las revueltas intestinas.—Gremios defeccionados.—El ejército y la Constitución de 57.

I

Visto está, las iras populares se resuelven, ó con el triunfo ó con la muerte. Al fin, las masas colectivas se componen de hombres, y en el hombre ejerce dominio la materia. ¿Sábese de cierto á qué cantidad asciende la materia informe que constituye al sujeto pensante? ¿Se ha podido calcular el poder de la parte animal? Por más investigaciones filosóficas que se han hecho, hasta el día,—y es que hemos llegado al desiderátum del progreso filosófico—no hay quien afirme con precisión, sobre este punto. Habrá aproximaciones, más ó menos aceptables; pero la aproximación no es una certeza, porque no da la incógnita que se busca, y el resultado debe ser exacto, cierto.

Las verdades filosóficas deben ser precisas. Conjetúrase sobre el empuje de esa materia constitutiva en el hombre, pero la conjetura no es realidad, como no lo será nunca la invención poética de un bardo, por más brillante y bella que sea en la forma.

No podremos, pues, calcular en toda su extensión la fuerza que encierra la materia animada en el individuo; pero, sí, es fácil concebir que en ella se reconcentran el amor y el odio, en un grado superlativo. Ama hasta el delirio, y odia hasta el frenesí; porque las pasiones son cualidades distintivas en el hombre, y lo exaltan ó lo deprimen: lo elevan, cuando va en pos de ideales grandiosos y sublimes; y lo rebajan, cuando, descendiendo de la nobleza de su origen, se revuelca por los fangos de la impudencia. Yendo por las regiones del espíritu, se dignifica, alza el vuelo y cumple con su fin, dejando atrás la materia: pero si permite que ésta se sobreponga, ejerciendo imperio, cae en la sima del abismo, labra su depredación, y degenera. La razón es que la vehemencia pasional ciega y no le da entrada á la reflexión espiritual.

A las pasiones se deben las grandes acciones de la humanidad. Por lo mismo que ellas toman posesión del individuo, tienen el freno regulador que les marca el derrotero que han de seguir: si remontan por los espacios del idealismo puro, per-

siguiendo nobles fines de derecho, entonces las pasiones son de índole noble; mas si, perdiendo todo freno de deber y moral, se alejan de los campos purísimos de la idea, débese indicarlas con el epíteto más denigrante y bajo: ¡las pasiones son asquerosas!

De aquí que el amor á lo bueno y el odio á lo abominable sean los dos principales resortes de las pasiones humanas. Luchar por todo lo grande que ennoblece el derecho, es el peculio de la pasión por la libertad. Sacudir el yugo de la esclavitud, castigar el ultraje hecho á la dignidad del hombre y escupir el rostro de los victimarios, entonces la pasión es una virtud redentora, y lo que redime, es grandioso y de altos fines humanos. La libertad enaltece, porque todos los seres que pueblan la superficie del globo nacieron libres, sin más sujeción que la que establece todo gobierno natural, en los inferiores, y el acatamiento de las leyes morales, en los superiores.

Mi convicción plena respecto de los sistemas de gobierno, está vista ya, porque todas mis obras respiran libertad absoluta con relación al orden moral. El libre albedrío teológico de los Sagrados Textos es la libertad en la Constitución de la república: si la religión tiene su Biblia, el país debe tener su Evangelio; porque no hay institución humana sin códigos que la regulen. Como supongo que toda religión es una ley moral para

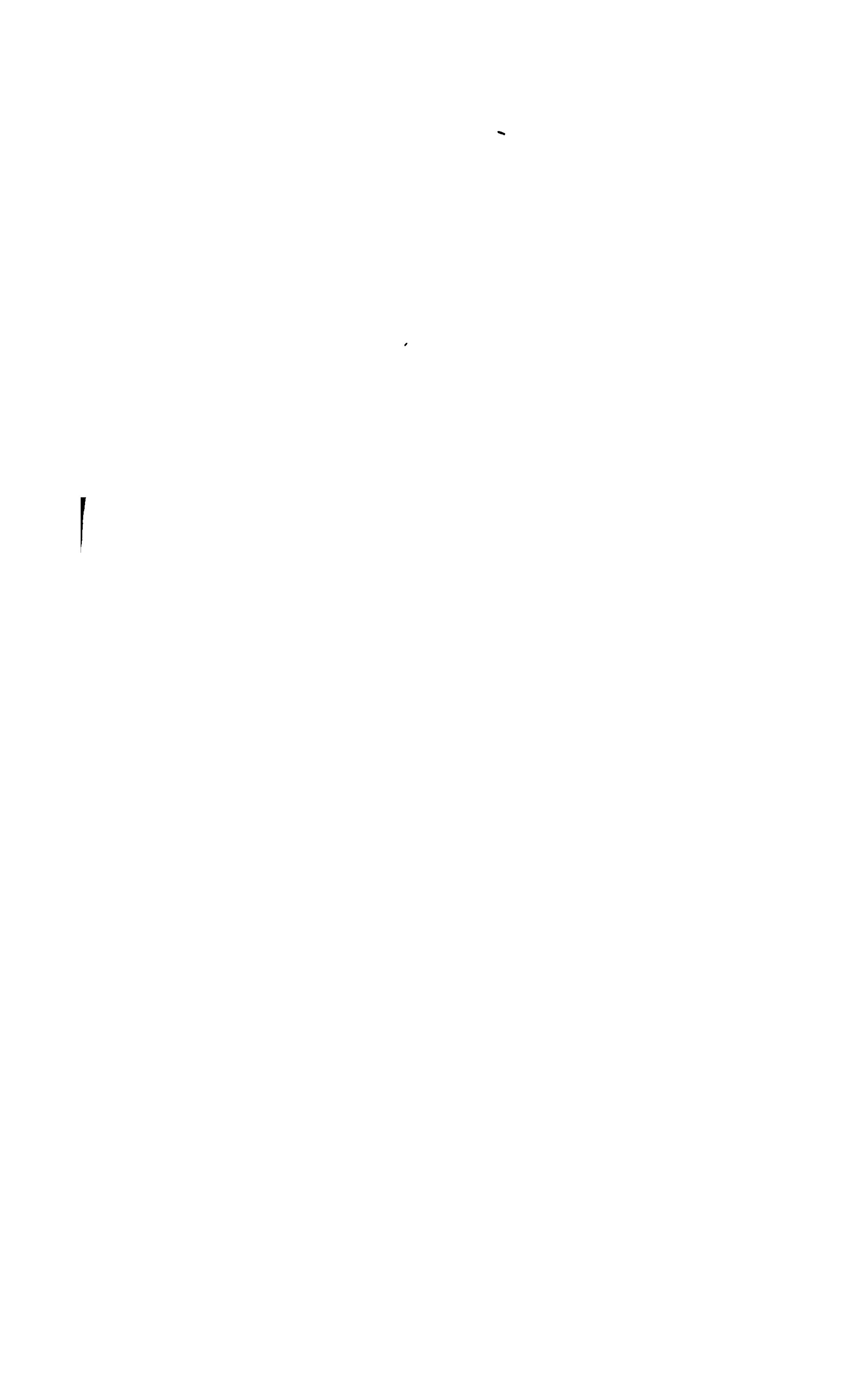
los hombres, también debo suponer otra ley que, en el seno colectivo y social, los reduzca al respeto del derecho ajeno.

Los enemigos de la libertad alegan que todo gobierno debe ser monárquico; porque, emanando el poder humano del divino, siendo éste jerárquico, debe serlo también aquél. No niego yo la emanación del poder de un orden sobrenatural; lo que sí negaré siempre es la deducción ilegítima de que lo monárquico indica solamente jerarquía, careciendo de este significado la república. Avanzando un poco más allá, estoy dispuesto á sostener: que, lo contrario de lo que creen los esclavistas, partidarios de los regímenes absolutistas, yo tengo la firmeza de que el poder monárquico en los sistemas de gobierno es el menos jerárquico; por consiguiente, el menos perfecto, metafísicamente hablando. Si jerarquía es la relación de facultades gubernativas entre los diversos miembros de un gobierno, no podré convencerme de que la monarquía sea más jerárquica; y sí estoy dispuesto á admitir que sea más despótico todo gobierno de régimen monárquico.

No puédese decir, con toda exactitud, que el imperio ó la monarquía absoluta estén próximos á la ley divina, base de todos los gobiernos; porque la democracia republicana señala también diversos órdenes facultativos en su constitución moral. No son las turbas, surgidas de los mula-



Sebastian Villareal



dares, las que dictan las leyes, las aplican y las hacen ejecutar; es el pueblo quien elige á sus legisladores, jueces y ejecutores. Ninguna de estas clases, que constituyen la república perfecta, puede inmiscuirse en la órbita de las demás: el pueblo, en su representantes, legisla; el pueblo, en sus tribunales, dicta justicia; el pueblo, en sus autoridades políticas, ejecuta lo que los demás poderes legislan y dictan.

Se ve, por lo anterior, que existe una relación de facultades entre los tres poderes, base de la república. En vez de que sea un arbitrario monarca, absolutista, el representante de la ley divina, lo es el pueblo, dueño de sus destinos. No pudiendo decirse que ese pueblo no es de institución divina, tiene que aceptársele como más capaz para elegir á sus gobernantes. ¿Por qué había de ser más legítimo el poder de un rey que el del pueblo? Presentes las doctrinas escolásticas, es más accesible al error uno solo que la colectividad; y como el gobernante debe ser lo más perfecto posible y amoldable al medio humano, resulta más humano un gobierno del pueblo y para el pueblo. Los soberanos, con el prurito de la intangibilidad y del poder sobrenatural de su investidura, nunca encuentran jueces capaces que los juzguen: son un remedo de la autocracia clerical, é intangibles en un mundo tangible. Lo que, en buen español, significa: pecadores sin castigo.

No es que yo desconozca al autor del orden sobrenatural; pero tengo derecho de lanzar el guante blanco á un tirano que, abusando de sus atribuciones, reduce al ciudadano á la vil condición del tributario, sin los privilegios de la queja ni de la reclamación legal. El gobierno imperial no tiene ni más ni menos razón para ser más divino que el republicano; uno y otro pueden ser jerárquicos y de emanación divina; porque los fines de ambos son los mismos: la dirección del pueblo á través de su peregrinación por la tierra. Aunque yo opto por el último, pues es de mejores medios y de más elevadas tendencias. Que los antiguos, pequeños en los sistemas político-administrativos, hayan adoptado la voluntad omnímoda de un hombre para gobernarse, esto no argulle ningún fundamento en el terreno científico; simplemente significa que aquellos santos varones fueron débiles y propensos á la sumisión, acatando la audacia por ley.

II

Después de tantos años idos, aun se quiere probar que la república es una invención satánica; cuando, precisamente, es la más adaptable al carácter social. Si los gobiernos son para los pueblos, y no los pueblos para los gobiernos, convengamos

en que aquellos deben elegir á éstos. ¿En qué parte de los Sagrados Textos se lee que un hombre es dueño de los demás? Admitiendo los gobiernos absolutistas, que son los de régimen monárquico rigoroso, iríamos á dar á una conclusión extorsionadora y abominable. Pero no conozco ley alguna divina que determine la forma de gobierno: se exige que las colectividades sociales tengan un gobierno; éste lo mismo puede ser monárquico, mixto ó simple republicano. El hombre es dueño para elegir el que más le acomode y llene sus necesidades. El monárquico, desconociendo la dignidad del ente-pensante, lo esclaviza en aras de las clases privilegiadas que rodean al trono: en vez de guardarlo y salvarlo, lo hunde en el abismo de la degradación, haciendo de él un servidor seguro de la altivez y el orgullo. Derechos establece para la familia real, y cadena para el plebeyo, cuyo origen queda á discusión. El republicano, persiguiendo la igualdad, eleva al hombre y lo pone en condiciones de llenar sus deberes para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes. No degrada al ciudadano, lo ennoblece, haciéndolo capaz de comprender sus derechos y las prerrogativas que le conceden en las leyes.

Si, á pesar de la evidencia de la bondad republicana, aun se insiste en que la república es un sistema malo, tengo mayores razones para asen-

tar lo contrario. La historia humana ha venido á demostrar que los gobiernos monárquicos han sido de fatales consecuencias, y que la degeneración del ciudadano provino de las restricciones impuestas al libre albedrío. Un manjar se apetece, cuando hay una ley que lo prohibe; y las prohibiciones fueron y son tantas en los sistemas absolutistas, en que el pueblo era el esclavo, y el mandatario el señor, que jamás pudo romper la inteligencia sus ligaduras y volar á sus altos destinos. A costa de los pueblos, vivían los pocos elegidos, como parásitos dañinos que extraen el jugo de las plantas vegetativas. ¿Qué razón existía para ese orden de cosas? ¿En qué leyes se apoyan quienes niegan al pueblo toda participación en la cosa pública? Para mí, más derechos tiene el pueblo para elegir á sus gobernantes, que un verdugo para imponérsele; porque el director de los destinos nacionales tiene que surgir del seno del pueblo que ha de gobernar. ¿Es moral y lógico que, mientras las masas sienten el hambre en el estómago y el látigo domador sobre el cuerpo, tres ó cuatro privilegiados celebren orgías, y vivan luciendo trajes de púrpura y pedrería, contemplando el cuadro desolador que presenta el pueblo? Tales sentimientos podrán ser muy humanos, pero no es dable aceptarlos como divinas disposiciones....

¡Mentira! No hay ley que emane de Dios y que

ordene la esclavitud, porque ser esclavo es un defecto social, y los defectos no pueden ser emanaciones de Dios, conjunto de todas las perfecciones. Igualdad de todo y para todos, es la base fundamental religiosa: *no quieras para otro lo que para tí no quieres.* Aplicando esta sentencia á los sistemas de gobierno, se expresa así: la ley, como enderezada á gobernar á todos, debe ser aplicada, sin restricción alguna, á todos. Para lograr esto, precisa establecer la igualdad completa, echando por tierra las distinciones, los fueros y privilegios; lo que no se obtendría sino con un sistema gubernativo del pueblo y para el pueblo, jerárquico en relación de los tres poderes que forman su esencia.

Los desatinos del conquistador arrastraron al pueblo á su vindicación absoluta; porque la desesperación se apoderó de los ánimos populares, y, cuando en el templo se predicaba: clero y trono, afuera se proclamaba el grito libertador: ¡Dios y pueblo! Los sacrificios humanos en nombre de la religión y del rey tenían que cesar, porque, tarde ó temprano, llega el castigo de los grandes crímenes históricos. ¿Qué importaba refugiarse á la sombra de un principio salvador, si aquel refugio era la "fornicación" del principio? ¿Cómo se atrevían aquellos creyentes á condenar de salvajes á los aztecas, si ellos hacían lo mismo en era más civilizadora? ¿Qué diferencia había entre las

víctimas ofrecidas en aras de Huitzilopochtli y las que ardían en las hogueras de la Inquisición? Si la humanidad aun tiene conciencia de sus actos, si es cierto que en el orden moral se impone la verdad, ¿podían, conforme á derecho, llamar salvajes á los valientes guerreros que daban lecciones de honor, los criminales vulgares que, sacrílegos, cometían mil depredaciones en los altares del Mártir del género humano?

III

Para mentir, hay que tener descaro. Los defensores miserables, sacrificados por el pan, podrán disculpar á quienes la ley condena; pero los insurgentes supieron vengar las ofensas inferidas á la dignidad nacional, y brotó una república gallarda y potente. ¿Qué importa la muerte del ciudadano, si la sangre redime? Es cierto, perecieron muchos valerosos mexicanos, pero España arrió su pabellón, despidiéndose del suelo que la enriqueció por muchos años. Alardeará la Península de haber repletado sus arcas con los productos minerales de Guanajuato, Zacatecas y Pachuca, pero debería tener aún rubor en la frente por las vejaciones de sus monstruosos conquistadores, que convirtieron en páramos desiertos á muchas ciudades, debido á su caridad "cristiana." Ante la historia, más pena debe causarle el que la

derrota y el fracaso en América se debieron á la torpeza inaudita de sus gobernantes y al valor heroico de unos cuantos hambrientos labriegos. Los arroyos crecen pocas veces al año, pero, cuando crecen, arrastran todos los sembrados de las cercanías. El pueblo mexicano, la raza agobiada, se levantó una sola vez; pero ese levantamiento, en su corta odisea, fué de resultados completos: España, llorando como el último rey de Granada, desalojó el territorio, quedándose sin una porción de ricas producciones para el tesoro español.

Sólo la república podía llenar las aspiraciones del país, y la república fué proclamada. No fueron capaces ni las persecuciones del clero, acostumbrado á zalemes y vasallajes, para contener el heroísmo de aquella pléyade de libertadores, cuyos hechos resonaron presto en Europa, dejando estupefactas á todas sus naciones. El mundo civilizado, casi al mismo tiempo que admiraba las proezas militares de Bolívar y Sucre, en la América del Sur, reconocía nuestra legítima separación de España y admitía nuestra completa independencia, consumada en 1821, once años después de proclamada.

No hay Tabor sin Calvario: nuestro Tabor es la libertad, después de tres centurias de sumisión á un poder extraño de tutela; nuestro Calvario se compuso de once años de lucha, regando el suelo patrio la sangre de los ejércitos insurgen-

tes, nacidos del pueblo. Sobre la preciosa existencia de los libertadores se cernió la mano del feroz asesino-político, quien compró las sentencias de aquellos héroes con vil metal, sacado de las arcas clericales. Pero, ¿acaso existen ideas grandes sin mártires? Muy grande es la idea republicana, y sus mártires fueron los generales insurgentes. En el cielo de México, escritos con destellos de luz, se leen los inmortales nombres de Hidalgo, Allende, Matamoros, Abasolo, Guerrero, Bravo, y el más coloso de todos, Morelos. Aunque nacido fuera del territorio, también es gloria nuestra el bizarro Mina, cuya ayuda fué poderosa para la república.

No faltará quien maldiga la memoria gloriosa de esos héroes legendarios, aventureros políticos, que volvieron por los derechos escarnecidos de la nación; pero esos abortos, es seguro, pertenecerán, ó á los clericales ó á los "científicos," que, en su afán de distinguirse, son muy capaces de maldecir lo que debieran bendecir.

Los soldados insurgentes, dando libertad al pueblo, constituyendo la república, establecieron, repito, las bases del ejército que más tarde debiera ser admirado en todo el mundo por su bravura, arrojo y disciplina.

IV

Como todas las naciones nuevas, México, apenas separado de la metrópoli, no pudo fijar una paz estable y duradera; porque en el seno de la nación había mucho elemento peligroso y turbulento, que pretendía todas las ventajas para sí. Por lo tanto, consumada la libertad, iniciada con el Grito de Dolores, empezaron á tomar cuerpo ciertas disidencias interiores. Los disturbios eran fomentados por ciertos gremios perversos, y que, no pudiendo conformarse con las nuevas instituciones, constantemente amagaba la paz de la república. Los díscolos eran los adictos á la monarquía, quienes, descontentos de su posición republicana, á todo trance pedían privilegios en nombre de cualquier santo de aldea. Unos pedían para sí y sus descendientes "el cinturón de san Hipólito;" otros el velo de la Madre Celestina; los de allá los pantuflos de la Verónica; los de aquí las enaguas de la madre del Cebedeo: todos, á la sombra de la religión, impetraban algo del gobierno republicano, aunque fuera la soga de algún hermano lego de san Francisco.

Los que tenían títulos nobiliarios, pidieron revalidación para seguir usándolos, como si ante la democracia pudiesen existir pergaminos. No faltó reverendo que impetrase las "reservas con-

ventuales" para el uso particular de su persona. Y, naturalmente, como en esto de honores humanos todos quieren ir á la delantera, las divergencias surgieron, yendo á los extremos, á la formación de los partidos políticos: uno fué copinateado por el clero, poderoso y rico, á la sazón; y el otro por los hijos de Marte, amantes de la libertad. No pudiendo llegar á un avenimiento justo y equitativo, se trabó la lucha intestina, la que duró muchos años: sentó sus pies en la consumación de la independencia, y tocó con su cabeza la época de la Reforma. ("Partidos Políticos").

Elementos dispersos y descontentadizos, eran aprovechados por los audaces para su propio medro. El primer fomentador del tumulto fué Iturbide, quien, después de prestar grandes servicios á la patria, se llenó de humos, y proclamóse primer emperador de México. ¿A título de qué infringía aquel conservador el plan de la república? ¿En qué leyes se apoyaba, para quitarle al pueblo sus legítimos derechos para gobernarse? Ha de haber tomado el consejo de los clericales, rémoras del adelanto, en todas las épocas. De otro modo, no concibo cómo un hombre de las dotes de Iturbide incurre en la defección más declarada: pelear él por la república (hay que consignar que pasó de las filas españolas á las de los insurgentes) y pretender volver al pueblo á la escla-

vitud, sólo por vía de sugestión se puede admitir.

La lucha que, con este motivo, se emprendió, fué de graves consecuencias, como debe suponerse en un país después de tantos años de combatir por la libertad. Muchos hombres y dinero le costó á la nación; hasta que Iturbide, á más de declararse emperador, fué desterrado al extranjero, librándose así de una muerte segura. Desde luego que la marcha de este general no cortó todos los males, porque nuevos turbulentos, partidarios de él, siguieron luchando, prolongando la situación al estado indefinido.

Valiéndose de estas discordias, y queriendo algunos ciudadanos franceses enriquecerse más de prisa que lo natural, ocurrieron reclamando dinero por supuestos daños. Como la conciencia pública no acusaba, nuestro gobierno no pudo aceptar las reclamaciones, pues lo que no se debe, no se paga. Francia, con el pretexto de proteger las famosas reclamaciones, manda á nuestras costas algunos de sus entonces viejos buques de guerra, dizque para cobrar deudas claramente injustas. La nación hizo lo que pudo, dados sus pocos elementos. Que si hubo error de parte de nuestro gobierno en no reconocer aquella deuda, á parte de que yo acepto la conducta seguida entonces, ya trataré esas cuestiones en otra obra, dedicada á la deuda pública.

La república, teatro de discordias sin cuento,

con la pretensión de España de reconquistar lo que nunca le perteneció, mandando á Barradas, y las reclamaciones de Francia, tuvo que sufrir terribles consecuencias, de diversa índole. Los poderes de la nación resentían mucha deficiencia, tanto en el orden legislativo como en el administrativo-político. Los desaciertos de los que mandaban se tradujeron en nuevas divisiones, aunque la audacia de otro conservador, Santa-Anna, se impusiera, llegando á ser el aclamado por las masas como el más grande mexicano.

A coronar tantas desdichas, y como premio á nuestros males, surge la cuestión de Texas, que le costó al país la mitad de su territorio, y agotó las riquezas del Tesoro Nacional. De la época de la consumación de la independencia á la invasión norteamericana, quieren ser historiadores los "científicos." Pero, faltándoles valor de conciencia, llaman defeccionado al ejército de entonces; como si aquella porción de hambrientos y miserables soldados, valientes hasta el martirio y heroicos hasta la sublimidad, podrían haber hecho otra cosa, que ¡sacrificar la vida en aras de la libertad! Hay ciertos ciudadanos que no se tocan el corazón para insultar, calumniar é injuriar; sólo que se ponen en frente de los muertos, cuya ceniza protesta contra los cargos injustos. El soldado mexicano, salvo uno que otro militar ambicioso, hizo lo que el deber le marcó; ofreció su

vida en holocausto, para conservar la independencia del país. No quiero constituirme en defensor de los directores de aquella jornada, infeliz para la patria; pero sí debo exigir más escrúpulos de quienes se han constituído en jueces del ejército libertador. Cantan los "científicos," con el cinismo que los caracteriza, nuestros desastres, nuestras derrotas, nuestros errores y nuestras desdichas; mas se olvidan de narrar los hechos de aquellos bravos cadetes que perecieron, en la época de referencia, al pie de esa pequeña montaña que custodia el Valle de México. Hasta los mismos hijos de sus asesinos riegan sus tumbas con vivos ramos de flores, como tributo justo al valor y al heroísmo. Sin embargo, los señores "científicos" llaman defeccionados y enclenques á los bizarros soldados que peleaban muertos de hambre y sed, porque ardía tan sólo en los pechos de nuestros soldados el patriotismo. ¿Y eso es defección?

V

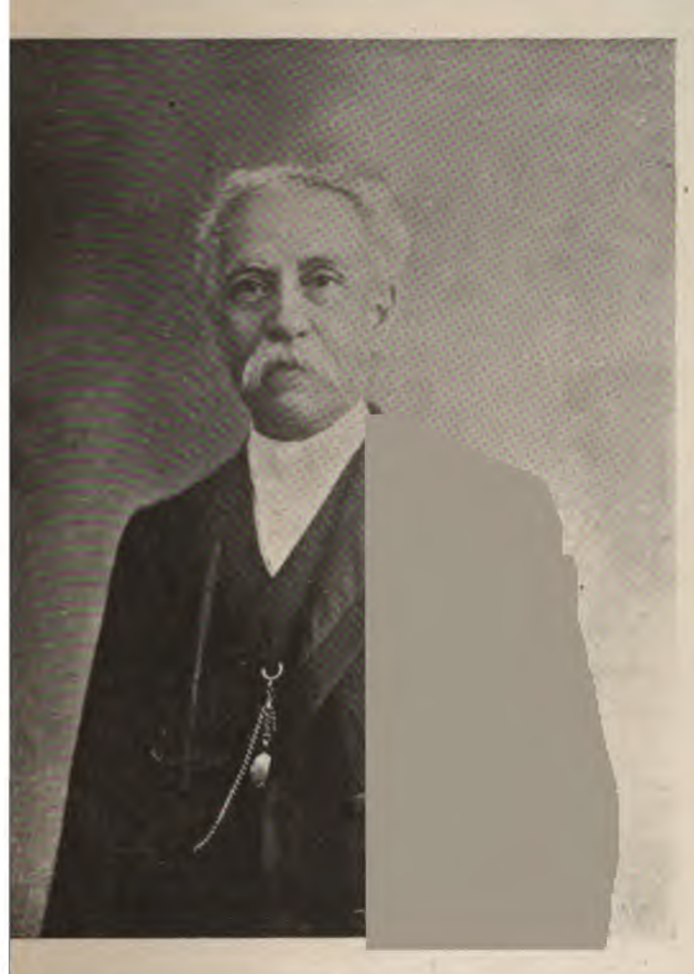
Que la suerte haya sido ingrata con el ejército de entonces; que la disciplina militar no estaba á la altura de la de hoy; que no siempre nos sonrió la victoria; culpad, enhorabuena, á la división de partidos, á la discordia por el mando; pero no arrojéis responsabilidades de cobardía á los que

no conocieron el temor ni el miedo. Si Aquiles y Héctor, padres de la mitología griega, hubiesen sido testigos de aquellos inmortales soldados, héroes anónimos los más, creirían que los mexicanos eran los dioses de la guerra. En cambio, sus detractores los juzgan como á unos viles y miserables.

Cuando reflexiono en la bajeza del hombre, me digo: si para todos los delitos se señalaban duros castigos, ¿por qué no habrá una ley para quienes tienen la ingrata tarea de denigrar á los patricios muertos?

Desgraciadamente, en una época tan aciaga y en que las ambiciones de gobierno y mando estaban en todo su apogeo, no era muy difícil la existencia de un militar nocivo; pero no creo que los luchadores por la libertad hubiesen llegado á la defección, ni mucho menos que el ejército haya sido cobarde y traidor. No lo creo,—ni lo quiero creer—porque la historia no suministra datos para ello. Los "científicos," para justificar los cargos, han recurrido á los historiadores enemigos y al reportazgo periodístico, ambas fuentes falsas á los ojos serenos de la filosofía: nunca el adversario puede ser documento para la historia, ni la crónica callejera de los tergiversadores de la verdad apunte seguro.

Como pasa siempre, á las guerras suceden los grandes hechos humanos. Confirman esta verdad





tras revueltas interiores y nuestras desgra-
exteriores: abatidos por la suerte, pudimos
r algo de provecho. Siguiendo adelante la
ión de partidos, y queriendo imponer su vo-
ad el clero, colocando en los mejores empleos
nte togada y de Iglesia, las desavenencias no
an terminar. Ya subía éste, ya el de más allá,
oder; la desolación reinaba en todo el país;
nergías estaban entregadas á la guerra de
acos contra conservadores. Porque el pue-
que derramó tanta sangre para establecer su
lad administrativa, no estaba en disposición
olerar á los clericales en el gobierno. El cle-
exicano ha tenido la particularidad de ser
rsticioso y fanático, propenso al absolutismo;
icando igualdad, gusta de la esclavitud; en-
ndo la paz, va inclinado al derramamiento
angre. Por lo mismo, su concurso era perni-
entonces en los poderes; pues, ó finge no
ocer las leyes de la república, ó no las cono-
y en uno y otro caso perjudicaba al pueblo,
oso de entrar en posesión de sus derechos.
a nueva lucha revistió caracteres alarman-
hasta que surgió la ley que garantizaba la
bilidad pacífica del país. En un momento de
a, lanzó el señor Juárez su Constitución de
Al rededor del eminente indio mexicano, des-
iente de aquel infortunado monarca quema-
ivo por los hijos del clero, se congregaron

los más sabios liberales de la nación, y, dominando la mayoría del Congreso, votaron las leyes de nuestro Código Fundamental. ("Partidos Políticos").

Dado el estado de conciencia de los habitantes de la república, en su mayoría sacristanes y curas, la Constitución fué el escándalo más grande que haya producido el cerebro humano, según ellos. Para los conservadores, el señor Juárez y los constituyentes eran unos usurpadores, embaucadores y falsarios, dignos de la *santa Inquisición*, por herejes. Más, con las maldiciones de los clericales y todo, la Constitución, sostenida por las bayonetas del ejército liberal, que siempre ha estado al lado de la patria en sus grandes horas de congoja, se impuso. En el campo de la batalla, puede decirse, se promulgó la ley de 57, resistiendo, como toda obra buena, los embates de sus enemigos. Los barcos bien dispuestos para el mar, ¡nunca se hunden! La Constitución es un compendio de sabias leyes, y, por lo mismo, tenía que flotar sobre las olas de aquel mar de embravecidas pasiones, y flotó.

Confieso también que el ejército prestó todo su empuje para la implantación del nuevo código; de lo contrario, habría naufragado, teniendo presente los elementos de los clericales, poderosos en todo tiempo.

Con la Constitución por base, nueva era se di-

bujó en los horizontes del país, cuando, respirando por la herida, los conservadores fueron á importar á un príncipe extranjero, con el objeto de que ciñera una corona que no existía, puesto que la república no tiene coronas. Fugaz, como todas las obras sin apoyo ni base, fué la existencia del nuevo emperador, á cuyas plantas vió postrados á obispos, curas, sacristanes, doncellas, viudas y toda la corte eclesiástica. Después de una lucha sangrienta, el ejército triunfó con el fusilamiento del rey de los conservadores, clericales y "científicos," en el cerro de las Campanas.

La indignación, el odio más reconcentrado y feroz, brotaba de los pechos vencidos, llamando asesinato á lo que era un acto de estricta justicia. Unos pidieron el destierro para el visionario emperador, con tal de que no fuera pasado por las armas. Esto no era posible. El destierro se aplica á los extranjeros, según la Constitución; el emperador de los clericales era mexicano; desde el momento que aceptó venir á gobernar á México, renunció á la antigua ciudadanía austriaca, substituyéndola por la mexicana. Un ciudadano mexicano, ¿conforme á qué ley debía ser juzgado?

La Constitución condenaba en un todo al que no era sino una víctima de los clericales y conservadores; el señor Juárez no fué responsable de ese delito, sino el ejecutor de una ley. En cambio, los que trajeron á Maximiliano sí fueron

unos asesinos y victimarios; porque, sabiendo que el pueblo mexicano no quería coronados, importaron á un extranjero, para que impusiera el yugo de la esclavitud. ("Partidos Políticos").

El ejército y la Constitución fueron entonces los formidables muros de la república.

CAPÍTULO XIII.

El ejército y la intervención francesa. —La reforma es un hecho de armas.— ¿Quiénes son los traidores?

I

HAN puesto el grito en el cielo los "científicos" y conservadores, cuando han podido encontrar quien los contradiga; pues unos y otros, al decir de sus profetas, son infalibles, porque ambos se quieren aplicar la dirección religiosa y política del pueblo. Los "científicos," sin ningún escrúpulo de conciencia, se bautizan con el sagrado nombre de mentores de las masas populares, como si los lobos rapaces y carnívoros fueran á propósito para apacentar rebaños de mansas ovejas. Y los conservadores, por el lado opuesto, hipócritas, recluídos de todo movimiento que indique lucha abierta y franca, se atribuyen la prerrogativa—aun más sagrada—de ser los maestros espirituales de las multitudes, aparentando propagar las ideas de

Cristo, cuando no son más que fieles imitadores de Epicuro, discípulos sinceros del mismo Voltaire, á quien en público odian, abominan y detestan.

"Científicos" y conservadores, en perfecta alianza, estilo-jesuita, marchan por el país, amparados con las garantías de las benéficas leyes que nos aseguran la estabilidad interior y fortifican la exterior. Así como se adjudican el magisterio político y religioso, ambos constituyen una horda de cáfilas sociales, peligrosos á todo trance, y que urge extirpar, como se extirpan los cánceres que ulceran las vías digestivas del individuo.

Gentes que aparecen en la escena política con tantos motes, es natural que quieran ser los intangibles: ellos pueden atacar, insultar y calumniar, pero el discípulo no tiene facultades para reprochar al maestro. Los mentores están investidos de un carácter superior, que los pone fuera del alcance de sus subalternos, en cuestiones de reproches; no así las clases inferiores, las masas dirigibles; éstas no pertenecen al orden de los gobernados. Sin embargo, para hombres de "tantas magnitudes," existen otros de mayores alturas, pues, en este mundo de altivez y orgullo, no hay zapato sin horma, ni horma que no sea fácil de arreglarse para un zapato.

Tal es y se presenta la cuestión actual. Los

soberbios directores del pueblo, como caballos briosos, saltan las trancas; cuando los llama el freno, brincan; respingan y se agitan, si el domador los reduce al orden y á la disciplina. No diferente cosa acontece con esos dos elementos, relajados y corrompidos, de la república. Parásitos, extractores de sangre y fuerzas, en armónica unión, van sacrificando en aras de sus ambiciones los intereses más caros y preciados para el ciudadano: el honor y el prestigio del país. En esos mismos momentos se presenta el patriotismo á combatir, en su propia guarida, á la traición y la intriga política; porque los dardos y las maquinaciones han ido enderezadas contra el señor Presidente, héroe á quien han coronado las proezas militares y el amor á la paz. Las armas podrán ser desiguales, pero la adoración á la república da valor al cobarde y empuje al valiente. Dedúzcase de ahí que, para el hombre resuelto al sacrificio por una causa justa, no hay miedo que haga mella, ni fuerza superior que venza, porque á los corazones de bronce no hay fuego lento que los derrita.

Enhorabuena; levanten la voz y protesten los enemigos de la nación; propaguen el grito de alarma, que ya Cristo hizo el retrato de ellos: *Por sus hechos los conoceréis.*

II

Está visto que los fracasos de la república, las revueltas intestinas y todos los desórdenes, se debieron á los opresores del pueblo, á las masas conservadoras, cuya alianza buscan hoy los "científicos" para darle el golpe al ejército, como si éste se compusiera de burbujas de espuma, flexible al primer puñetazo dado por mano femenina. No quieren comprender los enemigos de la institución militar que es imposible un triunfo sobre una colectividad que ha podido llegar al puesto, después de larga odisea, trazada en planos superficiales de sangre; y las instituciones grabadas de este modo, son de duración indefinida; invencibles, por lo tanto.

Con sólo recordar lo que el ejército hizo para repeler la ingrata intervención de Napoleón III, basta para aquilatar su mérito; es más que suficiente para confundirlo con los más audaces y valientes del globo. Que si hubo aguerridos soldados persas, espartanos, griegos y romanos; que si existieron tropas francesas que, á la voz del Gran Capitán, cruzaron toda Europa, repito, no debemos tenerles envidia: porque, sin ser persas, espartanos, griegos ó romanos; sin tomar parte en las grandes jornadas de Napoleón I, debido al denuedo y coraje de nuestra tropa, las águi-

las francesas fueron hechas pedazos en Puebla, la Carbonera y Querétaro; y, si hemos de aplicar las antiguas leyes de la guerra, el vencedor de un ejército victorioso, es el héroe de todas las victorias del vencido. Pero no queremos hacer uso de tal franquicia, porque, aunque ardientes patriotas, nos acogeremos á las leyes de la victoria tan sólo sobre las armas francesas, dejándole á la altiva y belicosa Francia los lauros de Austerlitz, Jena y el fracaso de Sebastopol. No pretendo herir el amor propio de la república poderosa del viejo continente; sí, quiero hacer constar que los hambrientos soldados, á ración de frijoles y tortilla, pueden enorgullecerse de haber defendido á su patria con la bravura de los pechos aztecas, marcando nueva ruta al derecho internacional.

¡Nunca vuelvan aquellos tiempos! No queremos la guerra, á pesar de sus glorias. En aquella malhadada revolución, en que el derecho combatía al ultraje, también perecieron centenares de soldados mexicanos. ¿A quién hay que culpar por la pérdida de tantas vidas? La historia ha definido ya las responsabilidades, aunque los historiadores las incubran, según que se inclinen á uno ú otro lado. Para los historiadores clericales, la culpa de tantas vidas es exclusiva del Partido Liberal, de ese partido de Argos y Arquímides, resuelto hasta en la desgracia y noble en la victoria.

¿Qué razones tienen para afirmar tanto desaino? Convirtiendo el púlpito en un campo político, lanzan cargos, pero no exponen argumentos. Y sus escritores, hombres, antes que de mala fe, dispuestos á defender la cadena perpetua del pensamiento, en sendos artículos de bellos matices académicos, se han impuesto la inútil tarea de proteger con mallas la doctrina de sus prelados, hechos guerreros de la Edad Media. No hay un solo conservador que arguya en derecho; creen ellos que los discursos vehementes, laborados en el silencio de la noche y pronunciados ante sus congéneres, son bastantes para persuadir, aunque incluyan una contradicción flagrante de su conducta pasada.

¿A quién se debe la intervención de Francia? Es seguro que no al Partido Liberal, porque éste combatió al ejército invasor, obligándolo á desalojar el territorio. Los franceses fueron importación exclusiva de los conservadores. Monseñor Labastida y Dávalos, prominente arzobispo de México, descendiente de una familia "cortesiana," amante del mando y del poderío, fué la cabeza, se puede decir, de la conspiración. El prelado de México fué secundado por sus demás hermanos de Guadalajara y Michoacán.

Con tres potentados por jefes, descontentos los tres por la promulgación de la Constitución de 57, el golpe más duro para ellos, ya se podrá

comprender lo que un partido significaría, encabezado por pastores de almas, en un país eclesiástico netamente. El pueblo reclamaba las prerrogativas que el clero le había quitado, pero éste no estaba dispuesto á conceder ningunas. Mas tras del pueblo nunca faltan redentores, que, sin considerar los peligros, se lanzan á redimirlo. El redentor lo fué el señor Juárez, mejor que nadie, conocedor del medio político. Dejar que los prelados Portugal, Espinosa y Labastida se impusieran, sería tanto como darles la muerte él mismo á las leyes recientemente promulgadas. Se opuso á las pretensiones clericales, poniéndoles en frente las balas.

Convengamos ahora en que la Constitución de 57 era tan sólo el preludio de otras leyes que tenían que sucederle. Esto no se les ocultó á los prelados mexicanos, mucho menos al arzobispo de México, hombre audaz y que veía muy lejos. (Yo culpo solamente al señor Labastida de la intervención francesa). Por lo mismo, tejiendo en la sombra, medio muy á propósito para los tonsurados mexicanos de todas las épocas, convocaron á su gente, para repeler, según frase de ellos, la agresión.

Era natural que, dadas las circunstancias y el fanatismo religioso, el clero tuviese muchos partidarios, unos de buena fe, y otros—los más—compuestos de una retahila de zánganos, nocivos á la

colectividad. A la voz de los obispos, acudieron, en número considerable, todos los elementos nacionales, entre los que se contaban meritísimos generales. La reunión era para darles órdenes, á fin de sugestionar al pueblo y hacerlo protestar contra las leyes promulgadas.

Las tentativas fueron infructuosas, porque las armas liberales batían á los conservadores, obligándolos al acatamiento de la ley sancionada. Los defensores del clero, reducidos á la impotencia, faltos de elementos, ya se consideraban perdidos, cuando discurrieron el medio más eficaz, á su parecer, de acabar con las fuerzas del gobierno constituído. El medio fué, á la vez que original, una conspiración contra la república y una venta de la nacionalidad al poder extranjero ¿Estarían viciados aquellos hombres por nacimiento? ¿Tendrían incubada en las venas la sangre de la sumisión? Tales son las preguntas que ahora se hacen los hombres pensadores.

No concibo cómo los prelados mexicanos, predicadores de la libertad del hombre, vayan á los tronos de Europa, proponiendo la venta de su patria. ¿Es que el episcopado no tiene conatos de conciencia patriótica? ¡Imposible dar con la razón de aquel proceder miserable á los ojos de la historia! El hecho existe, y los defensores de aquellos obispos, degenerados como ciudadanos, no explican la cobardía de aquella conducta de

traición. ¿Querrían, á costa de la independencia, obtener fueros, privilegios y altos puestos en el gobierno? Dominadores ayer, ¿no era posible la conformidad? Pisoteando el decoro episcopal, denigrando la doctrina de Cristo, monseñor Labastida convoca á la Junta de Nobles y la expide para Europa, con el fin de hacer la operación económica . . . .

III

Para hacerse de nuevo del poder, el clero, incapaz de mayor discurso, no tuvo otro medio menos ignominioso, que lanzar sobre los católicos mexicanos el negro estigma de la traición. ¿En qué libro habían leído los conservadores que la traición era digna? ¿Qué doctrina enseña semejantes principios? Toda religión se basa sobre un orden de patriotismo, y la que no lleve por bandera el sacrificio por la patria, no es religión, es la impostura religiosa. La Religión Católica, única verdadera, no pudo aconsejar á sus príncipes la traición á la patria.

Pero los prelados veían rodar por el suelo la vara del mando; levantarse al pueblo á su dignidad; al hombre vuelto á su verdadero estado de libertad: contemplaban próximo el naufragio de las humillaciones humanas, temerosos de no tener á sus pies arrodilladas á las multitudes; presentían

la desaparición segura de los besa-pies; remota la esperanza del ejercicio absoluto del dominio sobre almas y bienes. A las claras inteligencias de aquellos sabios varones, como torpes patricios, no se ocultaban las terribles consecuencias de la Constitución. Por esto, y otros motivos, no podían acatar y callar, evitando una prolongación de un estado sangriento para la república. Antes que nada, había que conservar, aunque fueran las riquezas, única nave que boga á flote en este mundo de materia. ¿Qué les importaba el dictado que la historia tenía que aplicarles? Como obispos acostumbrados á todo género de alabanzas terrenales, olvidaron su carácter de pastores pacíficos de almas; y, abandonando la calma del rebaño, se lanzaron á armar á sus guerreros para el combate, preparándole el terreno al monarca comprado en Europa.

Supongo que la corona debía recaer en un descendiente de Carlos V, porque, según las teorías de los clericales, el gobierno se hereda. Así, á pesar de haber sido libertada la nación, aun después de medio siglo de haber arriado España su bandera, los hijos del monarca conquistador eran los preferidos para la corona de México. Y, como quiera que sea, las testas coronadas siempre están soñando en grandezas, tal vez, á las mismas horas en que monseñor Labastida y Dávalos expedía las credenciales á sus delegados, el

futuro y visionario emperador de México estaría soñando en una corona que más tarde fuéle ofrecida.

Los tres prelados seleccionaron á un grupo de de los más caracterizados de la nobleza mexicana, á fin de enviarlo á Europa; así es que la Junta de Nobles se compuso de lo más distinguido del Partido Conservador. Los comisionados, después de feliz travesía, se presentaron, con toda la pompa que caracteriza á todos los clericales, en Miramar, residencia del hombre infortunado que debía más tarde ser la víctima expiatoria de una colectividad altamente inmoral y desierta de patriotismo.

Los hombres de buena fe preguntan: ¿quiénes fueron los traidores en esa época? Como los autores han sido vehementes y las opiniones encontradas, el pueblo atribuye el epíteto de traición á todos los conservadores. Creo que un cargo así tan general, no puede ser justificado históricamente, por poderosas razones filosóficas que obran en contra. No niego que, á raíz de los acontecimientos, cegados los hombres por la pasión del momento, hayan tenido razón en lanzar un dictado genérico contra todo el partido; pero después de pasadas cinco décadas de años, es justo entrar en razón y desagraviar á todos aquellos que, criados en un medio conservador, fervorosos católicos, creyeron que la conducta

de los prelados era la consecuencia lógica de un principio de fe religiosa: como creyentes, no estaban en disposición, aletargados por la perniciosa influencia político-clerical, de poner á discusión los actos de un hombre superior jerárquico, porque la discusión es limitación de poder espiritual; y, por ende, infracción á un precepto de orden divino: "Yo juzgaré á mis cristos." Este principio, regulador del dogma católico, aunque no creo yo que sea aplicable al hombre que desconoce el amor á la patria, pudo ejercer influencia decisiva en los espíritus flacos y carentes de un temple fuerte y hábil para el combate. El pensamiento encauzado, la inteligencia marchitando en su cuna, la cultura popular sin iniciar su tarea, y el poder omnímodo del clero, hacían que la sumisión fuese así como una disposición divina, aceptable tal como viniese.

A los ojos de las multitudes vulgares, el obispo era un oráculo divino y humano, porque la religión lo presenta con investidura sobrenatunal. De modo que, degradado éste políticamente, como director de un partido, él será el único responsable de las consecuencias. Esta afirmación es más terrible, cuando el político es director de las conciencias, porque la conciencia esclaviza el entendimiento y lo pone fuera por completo de la investigación filosófica.

Con lo cual, puedo deducir que la importación

del príncipe extranjero por la Junta de Nobles débese al clero mexicano, encabezado por los tres prelados que tengo dicho; siendo ellos los únicos responsables de la traición que les marca la historia patria.

IV

Es claro, ¿qué culpables pueden ser los que, creyendo acatar un mandato de origen divino, obedecieron la voz de los emisarios de la Divinidad? En los fracasos militares, á no ser las deserciones, nunca se hacen responsables de ellos á los individuos de la tropa; la responsabilidad recae en los jefes que comandan las fuerzas. No encuentro distinción entre la conducta seguida por los clericales y el ejemplo propuesto. El elemento clerical, por salvar á las sotanas, traicionó á la patria, comprándole un gobernante extranjero.

Y el principal delincuente, á mi modo de ver, fué monseñor Labastida, arzobispo de México, el hombre más ambicioso de mando que nació sobre el suelo patrio. El orgullo, las tendencias al dominio, las traía de abolengo. Dotado de un talento nada vulgar, pues, haciéndole justicia, lo distinguían los timbres de la inteligencia preclara. Dudo yo del éxito de la empresa de los clericales, sin el contingente del primado de la Iglesia Mexicana; de aquí que, para mí, los pecados

de los demás son pequeños en presencia de los del jefe y cerebro organizador de la operación económica.

Los demás conservadores, que observaban los manejos de los suyos, fieles á sus ideas, se quedaron á cierta distancia de los organizadores; recibieron á Maximiliano, porque los mismos prelados lo dieron á conocer como emperador de México. Por lo mismo, es injusto llamar traidores á muchos que no tenían más crimen que el estar sugestionados, así como muchos valerosos militares que, en un principio, creyeron la legitimidad del poder, y defendieron, no al príncipe extranjero, sino al gobierno nacional. ¿Por qué habían de ser traidores algunos generales que defienden á un gobierno legítimo? Si el gobierno después se defecciona, el ciudadano está obligado á no reconocerlo, y á luchar por los principios sanos. Igual cosa les pasó á muchos diestros generales, verdaderos valientes y patriotas: peleando por la unidad nacional, á la sombra de la religión, tenían los mejores deseos de patriotismo; no estaban en aptitud de comprender las malévolas miras de los clericales, que traicionaron, valiéndose de la buena fe de mucha parte del ejército y de la mayoría de los ciudadanos del país. Unos y otros habrán incurrido en un error histórico, mas nunca se los puede llamar, en justicia, traidores, desde el momento que, una vez

vistas las maquinaciones de los pocos traidores, volvieron sobre sus pasos y juraron cumplir con los preceptos de la Constitución de 57. Los verdaderos traidores, hasta el día, desconocen la bondad de ese inmortal Código, único que ha elevado á la república á su verdadera soberanía.

No son, pues, traidores los católicos, ni muchos conservadores, por el sólo hecho de haberse afiliado á las columnas clericales en aquella época; pues los errores históricos jamás implican traición. Generales conservadores conozco que proclaman muy alto la denigrante conducta de los clericales, al acudir á los tronos europeos por un monarca; condenan, como los mayores liberales, la intervención francesa, pues la cuestión bélica, emanada en el interior del país por la aparición de una ley fundamental, es asunto de los partidos políticos de la nación, mas no de incumbencia extranjera; porque las desavenencias de familia dependen de sus propios miembros. No son ni conservadores quienes, convencidos de su error, volvieron al seno de la patria.

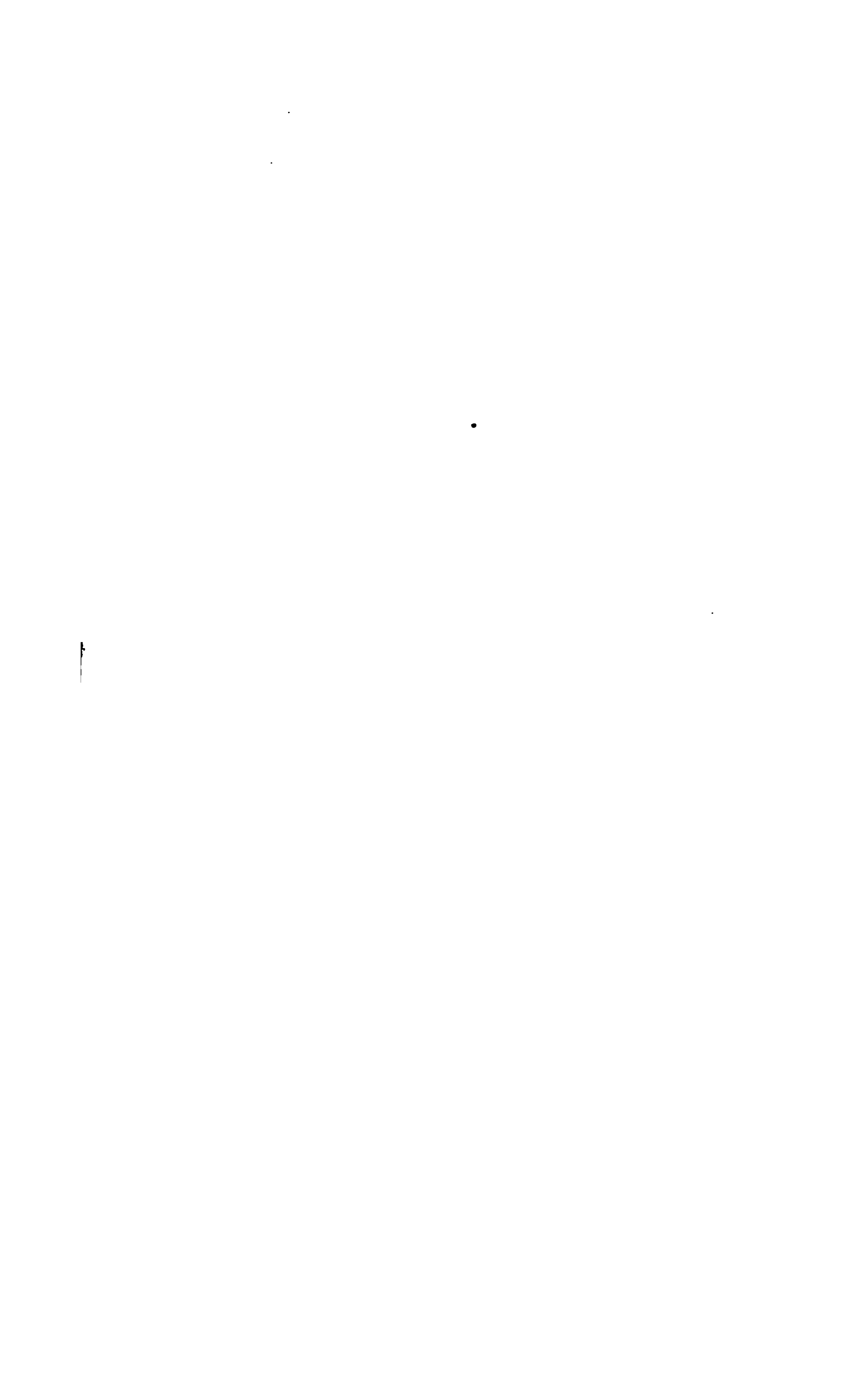
¿Qué razón existe, pues, para extender el apodo de traidores á todos los conservadores? La traición, hasta cierto punto, ya comprobada, es exclusiva de un partido político; y, si es cierto que el Partido Conservador se componía de todos los personajes que trajeron á Maximiliano, también, ampliando lo que llevo dicho en mis "Partidos

Políticos," yo establezco distinciones en el caso: los conservadores-directores fueron los que se impusieron en la opinión pública; por consiguiente, ellos son los dueños del adjetivo; pero los que, temerosos al principio de fe religiosa, aceptaron tácitamente, sin ingerencia directa, éstos están exentos de culpa. Entre ellos hubo militares pundonorosos, que después ingresaron en las filas liberales, abandonando las de un partido degenerado y abyecto.

Hay que reducir la extensión de ese adjetivo de aplicación jacobina, para no ultrajar los fueros de la justicia. Los hombres de buena fe, en ningún sentido, son acreedores á los insultos históricos; sólo la perfidia y la mala fe son capaces de llamar traidores á los que, obedeciendo á las leyes del deber, creyeron defender la unidad nacional.

Así como exceptúo á una parte del ejército, no puedo hacer lo mismo con los clericales: creo que todos los clericales son traidores. En su propia constitución llevan el germen traidor. Si héme de atener á los principios del clericalismo, la razón, sin muchas investigaciones filosóficas, se desprende: ellos son partidarios de los gobiernos absolutistas y por herencia; el régimen republicano constitucional emana del pueblo; lo mismo puede ser Presidente un potentado de buena cepa, que un pastor de las montañas abruptas de





los Andes; por lo consiguiente, no hay herencias posibles: los clericales tendrían que acudir, en defensa de sus doctrinas, á Europa, en busca de una testa coronada. A la tal importación la llamo yo, en buen castellano, TRAICIÓN.

No es que, como hombres, los clericales no puedan ser demócratas; el vicio está en el principio. Para la reforma, urge la proscripción de la doctrina que cohibe; y como el abandono de teorías arraigadas en almas pusilánimes es difícil, por no decir imposible, resulta que los clericales, desoyendo la voz de la evolución filosófico-política, tendrían que conservarse refractarios á toda reforma constitucional.

V

Infiérese de todo lo expuesto que solamente los clericales son los traidores, quedando fuera del adjetivo muchos conservadores y aun militares que, creyendo servir á la patria, prestaron su contingente á aquéllos; porque, dirigidos por los partidarios de los defensores de supuestos derechos clericales, se presentaron los comisionados en Europa. Hecha la proposición, se alucinan los dos príncipes esclavistas (marido y mujer), y aceptan una corona tan aventurada como desconocida. El varón de azul sangre, inconforme con la remo-

ta, pero segura, esperanza de la corona de Austria, le pareció como llovida del cielo la legendaria herencia del trono de Cuauhtémoc, pues las testas europeas quedarían pequeñitas ante un coronado con plumas y casco, á la antigua usanza. Ser sucesor de Moctezuma, dueño de una chusma de clericales; tener por esclavas á todas las damas de los conservadores para aliviarle la pesada carga del trono, apenas en un mundo de ilusiones se puede concebir todo esto. Soberano de un país, en el que hincaron el diente todos sus antecesores, rico y poderoso, era para llenar la ambición de cualquier reyezuelo de la vetusta Europa.

Además, tener por compañera á una emperatriz seguida de una retahila de cortesanas conservadoras, era para perder el juicio. Mientras que los viejos clericales con sacristanes, curas, obispos y todo, le rendían homenajes de respeto al emperador, echándole humo de incienso y cubriéndolo con el palio, la emperatriz sería agasajada por las señoras mexicanas, escogidas para hacerle corte.

A la fantasía de Maximiliano, sediento de próximo mando, las descripciones de los emisarios aparecieron superiores á las del Rey-Profeta, en sus salmos. Las promesas hechas, eran para exaltar hasta las fantasías más tranquilas; por lo tanto, no hay qué extrañar los estragos que hi-

cieron en un cerebro que, de seguro, no debía estar bien equilibrado.

Aceptó el nuevo emperador, sin tener presente que, por la ambición del imperio, ya otro había sido proscripto y perseguido. Maximiliano, sin quererlo, hizo lo que David: firmó su sentencia de muerte, al aceptar un trono fantástico y novelesco. ¿Es que el hijo de Hapsburgo pertenecía al mundo de las ilusiones? ¿Vivía acaso en una época de ensueños? ¿Era afecto á la lectura de novelas religiosas? ¡Quién sabe! Los hechos lo condenan; pues un hombre en su cabal juicio, á no estar convencido de que los emisarios eran ángeles, no se deja asesinar tan vil y cobardemente.

La historia ha sido implacable con ese hombre, que, sugestionado, se deja conducir hacia el Vaticano, para que el Papa Pío IX lo unja como emperador del país de Cuauhtémoc. La Silla de Pedro, ocupada por un Papa consecuente, incurrió en un error histórico. Se hubiera evitado el Vaticano el bochorno de sentar un precedente de enojo é ira, si tiene presente que los españoles nunca pudieron, conforme á derecho—tanto divino como humano—constituirse en legítimos dueños de tierras robadas; porque la conquista es el robo más descarado. No siendo dueños los hispanos, malamente pudo S. S. Pío IX ungir á Maximiliano como dueño de México por dere-

cho de sucesión. Se suceden los propietarios de una cosa, cuando todos tienen derechos hereditarios sobre ella, pero de ningún modo existe el derecho de la sucesión, cuando procede de un modo ilegal y de una manera ilícita. Los españoles, faltando á los rudimentarios principios del derecho de gentes, matando y asesinando á sus monarcas, hubieron de tomar posesión por la fuerza de un territorio que no les pertenecía. A través del tiempo, los verdaderos hijos del suelo sacuden el yugo de la tutela, y recuperan su nacionalidad, lanzando fuera á los ilegítimos poseedores. La fuerza bruta, en derecho, no concede prerrogativas de propiedad; por lo tanto, la independencia procedía, puesto que, en cualquiera época, el dueño no pierde sus derechos, máxime en tratando de la patria.

Debió, pues, S. S. Pío IX tener presente esta última circunstancia, al serle presentada la solicitud de los malos mexicanos. Mas, á pesar de todo, el jefe de la Iglesia, recordando su carácter de humano, yerra, y pone el pedestal para el sacrificio del "gran visionario."

Es ungido Maximiliano, y, con aire triunfal, se precipita—ó lo precipitan—á las enfurecidas olas del océano. . . . ¡Nuevo mártir de las ambiciones clericales!

Entre tanto esto pasaba en Europa, los conservadores sostenían abierta lucha contra los poquísimos liberales, únicos abnegados hijos de la patria, ya comenzando á sentir los efectos de la traición de sus malos vástagos. Las madres suelen tener hijos buenos é hijos malos: los conservadores clericales, en México, fueron los abominables, y los liberales eran los fieles.

Cuando el nuevo emperador arribó á las playas de Veracruz, fué regiamente recibido por los traidores. Colocado bajo palio, recibía los zalemes de toda la gente de Iglesia. Su entrada á la capital fué un triunfo. Ni los generales más abnegados y vencedores de mil batallas obtuvieron mejor recibimiento al volver, después de la victoria, á la patria.

Según la expresión de un cronista de los mismos, "los dos ángeles"—creo que malos—fueron agasajados como á entes superiores."

Ignoro en qué pueda consistir la superioridad.

Recibidos los juramentos de estilo, comenzaron los festejos y los regocijos públicos, que, á ciencia y paciencia de las arcas nacionales y del sudor del pueblo, duraron meses.

Para recompensar tanta alegría, el famoso emperador comenzó á repartir títulos. No hubo sa-

cristán que no fuera condecorado, aunque sea con el cordón de san Benito. De los reverendos, amantes de todo lo que indica teocracia, no se diga; pues, desde el más elevado hasta el infeliz rata de sacristía, ostentaban algún listón en la solapa de la sotana.

Aquellas alegrías fueron de poca duración. El Partido Liberal, en vista de la bajeza clerical, contando con la voluntad de todos los verdaderos patriotas en la república, se organizó en toda forma. A la mayor parte del ejército que se había separado de las filas conservadoras, se unieron muchos voluntarios para desalojar al extranjero del territorio nacional.

Entonces, mientras que los togados pasaban las siestas de los banquetes y festejos, el patriotismo cundía en todos los pechos de los verdaderos patricios, quienes ofrecieron la vida en sacrificio para libertar á la nación de las ambiciones de Napoleón III, el Fernando VII de Francia, porque uno y otro fueron unas nulidades políticas.

Cuando el amor patrio crece, ¿qué importa que los clérigos opten por este ó por el otro sistema administrativo? Estaba visto que la Constitución fué hijo de las circunstancias, no del capricho. El clero no podía seguir en el poder, por la sencilla razón del mucho amor al dinero y el poco afecto á la patria.

¿Aun se me podrá alegar que los curas obraron bien? ¿Que los clericales son aptos para gobernar? A no ser aptos traidores, ignoro cuál sea la aptitud de esa gente torpe, ruín y falsa.

En poco tiempo quedó el emperador reducido á la capital, pues las tropas liberales invadían todo el país, capturando ciudades, villas, aldeas y haciendas. La indignación era terrible en contra de los conservadores, y más aumentó, cuando Márquez pasó por las armas, en Tacubaya, á todos los prisioneros de guerra, inviolables para un militar civilizado. Para tomar venganza de aquella cobardía cometida en nombre de los supuestos derechos del clero mexicano y de los de un extranjero advenedizo, los odios liberales llegaron al colmo de la desesperación, jurando tomar la justa represalia.

Efectivamente, las tropas liberales, mandadas, según las disposiciones del señor Juárez, por los generales, Díaz, en el oriente; Escobedo, al norte; Régules, al sur, y Corona, al occidente, pudieron tomar la revancha. Porque el Presidente, obedeciendo á los impulsos de un gran patricio, refugiándose en el norte del país, ordena, y los expresados generales se baten con heroísmo helénico. Aquella jornada militar, de grande trascendencia para la soberanía absoluta de la nación, probó al mundo civilizado la pujanza de nuestras tropas cuando defienden el honor de su libertad

patria. El éxito lo coronaron el fusilamiento de Maximiliano y la desesperación de Carlota, impetrando la ayuda de sus regios parientes y aun de la misma Silla del Vaticano.

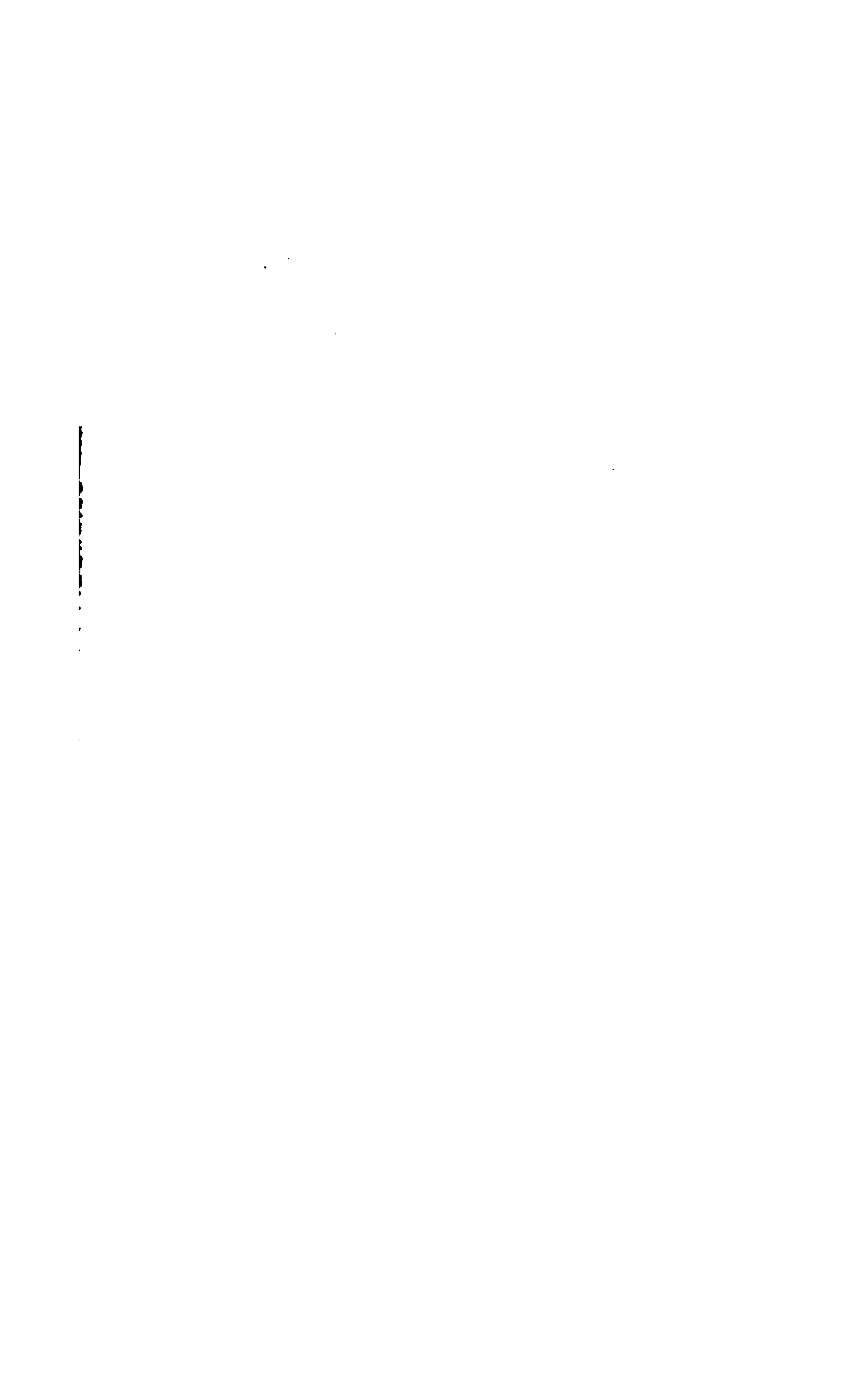
Muchos opinan que ese fusilamiento fué ilegal, aunque yo tengo contrarias convicciones en ese sentido, júzguesele como se quiera: la traída de ese emperador fué la puñalada de pícaro, asestada á la república, y justo era dar un ejemplo al mundo civilizado de lo que podemos cuando se nos atropella. Sea de quien fuese la culpa de ese atentado, la invasión, las aventuras políticas y las traiciones tienen su castigo, por vía de escarmiento.

Concluído el triunfo, debido tan sólo al poder del ejército, se puede decir que el sostenimiento de la Constitución y las leyes posteriores de Reforma á él se le deben; pues sin el valor de nuestras tropas, teniendo encima la ayuda de Francia que protegía á los clericales, la esclavitud hubiera sido segura. ¿Qué agresión se puede repeler sin fuerzas armadas? El poder de las naciones ha sido—y es—el poder de los cañones de tiro rápido y gran calibre. Cuando se me habla de grandeza, lo primero que pregunto es por la disciplina del ejército y del poder de los elementos de combate.

En todos los tiempos, esta ha sido la realidad de la grandeza humana: los peces chicos devorados son por los grandes. No diferente cosa pa-

sa con los países, obedeciendo á la parte animal que los constituye. Tristes son estas afirmaciones, pero no por tristes dejan de ser verdaderas.

La historia de la república afirma lo mismo que yo: que tanto la Constitución como la Reforma fueran un sueño de hadas sin las fuerzas armadas de nuestro valiente ejército, abnegado hasta el sacrificio. De esta gran verdad, la misma Francia podrá dar razón.



CAPÍTULO XIV.

Los gobiernos de régimen militar.—Lo que son.—Su origen.

I

Quiérese la implantación de las leyes reformadas, en una sociedad de hombres, con halagos y besos. ¿Se habrá olvidado que la base del progreso moral y material es la revolución, la guerra? Ninguna reforma es posible sin la intervención de la fuerza armada; ningún adelanto llevadero á la práctica sin la ayuda del sable; porque la evolución tiene que oponerse á la resistencia impuesta por sus antagonistas.

Para todo avance, se requieren dotes de imposición, á fin de subyugar á los contrarios. En todo orden de cosas, existen opiniones y pareceres; y esas colectividades que opinan, procuran mantener sus teorías, defender sus principios. Esta es la esencia de toda sociedad: presentar resistencia contra los embates de la lucha. A no ser así,

este mundo no sería de hombres, sino de ángeles, ya fuera de prueba. Visto está que no tenemos la dicha de componer una sociedad inmune á los furores del cambio de opinión; antes, por lo contrario, correspondemos á una congregación del verdadero combate, en que no existen dos que piensen lo mismo, ni un individuo que no esté sujeto á la fluctuación de ideas. Veces hay en que el filósofo sufre tres sacudidas diarias: amanece con una teoría; llegando á la mayor altura el sol, pierde en la concepción primera, y, puesto Febo en el ocaso, la idea ya ha sufrido todos los rigores bruscos del cambio. El pensador inclina la cabeza sobre la almohada, para tomar descanso, y la generación ideal que surge en su cerebro, bajo la presión del sueño, es otra completamente.

Si en un solo sujeto tal cosa pasa, ¿podrá haber un registro preciso en las opiniones y pareceres que forman la colectividad? Afirmarlo, sería tanto como retroceder en el terreno filosófico-positivo, en el campo de la observación, y retrogradar, lo cual nada honroso es á éstas alturas científicas. El sentido común, la razón de filosofía pura están demostrando que la igualdad permanente de la idea sería un *statu quo* que pugna con las leyes y principios de la evolución humana. Ya que los seres metafísicos no se mueven, los físicos sí pertenecen á un orden de constante

movimiento; pues en éstos el movimiento es la vida: quitadles lo primero, de hecho carecerían de lo segundo, porque ambos son correlativos.

Si en los seres inanimados la existencia reside en la variedad, la razón del sér en los animados estriba en el movimiento. Filósofos hay también que aplican ambas condiciones á los segundos. Podría ser exacta tal doctrina, si tuviese mayores fundamentos; por ahora, queda como de exclusiva propiedad el movimiento de los entes animados, porque ellos, para existir, lo necesitan. No puede decirse otro tanto de los que viven tan sólo al impulso de los dos elementos naturales: aire y calor. Estos últimos, incapaces de sentir su existencia propia, entran en el orden de la variedad como tinte de belleza, aunque pertenezcan al reino inanimado.

Resulta que, siendo requisitos indispensables en la colectividad la mudanza, el movimiento y el cambio gradual ó brusco de la idea, la resistencia para oponerse á los contrarios debe ser apoyada en elementos propios y adecuados. Esto se funda en la naturaleza misma de las cosas, desde el momento que la victoria y el triunfo acompañarán al que dispone de mayor contingente de fuerza moral ó física.

Es incuestionable que toda opinión, idea ó ley existente, han sido el producto de alguna disquisición previa, y, como emanación de la voluntad

colectiva depurada, surgen opiniones, ideas ó leyes. Para obtener resultado en terreno práctico, precisa regular las bases y someterse á principios, si no del todo fijos, al menos sólidos y duraderos; éstos serán de imposible consecusión, sin el previo examen. Es también evidente que, al practicarse este examen de prueba, las opiniones choquen y se encuentren, pues no creo en la igualdad matemática del pensamiento humano, desde el instante que una igualdad de esta índole incluiría fijeza absoluta en los diversos individuos componentes de la sociedad. No hay más que admitir la divergencia, para darle entrada franca á la lucha, ya que la divergencia da la finidad ó el límite de la concepción, inherentes al sér que nace para morir.

Sobre estos principios de filosofía abstracta descansan las acciones sociales, como productos del entendimiento humano. La sociedad es el rasgo más característico del hombre, porque ella indica la unión, el lazo ó vínculo entre los miembros de una misma familia, principio fundamental de los pueblos y de las naciones. Para la constitución de las sociedades, requiérense condiciones de semejanza, cuando menos en los usos y en las costumbres. La liga proviene de algo que sea útil á los intereses vinculados; de lo contrario, no tendría objeto alguno práctico. Y á no ser la utilidad, no concibo cuál pueda ser la razón de toda sociedad humana.

II

Tampoco creo que los hombres se agrupen, sin una necesidad imperiosa que los obligue á ello; pues, no habiendo esta circunstancia, carecerían las colectividades sociales de objeto, que constituye el fin de toda reunión. La unión de dos seres de diverso sexo tiene por fin la propagación de la especie, porque de ese nexo surge la familia, la primera forma de las sociedades civiles; y si bien es cierto que existen otras razones de mero orden económico para la liga de hombre y mujer, también no hay que desconocer que los tales móviles no son, en modo alguno, el objeto primario, noble y genuino del matrimonio, sino la relajación del fin, y de consideración secundaria.

De la misma manera, dos personas que se asocian para acrecer sus capitales por medios lícitos, persiguen un fin utilitario, que creen no poder llegar á él, operando separadamente cada uno.

Infiérese de las anteriores consideraciones que toda asociación tiene su fin, porque jamás se unen dos seres de opuestos móviles: la reunión requiere igualdad de aspiraciones y tendencias.

Ahora bien; para llegar á constituir sociedades, se lucha mucho, á fin de vencer tropiezos y obstáculos, que, las más de las veces, son po-

derosos é infranqueables. Presente lo de que toda agrupación tiene que sujetarse á determinadas bases constitutivas, esenciales para mantener el equilibrio social, se comprende que esto no se obtiene sin una disquisición larga y reñida. Como no todos abrigan las mismas convicciones filosóficas, cada cual de los asociados procura exponer sus argumentos con mayor ó menor lucidez, para imponer sus ideas y dejar triunfantes sus principios. Depurados los conceptos, quedan en pie los que obtengan mayores votos y parezcan más aceptables en el terreno científico-legal, porque conducen más brevemente al fin.

Naturalmente, una sociedad constituída así, previo rigoroso combate intelectual, con el tiempo llega á echar raíces muy hondas en el corazón de sus asociados. Podrá prosperar y crecer, si dispone de constituciones elevadas y de altos fines; pero quedará reducida á cenizas, si en su propio sér lleva el germen de la disolución. Compuesta de individuos que—mañana tal vez—pensarán algo que pugne con lo pensado y practicado hoy, es indispensable tener á su disposición algún elemento de fuerza superior que la sostenga y la ampare. El tiempo, en su curso, todo lo muda, sin respetar nada; porque él es el encargado único de mejorar las condiciones de los hombres: si no se dispone de medios defensivos, ninguna institución puede considerarse segura, porque está ex-

puesta á los rigores de la suerte. De aquí que, al aparecer una institución colectiva, aparecen los medios para sostenerla, si se quiere que perdure, á pesar del tiempo y de su amenaza constante.

Desde que una asociación surge, trae aparejados los elementos de combate, porque, precisamente, es resultante de una lucha; y malamente puede venir á la vida sin pertrechos de guerra la institución que, en su propio sér, lleva el principio de ella.

III

En esta invariable ley descansán todas las cosas humanas, porque el mandato está en la cosa mandada: si el objeto de toda sociedad es utilitario, la mayor utilidad para el hombre es la conservación propia. Lo primero es vivir; lo demás se considera como accidente de la vida. Nada en el mundo puede ser superior á la vida, porque las cosas existentes son los goces de la vida, y nunca más preciados que ella. Sobre esta verdad no caben discusiones, porque es de comprensión natural. Para dictar Dios su ley fundamental, no estableció un precepto especial para el amor así mismo; comenzó sus mandatos con "el amor al prójimo como así mismo," pues dejó inherente á la naturaleza del hombre el aprecio del yo.

A fin de asegurar la conservación, procura aso-

ciarse, atraer el mayor contingente posible para la defensa. Además de una inclinación natural á la producción, la familia se forma con el objeto de establecer una sociedad defensiva, si así es me permitido expresarlo; porque la propagación da entes ligados por el amor, los cuales, en su período de completo desarrollo, ingresan á aumentar los elementos defensivos. Tal pasó con la familia de Jacob; sus descendientes, formando el pueblo escogido, se identificaron con el tronco de la sociedad judaica, y pudieron librar su cruzada por la tierra, batiendo á los extraños. No es de suponerse que los mismos hijos de una familia formen un elemento de agresión; pues, estando previstos estos casos, la misma ley natural infundió el horror en el sujeto pensante hacia tales delitos. Lo lógico es que los descendientes de un mismo tronco se constituyan en defensores, nunca en agresores de la familia en que nacen tomando sangre y costumbres.

Por esto mismo es la formación de las familias: son pequeñas sociedades humanas, con elementos naturales de defensa: el amor de los unos á los otros, imprescindiblemente grabado en el corazón del hombre. De ahí que Cristo, predicando su doctrina de amor, dijo: "Los hombres componen una sola familia, de la que Yo soy el único jefe; pues á serlo me envía mi Padre. El que se desliga de las obligaciones que ella establece

tiene cerradas las puertas del cielo." Hablando así Cristo, el Predicador de Galilea, quiso mostrar el poder de que está investida la familia, base de toda sociedad. Siendo de natural formación, sus obligaciones tienen que ser de imposición natural también.

Cuando el adversario pretende atacar á alguno de los miembros de una familia, todos los demás se aprestan á la defensa, porque los impulsan á ello ciertos vínculos intuitivos en el corazón humano: nadie quiere daño para sus progenitores y hermanos, y, en vista del afecto que les profesa, se lanza á la defensa, como lo hacían los hebreos, al ser atacados por los pueblos extraños.

Para obtener los resultados debidos, se buscan los medios más á propósito, porque los fines jamás se consiguen sin los medios. Pretendiendo la utilidad positiva, era preciso, para conseguirla, emplear elementos oportunos. Impelido por una fuerza innata, el hombre establece la familia con el matrimonio. Para llegar á ella, urge la adquisición del lugar en que debe operar, lo que llamaré centro de residencia; pues siendo el matrimonio una especie de gobierno íntimo, dejaría de existir éste, si no se dispone de cierta extensión de dominio. Ningún filósofo concibe la existencia jerárquica del mando, sin lugar que circunscriba ese mando. Casado el hombre, unido á su cónyuge, queda de *ipso facto* establecida la

familia, aunque no tenga producción; porque ésta es el complemento, nunca la esencia de ella. ¿Dónde está el centro de imperio? La familia es una institución de gobierno civil, y no habrá gobierno sin persona y cosa gobernadas. Esta última se reduce al lugar residencial de la familia.

De las instituciones naturales, es inconcuso que la familia denota el gobierno más perfecto que existe; tanto su base constitutiva como los elementos que la componen, la hacen admirablemente dispuesta para la lucha. Gobierna el tronco, los gobernados son la producción jerárquica y lo que la rodea, y la extensión del dominio abarca á todo el centro que pueblan los descendientes, esto es, el lugar residencial de la familia. Hé aquí un gobierno establecido en el seno de la misma familia: en ninguna parte, más que en ésta, se ha podido decir que los términos de una proposición son convertibles.

Despréndese de lo dicho, que no es posible la existencia de una sociedad sin gobierno, porque una agrupación humana lleva en su esencia los principios del régimen. En tratando de la familia, tiene su sistema gubernamental bien definido; y la familia es, dígolo de una vez, el principio fundamental de las instituciones sociales. Ninguna colectividad concibo que no esté basada en ella.

IV

Expuesto lo anterior, ya puedo decir, con toda certeza, que el principio de defensa, inherente á los seres sociales, es correlativo del principio de gobierno. Siendo el gobierno el director de las sociedades, mientras más precisos sean los preceptos que lo regulan, más fácilmente se llegará al fin deseado. Esta verdad nadie se ha atrevido á ponerla en tela de juicio, porque salta á la vista, es palpable.

En la familia es más llevadero el orden, porque son pocos los enemigos que lo puedan asaltar; pero en las agrupaciones sociales compuestas de familias,—éstas son las naciones—se hace más difícil la imposición, por el número y tendencias de los enemigos, constantes amenazadores de la tranquilidad en las colectividades constituídas. ¿Cuáles son los adversarios de la familia? Es incuestionable que los enemigos se adquieren á medida que crecen las extensiones de gobierno: reducidas éstas en los estrechos límites del hogar, nunca podrán colocarse á la altura de un pueblo, cuyos intereses son vastos y de mucha mayor consideración que los correspondientes á reducido número de personas.

Las naciones son el conjunto, á la vez que de muchas familias, de pueblos enteros, habitados

por infinidad de personas; por lo mismo, los gobiernos nacionales tienen una significación suma en las colectividades humanas, porque ellos luchan y sostienen la integridad de intereses de muchos ciudadanos. Si alguna ocasión hubo sociedades fuera de peligros, la historia de ellos no ha podido llegar á mi conocimiento, ó yo no he sido capaz para llegar á conocerla. De una ú otra manera, la realidad de las cosas es que toda institución lucha contra adversarios, para poder conservar sus principios y no estar á merced de la pronta desaparición. Esta amenaza ha dado origen á las sociedades gobernadas, porque el gobierno tiene por único objeto vigilar por los intereses colectivos y reducir al orden á sus gobernados.

Ahora, ¿cómo debe ser ese gobierno? ¿Qué régimen es el que más se acomoda al carácter de una sociedad?

Cuando las instituciones sociales eran reducidas, limitadas á puras familias, sin más amplitud que cuidar cada cual por sus dominios, el régimen gubernativo pudo tener un carácter meramente civil; esto es, destinado á la gestión racional y filosófica; pero, convertidas las familias en pueblos, y éstos en naciones, la disputa tenía que ser mayor y los elementos defensivos llegaron ... ofensivos. Confirma esta verdad el ... despojando á los demás del

suyo, para ocupar sus posesiones. Las ambiciones crecen por las necesidades, porque éstas producen á aquéllas. Esta es la razón de todo progreso. Satisfechas las necesidades de la vida, la aspiración suspende su vuelo, y el hombre ya no se afana, detiene todas sus ambiciones. Creo yo —tengo poderosas razones para esta creencia— que la grandeza de los países son hijas de la ambición colectiva; y un pueblo que no posee ambiciones, tiene que ser pequeño, raquítico é infeliz. Verdad es esta que admirará á los que no están impuestos á oirla, mas nada importa; no deja de serlo, por sólo ese hecho.

La aspiración genera á las almas fuertes, y, en las naciones, á los pueblos viriles. Pero ni almas fuertes, ni pueblos podrán existir sin gobiernos de régimen fuerte, inquebrantable. Tanto más conviene ese régimen, cuanto que el carácter mismo de los pueblos lo pide. Los gobiernos civiles, imitadores de Platón, disponen, en determinadas épocas de la vida, de poquísimos elementos de sostén. Fueron buenos y aceptables cuando la sola razón imperaba. ¿A qué época remonta esto? Probablemente á períodos prehistóricos, de los que apenas quedan memorias; pues, desde que la historia consigna las instituciones sociales, sean familias ó pueblos, se ven las constantes luchas sostenidas para mantener el derecho en pie. En otra parte, he dicho que el pueblo he-

breo fué el primer pueblo militar. Afirmando tal cosa, no me he equivocado; porque, á través de sus glorias ó sus desdichas, se contempla su nervio militar. Familias y pueblos que están en perpetuo combate para imponerse y que siempre resultan victoriosos, tienen que llevar en su esencia una disciplina á toda prueba, y ésta es la que da á los pueblos militares.

V

No pudiendo los sistemas civiles sostenerse, hubo necesidad de otro régimen gubernativo más sujeto á disciplina y que fuera capaz de llevar las riendas de las naciones con más destreza y valor. Ya se comprenderá que ese sistema, de gobierno inflexible, es el sistema de régimen militar. Se dice que una nación está gobernada militarmente, cuando ostenta un gobierno disciplinario, sostenido por militares. Excusado es decir también que no será militar un gobierno, si no lo ocupan personas militares.

Aclaremos:

1.—El régimen militar en los gobiernos tiene su origen en épocas bien remotas, y es hijo de las circunstancias. Llámasele militar, porque está sujeto á una ordenanza ejecutiva, que considera á todos los ciudadanos como si fuesen individuos

de tropa, obedeciendo, sin trámites ni requisitorias, á las disposiciones del superior jerárquico.

2.—Cuando el sistema de gobierno es netamente militar, impera la voluntad del jefe, que no tiene más restricciones que las leyes dadas de antemano y que regulan la disciplina en la colectividad. Quedan derogadas y nulas las disquisiciones de los tinterillos que viven á costa de los múltiples trámites legales. Con esto, no está fuera de lugar afirmar que todo gobierno militar es absolutamente personal; porque es, en sí, jerárquico.

3.—Es inconcuso que los gobiernos militares son los más adaptables al carácter social de determinados pueblos; necesarios, por lo tanto.

4.—El régimen militar reduce al orden más fácilmente á las multitudes, porque su esencia la constituyen, principalmente, los elementos de defensa. Cuando los pueblos empezaron á tener desavenencias por intereses entre sí, se apeló á los sistemas militares: segregado de la colectividad cierto número de ciudadanos que peleaban en defensa de los intereses procomunes, su exclusiva ocupación era esa.

5.—Con el tiempo, viendo que esos mismos ciudadanos procuraban, con ahinco, la conservación de la integridad nacional, empezaron á formar parte del consejo de gobierno, al lado de los ancianos, en los tiempos antiguos.

6.—Los triunfos obtenidos en las batallas, hicieron que los pueblos colocaran al frente de sus destinos á los vencedores; esto es, á los militares victoriosos; porque, peligrando su vida, justo era que obtuviesen algún premio á su arrojo y bravura.

7.—No se fija la época, pero cuando más creció la ambición del hombre por ensanchar sus dominios, convirtiéndose en conquistador, estableció un gobierno suyo, personal; porque obedecía á su propia voluntad.

8.—No significó, con esto, desobediencia á las leyes establecidas; pudo cumplirlas. Pero el vencedor, debiéndosele el ensanche de dominio, me parece que tenía derechos á superar á sus conciudadanos. Así como supo defender al país, estaba en aptitud de dirigirlo. O ¿debía estar á las duras, y no á las maduras?

9.—De manera que, visto lo anterior, así como gobernaba el conquistador á sus ejércitos en batalla, puesto en era de paz, gobernaba lo mismo á todo el país.

V

Tal es el origen, y lo que yo entiendo por régimen militar. Se ha querido adulterar la significación de la palabra, haciendo odiosos al pueblo los gobiernos de sistemas militares.

Es natural que, para ser militar un gobierno, se necesite que un militar lo sostenga; de lo contrario, no sería tal, sino dictadura civil, más peligrosa todavía.

Dada la imposición del ejército en México, puedo asegurar que tenemos un gobierno de sistema militar; por consiguiente, personal. ¿Es malo estar sujetos á este régimen administrativo-político?

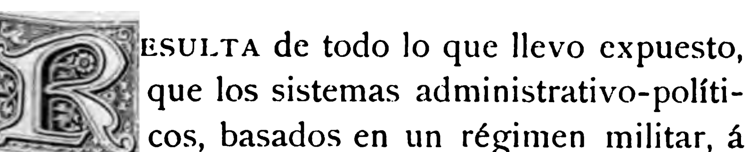
Casi en toda Europa los sistemas de gobiernos, con barnices de carácter civil, son militares; pues los militares más distinguidos son los jefes de los Estados europeos. No comprendo, pues, el por qué, en tratando de nosotros, el militarismo es nocivo á la república, cuando al militarismo se le deben las dos independencias de la nación.



CAPÍTULO XV.

NECESIDAD DE LOS GOBIERNOS MILITARES.—EL MILITARISMO DOMINA AL MUNDO.—BONDAD DEL RÉGIMEN EN LA AMÉRICA LATINA.

I



RESULTA de todo lo que llevo expuesto, que los sistemas administrativo-políticos, basados en un régimen militar, á parte de venir incubados en la esencia misma de las sociedades humanas, son indispensables y necesarios—con necesidad primaria—en las actuales circunstancias del mundo. Los enemigos, en su anhelo de desprestigiar las instituciones de ese género, se han echado á los hombros la ingrata y pesada tarea de ir contra la corriente. ¿Qué móvil los impulsa á observar una actitud hostil hacia los sistemas militares? A mí, poco me preocupan los ataques de los necios, fatuos y presumidos, pues sus vociferaciones quedan reducidas á poco espacio; pero, en tratando de grupos que se dicen disciplinados, la contestación va

invívita en el ataque. Por lo tanto, hay que replicar, aunque sea en términos genéricos, ya que los autores de esos esperpentos literarios y científicos, considerados en un terreno filosófico-crítico, valen bien poco.

El medio en que se mueve, hoy día, la humanidad, nunca ha podido ser ni más recio ni menos terrible. Si alguna vez la necesidad de los gobiernos militares se impuso, está puesta fuera de duda ahora. Un gobierno de régimen militar no quiere decir un dominio absoluto sobre vidas y propiedades; porque, en tal caso, el gobierno no es simplemente militar, sino autócrata y esclavista.

Al tratar del militarismo en la política nacional, se han confundido los significados de las palabras; ó no se ha querido comprender lo que representa un sistema militar en los gobiernos, ó se tuercen, de intención previa, los valores representativos de la idea. El militarismo en política, se dijo que es una gangrena social, el relajamiento de la nobleza en los gobiernos. Como no se dan razones, hay que entrar en detalles.

A mí, se me ocurre preguntar: ¿por qué el militarismo en la política indica relajamiento? Que las verduleras en las plazas públicas, siguiendo los impulsos de la incultura, se lancen al terreno innoble de los cargos injustificados, me lo explico; pero que personas colocadas—favor que

deben á la audacia ó á la suerte—en los altos y encumbrados puestos de la administración se vayan de bruces en terreno macizo y parejo, mi extrañeza tiene que llegar al colmo. ¡Es una paradoja y un escarnio que los seres escupidos por la suerte y que deben su posición á las constantes intrigas palaciegas repudien lo que desconocen! Según esos señores, cualquier aventurero audaz, importado á guisa de lastre en los buques mercantes, sin conocimientos ni rudimentarios en las ciencias humanas, puede imponerse con sus doctrinas, tan sólo porque tiene valor en lanzar cuatro ó cinco atrocidades. Si tal pasa entre cierta gente, es indudable que no todos estamos dispuestos á aceptar ningunas teorías sin el pase respectivo; nos queda—dígolo por mí—el derecho de exigir el pasaporte científico, la contraseña filosófica; pues, á estas alturas intelectuales, es muy difícil adquirir títulos de inmortalidad por los abortos del entendimiento. Si tan fácil fuese la notoriedad, todos querrían obtenerla. Pero, desgraciadamente, son tan pocos los prominentes de la inteligencia, que cualquier lerdo los puede contar.

Hablar de cosas superiores, no creo que sea cosa del otro mundo; en fundamentar lo que se dice, está lo extraordinario del asunto. Si no fuera así, tendríamos más sabios que ignorantes; ó, empleando los términos pedagógicos, fueran más

en los gobiernos es el relajamiento de ...
no ser que se ignore lo que es el militarismo, no comprendo cómo pueda tener base la doctrina expuesta.

Los adversarios, al hablar del militarismo, desconocen por completo lo que es; y confunden los gobiernos militares con el militarismo. Este último indica el predominio del elemento militar en la administración política, y los gobiernos militares se refieren á los sistemas políticos organizados militarmente. A nadie se le oculta; porque hasta los principiantes de lingüística—no siendo "científicos," se entiende—saben que gobernar militarmente una nación, es someterla á las leyes de la milicia, observando su disciplina.

Se ve, pues, que el militarismo es cosa distinta del régimen militar. No acepto lo uno, dejando lo otro; para mí uno y otro son indispensables, sobre todo, en la América Latina.

Cuando los que empuñan las riendas del poder son unos autócratas, no importa que sean civiles, unos y otros llegan á ser abominables. Mas, ¿por qué sólo el militarismo está llamado á co-

rromper los gobiernos? No veo la razón tan clara, así como así. Siendo falibles ambas clases de gobernantes, no me parece que sólo los militares pueden relajar los sistemas administrativos, estando en las mismas condiciones los civiles.

Avanzando un poco, yo creo que los gobiernos más relajados en la América han sido los ejercidos por los hombres civiles. Para confirmar mi aserto, regístrese la historia, y se verá una verdad triste y desconsoladora. Precisamente, las utopías ejercidas por los gobernantes de escuela, fueron la causa inmediata de los sistemas militares. ¿Quién está en aptitud de negar esto? Aun mayor descaro que el de los "científicos" se necesita para cerrar los ojos á una verdad de mera observación. Desde los virreyes hasta el último cacique, hicieron miles de atrocidades en los pueblos hispano-americanos. Cada alcalde de aldea era un feroz capataz, dueño de vidas y propiedades. Y en el mismo caso se hallaban todos los conquistadores de la América.

Consumada la conquista, no se podrá alegar que se implantó aquí un sistema militar, pues los destinos del pueblo, pasada la regencia de Cortés, estaban á cargo de la turba aventurera, conocida con el nombre de la Real Audiencia. Los que componían eso que puedo llamar "consejo de gobierno," todos eran civiles, sin investidura militar. Gobernantes y jueces eran alumnos de

capucha, hijos de Bobadilla y sus secuaces, desprendidos, como parvada de aves de rapiña, de las aulas de Salamanca. El rey español no creo que llegó á pensar en un gobierno militar; porque un sistema de ese género hubiera salvado el dominio hispano, en la América, del fracaso que sufrió con la independencia de todo el continente, casi á un mismo tiempo y obedeciendo á los mismos impulsos de libertad. Es inconcuso que el militarismo, de existir entonces, hubiera puesto á flote la bandera española hasta la fecha; porque, rigiendo el sistema militarista, la disciplina sería más severa y habría menos sobornos y cohechos en la Audiencia, que en paz descanse, con sus tiranos y todo. Pero no; imperaba un sistema completamente civil: la junta de gobierno la componían una cáfila de doctores y togados, reverendos en pleno vigor de amasiato, y uno que otro duque en estado de mísera bancarrota allá en su querida patria; los cuales, no sólo no eran militares, sino que huían aterrorizados cuando tenían al frente el uniforme militar.

Despegados de toda disciplina, vivían consultando leyes, decretos y códigos, como los malos bardos, al estar ojeando el diccionario de la rima; ó al igual de los articulistas de "notas editoriales," aliados de los "científicos," que pasan el día rebuscando las frases extravagantes para aplicarlas lo mismo á un héroe de guerra que á un impo-

doro. Los representantes del rey jamás—exceptúanse los casos de quijotesco duelo por la disputa de alguna monja—supieron manejar una arma, ni fueron capaces de gobernar conforme á un régimen militar; malamente podían administrar según los rigorosos preceptos de la disciplina quienes no concebían lo que era ésta.

Ahora, ¿cómo gobernaron aquellos togados? Bien, en tratando de conquistar monjas amorosas, de raptar *profesas*, y otras cosas que se relacionaban con faldas; pero, por lo que respecta á la institución civil, no ha habido peores gobernantes en el mundo, ni aun en los países salvajes. La historia consigna bellas y tristes verdades á este respecto. Durante la dominación española, no se conoció el nervio gubernativo ni administrando justicia, ni impulsando el progreso de la colonia: pasando el tiempo en quijoterías y en atormentar á los indios, se lucían los descendientes de Salamanca.

III

Si existen recuerdos tristes en cuestiones de gobiernos, hay que recurrir al tiempo en que dominó el verdadero régimen civil, la Audiencia.

Estoy en mi derecho, pues, para optar por los sistemas militares; porque, desde que ellos do-

minan, la marcha administrativa es mejor y de mayores empujes de progreso. ¿A qué vienen los epítetos de que el militarismo relaja, corrompe y entorpece los destinos políticos de un país? Mayor relajamiento que el operado durante la dominación española en la América, no creo encontrarlo en ninguna época. Los civiles, dedicados á todo, menos á la administración, al pueblo lo tenían en el desenfreno más absoluto. Los caminos reales estaban plagados de salteadores, los pueblos y las ciudades eran las guaridas más terribles para los criminales en poblado, como jugadores, abogados de cohecho, raptores y *profesos* peligrosísimos para la salud del pueblo, pues eran esclavistas de profesión. Agréguense á todo esto otras explotaciones á que se dedicaban los gobernantes de entonces, y se verá que los peores políticos de la América han sido los civiles. Engolfados en la lectura de las leyes escritas, jamás supieron aplicarlas en el terreno práctico, porque todas las indulgencias eran para las clases privilegiadas, aunque fuesen compuestas de puros canallas y pillos, y los duros castigos se reservaban para el pobre, infeliz é indefenso indio, la bestia de carga de conventos y castillos.

Sólo recordar épocas tan aciagas, salta la indignación al rostro. ¿Qué bienes le han venido al mundo con el gobierno de los sabios civiles?



J. V. Villada



Pues lo mismo que acontecía en América pasaba en Europa: colocados en el poder tantos leguleyos y tinterillos, nada se adelantó. Cuando más, se podrá decir que, dominando los civiles en los gobiernos, éstos compondrán una falange de hombros teóricos, impacibles é indiferentes; pues sólo la guerra, el sonido de las balas y el estampido de los cañones, dan el entusiasmo, producen el patriotismo y engendran el amor por la gloria. Quien no conoce los peligros, no está en aptitud de evitarlos: hé ahí el molde en que están fundidos los gobiernos de los hombres civiles.

Faltándole valor al elemento civil, no digo que carezca de aspiraciones, inherentes al corazón humano; pero sí se vale de los elementos que tiene á mano para lograr sus deseos, sin exponerse á los azares del combate: sus elementos son la intriga palaciega y hasta la traición. Es probable que no todos los civiles están en el mismo caso, pero las excepciones son escasas también. Mientras que el militar, resuelto á todo; que ha visto pasar cerca las balas enemigas; que ha derramado su sangre en defensa de la patria; que sabe lo que es elevación jerárquica, y conoce los rigores precisos de la disciplina, dispone de otros méritos prácticos y se vale de ellos para fomentar el amor á la gloria: el ascenso lo obtiene gradualmente, pero sin intrigas ni maquinaciones sombrías é innobles.

Juzgo como patriotismo más grande el que nace batiendo marcha triunfal, á través de una descarga de cañones, porque crece el fuego del corazón cuando el humo de la pólvora acaricia el rostro de los ciudadanos. La razón es obvia: ¡sólo la que ha sido madre, conoce el amor que se tiene al hijo!

Habiendo expuesto la vida un militar en aras de la república, es seguro que le tiene más amor, más afecto, y desea para ella toda clase de grandezas. Procurará su progreso, si asciende á gobernarla. La cosa es más querida, cuanto más difícil es de conservación. El sacrificio de la vida en defensa de un objeto es el más grande de los sacrificios; de aquí que un militar tiene mayores motivos para impulsar al país que gobierna: al lado de la mágica vara del mando late el pecho herido en los campos de batalla.

Lo contrario, el hombre civil ¿qué pierde? Sin más inclinación que el amor natural á la patria, nada ha expuesto para llegar á gobernar: ayudado por elementos militares y aprovechando las oportunidades, como el gato al cazar un ratón, da el golpe de Estado y sube á un puesto que la república reserva para sus grandes servidores. Más inclinado á la traición, pues la historia consigna infinidad de casos, sólo lo preocupa el espíritu del mando, para agobiar á sus gobernados. Como nada le cuesta el ascenso, no ha corrido

ningunos peligros para obtenerlo. Presente su corta duración en él, sangra al Estado, y no se afana por hacerlo adelantar. No es difícil tampoco citar excepciones honrosas, pues, sin ir tan lejos, el señor Juárez fué un gran modelo de gobernantes civiles. Mas no son muchos los ejemplos; los que le precedieron, arruinaron al país.

Muchas veces, aunque los jefes sean personas honorables, faltos de energías por completo, llegan á ejercer imperio sobre ellos cualquier escribiente, *maestrito de escuela* ó "banquero afortunado," dejándolos sin voluntad propia. En estos casos, quien paga los músicos, es la república.

A un gobernante militar es más difícil que se le impongan, porque ha aprendido á ser enérgico é inflexible en el campo de combate. Disciplinado conforme á una ordenanza sin excepciones jerárquicas, está más dispuesto á cumplir con su papel y á hacer feliz al Estado que gobierna.

IV

Me atrevo á deducir de todo que, siendo más adecuado el carácter militar á los gobiernos, son más á propósito los gobiernos militares en el mundo, porque la disciplina del régimen justifica su bondad. Consecuencia lógica es que, vista la necesidad por el medio, el militarismo tiene que im-

perar; porque—dicho está—para un gobierno militar, se requieren militares, y la mayoría de éstos en la política es la que produce el militarismo.

Pudo haber una época más feliz que la actual, en que los gobiernos civiles ejercían voz y voto en los destinos nacionales. Ya lo dije también, esa época fué desastrosa para los pueblos de régimen civil, y más para los descendientes de España, que tenían que sufrir los errores de poderes coaligados: el de la Iglesia y el del Estado. Unidos ambos, la influencia ya se puede figurar cuán perniciosa fué para tantos ciudadanos sumidos en la ignorancia y la abyección. La Iglesia, ejerciendo poder por conducto de sus adúlteros ministros, no civilizaba, degradaba al hombre. ¿Tuvo ella la culpa? Es claro que no; sus doctrinas, aunque mal interpretadas, siempre han sido buenas y quien tiene principios sanos, no puede incurrir en responsabilidades históricas: la culpa recae sobre sus perversos apóstoles en la América Latina. Malos intérpretes, la libertad la tradujeron en esclavitud; de la redención cristiana hicieron un ultraje; de la virtud, un vicio; de la santidad, una impúdica prostituta; de la moral, un crimen. No quisieron—más bien dicho—comprender la alteza de su misión; quitando unos cuantos frailes, fieles servidores del altar, aquella colectividad monástica se componía de almas encenegadas en

l fango de las malas inclinaciones. Por lo mismo, io pudo la Iglesia ser culpable de un error que no s suyo, sino de sus predicadores satánicos.

El Estado, por su parte, en manos de hombres le igual talla que los reverendos, nunca comprenlió su deber para con sus súbditos. ¡El poder era ına prolongada orgía... ! El pueblo, subyugado . tan funestos mandatarios, tenía tan sólo el conuelo de la "resignación cristiana." ¡Sufría y calaba... !

El gobierno, pues, en las garras de esos gobernantes, tenía que ser tenebroso, infernal: un disloque político-social.

El militarismo surgió del pueblo, para vengar il pueblo; porque los civiles no quisieron desertar á las masas del profundo sueño en que vifan sumergidas. De aquí que domina en todas ırtes; hasta las monarquías más refractarias á s sistemas republicanos le dió franca entrada sus dominios; y desde el monarca autócratasolutista hasta el constitucionalista, son jefes litares, y los primeros puestos del gobierno son ıpados por la milicia. El primer general del ıperio moscovita, lo es el Czar. Lo mismo sude en Inglaterra, Alemania, Italia, Austria y spaña; los jefes de Estado en esos países moırquicos son graduados militares. En los parnentos suelen dominar los elementos del ejér-:o, y los empleos de importancia, salvo pocas

excepciones, están desempeñados por generales del ejército. ¿Qué se deduce de todo ésto? Si no son gobiernos militares todos aquellos en que domina el elemento del ejército, dejarán de serlo las naciones citadas, consideradas como de primer orden en el mundo civilizado. Pero no es fácil dejar de incluirlas en la lista donde el militarismo impera, porque sus destinos políticos están á merced de sus ejércitos.

Se dirá que los países expresados son monárquicos, y por lo mismo, asimilables fácilmente á los sistemas militares. Yo diré que entre ellos existen preceptos constitucionales más puros, como en Inglaterra; y que, aunque sean monárquicos, no por eso dejan de ser naciones poderosas y compuestas por colectividades humanas. No es posible que podamos compararnos con ellas, ni en pujanza y poder marítimos, ni en táctica político-administrativa, ni en desarrollo y progreso. Yendo á la vanguardia de todos los adelantos humanos, ¿por qué han elegido el militarismo en su política? A no ser la bondad del sistema y la mayor garantía para la estabilidad, ignoro las razones que las asisten en la elección de una forma que, al decir de algunos políticos mexicanos, es despótica, é inadmisible, por lo consiguiente.

Yo creo que, por lo contrario, aceptan un sistema militar, porque ese es el más adecuado á la

constitución social y obedece á un orden de severa disciplina. Con elementos poderos de defensa, dispone de mejores medios para enfrenar turbulencias y hacer que se cumplan las leyes constituídas. Por esto, las naciones europeas blasonan de grandeza, porque su grandeza está en el poder omnímodo de sus ejércitos terrestres y marítimos: en un caso dado, cual nuevos Napoleones, los mismos monarcas pueden dirigir sus fuerzas armadas. No es otra la razón de sus gobiernos militares, y de hacer que predomine en los poderes el militarismo. Los Estados son más felices, si disponen de elementos activos de combate; para esto, es necesaria una institución de disciplina severa, con gobiernos disciplinarios y de ardor patriótico. En los encuentros internacionales, es vencedor el mejor dispuesto y que esté más preparado. Un argumento más para que el militarismo ocupe la preferencia en la política: el jefe de la nación comprende mejor sus disposiciones estratégicas, cuando él mismo las dicta.

V

En lo dicho basan sus razones las potencias de Europa para mantener al ejército en la administración política del Estado, y ese sostenimiento no es otra cosa que el dominio del militarismo en

el poder. A imitación de las naci...
muchas asiáticas hacen lo mismo, colocando el
mando de la cosa pública en manos de generales
de ciertos méritos. Esta medida es tanto más
conveniente, cuanto que es indispensable para
los pueblos pequeños cuyos habitantes son de ca-
racter bélico y agresivo. Este argumento me po-
ne en el caso de afirmar que, ya que domina, co-
mo medio práctico de defensa, el militarismo en
todo el mundo civilizado, en la América Latina
tiene que imperar por necesidad forzosa.

Valiéndome de la célebre expresión de un es-
critor contemporáneo, conviene sentar aquí que:
"nosotros descendemos de dos razas guerreras,
de espíritu altivo y conquistador." Cada una de
las razas ascendentes—diré yo—tenía tendencias
bien marcadas al levantamiento y á la subleva-
ción, porque la hispana, sanguinaria, inculcó su
espíritu de bravura á otra, tanto ó más valiente
que ella. De aquí el nacimiento de una tercera
raza belicosa y feroz, incapaz de sumisión ni de
esclavitud: puede sufrir más ó menos tiempo re-
signada, sin quejarse; pero en cuanto se cansa,
se resuelve por la rebelión, y vuelve látigo por
látigo, golpe por golpe y martillazo por martilla-
zo. Ni más ni menos pasó, cuando, enfurecida la
nueva raza y en el colmo de la ira, escupió el ros-
tro del conquistador y sacudió, con pujanza hér-
cúlea y bravura, el yugo de los domadores de

fieras humanas, que habían aplicado la copa hasta las heces. Con sólo quererlo, la raza agobiada, hija de conquistadores valientes y atrevidos, y de conquistados heroicos y bizarros, hizo temblar el trono español, desligándose toda la América de su tutela.

Nuestras pasiones son fuertes; en la lucha jamás nos conformamos: somos leones enjaulados si se nos vence; y más que déspotas, si vencemos. Con lo cual constituimos una amenaza para la estabilidad y el orden. Este defecto es de sangre, de difícil corrección. Cuando el hábito se hereda, no es tan fácil dejarlo; nace con el individuo y va con él—las más de las veces—hasta la tumba. Hay ocasiones en que los fuertes golpes y el transcurso de los tiempos, dulcifican el carácter de los hombres; y, por lo tanto, se refrenan los ímpetus de los pueblos. No sé si podré aplicar este principio á los latino-americanos, pues estoy por decir que nos encontramos fuera del campo experimental: si somos los hijos de los aztecas, podemos labrar nuestras propias tumbas en la lucha, pero no permitimos la humillación, el vencimiento del amor propio mal entendido, ni cosa que juzgamos agresiva para nuestra altivez; y si son los incas ó los leones de la América del Sur, los araucos, ya no se diga: son el orgullo personificado.

Tales somos los descendientes de indios y es-

pañoles. Nuestros propios temperamentos amenazan nuestra tranquilidad interior y exterior: parecemos, en algo, á los que la Europa llama cosacos, que no son otros que los hijos de Atila, destructor de monarquías, imperios, tronos, ciudades y pueblos. En cambio del ardor y empuje de los aguerridos súbditos del Czar, la impresión de éste sobre ellos es completa: temibles ante las balas cuando explosionan, son débiles ante la majestuosa orden militar del monarca más grande del viejo mundo. Pero, sin un régimen militar, se levantarían aquellos temibles pobladores y arrastrarían á toda la Rusia.

Estamos en las mismas circunstancias, ó parecidas. Nosotros necesitamos por fuerza un gobierno militar; y, dominando el militarismo, es fácil nuestro desarrollo. La América Latina—no hay que olvidarlo—está poblada por gente altiva y bélica, y los gobiernos son para los pueblos, no éstos para aquéllos, como tendría que suceder con un sistema civil.

Durante el tiempo en que existió un gobierno civil, ya vimos qué estado de progreso guardábamos: la desgracia se cernía sobre nuestras cabezas, y las cadenas sonaban en nuestros pies: porque los gobiernos de ese régimen indicaban, para los hispano-americanos, esclavitud. Salimos de tan funesta situación, desde el momento que el pueblo se convirtió en militar.

Muchas veces, después de LIBERTADOS POR EL MILITARISMO, al pretender los civiles apoderarse de los destinos nacionales, volvimos á la anarquía, porque los débiles no deben ni pueden gobernar á hombres fuertes, y con tendencias á la revolución.

Será un agravio, si se quiere, pero es una gran verdad que la América Latina exige, para su paz duradera y estable, el militarismo en los gobiernos: los hijos de la guerra, los hombres de carácter bélico, sólo pueden acatar las disposiciones emanadas de un militar y promulgadas con espada desenvainada y al estallido de los cañones.

CAPITULO XVI.

EL MILITARISMO EN MÉXICO.—SUS TENDENCIAS.—BENEFICIOS QUE SE LE DEBEN.

I

Excúsome en decir que, siendo necesarios los gobiernos militares en todos los pueblos de descendencia española é indígena, la necesidad se palpa más, en tratando de México; porque las circunstancias que concurren en nuestra formación social, justifican, en mayor escala, lo asentado. Si las naciones son hijas de sus hechos, no hay que olvidar, ni por un momento, la exacta aplicación del principio á nuestro modo de ser político.

Es cierto que los demás pueblos comarcanos, conquistados por los blancos de Europa y reducidos á su mando mediante la fuerza de sus armas, eran todos de carácter alzado y levantisco; mas hay que tener presente que ninguno de ellos alcanzó el grado de perfección y bravura del pueblo mexicano. La historia deslinda perfectamente

38

el grado de adelanto de cada uno, colocando al azteca en lugar prominente y ventajosamente superior á los demás. Los incas, indios sumisos á su rey y muy aventajados en agricultura y en artes-bellas, fueron menos guerreros que los araucos: el indio fundador de Chile tenía constitución eminentemente guerrera, con mucho, superior á los aborígenes del Perú; fiero para el combate, sus tendencias eran de absorción y dominio. Pero ni el arauco ni el inca llegaron á igualársele al azteca, quien reunía todas las condiciones ventajosas sobre sus vecinos, dejándolos atrás en cultura, adelanto y prosperidad. Valiente y temible, llegó á ser una amenaza para los que lo rodeaban. Los monumentos históricos, en ruinas, confirman esta gran verdad; y los autores, especialistas en la materia, les dan la superioridad á nuestros ascendientes, partiendo de rasgos ciertos que caracterizaban al pueblo primitivo, de pujanza avasalladora.

Tuvimos nosotros que heredar algo de ellos; pues, según los biólogos, la sangre no pierde su origen; como el aceite que sobrenada en el agua, ella cunde triunfante en las venas, sin peligro de desaparecer á merced de los azares de la transformación. Los rigores del tiempo, ni la fuerza [illegible] la mezcla, son capaces de extinguir la primera g[illegible] ta de sangre inoculada en nuestro aliento vit[illegible] Pueden correr los períodos en el espacio y sufr[illegible]



Pablo Yañez



las cosas criadas toda clase de mudanzas, viniendo abajo costumbres viejas, sin que llegue todo esto á afectar, en grado significativo, el carácter heredado por la raza. Seremos capaces de soportar la avalancha del mundo y sus movimientos, dejando siempre á flote el signo característico que nos distingue como pueblo. Y, si acaso, siendo ingrata la suerte, llegamos á la postración por falta de medios de combate, la tal postración no pasará de un sueño pasajero; ella significará un período de quietud, mas jamás se ha de traducir en muerte.

Esto mismo nos aconteció, cuando, impulsados por la fortuna y la sed del oro, arribaron á nuestras playas las veleras naves españolas, cuyas tripulaciones nos pedían rendición discreta en nombre de un Dios superior y de un poderoso monarca blanco, que se hacía llamar el lugar-teniente de la Divinidad. Nos faltaron las fuerzas físicas, ó el hado nos fué fatal; pero—es el caso—que tuvimos que deponer el mando y poner en manos de los nuevos "emisarios del cielo" las armas y nuestros trofeos de guerra. ¡ Ley sangrienta del destino humano! Fuimos reducidos á la mísera condición de los tributarios de un poder extraño, sea en castigo de nuestro orgullo, sea porque toda grandeza tiene límites. Aquella derrota significó un letargo, un sueño de trescientos años: estábamos en brazos de Morfeo, aspirando

el néctar de los dioses salvadores. Fortalecidos con él, despertamos, recordando lo pasado, y volvió á su antigua condición el pueblo.

La dominación española fué un intervalo de descanso, pero el descanso no es la muerte; antes al contrario, es el jugo que alimenta la vida y la vuelve á su antiguo vigor. Es cierto que dormimos trescientos años, porque hay sueños largos; pero lo que dura años, no es eterno, ni, con mucho, sin fin.

A veces los pueblos, para evolucionar, necesitan descansar. Tal es la razón filosófico-política de la conquista: necesitábamos elementos de progreso, un contingente de vida, y España nos proporcionó lo que nos hacía falta. Concluída la ayuda impartida, España no tenía ya objeto con su permanencia en la tierra conquistada: pasó el tiempo del usufructo, necesario para implantar nuevos sistemas, mejores leyes y dictar medidas más á propósito; por lo consiguiente, el usufructuario quedaba en aptitud de abandonar la posesión tomada. Desgraciadamente, España, mal comprendiendo su permanencia transitoria, ignoró su papel, dada la manera detestable con que supo desempeñarlo: el destino la designó con civilizadora, colocándola en envidiable situació pero ella, abusando de su carácter, no vino á civilizar, ó á libertar, prefirió el papel del verdugo. Su conducta, punible ante la humanidad, fué el medi

de reconquista, porque el propietario está en su perfecto derecho para lanzar de sus pertenencias al inquilino que desconoce los derechos del verdadero dueño. ¡Algún motivo había de haber para echar fuera á los intrusos! Al que desconoce el derecho ajeno, al que falta á los tratados tácitos ó expresos, al que no obedece á las bases de un pacto, no queda más remedio que expulsarlo ignominiosamente del lugar que no es suyo; porque no debe permanecer en el territorio arrendado un arrendatario que lastime intereses ajenos, pretendiendo la absoluta y pacífica posesión de lo que ocupa á título de arrendamiento.

Cualesquiera que hubieran sido los motivos, el español, habiendo ó no cumplido con su misión (que no cumplió, es un hecho ya demostrado hasta el exceso por la historia), con sus malos manejos y pésimos procederes, dió lugar á que los hijos del país volviesen á tomar posesión de la tierra que heredaron de sus padres. La patria estaba en rehenes, era una cautiva, mientras que sus hijos se confortaban con el dulce sueño del descanso; pero todos los cautivos están propensos á la redención, y todos los que duermen están llamados á despertar, tarde ó temprano.

II

Silenciosos, dejando que los tiempos sigan su curso, apenas interrumpidos por el chasquido del

látigo que flagelaba las carnes de los cautivos, esperábamos el tiempo oportuno, las circunstancias propicias, para frotar los ojos y despertar. No todos los sueños son iguales, unos son más pesados que otros: el nuestro fué terrible, pero más terrible fué nuestro amanecer. Si huellas de sangre dejó nuestro letargo, ríos de la misma corrieron cuando pudimos brotar á la lucha. El mismo valor, la misma resolución, igual empuje que el pueblo primitivo, mostramos, después de una siesta de trescientos años. Lo cual prueba que, á través de los años sufridos en la prisión, no perdimos la fuerza de raza, la energía legendaria. ¿Qué se puede deducir de ello? ¿Es posible la transformación absoluta de la sangre? ¿Se degenera por completo el carácter viril de los pueblos? ¿Se extingue el ardor en el pecho en fuerza de las circunstancias temporales de los hombres?

¡Imposible! El poder y el empuje heredados podrán estacionarse, por razón de reposo, mas nunca llegar á la extinción absoluta, ni á la degeneración completa. Los golpes del tiempo, antes que perder el carácter, lo purifican, haciéndolo más adaptable al medio.

Infiero de todo que el pueblo mexicano, con mayores títulos que sus vecinos, si éstos necesitan un sistema militar para que los gobierne, él apoya esa necesidad en las condiciones especia-

les de su constitución; de aquí que el militaris-
mo sea una fuerza indispensable en su política.

Si cuando el ciudadano se encontraba sin vo-
untad propia, reducido á la vil condición de la
estia de carga, atrincherado por los tiranos más
idomables del género humano—clero y nobleza
—siempre tendía al levantamiento, excusable es
segurar que, gozando ahora de todos los fueros
ue concede la libertad republicana, puesto en
ondiciones de conocer sus derechos, está en ap-
tud de ser altanero y falto de respeto á las leyes
stablecidas. Dotado de una sangre bélica, aun-
ue noble, no es remoto que, por quítame ahí esas
ajas, pretenda infringir el orden establecido, pa-
aprovecharse del mando. Esto, se entiende,
tratando de la generalidad de los ciudadanos;
e, por lo que se refiere á DETERMINADOS GRU-
s, con el solo hecho de constituirse en mentores
ese pueblo altivo, son una constante amenaza
ra la estabilidad del orden y de la paz. Predica-
res de los principios disolventes, enfermos de
n tagio traidor, pueden fomentar los tumultos
pulares, levantar el espíritu hostilizador y hun-
nos, de nueva cuenta, en las tormentosas re-
l uciones, que, durante medio siglo, nos tuvie-
n en perpetua zozobra.

Pueblos que en la sangre traen las tendencias
desorden y al levantamiento, por cualquier mo-
o pequeño, están en actitud de alzarse. Aho-

ra, á esos pueblos ponedles predicadores de pacota, á merolicos de calles y plazas públicas, y no tardarán en agitarse, en hallando ocasión para ello. No importa, para el caso, la bondad de las leyes; que, para quien no quiere oir, no hay consejo posible y llevadero á la práctica. Se ha observado que los motines populares, los alzamientos y las azonadas, son el producto directo de los grupos directores: en colectividades poco cultas, las masas son siempre materia disponible, no sé si para bien ó para mal de las naciones. Algunos se quieren atener á la excelencia de la ley, para oponerla á la avalancha popular; sin comprender que el espíritu inquieto, dado nuestro modo de ser, no le faltarán razones qué alegar, como el contribuyente, que, por más justicia que apoye la ley de contribuciones, siempre la encuentra arbitraria y despótica, hija de las ambiciones personales del mandatario. ¿Qué mayor justicia es posible concebir que la de que el ciudadano, exigiendo garantías individuales de parte del gobierno, está obligado á sostener el personal administrativo del país? Para mí, nadie, en este mísero mundo, está obligado á recibir sin dar; las leyes de la reciprocidad están en la esencia de todos los individuos, y á todos obligan por igual: no creo justificada la excepción, en tratando de naciones. De modo que, al reclamar administración de justicia, vigilancia en el orden público



administrativo, el ciudadano, para exigir todo esto, tiene la obligación imprescindible de contribuir con su contingente pecuniario para el sostenimiento de la comunidad. Sin embargo, hé ahí una paradoja, un escarnio al sentido común: los habitantes propietarios de la república, cuando se les presenta el recibo de una contribución, protestan; piden exenciones en el pago, aun á pesar de exigir una administración de justicia perfecta. ¿Por qué? Ignoro las causas, á no ser que en el hombre dominan, el egoísmo, la ambición personal y el interés propio que sacrifica á los demás.

En estos casos, ninguno reflexiona sobre los bienes procomunales. Se retrocederá en derecho; pero, de todos modos, lo que urge, es medrar á la sombra de los demás, reclamar y no dar; punto culminante, reservado para los seres que ya no conocen la vergüenza humana, ni saben ni son capaces de apreciar la significación de la equidad y justicia distributiva.

Estas consideraciones serán tristes, muy lastimeras, pero son de un orden positivo. Abrazan á toda la humanidad.

III

Por lo mismo, alucinadas las multitudes por la palabra fácil de un charlatán, aquí, en México, no obedecerán á freno alguno, por más benéficas que

sean las leyes. En cuestiones de política, pasa lo igual que en el orden económico: todos aspiramos á mandar, y todos los gobiernos nos parecen mejores, á excepción del instituído. ¿A qué obedecerá esta anomalía? Si se me pregunta en toda forma, no sabré dar otra contestación que la de que el hombre lleva invívita en su ser la inconformidad. La suerte propia hace envidiar la ajena: el rico quiere ser pobre, el pobre rico; la mujer fea desea la belleza, la que es bella aspira al destino contrario; el gordo, el flaco, el alegre, el escéptico, todos desean los adjetivos opuestos. Y en ese maremágnum de diversidad en los gustos opiniones y pareceres, cada cabeza es un mundo cada mundo un cerebro, cada cerebro un caos de contradicciones. Porque ahí impera la materia. que es impura, refractaria á todo lo ideal; y, por lo tanto, llena de intrigas y traiciones; rebelde hasta el exceso y mezquina hasta la bajeza.

Cualidades que aumentan de quilates en las masas incultas, porque las multitudes no piensan, se arrastran; no viven, vegetan. Las colectividade carecen de raciocinio, se dejan llevar por las impresiones del momento; y, cuando cunde la alarma entre ellas, ostenta el único recurso de pode la fuerza. Aprovechándose de esta circunstanc propicia para la comisión de los grandes delit políticos, los que se dicen directores del puebl se lanzan á las predicatas, agitan á las turbas

conspiran contra las mismas leyes de la república, ondas flotantes de nevada espuma, surgidas del seno de las mil revoluciones porque hemos trazado en nuestro éxodo, al escribir nuestra odisea.

Algo peor que eso harían los mexicanos, si se los dejase en manos de un poder netamente civil. La república, constituída sobre la visión platoniana, sería mal comprendida por un pueblo joven, vigoroso, guerrero y temible. Comprendiéndolo así nuestros grandes repúblicos, nuestros magníficos estadistas, nuestros admirables patricios, optaron por un sistema de gobierno que, sin dejar de ser rigurosamente republicano, ha sabido contener los ímpetus belicosos de un pueblo que repelía todo elemento extraño, necesario en el adelanto de los países. ¿Que es capaz de levantarse á la voz revolucionaria de un descontento? ¿Que ultraja las leyes producto de las guerras? ¿Que es indomable para someterse y acatar las disposiciones, emanadas de autoridad legítimamente constituída? Á sus belicosos instintos, oponedle la fuerza armada; á sus tendencias, la ley inflexible; á su carácter alzado y fiero, la justicia; y á los impulsos de turbulento, descontentadizo con los principios sabios de la democracia, la espada desenvainada, en nombre de un gobierno poderoso y fuerte, que sabe afianzar el respeto al derecho y á la ley.

Obsérvase que sólo así se pueden reducir al orden las colectividades; sólo ese es el medio de implantar el respeto á la autoridad: las vanas declamaciones nunca pudieron dejar huellas de pacífica labor. Conquista, dominación española, independencia, guerras intestinas, luchas de hermanos, invasión extranjera, importación de coronadas testas europeas, son los hechos más sobresalientes de este pueblo de fieros soldados, el cual se ha acostumbrado á la pelea é inclinádose á ella por hábito. ¿Cómo se destierran las arraigadas costumbres de las naciones? ¿Cuál es el medio conducente para reducirlas al orden y á la paz? ¿Ser consecuentes con ellás? ¿Dejar que sus mentidos apóstoles metan mano? ¿Es cuerdo, para castigar un vicio, poner al delincuente próximo á él? Si así se corrigen los grandes crímenes de la humanidad, estoy predicando en el desierto, y huelgan más argumentos. Mas mi conciencia me dice lo contrario: todo crimen merece castigo, y todo delito se reprime con la fuerza y el poder de las armas.

No diferente es el caso de la república. Para contener los ímpetus de un ciudadano de tendencias agresivas, hay que oponerle los elementos que lo dominen: la imposición de una voluntad férrea, intransigente é inexorable; lo que justifica el militarismo en el poder.

Leyes iban, leyes venían, y ningún resultado práctico se palpaba. Desde la emancipación hasta la intervención francesa, el elemento militar, no puede decirse que dominó en los puestos públicos; á no ser Santa Anna, que ocupó la Presidencia de la república, colocado por los conservadores-clericales, no hubo muchos militares que hubiesen entonces ascendido á la primera magistratura del país; todo lo contrario, el ejército estaba ocupado en asegurar la estabilidad de la independencia. Primero repeliendo á Barradas,—que no sé en nombre de quién, pretendió reconquistar el territorio—después á las huestes de Francia, que amenazaban el puerto de Veracruz; á poco, peleando contra nuestros vecinos del norte, y después rechazando una intervención atentatoria; lo cierto es que el denodado ejército pasaba la vida en continuo combate. En cambio, los poderes eran ocupados por los que veían los toros desde la barrera: sólo hombres civiles disfrutaban de los goces del mando. Los militares tenían que conformarse con ayunar y pelear como fieras, para asegurarles el puesto á los que "también se decían mentores del pueblo." Ya fuese Bustamante, ya Alamán, eran aquellos manda-

rines civiles los fundadores y padres de la actual dinastía de los "científicos."

Y ¡qué mal gobernaron los intelectuales de México! Sumidos en un pavoroso marasmo y educados en países extraños, fueron los esclavos del clero y de la nobleza; victimarios, por ende, de la nación. ¡Todo se veía en los mentores soberanos de los destinos nacionales, menos un acierto para gobernar! Alamán, conservador por ambos costados, se le fué el tiempo en escribir novelas y en disertar sobre historia; era el retrato de sus nietos los "científicos;" con la sola diferencia de que él fué amante de Calíope, y estos modernos declamadores lo son de Spencer y Compte.

El gobierno llegó á ser un pesado fardo para los ciudadanos de la república: las rentas eran insuficientes para mantener á tanto reverendo bandulaque y vástago insufrible de señores feudales, descendientes de este ó el otro marqués. De cualquier modo que fuese, la nación tenía la obligación de sostener los fueros y los pergaminos á gente que, no teniendo ningunos méritos, constituían una peligrosa plaga para la salud del Estado.

Y como un pueblo no siempre tiene la calma de la resignación, quiso sacudir las gabelas de tantos impuestos decretados para condecoraciones y títulos nobiliarios. Para conseguirlo, no hizo más que recordar su pasado, y apelar á él la

guerra, que, fraccionando á los ciudadanos, los dividió en dos bandos bien definidos: en amigos de la libertad y refractarios á ella. Los primeros, criados en una fragua vulcánica, llevaban en el pecho encerrado un corazón de bronce, invulnerable é inmune del contagio de aquel medio viciado y corrompido. Los segundos, sin conciencia propia, fueron los maniquiés del clero, para después usarlos en su maquinación traidora.

La libertad — téngolo dicho — siempre se ha abierto paso, y colocó en el mando al ejército, guardián de las instituciones democráticas. Caídos y derrocados los clericales, vieron cómo el militarismo sí fué capaz de darle reposo á la república. Afeminados y cobardes los conservadores, gobernados por los reverendos, no pudieron dominar á un pueblo guerrero y de instintos bélicos. Todo el tiempo que duraron en el poder, registrando el derecho administrativo, dieron á conocer que eran incapaces de imponerse. Pero, desde el día que entró á ejercer, el militarismo—no importa el medio—supo imponerse: quitando cabezas de turbulentos y salteadores, el pueblo llegó á exclamar: ¡ya hay otro más valiente que yo; la rendición urge!

Efectivamente, surgió ese otro valiente del seno del mismo pueblo; y, amamantado á los mismos pechos, conocía perfectamente el pie de que cojeaban las masas. Presentándose frente al ene-

migo, se hizo invencible, pues, bien pertrechado, supo triunfar, debido á su valor.

Lo que era imposible de reducción, quedó reducido; y, sin mayores sacrificios, se obtuvo en un cuarto de siglo lo que no se pudo obtener en media centuria. ¿A qué se debió un cambio tan repentino? La respuesta no es nada aventurada: al militarismo.

V

Empezando á establecerse el nuevo orden de cosas, el mando militar se extendió á todo el país. La administración del militarismo, á fin de que diera resultados más completos, se hizo extensiva á todos los Estados, porque, precisamente, no era el centro el causante de tantas desdichas, sino las entidades lejanas. Muchos Estados llegaron á ser lugares funestos de conspiraciones contra el poder constituído. Los cabecillas de los llamados pronunciamientos tenían consternados á los ciudadanos; mas, dueños de vidas y bienes, como que todos eran señores feudales, llegaron á establecer una república dentro del mismo Estado. Las facultades amplias de los gobernadores militares lograron extirpar á tantos plagiarios, revoltosos y bandidos en poblado. Órdenes terminantes, ejecutadas al pie de la letra, dadas por el Presidente, concluyeron con las verdaderas gavillas

de ladrones, los cuales, á la sombra de fines políticos, desvalijaban á todos los habitantes, secuestrando hasta á las mujeres y niños, para que fuesen rescatados por sus dueños.

Puedo afirmar que, ascendido el militarismo á los destinos nacionales, dictó una ley marcial, aplicable sin juicios previos; pues los bandidos, los turbulentos y los audaces fomentadores del desorden, se aprovechan de las moratorias judiciales para esquivar la acción de la justicia, y así es como burlan las leyes. Con la ley marcial, bella producción de los cuerpos disciplinados y principio formidable sobre que descansa el militarismo, se evitan los subterfugios, ardides de pícaros y albergue de la podredumbre social, escollos con que tropieza el desarrollo humano. Un juicio sumario rápido, para comprobar el delito, y pasar al delincuente por las armas en el mismo lugar donde hizo sus vejaciones, es el procedimiento que ha servido para establecer la paz interior en las naciones civilizadas. Alargad la ejecución de un criminal, perdonadle al delincuente, y no habrá administración política capaz de dar garantías á los ciudadanos: las sociedades defeccionadas se limpian con la sangre de sus seres defeccionados, porque el rojo vivo impresiona al pueblo y lo pone en buen camino. Fusilad á dos ó cuatro delincuentes de robo, y el escarmiento será el mejor remedio.

Mas los tales medios extremosos tienen que emanar de un poder militar; en una palabra, del militarismo. Malamente podría aplicar el rigor de leyes terribles quien le falta valor hasta para ver morir una gallina. Los gobernantes, educados á las faldas maternas, en vez de pólvora, han olido el perfume delicado de las rosas; oído el llanto del niño que, arrullado, reposa en la cuna; frotado lágrimas amorosas, en lugar de sepultar lo cadáveres de los muertos en la batalla, y venda heridas abiertas con las balas enemigas. No e lo mismo oir el ruído que forman los refajos d las hembras en las grandes plazas públicas, qu saber ordenar y ejecutar órdenes recibidas; par todo esto, necesítase un temple militar, una alm guerrera, un pecho ardoroso, que amen al prój mo porque saben extinguirlo y redimirlo: el am es redención.

Ved la razón del por qué el militarismo su acabar con un estado de cosas fatal para el paí Como hoz de segador que arrasa los ambarinos campos de trigo, así la mano potente de militarismo acabó con tantos hombres dañinos, estableciendo un régimen eminentemente militar. Los gobernadores, en su mayor parte militares ameritados y fieles al Presidente, hicieron un drenaje completo, mandando aplicar el rigor de las leyes á los turbulentos.

¿Qué importa que hubiesen rodado muchas ca-

bezas, si el pueblo alzó la frente y pudo exclamar: ahora sí soy libre? ¿No es aceptable el sacrificio individual en aras del bien de la república? ¿Qué sistema de gobierno es mejor, el que fomentó las discordias, sacrificando al pueblo, ó el que dignificó al pueblo, sacrificando á los bandidos?

Las naciones tienen los gobiernos que merecen, y nosotros no merecemos aún un gobierno parlamentario, porque en el seno del manso lago, de turgentes ondas, viven tiburones que devoran, si logran saltar á tierra.



CAPÍTULO XVII.

EL MILITARISMO PRODUJO LA PAZ.—TODOS LOS ADELANTOS DE LA REPÚBLICA SON OBRA DEL MILITARISMO.—LOS HECHOS Á LA VISTA.

I



UCHO me temo que las apreciaciones hechas no sean del agrado de quienes ven en el militarismo á un elemento perturbador, cuando es lo contrario. No puede ni debe ser perturbador el grupo que ha sabido establecer la armonía entre todos los mexicanos, respetando las ideas religiosas del pueblo. Aseguróse que nuestro ejército, compuesto de un personal ignorante, está bueno para ser mandado, mas no para mandar. Una afirmación de tal índole, no pasa de un atrevimiento; y denota sobrada mala fe en los que la hacen: un atrevimiento, porque se necesitan sus quilates de audacia para lanzarla en momentos, precisamente, en que toda la nación es testiga de los impulsos dados

por el militarismo á nues[illegible]
dad; y una mala fe, pues no es posible qu[illegible]
desconozca lo que está á la vista. Para ningún ciudadano es ya un misterio nuestro estado de labor pacífica y tranquila. No poco esfuerzo se gastó para lograr, en pocos años, lo que los intelectuales no pudieron en siglos enteros de dominio.

Es materialmente imposible que se pueda negar que, en México, el régimen es militar, y que el militarismo—para bien del país—impera en los destinos nacionales. La necesidad de ese dominio está plenamente comprobada por los antecedentes históricos de nuestra raza, porque la cerviz hecha de bronce y fuego ha menester, para gobernarla, la fuerza viva, el poder de las armas. La altivez, el orgullo, el denuedo y el empuje bélicos necesitan un gobierno en igualdad de condiciones; pues á un valiente sólo lo podrá reducir otro valiente. Sería fácil otra clase de administración política, en caso de encontrarnos en distintas condiciones sociales; mientras que esto no sea accesible, tenemos que conformarnos con el actual orden de cosas, designado por la suerte. ¿Quién, mejor que yo, deseara un sistema de gobierno civil? No teniendo investidura militar, ni perteneciendo á la política del gobierno militar que nos rige, es claro, preferiría un régimen que s[illegible] adecuara á mi carácter y, probablemente, á mi[illegible] propias convicciones; aunque parezca que soy[illegible]

partidario del militarismo, en el fondo, tal vez no lo sea; pueden quedar en mi pecho algunos restos de nobles sentimientos de humanidad, que me hagan horrorizarme ante los estragos que causan las disposiciones militares, que, en todo caso, tienden á diezmar. Esto que confieso, surge leal y sincero de una alma que no sabe mentir, que expone lo que siente. Pero, dados el medio y las circunstancias, acepto lo que es una necesidad; no soy declamador, creo ser un patriota: admito el militarismo, porque él es el único que ha sabido gobernar y dar estable y duradera paz á la república. Habrán arengado poco los partidarios del militarismo; no poseerán la verba de Cánovas del Castillo, Salisbury y Castelar; pero tampoco ellos pretenden imitar á los Napoleones en los parlamentos, sino marchando sobre Europa, y al frente de sus poderosos ejércitos, reducirla á los dominios de las águilas francesas. ¿Acaso la palabra del tribunicio ha podido ser nunca un elemento de combate en el terreno práctico? Todo lo contrario: cuando los parlamentos han tenido mejores oradores, las naciones, para llegar á sus destinos y obtener sus fines, han tenido que mandarlos disolver. Los oradores son poetas que, creyendo salvar á los pueblos, los hunden; porque éstos prosperan, no con las frases que arrancan aplausos á las turbas, sino con los cañones que, al crujir, predican su grandeza. Cualquiera con-

dena la actitud de España que, en lugar de acorazados modernos, llevó á la guerra contra los Estados Unidos botellas de cidra y las estrofas, bellas si se quiere, del gran Núñez de Arce. Mientras los descendientes de la vieja Albión, prácticos financieros y de poquísimas palabras retóricas, hacían fungir los cañones de sus poderosas naves de guerra en frente de la Habana, los infelices buques de vela españoles iban de aquí para allá y de allá para acá, ni más ni menos, imitando al ilustre "manchego," fiel retrato de España, y copia exacta de lo que es y ha sido: una soñadora, implacable con sus vencidos, y baja y humilde con sus vencedores. Pasando esto, naturalmente, sus hijos, residentes fuera de la tierra nativa, celebraban sus imaginarios triunfos en casinos y clubs, descansando de las fatigas diarias, con el tañer de las castañuelas y oyendo la monserga oratoria de dos ó tres abarroteros charlatanes, convertidos en Cicerones y Demóstenes á última hora; porque el vino, los toros y las mujeres, son la más poderosa inspiración para la plebe. Los hombres serios, los prácticos pensadores, los padres de la idea; aquellos que sabían lo que era guerra, y aprecian la victoria que se obtiene con sangre, con ojos desconfiados y hasta burlescos, veían aquella alegría inusitada de nuestros queridos hermanos por obra de la religión y gracia y ciencia del GRAN GENOVÉS.

Moret, Silvela y Sagasta, narraban los hechos pasados de las armas ibéricas; en todas partes pregonaban aquello de que "España no vió ponerse en sus dominios el sol." Los parlamentarios halagaban á las turbas con odas bélicas, músicas y cantares; eso sí, los toros eran observados desde lejos: el infeliz soldado, casi muerto de hambre, luchaba contra el inmenso poder del enemigo y las enfermedades, mientras que los literatos, poetas y novelistas hacían remembranza de lo que fué hijo de las circunstancias, nunca del poder y de la fuerza que se imponen. ¡Buen derecho tenían las familias de la infeliz tropa, muerta á granel en lejanas tierras, en escupir el rostro de tantos arengadores!

En vista de esto, tengo que inclinarme al lado del militarismo; pues tengo el orgullo de ser, antes que soñador, patriota. Ahí están las razones poderosas que me asisten para defender al ejército: sin ser militar, debo optar por un régimen de gobierno estable y que sepa cumplir con sus deberes, haciendo feliz á la nación. ¿Qué importa el sacrificio propio en aras de la patria? Cuando se pruebe que el elemento civil es apto para gobernar, seré el primero en aceptarlo.

II

Tampoco puedo creer en la buena fe de los enemigos del militarismo, porque hay cosas que

saltan á la vista. ¿Por qué llaman torpes é ignorantes á los políticos militares? Se palpa el ataque, mas no la prueba: algunas veces botan la piedra, pero, á guisa de todos los cobardes, esconden la mano. ¿Y es así como se demuestra la bondad ó deficiencia de una institución? Si condenables son los anónimos, los que, á más de esta circunstancia, agregan la de traidores, no hay palabra en el idioma español con que pueda yo apodarlos.

Siendo discutibles todos los actos políticos de un personaje, no hay que esconder el bulto, ni adulterar lo afirmado. En asuntos públicos, todos los ciudadanos pueden y deben emitir opinión sobre los grupos que estén en el poder, ó aspiren á él. Justifica esta conducta la circunstancia de que la república es madre de todos los que nacen en su suelo; si de todos ellos elige sacrificios para sostener su unidad nacional, á todos tiene que dar cuenta de sus actos, por no ser de derecho exigir sin dar: el principio de la reciprocidad es de aplicación general. Ya he dicho; el egoísmo, en tratando de la patria, no es tolerable, porque infringe las garantías de las colectividades.

Por lo cual, los enemigos del militarismo, estando éste en el poder, y tratando ellos de emparapetarse tras del interés nacional, es de fuerza que exhiban sus móviles y tendencias, á fin de

que la república tome nota de ellos; de lo contrario, ellos mismos me autorizan para llamarlos falsarios é impostores. Hablar sin probar, querer ejercer el apostolado sin exponer la doctrina, es, sencillamente, esgrimir armas prohibidas, persiguiendo fines perversos.

No tienen razón para alegar torpeza é ignorancia en el elemento militar en cuestiones administrativas, porque de todo mundo bien sabido es que sólo el militarismo pudo consolidar la paz en la república. Es cierto que ella es el resultado de sangrientas revoluciones, tanto exteriores como intestinas; tampoco hay que desconocer, y creo que no lo ignorarán los "científicos," que ninguna evolución ha habido en el mundo civilizado sin la guerra. Yo estoy con aquel gran político francés, que, al hacer la historia de los revolucionarios del 93, exclamó conmovido:" "¡Fatal fué aquella guerra desoladora, en que las calles de esta matrona de la civilización (París) se inundaron con sangre humana! Los hombres de Francia bebieron entonces la sangre de sus semejantes, peor que si fuesen habitantes caníbales, ó pobladores de los países más salvajes de África ó Asia. Convertido el ser pensante en fiera, olvidó las dotes del alma, abandonó las facultades del espíritu, y cometió los delitos ante los cuales la historia tiembla y se horroriza, y la humanidad se irrita. Pero ¿quién me podrá negar los be-

neficios que aquellos locos y desesperados nos legaron?"

Efectivamente, dice muy bien el estadista galo. La revolución diezma, pero así como destruye, sabe construir. Ella surge amenazadora y terrible; todo lo arrasa y convierte en páramos desiertos; mas, para la regenaración, es preciso el devastamiento general, que la podredumbre sea arrancada de raíz, á fin de que las ruinas produzcan las grandezas humanas. Degenerados los pueblos antiguos, el diluvio universal concluyó con toda la semilla dañada, y resurgió de los escombros, húmedos aún, una generación más sana y robusta, capaz de abrir nuevos surcos en la estirpe que yacía bajo las lamas del agua encharcada. El diluvio fué una guerra divina, para destruir lo defeccionado; la revolución francesa siguió idéntico derrotero. En vez de que la Divinidad obrara, empleando los elementos de la naturaleza, su instrumento potente fueron los espíritus desobedientes á las tiranías de los magnates del altar y el trono. Quedaría convertida la Francia en lago de sangre, en donde flotaban los cadáveres segados por la guillotina; pero, en cambio, ahí nació nueva era de paz y progreso.

Es una sentencia de gran fuerza filosófica que, para construir mejor, hay que derrumbar: en el orden político-social sólo la guerra es capaz de destruir.



¿Por qué, pues, los fementidos humanitarios se rebelan en contra de la revolución? ¿Lo hacen por sentimientos nobles en favor del género humano? Suponer esto, es una simple ironía; porque no puede ser humanitario, ni conoce el sentimiento noble quien, sin quitar la vida, quita la honra. Cuando se me prueba que es superior la vida material á la vida moral, estaré en el caso de aceptar el pregonado espíritu humanitario de los enemigos del ejército.

Es un insulto hecho á los generosos ideales humanos, el que esa gente, falta de todo sentimiento, se adjudiquen el título de humanitarios. Que los antimilitaristas se amparen con lo más grande que tiene el corazón, es un crimen, agregado á la larga lista de los cometidos por ellos.

Predican humanidad, pero dejan en pos de sí á muchas viudas, huérfanos y desvalidos, en la miseria; se atreven á mencionar el dulce nombre de la piedad cristiana, esos que marcan sus pasos con violaciones, estupros y sobornos; pregonan mansedumbre, ellos que son espíritus satánicos; alzan la voz en pro de nobles sentimientos, ellos que vituperan, calumnian y vejan; en fin, aparecen con un corazón blanco, cuando ya lo tienen lacerado por la falsía y el delito. Y quienes tales cosas hacen, ¿son los que condenan la guerra? ¿Llaman en su favor á los ideales no manchados de la especie humana?....

Ese es el grave defecto de los clericales y conservadores; refugiarse á la benéfica sombra de los principios salvadores, para cometer depredaciones; y los "científicos," como sus legítimos aliados y compinches, están obligados á seguir la misma táctica. Que los que estén sin mancha condenen, me parece, aunque discutibles sus actos, cuerdo; porque una conciencia pura é inmaculada puede acusar á los criminales.

III

No están en aptitud los "científicos" para repudiar la guerra por inhumana; tanto porque el pecador no debe recriminar á nadie, como porque la guerra es la única fuente del progreso que hoy admira el mundo.

Las intenciones no van enderezadas precisamente á negar los beneficios de toda revolución; nuestros políticos de ocasión tienen otras miras, persiguen otros fines. Se necesitaba estar ciego, para no comprender que, sin guerra, ningún pueblo estaría en disposición de progresar. Las revoluciones transforman, eliminan los elementos insanos, y conservan los buenos para su objeto civilizador. Las costumbres y los usos arraigados en las colectividades necesitan la completa destrucción de todos los obstáculos, á fin de re-

construir con elementos mejor dispuestos y más útiles.

Claro, que estas verdades no se les pueden ocultar á mis adversarios políticos; porque, aun suponiéndolos ingnorantes, les concedo algún espíritu de observación y una pequeña dosis de sentido común. Hábiles maquinadores, disponen de inteligencia observadora; pues esta es la cualidad que los distingue. Ellos no han sabido aprovecharse de las circunstancias, debido á su torpeza; pero les queda algo de sagacidad, inherente á todos los ciudadanos turbulentos.

Comprenden, en el terreno positivo, aunque sea leyendo á Spencer é imitando á su maestro Barreda, el peso de las razones expuestas en favor de la guerra; pero, aceptándolas como un argumento contundente, tendrían un flanco terrible y de fácil ataque: el único capaz de luchar es el ejército, egida del militarismo y sostenedor del honor nacional en las guerras. Repudiando á este último, es indispensable rechazarlo desde su base. Hé ahí la razón de acudir al mal entendido espíritu de humanidad, del cual todos los adolescentes "spencereanos" carecen. Odian la guerra, porque odian al militarismo; abominan á los ejércitos armados, así como el cobarde puede detestar el combate, porque es incapaz de llegar á él, por falta de valor físico y moral.

Con eso y todo, el militarismo, imponiéndose

en todo el mundo civilizado, es una necesidad entre nosotros: á él se le debe la paz que disfrutamos.

Destruyó, diezmó, pero ¡qué importa! supo destruir y también construir. No destruyó por el gusto de destruir; aniquiló en la guerra, porque la guerra fué una necesidad: NO HAY PAZ SIN REVOLUCIÓN. Presente esta gran verdad, el militarismo, lleno de ardor y patriotismo, exponiendo vidas é intereses, se lanzó á buscar para el pueblo lo que era necesario: la paz.

Los compañeros de nuestros "científicos," ya se vió, no fueron capaces de darle al país lo que le precisaba para avanzar; y vivir en continua zozobra, en brazos de judíos traficantes, piratas y salteadores de caminos, tampoco era dable, porque nuestro territorio pedía otra suerte mejor: la riqueza de nuestro suelo, su delicioso clima, la abundancia de los productos naturales, pedían, á voces, pronta explotación, á fin de llamar á los capitalistas extranjeros, temerosos de llegar á nuestras costas por el cambio rápido de gobiernos. Sin una era estable, todos tenían el derecho de alejarse, pues no es llevadera la vida en un país inquieto y turbulento. ¡Harto amargo es vivir para tener que soportar los azares de las revueltas é inquietudes!

Hubo más políticos—que se disputaran el poder entonces —que labradores; porque los humil-

iegos, no conformes con sus destinos, se
ı á los ambiciosos, con la esperanza de
inisterio ó de una curul en el Congreso.
ombres pundonorosos, que veían el triste
ulo, no quisieron que los demás países
lasen el cuadro que estaban dando los
tros de gabinete y toga. Iniciaron un gran
nto militar y, como galardón, el jefe más
lo de ellos ascendió á la Presidencia. Los
ros de periódico retrocedieron, dejando
campo al ejército.
s albores de 1876, se dejaba oír el último
en los campos de guerra; disparo que fué
ıjero de una era feliz y estable. El pue-
lamó como Presidente al señor general
firio Díaz, héroe de aquella jornada, que
on los pésimos gobiernos civiles. Era se-
e, conociendo el señor Presidente el ca-
: su pueblo, y teniendo triste experiencia
: pudieran ser los sistemas civiles en Mé-
ɔcuró implantar el régimen militar, úni-
de restablecer el orden y cicatrizar tantas
n supuración. Agréguense á estos moti-
s que significan galardón para los ven-
y se tendrá la razón del sistema adop-
os mártires de la lucha pedían, en estricta
la recompensa de sus servicios. La na-
ıgrada y pobre, no estaba en aptitud de
á sus servidores con dinero del momen-

to; pero sí podía, utilizando los servicios de sus aguerridos defensores, emplear á todos los militares en puestos remunerativos, y de este modo saldaba las deudas contraídas con el ejército.

El señor Díaz no desconocía la bondad de la idea, apoyada por razones de mucho peso. Teniendo cerca de sí—y subalternados á él—á muchos generales, las ambiciones quedarían restringidas; pues el que, no obstante tener á su disposición medios de riqueza, pretendiese alterar el orden con nuevas revueltas, quedaba á su discreción castigarlo, con la dureza que merecen los desleales á una causa.

Tal proceder engendró el militarismo en el país. Su nacimiento fué de justicia, porque la patria está en el deber de distinguir á sus valientes hijos.

IV

Ahora, sólo la mala fe puede negar que, durante el nuevo régimen, ha surgido la paz. A raíz de tomada posesión del gobierno, es natural que hubiera habido sus inseguridades en los caminos, pues los derrocados procuraban hostilizar á los triunfantes; conducta propia de todos los descendientes de sangre española. Las personas favorecidas por los gobernantes caídos, se propusieron hacer resaltar dizque las deficiencias de

los nuevos; y á ese fin, pagaban personajes facinerosos para que saliesen á molestar á los ciudadanos pacíficos, asaltando en los caminos reales é invadiendo ciudades, villas y aldeas, lejanas de las fuerzas nacionales. Hubo veces en que los mismos despechados capitaneaban cuadrillas de forajidos y ladrones, por el solo gusto de romper hostilidades y darle quehacer al gobierno.

Afortunadamente, el jefe que empuñaba la vara del supremo mando, estaba bien curado de miedos y temores; y, así como fué bravo en la guerra, probó serlo en la paz, ascendido al poder. Lanzó leyes marciales, distribuyó las fuerzas de la república en todos los Estados, y dió órdenes terminantes á sus subalternos para que no dejaran vivo á ningún bandido que cayese en su poder; que todos los revoltosos fuesen pasados por las armas.

Procediendo así, en vez de la revuelta, optó por la tranquilidad el ciudadano, porque sabía perfectamente que un pronunciamiento significaba la muerte.

Los "compasivos" conservadores culpaban al gobierno de estos hechos, que ellos calificaban de arbitrarios y utópicos. Tuvieron mucho quehacer sus abogados y leguleyos, defendiendo, como siempre lo han hecho, la causa del asalto, del robo y del bandidaje. Quisieron hacer uso de la Constitución de 57, Constitución que ellos em-

plean cuando les conviene, pisoteándola, cuando no; pero el señor Presidente mandó reformar todos los artículos que extorsionaban su política, dejándolos sin efecto legal, y reforzó sus disposiciones á los gobernantes respecto de todos los hombres perversos: que no los sujetaran á los azares de un juicio, porque los recursos legales del orden común pueden retardar el escarmiento para los de la misma carrera.

El militarismo imperó por completo, á pesar de todos los ataques, pues el director de esa política se mostró inexpugnable: fusilando aquí, destruyendo allá, al fin, entró, con seguro paso, la quietud.

Cuando el país contempló la obra del militarismo, supo apreciarla en todo su valor. ¡Cómo no había de justipreciarla, después de tantos años de esclavitud y guerra? Es cierto, sacrificó muchas vidas, dejó á muchas familias desoladas y huérfanas; mas es preferible la orfandad de una familia á la orfandad nacional.

V

Concluída la tarea destructora, ya era tiempo de construir. La guerra había dejado desolada á la nación. ¿A qué tantos sacrificios en favor de un cadáver? Los trabajos y los esfuerzos del ejér-

cito debían ser efectivos, tender á algo útil y provechoso.

La república no disponía de nada bueno, á no ser de sus elementos naturales de riqueza. En el seno de sus montañas vivía, en sólidos *bloques*, el oro, dando fulgores de luz; la plata, con sus azules destellos, iluminaba la obscuridad del abismo. Todos estos factores del progreso, la materia prima del movimiento mercantil é industrial, alejados de las fuerzas vivas de la nación, de nada le servían; eran cadáveres arrancados al desarrollo humano.

Crecían las maderas preciosas en las cumbres elevadas de las abruptas sierras, coronadas, á veces, por copos de blanca y purísima nieve, sin que la hacha del leñador tuviese audacia para derribarlas y utilizarlas. Eran un adorno de las vírgenes selvas las plantas odoríficas y tintóricas, porque yacían ocultas entre breñales y malezas. Bramaban tempestuosos, tendidos sobre su lecho de escarlata, en las profundidades de las barrancas, ríos caudalosos, cuyas aguas para nada servían; atravesaban por distancias inmensas, arrullando á las fieras y animales silvestres, pues el ganado no podía ni beber de sus aguas, debido á la infranqueable distancia que lo separaba de ellas. Y hasta los habitantes ignoraban si existían más pueblos que los que ellos poblaban, pues los caminos tenían la particularidad de ser que-

brados, ásperos y difíciles; resultando que muchos desconocían si había más pobladores en el país que ellos.

Todos estos inconvenientes, postraban á la nación, la ponían en condiciones difíciles. A hacerlo rico y próspero, facilitando medios de explotación y aportando capitales, se dirigió la acción del general Díaz, sobresaliente figura del militarismo mexicano. Caviló, pensó y estudió la manera de lograr lo que tanto anhelaba, para poner en movimiento tantos elementos de riqueza. Que la mano del hombre penetre en el seno de la tierra y arranque de ahí el oro y la plata; que ascienda á las montañas y corte sus maderas preciosas, para ponerla al comercio extranjero; que baje á las vastas llanuras y las siembre, para que produzcan los artículos de primera necesidad; descienda á las barrancas y haga subir el agua por medio de magníficas bombas, utilizándolas en los regadíos; y, en fin, trace ferrocarriles para facilitar la comunicación rápida y abaratar los artículos. Para todo esto, se necesitan capital, inteligencia, energía y fuerza. Las exenciones de impuestos, las franquicias y las garantías constitucionales, llevadas al terreno positivo, lograron la inmigración de los extraños, quienes llenaron esta necesidad imprescindible.

Puesto en práctica el vastísimo plan de un sistema administrativo-político eminentemente mi-

litar, ¿se podrá decir que el militarismo es una utopía? Condenar el militarismo, es estar descontentos con la paz, con el progreso y con la grandeza, cada vez más florecientes, de la nación. ¿Habrá algún mexicano que manifieste desconfianza del militarismo?

Si las instituciones se han de juzgar por sus productos, enhorabuena, aplíquese ese principio al militarismo. No hablo con los muertos; yo atestiguo con los vivos: jamás inculpo á los que no están en capacidad de repeler las agresiones.

Contemplando el gran panorama que presenta la república, después de setenta años de fuertes sacudidas, y de una dominación abyecta y retrógada de treinta décadas, se podrá apreciar la obra del militarismo.

"POR SUS HECHOS LOS CONOCERÉIS."



CAPÍTULO XVIII.

EL GENERAL DÍAZ ES EL ÚNICO JEFE DEL MILITARISMO EN MÉXICO.—SU GOBIERNO SE BASA EN UN RÉGIMEN MILITAR.—LOS ENEMIGOS DEL MILITARISMO LO SON DEL ACTUAL PRESIDENTE.

I

OBSERVANDO detenidamente lo que, en achaques políticos, pasa en estos momentos históricos y de grandes trascendencias para la república, queda uno estupefacto ante la bajeza humana; porque es para que se asombre cualquiera en vista del cuadro que están representando los encarnizados enemigos del ejército. Se ve que atravesamos por un período difícil, de preparación; y comprendiéndolo así, los vividores de la cosa pública se agitan en torno de un ciudadano á quien han puesto en graves complicaciones, precisamente en horas en que se necesita mayor calma y más unión con el jefe supremo del país. El patriotismo en los pechos de

los verdaderos mexicanos los ha hecho palpar lo difícil de la situación: tal vez aquí podamos hacer aplicación exacta de la célebre frase de un sociólogo eminente: "La vida de un hombre, á veces, suele ser la vida de un pueblo, porque la libertad de una nación descansa sobre una sola columna; las demás que concurren á apoyarla, deben considerarse como auxiliares simplemente, nunca como fundamentales."

Acertada es la afirmación anterior. Efectivamente, tomando á nuestro país por modelo, podemos exclamar otro tanto: La libertad de la república descansa en un solo pedestal; eso sí, de roca y granito. Quitadlo, y no habrá libertad. Si para fortalecer nuestra unidad nacional, fué un sol Morelos, estrella de primera magnitud Juárez; el general Díaz es sol, estrella y luna. De aquí que puedo decir: sin el general Díaz, faltarán tres astros, y podrá sumirse la nación en profundas tinieblas. Inferid de todo esto, que, sin luz, no es posible la vida; porque la obscuridad es la muerte.

Ciertamente, la vida de un hombre es la vida de un pueblo, si es que la libertad es la vida. ¿Es vivir, cuando se arrastra la cadena del esclavo? El esclavo y el presidiario no viven, vegetan; y vegetar.... no es vivir. El hombre que da libertad, repeliendo los duros golpes de la suerte, ese inocula la vida en el cuerpo que carecía de ella;

y el que da la vida al que no la tiene, merece el título de redentor.

Redimir, pues, es volver á la vida á los que están muertos, hacer que surgen del sepulcro los que yacían ya sin vida. Aplicad estas doctrinas á las instituciones colectivas, y el resultado es el mismo: el que da libertad á un pueblo, le infunde nueva vida, le imparte la suya propia; por consiguiente, el pueblo y el redentor se confunden, se identifican entre sí, porque ambos son una sola persona moral. Legítima, por lo tanto, será la deducción, de que el pueblo mexicano está completamente confundido con su Presidente: la vida del último es la vida del primero.

Al expirar Cánovas del Castillo, el gran estadista español, víctima de la mano sanguinaria de un asesino, el Canciller de Hierro exclamó también: "Muerto el presidente del gabinete español, no es aventurado predecir la muerte de España como potencia de primer orden, porque la vida de ésta dependía de la de aquél, á quien admiré siempre como un sabio hispano y un genio de Europa. Pude conocerlo frente á frente en una reñida discusión internacional, en el asunto de las Carolinas, que tantas complicaciones le atrajo á Alemania. Por lo mismo, ahora que desapareció de sobre la faz de la tierra ese hombre que valía tanto, podré decir: ante nadie he doblado la cerviz; pero ante Cánovas del Castillo tengo que inclinarme."

El sagaz político prusiano confirmaba, con lo dicho, que la vida de un español mantenía la grandeza de España. Apenas muerto el "monstruo de la inteligencia humana," la prueba más palmaria es que perdió la Península todas sus posesiones ultramarinas y vino la decadencia de su poder, ocupando un lugar muy secundario en el concierto europeo.

Otro tanto digo yo respecto de México: de la vida del general Díaz depende la vida de la república. ¿Seré exagerado? Es natural que el señor Presidente, teniendo aún enemigos, no llene las ambiciones de ellos, y en este caso parezcan exageradas mis aserciones. Pero, siendo tan pocos y pequeños sus adversarios, el resto poderoso del país convendrá conmigo, de que he dicho la verdad.

Los adversarios del señor Díaz no exponen argumentos, á fin de repeler las razones en su favor; los más son hijos del despecho, por tal ó cual solicitud desechada, sea porque no hubo lugar á ella, sea porque al gobernante no le convino atenderla: para rechazar ó aceptar, es Presidente de la república. Téngase presente, que los enemigos de esa índole no pueden juzgar, porque tienen preocupaciones que los impiden para ello. La opinión pública es la llamada á sentenciar, porque, compuesta de la mayoría, tiene en su favor la imparcialidad propia de las masas.

Esto no quiere decir tampoco que el general Díaz es un serafín, desde el momento que, revestido de los defectos inherentes á la naturaleza misma de la humanidad, está en aptitud de errar. Lo que significo es que él ha sido el único gobernante que se ha podido aproximar á la perfección del estadista, después de pasar un período de terribles guerras.

Peleó y venció; ese es el militar. Gobernó y engrandeció á la república; ese es el estadista.

¿Queréis más? Hundidos en las disidencias de castas y fueros, en las reyertas de familia, supo recuperar la libertad perdida, defendiendo los intereses nacionales con su espada en los campos de batalla; pobres y miserables, acertó á dar con los medios para enriquecernos. ¿No es esto ser grande? Convengamos en que las circunstancias eran muy difíciles para haber vencido, pues obraban en contra poderosos factores: la traición y la costumbre.

II

Presente todo ello, no puedo menos que aceptar un heroísmo inaudito, un talento preclaro, un acierto sin precedente en nuestra historia, que supo colocarnos muy alto. Y esto es lo que me hace volver á decir: la libertad de México depende de la vida del general Díaz. Los pesimistas,

refractarios á un campo de observación, dudan, pero con esa duda burlesca, irónica; como si los hechos no estuviesen á la vista.

No tengo yo ningún interés personal para loar al actual Presidente, porque no le debo ningunos favores, ni jamás me he acercado á él para nada: completamente alejado vivo de la cosa pública. En cambio, me queda un rasgo noble en pecho: el del patriotismo. Probablemente, soy el el escéptico más profundo del país, pues puedo exclamar: Yo no creo en nada. Sin embargo, á través de la duda que me postra y que me ha puesto en un período de indiferentismo absoluto, amo al país, adoro á la justicia; quiero que los grandes hombres aprecien la labor del general Díaz, porque ella ha sido ardua, extraordinaria, y en ella se han gastado todas sus energías personales. Sin liga de ninguna especie, estoy en mejores condiciones para juzgar; pues no se me confundirá con cierto escritor *tapatío*, de reciente criación académica, biógrafo del Presidente (malo, por cierto), que ayer era acérrimo partidario del general Reyes, á quien le debe todo lo que es, y ahora se ha constituído como en su feroz enemigo; porque hombres como el "indigesto" jalisciense, no tienen ideas ni políticas ni religiosas: hoy le profesan adhesión al actual Presidente, mañana pregonarán las glorias del que venga. Por lo mismo, creyendo el estomacal académico

que los "científicos" eran los victoriosos, al caer don Bernardo Reyes, se supuso que los muertos no pueden dar nada, y torció de rumbo, afiliándose á los partidarios del "abominable Renán."

Líbreme Dios de pertenecer al grupo de esos entes degenerados; primero la muerte, que morir con honra, es vivir. Alabo al señor Díaz, porque estamos en un momento terrible de prueba, aunque no aspire á nada positivo; que yo no admito el patriotismo con tasa: si la gloria ha de venir con bajezas, repudio la gloria.

Estoy en la convicción de que el actual Presidente es el único sostén de la libertad y de la paz; sin él, peligran una y otra, porque ambas descansan sobre sus hombros.

III

Pues bien, el general Díaz, el hombre de la situación, el salvador del país, ES EL ÚNICO JEFE DEL MILITARISMO EN MÉXICO; por consiguiente, su gobierno es de régimen militar. Precisamente, la bondad de la presente administración es el producto directo del militarismo.

No podráse negar esta verdad tangible, porque está en la conciencia misma de los enemigos del ejército; sólo que, temiendo el golpe de la terrible mano del general Díaz, hicieron excepciones: ad-

mitieron su administración, repudiando las que viniesen bajo el mismo plan. Los "científicos," al rechazar los gobiernos militares, ¿rechazaban también el actual? ¿Desconocían que el atacar al militarismo, significaba ataque directo al señor Presidente?

Yo me atrevo á asegurar que de todo estaban convencidos los "científicos"—á ellos me refiero solamente, porque son los únicos enemigos del militarismo—y, previo conocimiento, han trabajado en contra del ejército.

Vamos por partes, que la cuestión merece los honores de la meditación.

1.—Que el general Díaz es el único jefe del militarismo en México, es cosa que cae bajo su propio peso; porque, siguiendo una campaña netamente militar, ha podido sostenerse en el poder. De no adaptar una conducta semejante, la duración de él en la Presidencia hubiera sido bien corta; con asegurar que, concluído su primer período en 1880, le hubiese sido imposible volver á la silla presidencial, está dicho todo.

Para adquirir durabilidad, á raíz de la caída de don Sebastián Lerdo de Tejada, gobernante civil, eran necesarios elementos de fuerza; ¿en dónde estaban ellos? El señor Lerdo contaba con todos los intelectuales del país, como todo jefe civil; por lo mismo, para derrocarlo, había que derrocar también á todos sus partidarios, hom-





bres muy instruídos y hábiles palaciegos, aunque no políticos. Imposible de conseguirse esto, si los medios de fuerza no hubieran venido en auxilio del Presidente victorioso, para nulificar á los "lerdistas," dejándolos solos y sin fuerzas auxiliares. Así es que lo primero de que pudo aprovecharse el general Díaz, fueron los jefes del ejército, humillados en tiempo de Lerdo; porque al ejército se debió la caída de éste: peleó el elemento civil contra el militar. Debiéndosele el triunfo á éste, el jefe no podía desconocer sus servicios, prestados en momentos de necesidad primaria, y ascendió á los mejores puestos á los jefes del ejército triunfante. Premió, con este proceder, á todos los que influyeron en la victoria, y se hizo del poder de la fuerza viva, á la que tenía en constante disponibilidad para mantenerse en el puesto.

2.—Sin tan acertado paso, dado por el general Díaz, ni él hubiera vuelto al poder, ni tampoco la paz se hubiese cimentado. Faltos de medios de reducción al orden, no hay gobernante capaz de sostener la tranquilidad en la república, pues, lastimados los "lerdistas," era inconcuso que amagarían con sublevarse para derrocar al gobierno. A la sagacidad del Presidente no se ocultaban los esfuerzos que harían los caídos para recuperar lo que ellos llamaban suyo: la Presidencia.

Precisamente, ahí está el talento organizador

y político del señor Díaz: en aprovecharse del ejército, cuyos jefes no estaban conformes con la conducta seguida por el señor Lerdo de Tejada. El, de los elementos descontentos hizo la fuerza; los atrajo, los enriqueció, y de este modo les mató todo género de ambiciones, haciendo de ellos una materia disponible. No es poco en un hombre reducir á la inacción á guerreros valientes, audaces y fieros.

Algunos achacan la grandeza del actual gobernante á las circunstancias. Yo no podré negar del todo la verdad contenida en esa afirmación. Pero ¿qué hombre no aprovecha la época para sus grandes actos? El mérito no se destruye con esto, aumenta; porque, para obrar, es necesario saber cuándo. En haberse amoldado al medio y ejecutado en sus límites, está el talento político del general Díaz. ¿Por qué los "lerdistas" no se aprovecharon de las circunstancias? ¿Por qué tampoco lo hicieron los conservadores? Porque todos querían ser los sabios, y me parece un escarnio científico que, habiendo habido tantos sabios, ninguno comprendió cuál debía ser el momento de obrar.

Por lo demás, las circunstancias siempre han acompañado á los grandes hombres de la humanidad. Los cruzados necesitaron la tiranía de los moros para inmortalizarse en la apología cristiana; los griegos y espartanos, los atropellos de

Persia; Roma, el medio en que vivía; y la invasión de los bárbaros del Norte, Europa entera: Napoleón es el resultante de un gran período histórico; España conquistó la América debido á la división y al fanatismo de sus pobladores. Por lo tanto, no hay hombres heroicos sin épocas propicias; pues los hombres deben juzgarse según las circunstancias que obraron en su favor.

3.—Las razones de que al general Díaz lo ayudaron las circunstancias, no menguan su gloria; la acrecen. Cualquier ciudadano, admitido en el ejército, puede llegar á general; porque generales hay que han ascendido desde soldados rasos. Lo difícil está en hacer suyas las oportunidades, dominarlas; ese dominio es patrimonio de las glorias humanas, de las estrellas de primera magnitud.

4.—El general Díaz supo aprovecharse de los elementos divergentes y los hizo suyos: ese oportuno aprovechamiento aquilató su talento político y le dió gran valor como estadista.

5.—El ejército á sus órdenes siempre ha estado, porque él supo atraérselo, recompensándole sus grandes servicios. Sabedor de que el anterior gobernante fué poco durable, porque lastimó el decoro de los militares, siendo ingrato con ellos, él, por lo contrario, estableció el militarismo, como único medio de que durara su gobierno.

6.—Sentado en el poder, el ejército le aseguró el puesto, así como él procuró mejorar las condiciones de aquél; pues los díscolos, inconformes con su suerte, obedecían á la fuerza armada que guarnecía á todas las plazas del país.

Además de esto, los gobernadores eran militares de alta graduación, de la confianza del Presidente. Con esto, cualquier levantamiento quedaba sofocado en sus comienzos.

7.—Se ve, desde luego, que el militarismo fué fortificado en México por el mismo general Díaz, y él es su centro, como su único jefe.

IV

No es posible que esto no haya llegado al conocimiento de los señores "científicos," porque está á la vista de todo el mundo. Hay que convenir en que sí lo saben, pues no han de ser tan ignorantes que no sepan lo que hasta el vulgo conoce: que el general Díaz es el jefe del militarismo.

Es incuestionable que, siendo continuador del militarismo en el país, su gobierno tiene que ser militar y BASARSE EN RÉGIMEN MILITAR también; de lo contrario, no comprendo cuál sea el móvil de instituir un régimen, si no se ha de emplear en el gobierno.

A no ser con el sistema militar, yo estoy en que el general Díaz no habría conseguido sus fines: ni su figura se hubiera sobresalido como la de un gran estadista, ni la paz habría echado raíces. La grandeza de la nación estriba en la tranquilidad interior y exterior, y para lograrlo, era preciso poner los medios: ahora conocemos que estos medios son debidos al régimen militar.

El sistema militar no es otra cosa que centralizar los poderes del país, limitando las facultades de los Estados confederados, á fin de procurar la unión. Con la centralización quedaba el Presidente en aptitud de refrenar los levantamientos y reducirlos á la obediencia federada; porque, restringidos, no podían obrar, tanto por falta de fuerza, como porque el jefe del ejecutivo inmediato está á disposición del mando central, y procuraría emplear las fuerzas locales en favor de la Federación.

Los opositores á la Confederación Americana alegaban las amplias facultades de los Estados, en caso de levantamiento; por lo mismo, desechaban tal sistema de la república federal. Nuestros Estados, en tales condiciones, ni podían gobernarse, y sí llevaban tendencias á la separación. Entre ellos se distinguieron Yucatán y Jalisco, pueblos belicosos y de grandes recursos naturales, lo cual los ponía siempre en jaque contra el gobierno general.

Para remediar tantos males, no había más que mandar uno ó dos regimientos á aquellas entidades y ejercer coacción en las elecciones locales; con dos elementos tan poderosos, la fidelidad al Centro era materia practicable.

A asegurar á los Estados, primeramente, se dirigió la atención del gobierno. Para obtenerlo, había que apelar al centralismo, pues el pueblo no podía gobernarse por leyes ultra-supremas, como las contenidas en la Constitución de 57: sin dejar de poner en vigor aquellas que eran de carácter fundamental, se omitieron, en la práctica, algunas que sólo afectaban á la forma. Todas las adulteraciones iban encaminadas al bien de la misma república, pues, sin ellas, se hacían imposibles la durabilidad de los gobiernos y la unión de los mexicanos.

Tal fué la causa poderosa de que el general Díaz aplicara el régimen militar á su administración, pues es la única capaz de mejorar á la república y ponerla á flote después de tantos naufragios.

El militarismo fué una necesidad, y el régimen militar una fuerza; sin lo uno ni lo otro, ninguno sería capaz de admirar nuestros adelantos actuales. Si los gobernantes anteriores al presente hubiesen sabido los beneficios que iba á reportar el régimen militar á la nación, no por amor á ésta, sino por la ambición [illegible] manecer en el man-

do, lo habrían aceptado, graduándose ellos mismos generales, á fin de captar las simpatías del ejército. Un paso tan acertado y oportuno, hubiera evitado la guerra de "tres años," ahorrado sangre y dinero, é, indudablemente, habría influído en el establecimiento de la unidad nacional, á raíz del fusilamiento de Maximiliano, y hasta puede que no habría tenido lugar la guerra de la intervención extranjera; porque todas nuestras desgraciadas revueltas eran hijas de la debilidad en las diversas administraciones políticas, la desunión entre los mexicanos y las ambiciones de los mandatarios; su mucho afecto á los títulos y honores. Un régimen tan duro y de rápida ejecución, era el único á propósito en el terreno práctico.

Sea por lo que se quiera, el héroe de un gobierno semejante, sólo pudo serlo el general Díaz: él ascendió al militarismo, fortificó su sistema y puso en vigor su régimen. De otro modo, no le era dable mantenerse en el poder.

En todos los actos de la administración actual se palpa el militarismo: para bien de la república, todos los Estados son unos sumisos tributarios de la omnímoda voluntad impuesta del Centro.

V

Los que odian al militarismo, pues, tienen que odiar al jefe, porque yo juzgo imposible el odio

al hijo, sin dejar de lastimar al padre. Válgome de las exposiciones de los teólogos, aunque sea algo imperfecta la aplicación: el que niega al Padre (hablo de Dios), tiene que negar al Hijo y al Espíritu Santo; porque, admitido el que los tres forman el Uno divino, lo que de uno se afirme ó niegue, tiene que afirmarse ó negarse de los demás, presente la circunstancia precisa de que los tres se refunden en el Uno esencial. Si existen el Hijo y el Espíritu Santo, existe, por lo consiguiente, el Padre; si no es infinito el Espíritu, tampoco lo serán ni el Padre ni el Hijo, dada la identidad absoluta que existe entre los tres.

Más claro y en un orden más tangible: La palabra es la representación de la idea: si, para representar la idea que tengo de la tinta de escribir, empleo la palabra que representa la de una mesa, la expresión es antifilosófica; errónea, por lo mismo. Porque debo usar palabras conducentes, á fin de que la aplicación sea precisa metafísicamente hablando. (Creo que los "científicos" sabrán lo que son palabras conducentes, pues ellos se tienen por grandes filósofos). Siguiendo un camino así, nunca llegaráse á un resultado positivo (también han de saber lo que es positivo, pues son hijos de Compte), y el resultado urge en toda afirmación ó negación; pues, mientras las ideas no estén bien representadas, todo lo que se afirme ó niegue de algo carece de fundamento, es

erróneo y hasta contradictorio. Mas, una vez en un campo regular, ya es posible la adjudicación de los adjetivos.

Las propiedades de una idea identificable deben estar en la identificada. O, lo que es igual, lo que se niegue ó afirme de la primera, debe afirmarse ó negarse de la segunda; máxime si se trata de dos cosas coexistentes y correlativas.

Ampliando. Cuando digo tintero, salta la idea de la tinta, porque tintero y tinta son ideas correlativas: puede estar vacío el tintero, pero no puede haber tinteros sin tinta, desde el momento que coexisten ambas ideas. Cuando está vacío el tintero, no quiero decir, de ninguna manera, que deja de ser lo que es; que en aquellos momentos cesa de ejercer sus funciones, simplemente. Esto es cuestión de tiempo y de modismos vulgares; pues, para mí, en rigurosa filosofía, un tintero sin tinta, perderá la aplicación, el ejercicio, el uso ó la costumbre, pero no debe llamarse con la palabra propia al objeto dedicado al constante uso de la tinta.

Volvamos al asunto principal.

Naturalmente, los que aparecen no aceptando el militarismo, siendo enemigos del régimen, tienen que serlo también del que lo implantó y lo sostiene con mano de hierro. No creo posible que, aborreciendo á una institución, se deje de aborre-

cer al sostenedor de ella, al jefe, para ser más preciso en la expresión.

Precisamente, la obra mejor del general Díaz es su acertado régimen; ese régimen es militar, porque la dirige él, que es militar, y de los más preclaros. El mismo Presidente—como debe pasarle á todo el que hace un bien—está convencido de su obra; sabe perfectamente que ella ha sido benéfica para el país, sea producto del militarismo ó no. Él ve, palpa los resultados, y todos los mexicanos confirman lo que la conciencia le dicta; pues, con efecto, de su administración ha dependido la grandeza nacional. Es seguro que, conociendo todo esto, le tenga amor, porque es propio de los humanos querer lo suyo. Resultando que todos los que vean mal á lo que él produjo, durante un cuarto de siglo de trabajos, tiene que precaverse de ellos; porque el odio á su gobierno conduce al odio hacia la persona, por la corta distancia que separa á los dos.

Ya comprenderán, con lo expuesto, que es imposible ser amigos del Presidente, no siéndolo de su gobierno, que se basa en un régimen militar. Más confirma esta verdad, el hecho de que los enemigos del militarismo quieren pasar como amigos personales del señor Díaz.

Aun quiero admitir que, en política, el gobernante tiene dos personalidades: una como caballero y la otra como funcionario. Los enemigos

del militarismo atacan á las dos personalidades del general Díaz: al lado del caballero está el militar, el soldado de la patria, y al lado del funcionario está el director de un sistema militar. Al primero lo hostilizan, con injuriar al ejército y atacar la investidura del soldado, llamando "grupo defeccionado" á los que supieron cumplir con el deber en la batalla; y ofenden al segundo con llamar déspotas á todos los gobernantes militaristas y rechazando, por torpe y nulo, un régimen que ha sido el único capaz de darle vida á la república.

A esto se puede agregar el que los enemigos del militarismo viven á la sombra de una administración militar, intrigan alimentados por un régimen militar y traicionan á un amigo militar. No pueden ser amigos y enemigos, por no ser posibles la afirmación y la negación á un mismo tiempo; cualquiera de los dos términos de la disyuntiva tiene que ser la verdadera. Que son enemigos, está plenamente demostrado, porque lo son del militarismo; por consiguiente, también del gran jefe de él. Sólo que hay enemigos que se ocultan, porque temen; ó que les faltan hasta tamaños para serlo. Son como los animales torpes: hacen una cosa y se asustan de su propia obra; teniendo la diferencia de incurrir inconscientemente; lo que no sucede con los enemigos del Presidente: cerca de él, lo miman, fingen querer-

lo; ya lejos, fuera de su presencia, pierden el freno, y, para no temer la justa represalia, aparentando defenderlo, se lanzan contra su administración, lo cual indica una guerra solapada, hipócrita y falsa.

El país los conoce bien, y aun el mismo general Díaz comprende á dónde van los tiros; sólo que hay veces de acometer y veces de tocar silencio: así se logra dar uno de los terribles golpes que acostumbra en los momentos de precisa transición.

CAPÍTULO XIX.

¿QUIÉNES SON LOS ENEMIGOS DEL GENERAL DÍAZ?—¿QUÉ PRETENDEN LOS "CIENTÍFICOS?"—LOS GOBIERNOS PERSONALES.

I

JÓVENES aún en la libertad, es cierto, necesitamos mentores; no pudiendo estar á la altura de nuestros destinos liberas, tenemos que apelar á los profesores. Pero mbién es muy cierto que los tales mentores deen saber cumplir con su cometido; de lo conario, es preferible permanecer en el mismo esado de ignorancia. De no tener los directores olíticos que reclaman las circunstancias y el melio, carecer de ellos, es mejor y más aceptable. quí tiene efecto aquella sentencia: vale más ser rofesor en algo, que aprendiz en todo. Es seguro que, con un consejo de educación política an viciado y deficiente, no llegaremos nunca á a cumbre de nuestras ambiciones, ni aprenderenos nada provechoso y útil en el terreno prácti-

co, por la sencilla razón de que ninguno estará en capacidad de enseñar lo que no sabe.

Refiérome, con las anteriores reflexiones, á los grupos políticos existentes, cuyo fin es instruir al pueblo en sus prerrogativas constitucionales. Algunos de ellos, bautizándose con el ostensible nombre de regeneradores, tienden á regenerarse á sí mismos "pecuniariamente," degenerando al pueblo. Por todas partes, se los oye pregonar las libertades públicas, pero ellos son los que menos capaces se encuentran para el caso; por la sencilla razón de ser "lobos rapaces en rebaño de mansas ovejas."

Muchos ascetas y escolásticos, después de recorrer la brillante página histórica de Cristo y los favores que le prodigó al mismo que había de venderlo, preguntan llenos de asombro: ¿cómo es posible que el Iscariote haya vendido á su Maestro y Señor? ¿Habrá llegado á tanto la perversidad humana?

¡Vaya! Es un sarcasmo entregar á quien ningún mal nos ha podido hacer, y sí innumerables bienes.

Yo, sin ser asceta, escolástico, ni filósofo cristiano, en refiriéndome á los políticos intrigantes de México, puedo exclamar: *A pari:* ¿cómo es posible que haya hombres que den dos caras? ¿Es fácil que, siendo unos grandes criminales, aparezcan como justos é inmaculados? ¿No será una

audacia y un cinismo pretender enseñar deberes, cuando se desconocen los propios?

Todo podrá ser; lo cierto es que los tales entes existen y viven entre nosotros, con fortuna de sobra. Mientras los leales servidores de la nación viven alejados de la cosa pública, ellos medran á la sombra del Tesoro, apellidándose amigos sinceros del señor Presidente. Monopolizando todos los empleos, han podido hincar el diente hasta la encía.

Para llegar á tal altura, poca cosa han tenido que hacer: los medios que emplean todos los que pretenden ser lo que jamás han sido, ellos los han hecho propios. Pues hacerse de elementos nobles, sería tanto como pedirle peras al olmo, manzana á la encina y perones al asbesto.

El arma empuñada por esa gente, es la que ha empuñado la maldad y la falsía, en todos los tiempos: la traición al amigo, la intriga palaciega, y —no faltan veces—hasta la bajeza, indigna de una raza que, en la desgracia y en la opulencia, siempre háse mostrado erguida, con altivez y orgullo.

Admitiría yo toda clase de maniobras en política, mas me sería imposible aceptar la deslealtad: jugando limpio y frente á frente, todos los ciudadanos pueden hacerlo, pues cada cual está en sus facultades de usar los medios legítimos para que triunfe su causa. En los campos políticos tie-

ne que pasar lo que con las naciones en guerra internacional: uno y otro bando están facultados para emplear las estrategias militares, sin salirse de lo lícito y admitido por las leyes bélicas.

Así es que los políticos estarán en su derecho también para emplear los medios á propósito para la victoria; pero no hay ley alguna que diga que la falsía sea un derecho, la maldad un medio lícito y la intriga un fin legítimo. Hasta el día, nadie se ha atrevido á establecer leyes para vejar los fueros de la verdad ni para manchar la dignidad del hombre, como ente sociable. A tal conduciría la aceptación de toda doctrina en ese sentido: admitir leyes tan punibles, no significa otra cosa.

Serán exposiciones tristes las hechas, pero ellas son sacadas del campo de lo positivo; representan la realidad desnuda: no es el poeta quien escribe, es el historiador verídico como la historia misma. No es posible que falte á la verdad, porque aun tengo decoro de publicista y honor como ciudadano. Mentirá el que persigue un interés particular, pues, encontrándose la sociedad tan relajada, para esos fines, sería admisible el engaño; pero está exento de un proceder semejante aquel cuya misión se basa sobre el patriotismo. No tengo motivo para ensañarme; defiendo inte-

En México, como país imitador en política, los grupos que profesan ideas opuestas están expuestos á llegar á medios vedados; porque, poco aptos para obtener seguros triunfos, creen legítimos todos los elementos de lucha. Precisamente, ahí está el error craso. Las ideas sobre lo bueno y lo malo son intuitivas en el individuo, y, ya sea que se trate de política, ya de otra función humana, no habrá diversidad de criterio para comprenderlo así. En el terreno filosófico-ético hay conceptos genéricos y conceptos particulares: los primeros abarcan á todos, sin exceptuar á ninguno; los segundos son el peculio de algunos, exceptuando á otros. Mas bueno y malo, corresponden al orden general, y por lo mismo, obligan á todos. Esta clase de ideas, en ética, van intuitivas en el sér humano; lo que significa que no es necesaria la instrucción adicional para la comprensión: los conocimientos que brinda la educación posterior al estado primero del hombre tienden á perfeccionar los conceptos intuitivos de la ética, mas no á hacerlos surgir á la vida. Los conceptos genéricos nacen con el ente, sin tener á la espectativa el ensanche de la inteligencia en el período del desarrollo. Si es cierto que, instruído el sujeto, adquiere ideas más precisas y claras sobre

sus deberes morales, no hay tampoco que desconocer que la precisión y la claridad pertenecen á otro orden filosófico, al especulativo; lo que quiere decir: la ética nace con el sér, pero desarrolla su conocimiento con el estudio; el sentido moral es genérico, intuitivo, y su aplicación es eminentemente especulativa. Lo segundo, siendo aplicación, no destruye lo primero; pues los variados principios secundarios no pueden destruir, en modo alguno, á los primarios: las emanaciones no perjudican la fuente de donde emanan, en lenguaje filosófico.

La política es una de las diversas aplicaciones de la filosofía especulativa; por consiguiente, tiene que girar en la órbita de los dominios filosóficos. No puede separarse del orden general que prescribe aquélla: para lograr sus fines, tiene sus principios fijos. Por lo tanto, los individuos, dedicados exclusivamente á ella, obedecen á los preceptos que ella misma establece.

Tengo entendido que la política es una ciencia profesional, como lo es la de la medicina, ingeniería ó cualquiera otra. Los políticos son hombres de Estado que viven, á la vez que administrando justicia al pueblo, del pueblo mismo. Veces hay en que los ciudadanos abnegados ascienden al poder sin más estímulo que el bien de la patria, pero entonces es la excepción del principio, y las excepciones no fundan reglas. A estas ex-

cepciones pertenecieron Cincinato, en Roma, y Washington, en los Estados Unidos. Fuera de estos dos casos, únicos tal vez en la historia, los hombres de Estado son profesionales. Esta gran verdad se palpa más claramente en los gobiernos de sistemas monárquicos, en los que el poder se hereda, y se forma al gobernante, preparándosele para el mando. Tal preparación implica un estudio profesional, para ganarse la vida sin muchos azares físicos.

Puédese inferir, en vista de lo dicho, con toda seguridad, que el ejercicio político es una profesión. De aquí mi pesimismo respecto de los que se llaman defensores de las masas, cuando los apóstoles sólo los tuvo el Cristianismo. Yo suelo lanzar una carcajada, en medio de mi escepticismo, cuando oigo á los oradores de parlamentos y calles públicas hablar sobre los debatidos derechos de esta ó la otra agrupación; á los jefes de las clases obreras, en pro del proletariado; á los periodistas, en favor de las clases trabajadoras; al industrial, en defensa de sus operarios; porque, sin hacer alusiones particulares, para mi modo de considerar las cosas, los que más se proclaman en contra de la tiranía, son los primeros tiranos; todos los que tildan la injusticia, son los que no conocen la justicia; los que rechazan la opresión, son los verdugos y opresores de la humanidad; los que atacan la escla-

vitud, son los únicos esclavistas; los que pregonan la libertad, son transgresores de ella. Ya se ve, pues, que no llevo por principio la credulidad; no admito la bondad predicada, ni acepto como apóstoles á los habladores y no ejecutores. Todos van en pos del propio interés; brotan á la defensa del pueblo y del proletariado, porque es la única manera de lograr sus fines siniestros.

¿Me habláis de apóstoles? No creo más que en la lealtad de unos doce mártires de la humanidad: los pescadores de Galilea. ¿Queréis convencerme de la existencia de redentores? No acepto más que á dos: Cristo y Colón. Todos los demás, héroes ó no, persiguen lo suyo, van en pos de lo que les interesa. La víctima expiatoria, en toda esta comedia humana, es el pueblo. El sacerdote, rezando por hábito y costumbre, sin sentir en el corazón el peso de la oración que brota de sus labios, explota al pueblo; el político que predica la libertad, las garantías populares, sin saber lo que dice, explota al pueblo; el rico y el poderoso, al tender la mano para pagar lo que, en justicia, debe á sus operarios, cree hacer graciosa donación, y explota al pueblo. Y en esta batahola de explotadores, en un mundo de engaños y mentiras, todos creen ejercer el oficio de redentores, de apóstoles, y, á veces, de víctimas; siendo que la única víctima, el mártir y el redentor es el pueblo; los son las masas incultas.



Angel Ortiz Monasterio



las colectividades sin abrigo y sin pan. Sin embargo, faltos de conciencia, pudor ni vergüenza, todos se apellidan defensores de los indigentes, porque es grato, es sagrado el papel del protector.

III

Lo que urge aquí, es mentir. El que miente, quien jamás ha podido proferir una verdad, es el que asciende. Al hombre le gusta que lo adulen, aunque sepa que lo engañan; porque la adulación le halaga la vida.

Debo admitir todo, pero no puedo aceptar que los que ejercen una profesión se intitulen apóstoles. El apostolado es cosa ultra-humana, y los que han podido llamarse así, han tenido que perecer en aras de sus semejantes. El apóstol es un mártir, y los mártires han muerto en la indigencia, arrancando burlas á la ignorancia.

Los políticos mexicanos no deben llamarse apóstoles, pues se adjudican lo que no merecen ni les pertenece. Para adquirir un título tan simpático, tenían que ser más leales y más fieles. Lo único que les corresponde, por derecho de herencia, es ejercer una profesión muy productiva y poco expuesta á los peligros y á los azares que trae aparejada toda lucha por la vida.

Si la generalidad de los políticos del país no pue-

den llamarse así, menos los "científicos;" en quienes el espíritu del "negocio seguro" está perfectamente desarrollado. No debo negar que hay muchos ciudadanos nobles, dignos y excelentes patriotas que, en recompensa de servicios prestados á la patria, al exponer sus vidas en los campos de batalla, disfruten de una posición desahogada; pues en esta clase hay que contar al elemento militar, agrupación generosa y valiente, la única salvadora de la integridad nacional: es muy justo, después de derramar la propia sangre, exponiendo la vida por un fin grande, obtener la recompensa. Pero los militares, los verdaderos héroes, viven alejados de una política activa; los que hacen política recia, son, precisamente, aquellos que no han hecho nada por la república, han expuesto un céntimo de peso. A estos sujetos pertenecen los "científicos," los mismos fa sos mentores del pueblo: sin méritos propios, a go tenían qué alegar, para merecer las simpatía del pueblo. Recorrieron la etimología lingüística, y sólo pudieron encontrar las palabras: "apóstoles del pueblo." Se las adjudicaron, cuando comenzó el desempeño de su importante papel en la actual administración política. Esto es, se sentaron á la mesa, cuando ya estaban tendidos los manteles y los alimentos preparados.

Como todos los hombres sin antecedentes, no tuvieron mejores medios que la adulación al Pre-

sidente y la injuria para los militares aguerridos, autores de la presente era pacífica. Sin el poderoso contingente del ejército, yo me atrevo á interrogarle al señor general Díaz: ¿hubiera sido posible la paz? Es claro, el gran político mexicano, en cuyo corazón han vivido siempre la gratitud y el reconocimiento hacia sus valientes compañeros de armas, me contestará por la negativa. El pacificador de la república tiene como sublime blasón la gratitud, y no es posible que desconozca el esfuerzo poderoso de ese ejército aguerrido y abnegado en favor del progreso que hoy palpamos.

Ningún "científico" asomó la cabeza en tiempos de revolución; antes, al contrario, en la guerra que tuvo por coronamiento el triunfo de Tuxtepec, todos ellos, que eran pocos entonces, pertenecían al partido de don Sebastián Lerdo de Tejada; consecuencia natural, fueron enemigos declarados del señor general Díaz. Caído el gobernante de los intelectuales y proscripto, los "científicos," á guisa de la polilla que poco á poco penetra en la madera fina, fueron ingresando en la administración del Presidente. El señor Díaz, dispuesto á aprovechar los elementos disímbolos del país, para amalgamarlos, admitió los servicios de los peligrosos secuaces de Barreda, en la firme creencia de que le serían adictos y fieles; pues él, que es todo sinceridad y rectitud, no

creyó posible que, políticos hechos valer á su sombra, intrigaran en su contra, ó que fuesen un estorbo para el adelanto. Pensando así, tenía presente que la gratitud, en muchas ocasiones, se impone, y contiene los ímpetus pasionales.

En cualquier otro caso, el general Díaz hubiera acertado. Efectivamente, quedan aún en el corazón humano rasgos generosos de gratitud; pero este principio, antes que tal, es una excepción: el hombre lleva tendencias al predominio, y para lograr su intento, emplea todos los elementos, aunque sean innobles. Los "científicos," descendientes de una mezcla de conservadores y clericales, en su constitución propia llevan el espíritu de la intriga. Basta recorrer la historia de sus antepasados, para confirmar la honda aspiración que tienen al poder: para los clericales, el mando es la vida; para los conservadores, el poder es su único deseo, su preferente anhelo. Unos y otros, al parecer quietos y tranquilos, trabajan incesantemente para obtenerlo. ¿Qué no harán los hijos de ambos? Estos hijos no son otros que los "científicos."

El plan político de estos perniciosos ciudadanos dice á las claras los fines en cuya persecución van. De clericales y conservadores nacieron, en la Iglesia, los jesuítas, hombres que van también buscando mesa puesta, para no tener más que sentarse y comer. Ya sabemos cuáles son los

medios de los peligrosos, aunque sabios, hijos de Loyola: inocular lentamente, y por medio de las tramas sombrías, su *modus vivendi*, que no doctrina; para doctrinas y principios, sólo acepto los verdaderos de Cristo: obtener el pan, engañando, esto no es la doctrina de Cristo; será la "mentira reverenda."

También los "científicos" son vástagos de los clericales y conservadores, en política. Si yo entrara á examinarlos conforme á los rigurosos principios étnicos, me desviaría del plan de este estudio, pero dejaría probado, á las claras, que los "científicos" son hijos de los clericales mexicanos. Refuerzo la afirmación con el pacto de alianza habida entre las diversas facciones clericales, y la adhesión de los pocos fatuos conservadores y reverendos al Partido Científico.

IV

Intrigantes por ascendencia y descendencia, por hoy, los "científicos" son los únicos enemigos del general Díaz. Han probado, en varias y diversas ocasiones, serlo.

Todos los procederes del partido demuestran lo asentado. En sus reuniones, en sus asambleas y en sus casinos, no pueden ocultar su odio al primer jefe del ejército, que lo es el Presidente. Por todos lados andan predisponiendo los áni-

mos en contra del elemento militar, de los gobiernos militares, y de los sistemas personales. La Convención Nacional Liberal, obra "científica," fué un ataque terrible contra el poder militar; pedían ahí los falsos apóstoles la caída del militarismo, su muerte; porque, según ellos, el ejército no tiene más que deberes que llenar, pero ningunas prerrogativas. Siguiendo una lógica indigna hasta de un principiante, pedían para el militarismo los cuarteles, y para los hombres de la talla de ellos la silla presidencial. En una palabra, el ejército tiene que ser la bestia de carga.

Aunque en mis "Partidos Políticos" ya toqué este punto, quiero extenderme aquí algo más.

El orador, en el calor de la idea, trajo á la memoria todo, pero no se puede decir que hubiese dicho nada. Naturalmente, faltándole valor para atacar de frente al señor Presidente de la república, que ya es un ídolo para el pueblo, se lanzó como fiera desenjaulada, contra los gobiernos personales. Se amparaba bajo las disposiciones constitucionales, que permiten á todos los ciudadanos el derecho de petición en materia política; aunque yo no estoy conforme con que se hubiera interpretado de este modo el artículo 8º constitucional. Es lícito reunirse, y ejercer el derecho de petición política, pero no lo es fomentar el tumulto, condenado por la Constitución de 57, al asegurar que se permite "ASOCIARSE Y REUNIRSE DE

UNA MANERA PACÍFICA Y RESPETUOSA. Los "científicos," en la Convención Nacional Liberal, faltaron á este precepto constitucional, porque se congregaron de una MANERA INDEBIDA para atacar á una de las instituciones más sagradas de la república: al ejército.

Es cierto, el ejército no es inviolable; pero si tiene defectos, el ciudadano puede pedir las reformas, conforme al artículo 8º, pues el ejército es una institución política, para sostener la integridad territorial; por lo mismo, estará siempre á las disposiciones del Ejecutivo nacional. Pero el artículo 7º de la propia Constitución, al permitir la manifestación de las ideas, la restringe con la "inquisición judicial ó administrativa, en caso de atacar los derechos de tercero, provocar á algún crimen ó delito, ó se PERTURBE EL ORDEN PÚBLICO." Y en ese artículo está comprendida la Convención Nacional Liberal, porque, atacando al ejército, lastimó los derechos de una colectividad, persona moral, como institución, y expuso al país á una perturbación; porque el ejército como autor de las libertades del pueblo, está identificado con éste; pudiendo, por lo mismo, darse el pueblo por ofendido: para castigar el ultraje, no hubiera sido remoto un levantamiento.

Dirán los "científicos" que no hubo tal perturbación. Pero esto no puede justificar los ataques, ni ponerlos fuera del precepto: la pertur-

bación del orden público no tuvo acontecimiento, porque los militares y el pueblo mexicanos son muy nobles, castigan con el desprecio, y porque ambos aman al general Díaz como á su salvador. Mas la Constitución quedó infringida, desoyendo sus preceptos los amigos de Spencer. ¿Qué diferencia hay entre las reuniones clericales y la Convención Nacional Liberal? Para mí, ninguna: unas y otra perseguían fines siniestros, ultrajantes para la nación; de ahí que, prohibidas las primeras, por atentatorias á la Constitución, también no debió dejarse reunir á los "científicos," menos con objeto tan punible, como el de atacar al ejército, ensañándose contra el mismo Presidente.

Lo peor de todo, es que no supieron ni dar lo que ellos llamarían golpe de Estado. Por tradición, ha llegado á mis oídos este soberbio apotegma del general Díaz, lanzado por él á raíz de celebrada la famosa Convención: "SON PERROS BRAVOS SIN DIENTES." Lo cual prueba que los jefes del militarismo no son tan torpes é ignorantes, como aseguran los filósofos de pacotilla; porque quien lanza un apotegma tan á tiempo y oportuno, es un sabio de primer orden. Que el señor Presidente es el autor de tan expresiva y sentenciosa frase, no me cabe la menor duda, dado el perfecto conocimiento que tiene de su gente. Pero si él no fuese el autor, yo no tengo inconve-

niente en adjudicarme la paternidad. Tendría que ser falsa la grandiosa sentencia del Pescador de Galilea, que dijo: "Por sus hechos los conoceréis," para que deje de ser verdadera la elocuente expresión "porfirista."

Esto prueba que el general Díaz no desconoce á su gente; está bien enterado de los fines que persiguen y sabe cuáles pueden ser los elementos de que disponen. ¿Será posible que él, general ameritado, y que ama profundamente al ejército, no se indigne ante los insultos de los convencionistas misteriosos? La indignación debe haber estallado luego; lo que sucede, que está dándoles tiempo para que ellos mismos abandonen el puesto y se retiren al sepulcro del olvido político.

V

Otros, inmediatamente hubieran depuesto. Después de tanto desacato, ¿qué esperarán los "científicos?" ¿Es posible que la conciencia no les remuerda? ¡Intrigar contra el amigo leal, el patricio distinguido, el ciudadano heroico y el militar pundonoroso y valiente! ¡Atacar á la institución más sólida de la república! ¡Conjurarse en la sombra, y permanecer en el puesto! Todo esto indica, desde luego, que el Partido Científico, como agrupación política, desconoce los principios

del decoro público; porque hombres que abrigan tales ideas, si son de los convencidos, deberían renunciar á los privilegios que les otorga un gobierno que no merecen.

No tolero la falsía, no acepto la maldad; repudio la impostura; porque, en medio de una sociedad relajada y corrompida, tengo aún fuerzas suficientes para proclamarme en contra de los impostores. No se puede vivir al lado de un hombre cuando se lo persigue, ni comer el pan del que ha de ser nuestra víctima: creo todavía en el remordimiento de la conciencia, en la existencia del orden moral, en los premios de ultra-tumba. Estas ideas que me nutren y alimentan, hacen que vea con horror á los políticos falsos. Ninguno tiene obligación de aceptar una administración política mala; pero los que viven de ella, los enriquecidos á su sombra, no les queda el derecho de la reclamación. Aunque admire al general Díaz, no por eso dejo de admirar á sus enemigos políticos que tienen el valor civil de confesarlo y la delicadeza de vivir alejados del gobierno y sus cosas. Inconformes con el actual orden, no atacan y defienden, no adulan é intrigan: desde lejos observan como políticos, sin acercarse, y como patriotas viven quietos, fomentando, con su concurso, la prosperidad del país.

De estos enemigos, nada podrá decir el Presidente, por lo mismo que los conoce. No todos

piensan lo mismo: los adversarios, permaneciendo aislados, son dignos patriotas y ciudadanos honrados; el señor Presidente, gobernando é impulsando el progreso, tampoco deja de ser lo que es: un preclaro patricio y un eminente estadista y sagaz político.

No puedo decir otro tanto de los "científicos," porque éstos no son ni patricios ni ciudadanos delicados. En una palabra: no son ni amigos, porque les falta la lealtad, indispensable para hacer amigos. Ellos son los mayores enemigos del Presidente; sólo que luchan en la sombra, en el misterio, por falta de resolución. Si el general Díaz lo sabe,—estoy en que se ha posesionado de ello—harto prudente ha sido con no lanzarlos á la calle, destituyéndolos, una vez que no quieren comprender que estorban.

En las rectificaciones (esta gente no sabe sostener lo que dice) que se han visto obligados á hacer, se van por la tangente. Esta es la regla de todos los torpes; hablan sin meditar en lo que dicen, y luego se contradicen, enseñando la oreja. Poco honroso sería el paso para las personas prudentes, de delicado tacto; pues contradecirse, no es nada halagador para el amor propio: se contradicen, ó el ignorante ó el cobarde, únicos capaces de incurrir en el defecto de no saber lo que dicen. El ignorante está expuesto á ello, por su propia índole; quedando sin responsabilidades,

debido á la torpeza de su entendimiento. El cobarde, capaz de meditación y saber, pero falto de valor, hallando propicias las circunstancias, asienta lo que no debe, cosas que pueden lastimar intereses de tercero; y cuando le reclaman, no tiene empacho de retractarse, dado su temperamento.

¿A cuál representan los "científicos"? Les dejaré los honores de la contestación, reservándome el derecho de denunciarlos como enemigos del señor Presidente y adversarios suyos en política. Si así no fuere, ¿por qué los denuestos contra los gobiernos personales? ¿Preparaban terreno? No debo de admitir esto último, porque el Partido Científico es muy torpe para esta clase de preparaciones, dados sus manejos maquiavélicos. Entonces, ¿por qué? Al no querer atacar al gobierno actual, ignoro cuales puedan ser los fines perseguidos por el Partido Científico.

Quisieron, después de sus diabólicas afirmaciones, salvar el honor lastimado del ejército, alegando la presencia de algunos pundonorosos y valientes generales, quienes, engañados unos; con la esperanza de ejercer represalias, otros, tuvieron la calma necesaria para oir los chubascos "científicos," lanzados desde la tribuna. Suponiendo verdaderos los arrepentimientos respecto de los ultrajes al ejército,—sin conceder—¿qué contestarán á lo de las intrigas contra el que las al-

menta? La guerra contra los gobiernos personales, no indica otra cosa que un ataque al actual, pues no concibo una persecución sin fin, previsto y estudiado de antemano. Sería una verdadera torpeza emprender campañas para. . . . . nada.

Los verdaderos mexicanos están convencidos de que el Partido Científico, al rechazar los gobiernos personales, sólo preparan los caminos para que, muerto el militarismo, único capaz de sostener el personalismo, asciendan ellos á la Presidencia. En la misma creencia estoy yo; admitiendo que la ruta trazada por los "científicos" no les dará la preponderancia en el país, y tendrán que fracasar en sus tentativas. ¿Estarán convencidos del fin que los espera? Siendo unos grandes sabios, no dudo que lo estén. El Jefe del Partido, no sólo se ha convencido de un próximo fracaso, sino que ya bate marcha en retirada, en vista de que el caudillo está alerta y conoce el móvil siniestro de sus falsos amigos, desleales servidores é intrigantes políticos.

La intención está á la vista: el presente gobierno es militar y personal; atacar al militarismo y á los gobiernos personales, es lo mismo que dirigir los dardos contra el Presidente, para desprestigiarlo ante el pueblo, describiendo, en los sistemas personales, á un tirano, á un déspota: á un Calígula ó á un Nerón. Si tales delatores pue-

den ser verdaderos amigos, "no me defiendas, compadre; deja que me hagan añicos."

Por supuesto, en sus sangrientos ataques, queda probado que no tienen razón: sólo el espíritu malévolo los anima. Así como la cabra tira al monte, por más domesticada que esté una fiera, siempre está con el instinto selvático, y amenaza devorar al domador. No será muy preciso el símil, pero tampoco deja de serlo, en tratando de los que, para salvar sus propias ambiciones, conspiran contra la patria y contra el amigo.

CAPÍTULO XX.

UNA LÓGICA SINGULAR, PROPIA DE LOS "CIENTÍFICOS."—EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA ¿DEBE SER TAN SÓLO PARA LOS HOMBRES CIVILES?—¿NO DEBEN LOS MILITARES INMISCUIRSE EN LA POLÍTICA?

I

UNDAMENTAL es la ley que establece que todos los ciudadanos pueden—y deben—ejercitarse en derechos políticos, no encuentro nada en las disposiciones posriores de Reforma que aseguren algo en conario. Precisamente, en esto consiste la bondad el sistema democrático-republicano sobre los deás, monárquico-constitucionales ó monárqui-o-absolutistas. Con esto, presente la esencia de a base sobre que se alzan los gobiernos republianos, toda ley que tienda á mermar las prerroativas que concede el principio al ciudadano, fecta al sistema en su fundamento, en la parte istintiva; por lo cual, estoy en el derecho de llaıarla utópica, atentatoria y arbitraria.

No quiero limitarme tan sólo á nuestro país cuando me expreso así; hablo del derecho constitucional en principio, con conocimiento pleno de causa. La República Mexicana no ha inventado su Constitución, la ha copiado de otras ó asimilado á ellas, teniendo especialmente á la vista la de los Estados Unidos; así como éstos se amoldaron á la francesa.

El derecho constitucional es derivación de otro anterior más abstracto, y que preexistía; sólo que, dada la evolución de las naciones y las tendencias de los ciudadanos á la perfección en el conocimiento de los sistemas de gobiernos, esta clase de derecho se desprendió del natural, inherente á los principios constitutivos de la sociedad humana. Por lo tanto, el hombre no ha debido inventar; su misión, al aprovecharse de los principios de prehistórica memoria, se redujo á segregar los útiles, á su parecer, para una nueva institución gubernativa.

No pueden las sociedades modernas jactarse de una inventiva que no les pertenece; con la fundación de una rama separada del derecho general, admito la evolución. Pero aceptar el sistema como desprendido de otro preexistente, no es, ni con mucho, admitir el establecimiento de un derecho que no hubiese existido nunca. Aun la misma forma del gobierno republicano no es nada nueva, pues descansa en los preliminares nacidos

del gran cerebro de Platón. La perfección de un principio, humanamente considerada, no es otra cosa que arrancarla del olvido, á donde la llevaron las generaciones que nos precedieron.

Ya ve, pues, cierto constitucionalista mexicano, que, á pesar de su indomable altivez de sabio, con sus múltiples años y todo, queda en el ridículo más profundo con sus investigaciones metafísicas sobre el derecho constitucional: profesor por obra y gracia de la suerte y del buen viento que le sopla, sabe bien poco de lo que está enseñando, por más que él se crea una gran potencia en la materia. Comprenda ese señor, que no es lo mismo comer que tirarse con los platos, según un adagio vulgar que debe haber aprendido en los colegios de metafísica, lugar que le sirvió de nutrición. Escribir sobre una materia abstracta, no creo que sea cosa del otro mundo; pues con citar una docena de autores que sólo él conoce, queda sentada la plaza de sabio erudito. Pero eso de meterse á crítico, emitir ideas propias en derecho público y tener tamaños para afrontar las consecuencias, se requieren: valor civil, talento de publicista y amor profundo á la institución que se defiende. Todo lo cual, se traduce así: no tirar la piedra y esconder la mano; que los valientes presentan cuerpo en la batalla.

Mis observaciones abarcan al derecho en general; por lo mismo, digo que toda disposición que

establece excepciones en las prerrogativas constitucionales, dejan de ser democrático-republicanas. El derecho constitucional se basa en este principio fundamental: El hombre es libre para pensar, emitir sus ideas y obrar, siempre que no lastime los derechos de tercero, ni provoque á fomentar el desorden público; porque todo acto que tiende á menoscabar los intereses ajenos y á alterar la paz pública, es la limitación de la libertad individual.

Perfectamente definido está el principio: el hombre debe ser libre, pero no por serlo él, dejan de disfrutar de las mismas prerrogativas los demás ciudadanos: estando en el mismo caso, la ley tiene que defenderlos y ampararlos. Cuando peligran los derechos de la colectividad, entonces la verdadera libertad no existe: quien procura salvarse dejando perecer á los demás, es un arbitrario y en vez de libre, un libertino. Estos casos están previstos por el derecho, y de aquí el que yo llam[illegible] "limitación de la libertad" á la utopía.

II

La república, perfeccionando el principio, de[illegible] prendió de él su forma gubernativa, sin desviar[illegible] de su esencia; porque todo desvío significar[illegible] adulteración, desde el momento que el perfecci[illegible]

namiento de una cosa no puede indicar cambio absoluto.

La democracia es la evolución completa del derecho constitucional, porque ella da derecho al pueblo para que disponga de sus destinos. De aquí que todas las constituciones de los países democráticos empiezan por las sacramentales frases: "El país reconoce que los derechos del hombre son la base y el objeto inmediato de las instituciones sociales."

Nuestra Constitución empieza de igual manera, y acto continuo asienta: "En la república todos los hombres nacen libres. Los esclavos, en pisando el territorio, por ese solo hecho, quedan libres, y tienen derecho á la protección de las leyes."

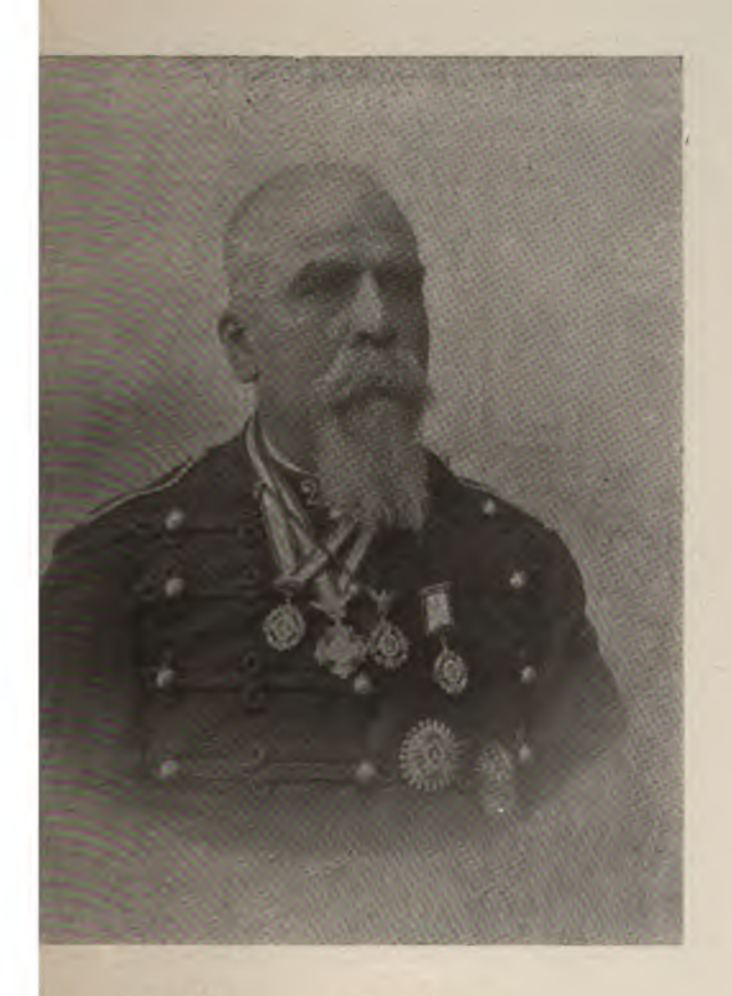
A través de los ciento veintiocho artículos que forman nuestro Código Fundamental, se desarrollan ampliamente las garantías que aseguran la libertad del individuo, porque ella es la base de la Constitución.

Es incuestionable que, naciendo el hombre libre y con derechos iguales á sus congéneres, la ley ampara por igual á todos. La república democrática establece, como base de la libertad: la participación directa de los ciudadanos para elegir á sus gobernantes y ser electos para lo mismo. México garantiza esa libertad con el artículo 35 de su Constitución, en tratando de los hijos

del país, designados por el artículo 30; que los extranjeros quedan sujetos á los preceptos del artículo 34.

Votar en las elecciones de funcionarios públicos y ser votado, para desempeñar empleos de gobierno, es el ideal de un pueblo libre, que se rige por leyes democráticas. La ley no establece excepciones de ningún género; habla de todos los mexicanos: lo que quiere decir que todos los ciudadanos "legítimos" disponen de los mismos derechos. No veo el por qué de ninguna excepción. El Código Fundamental no la establece; pero si la estableciese, se desviaría de su objeto. Las distinciones provienen, no porque la ley las marque, sino porque el mismo individuo, con sus procedimientos punibles, se pone fuera de los privilegios y de las prerrogativas constitucionales: el que limita los derechos ajenos, limita los suyos propios. En este caso, no se puede culpar el espíritu de las leyes, sino la conducta punible del ciudadano, que no ha sabido aprovecharse de la bondad de ellas.

Dejaría de ser ley la que estableciese los mismos premios para los patriotas y los traidores, porque la virtud es la única acreedora al premio; el crimen tiene otra clase de premio, el castigo. En el orden común, los tribunales, dictando sentencias de penas corpóreas, reducen á los delincuentes; pero en el fuero moral, en el político, al





limitación de las libertades públicas es un terrible castigo. Sólo gozan del privilegio de votar y ser votados para puestos de gobiernos, los que tengan á salvo sus derechos de ciudadanos, porque el sufragio del libre voto es una prerrogativa constitucional, incapaz de ella el que no la merece.

Todo ciudadano, pues, al corriente de sus deberes constitucionales, TIENE DERECHO AL EJERCICIO POLÍTICO EN LA REPÚBLICA. ¿Qué me dirá de esto el viejo tratadista mexicano, que se cree inmune en el campo constitucional? Aceptando ciertos—pocos, para decir verdad—conocimientos en la metafísica del derecho, en política, corre parejas con sus congéneres los "científicos," y no acertará á dar pie con bola.

III

Presente lo expuesto en la Constitución de 57, que es la que regula la marcha del país, ¿á qué se atendrán los "científicos" para negarle al ejército el derecho de inmiscuirse en la política nacional? La Constitución, al establecer las bases de la república, implantó, clara y terminantemente, la forma republicano-democrática, representativa y popular; pero no dijo qué personal civil era el que debía regir los destinos nacionales; esto es, no determinó el carácter personal de los que debiesen

integrar los poderes. Para ocupar los puestos de los poderes federales, sólo señaló á los mexicanos nacidos en el territorio, ó á los ciudadanos mexicanos, según la categoría del empleo: determinó la clase del sujeto, nacido ó naturalizado, porque muchas veces la independencia de la nación depende del ejercicio y de los manejos de un funcionario público. Era imposible que estableciese las mismas condiciones para ser alcalde de pueblo, edil ó gendarme, que Secretario de Estado, Vicepresidente ó Presidente: para los empleos de poca altitud, basta la ciudadanía mexicana; mas no es suficiente esta sola circunstancia para Secretario de Estado, ni mucho menos para Vicepresidente ó Presidente. Del alcalde, edil ó gendarme, en cierto modo, sólo depende la estabilidad del orden público, en mínima esfera; mientras que del Secretario de Estado dependen intereses más sagrados. Y del Vicepresidente ó Presidente de la república, la nacionalidad y la independencia del pueblo mexicano. Previsores los constituyentes, cumplieron hasta el exceso con su deber. Digo yo que hasta el exceso, porque no creo necesarias las mismas condiciones para un Secretario de Estado que para el Presidente; pues no están en el mismo caso de compromiso: el Secretario es un alto empleado de la confianza del Presidente, sin otras mayores obligaciones, pues todos sus actos deben estar sujetos á la revisión

presidencial. No pasa lo mismo con el Primer Magistrado, que, por el momento, es dueño de sus acciones y puede disponer de los destinos del país, en un momento dado, teniendo á sus inmediatas órdenes la fuerza armada. Por lo mismo, creo rigurosas las condiciones para ser Secretario, y graves las que eligen al Presidente.

Estando entre las disposiciones constitucionales, no importa la mayor ó menor fuerza aplicada en casos determinados, todos los mexicanos tienen derecho al ejercicio político, con el solo hecho de estar en aptitud constitucional. Los comentarios sobre las condiciones que la ley señala para los funcionarios públicos, no facultan á nadie al no-cumplimiento; pues los defectos legales tienen su manera de corregirse: mediante leyes nuevas que derogan las viejas.

Los miembros del ejército, siendo ciudadanos, están al amparo de la Constitución, que no determina, en ninguna parte, una prohibición á este respecto. Al fijar las cualidades personales que han de concurrir en el ciudadano para el desempeño de los empleos de cierta elevación política, no estableció, como base, el ejercicio profesional; se refirió simplemente á los requisitos esenciales que ha de reunir este ó el otro personaje. Malamente podía señalar profesiones; pues los profesionales, perteneciendo á la nacionalidad mexicana, ó la extensión de ella, que es la naturaliza-

ción, gozan de los mismos derechos y tienen las mismas obligaciones. Los militares son profesionales también, porque ejercen una profesión, la de las armas; no por profesionales deben ser excluídos de la política: pueden, como todo mexicano, inmiscuirse en la cosa pública. Estando en la plenitud de sus derechos, no hay quien sea capaz, constitucionalmente, para excluirlos de lo que les corresponde por un derecho. Si se los excluía porque son militares, deben ser excluídos también los abogados, médicos y otros que ejercen peores profesiones.

¿Por qué carecen de la prerrogativa política los militares? Por más que haya recorrido razones, no encuentro nada que apoye la afirmación de los "científicos;" desearía, por lo mismo, ampararme con los beneficios de aquella sentencia cristiana: "enseñar al que no sabe."

IV

Expuestas mis opiniones, fundadas con argumentos de peso, yo creo lo contrario: que los militares tienen mayores derechos para gobernar al país. Las razones no serán constitucionales, porque el derecho no establece preferencias; pero sí de conveniencia nacional y de previsión, dadas las tendencias de los civilistas, que, salvo poquísimas y honrosas excepciones, en su mayor par-

te, son malos ciudadanos y políticos de conveniencia. Y en esto he sido inflexible, porque estoy dispuesto á sostenerlo, cueste lo que me costare.

Lo que más en gracia me ha caído, es la lógica de los "científicos," aplicada en este caso. Toda doctrina debe tener razones en qué fundarse; esta necesidad se palpa mayormente en las cuestiones de políticas: enfrentados dos poderosos bandos, cada uno está obligado á exponer argumentos, no palabras y más palabras, que éstas se las lleva el viento.

Aquí han demostrado los "científicos" ser unos landres sociales, indignos como amigos y bajos como adversarios, vistas sus famosas exposiciones sobre el elemento militar. Se constituyeron en comentadores de la Constitución, y resultaron muy infelices constitucionalistas; quisieron aparecer cual eminentes filósofos, y está visto que no valen cuatro ochavos de vellón; pretendieron la supremacía política, y ellos mismos están labrando su sepulcro político; se han querido elevar tanto, que están próximos al abismo. ¿Dónde están esas magníficas prendas de la filosofía especulativa? ¿Dónde los méritos de la ciencia positiva? Todos los blasones de academia y club han venido por tierra, porque los hechos demuestran más que las palabras.

¡Excluir al ejército del ejercicio político! . . . . Necesítase mucha flema para seguir los principios

de un derecho que no existe. Indudablemente, los "científicos" son unas nulidades políticas, ó unos perversos, pues sólo así me puedo explicar la causa de tantos desatinos y desaciertos.

No quiero alargarme mucho sobre esta materia.

Los *leaders* del Partido Científico, asombrados de su empresa, ó asustados por el temor, una vez que cometieron todo género de barbaridades, quisieron torcer el curso de la discusión, pretendiendo probar que nada dijeron que indicara insulto al elemento militar. El método es sencillo: donde digo digo, no digo digo; digo Diego. Lenguaje parecido ó igual al empleado por los secuaces de Barreda.

Cambiaron de rumbo, y dijeron: "No hemos injuriado al ejército; lo que pedimos es que no se mezcle en política, porque no queremos un poder militar, dado que los gobiernos militares se componen de tiranos. Si el elemento militar ascendiese, el militarismo sería el único dueño del país: y entonces el despotismo estaría en su mayor apogeo. *Queremos un gobierno civil,* porque ese es el que nos conviene; los militares no tienen derechos políticos."

En verdad que, para argüir "tan lógicamente," se necesita ser "científico." ¿Por qué pide esa gente la no-intervención del ejército en la política? Los militares ejercerán ó no sus derechos

políticos, según les convenga ó deje de convenirles. Que ellos (los "científicos") no quieran la intervención del elemento militar, esto no quiere decir nada. ¿Quién compone el Partido Científico, para poder decir: á nosotros no nos conviene que el ejército se mezcle en asuntos de política? Al país poco le interesa el parecer de un partido metalizado y corrompido, sin más patriotismo que las combinaciones financieras.

Con la suficiencia satánica que los caracteriza, exclaman: NO QUEREMOS. ¿Quiénes sóis vosotros para decir en un modo tan imperativo? Cuando el pueblo diga: NO QUIERO, entonces el país tiene que obedecerlo, porque los poderes de él dependen. Pero que los landres sociales imperen, es un contrasentido. Decir los "científicos": NO QUEREMOS, esto y la carabina de Ambrosio, es una misma cosa.

No todo lo que se quiere se puede, pues yo quisiera mandar á fusilar á todos los enemigos del militarismo, y no por quererlo, puedo. Sobre mis quereres está la ley, imponente, majestuosa, imperativa. De modo que malamente se atreven á tales exclamaciones, porque sus imperaciones y nada, da lo mismo. Si ellos quieren un gobierno civil, yo pido un gobierno militar; ¿quién tiene razón? El pueblo mexicano tiene que apoyarme, una vez que estudie la historia de los gobiernos civiles.

Pero son tan pusilánimes los "científicos" (hablo de los políticos), que, estallada la bomba dinámica, no pudieron resistir sus consecuencias. En su asamblea dijeron: "no queremos al ejército en el gobierno, porque el militarismo es lo mismo que el despotismo; produciría la muerte de las libertades públicas: pedimos un gobierno civil; pero no fueron tan bravos para sostener sus afirmaciones. Algunos pundonorosos militares protestaron, y con ellos, todos los verdaderos patriotas. Sólo los hambrientos partidarios de los "científicos" brotaron á la defensa, con tan mala suerte, ó que mejor hubiese sido el silencio.

Con las protestas, vinieron las rectificaciones. Negó el Partido Científico lo de las injurias al ejército, diciendo: "Nosotros no atacamos al ejército, sino al militarismo." Pero, con esta rectificación, no estoy yo conforme: quien ataca al ejército, ataca al militarismo, ó viceversa. El militarismo es un sistema de gobierno; es la influencia decisiva del elemento en la política del Estado: es incuestionable que, para que exista el militarismo, es necesario que los jefes superiores asciendan al poder, y de ningún modo la baja tropa: estando lo mejor del ejército en el poder, está todo él, porque la disciplina exige absoluta subordinación.

Atacando á los jefes de alta graduación (éstos constituyen el militarismo), queda atacada toda la institución. ¿No habrán aprendido lógica los "científicos"?

Resulta que la rectificación no satisface, porque es una salida de mal género, y sólo para halagar los oídos del señor general Díaz, Presidente de la república, que es quien los alimenta, á fin de que tengan fuerzas morales para seguir ultrajando al ejército.

No es fácil atacar al militarismo en México, sin dejar de hacerlo con respecto á los militares, que son los que forman el ejército; decir lo contrario, es no conocer el idioma, como no lo conoce la prensa que defiende á sus pagadores, porque tenemos dicho: que "si historiar los hechos de una institución, no es injuriarla;" sí, en cambio, es un dislate *narrar narraciones.*

¿Cómo no estudian primero lo que escriben esos sabios filólogos, en vez de andar leyendo malos versos en "los liceos" al compás del estampido de los corchos de las botellas de vino espumoso....? Tienen los "científicos" un modo de argumentar, que tiembla el mismísimo misterio!

No me place esta lógica acomodaticia. No obstante las rectificaciones, el ejército queda injuriado y calumniado. Por lo demás, poco les importa á los ciudadanos que los "científicos" pidan un gobierno civil; pues, si ellos tienen el derecho de

petición, los gobiernos los elige el voto de la mayoría, y no el de cinco ú ocho malos mexicanos y peores filósofos. Estas disposiciones se desprenden de una ley constitucional, que de todos modos tiene la fuerza de ley. Cuando el pueblo repudie al militarismo, entonces los "científicos" podrán ser oportunos y estar fuera de peligros inminentes y seguros.

Lanzar bravatas ahora, atacar á una institución que los ha enriquecido, incurrir en miles de contradicciones, es no conocer de la misa ni la media; aunque le den material á este humilde ciudadano para tacharlos de caricaturas filosóficas.

CAPITULO XXI.

LOS FINES POLÍTICOS DE LOS "CIENTÍFICOS."—SUS LUCHAS SOMBRÍAS.—EL OBJETO DIRECTO DE SUS MAQUINACIONES.

I

Y NO se crea—eso está á la vista—que los "científicos" trabajan por amor al arte, ni se dedican á vilipendiar al ejército porque sí; pues la campaña—que no por ingrata, deja de serlo—emprendida en contra del militarismo, tiene sus bemoles: procediendo de este modo, quisieron tirar una carambola de doble efecto. El primer golpe del partido civilista va enderezado contra el general don Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León, señalado por la opinión pública para la Presidencia del país; y el segundo (este es el principal) se dirige contra la persona del general don Porfirio Díaz, Presidente de la nación, llamado, querido y aceptado por todo el pueblo mexicano. Hecha la cruzada contra ambos personajes, estarán en aptitud de obtener

su fin primordial; la elevación del señor licencia-
do don José Ives Limantour ("Partidos Políti-
cos"), Secretario de Hacienda y Crédito Público,
al puesto de Presidente.

No podrían llegar á esa conclusión definitiva
sin antes preparar los caminos. ¿Cómo se prepa-
ran caminos?

Después de muchas reuniones y asambleas
acordaron procurar el prestigio de su candidato.
¿Cómo y en qué forma?

Valiéndose de las circunstancias.

Se hicieron esta argumentación: "Nosotros
estamos en condiciones tales, que, con un poco
de esfuerzo y algo de decisión, es nuestro el cam-
po." ¿Qué es lo que pretendemos? Es seguro
que nuestras miras van dirigidas al gobierno;
porque los destinos nacionales nos pertenecen: no
es posible que, á estas alturas de "civilidad" si-
gan los militares en las prominencias del poder.
El militarismo ya tiene mucho tiempo dominando
la situación, y justo es que deje el puesto, permi-
tiéndonos la entrada á nosotros, genuina repre-
sentación del elemento civil, la facción republica-
na intelectual.

Para lograr todo esto, es necesaria una cam-
paña en toda forma; ella dará por resultado la
eliminación de los militares de los destinos del
país.

Además, si no nos ponemos en acción, el m

litarismo avanza y todo lo invadirá, haciendo más difícil el asalto. Si sólo un jefe político tuviese el ejército, y este jefe lo fuese el general Díaz (el mismo que nos da el pan para nosotros y nuestras familias), dada la avanzada edad del meritísimo hombre de Estado, podríamos esperar hasta que descendiera á la tumba, y posesionarnos entonces del poder. Pero, desgraciadamente, el general Díaz no es el único militarista; tras de él, existen muchos jefes, dispuestos á sacrificar el todo por el todo, á fin de sucederle. Sólo pensar en estas cosas, debería hacernos más resueltos y valientes para el combate que nos ha de dar la victoria.

Ahora bien, ¿qué medios hemos de emplear? El militarismo, cada día más amenazante, se hace más poderoso, extendiendo la fuerza de su poder, y urge cortarle las alas al ave, para que se encuentre imposibilitada para el vuelo. Creemos hallados los fines, si emprendemos una lucha simulada; que tienda á todo y no trascienda á nada.

Es incuestionable que, para nosotros, poco significan los subalternos del militarismo: es un principio de asociación, que ninguna colectividad asegura su porvenir, si no cuenta con jefes. En los ejércitos sociales, la disciplina, el poder y el triunfo los afirma el general; resultando que, tomado prisionero éste, ó derrotado, la victoria es completa. Nosotros, hábiles prácticos, pongamos

en juego tácticas que conduzca al aseguramiento de los jefes. ¿Quiénes son éstos? ¿Cuáles pueden ser?

Hemos visto que la voz pública señala al general Reyes como sucesor seguro del señor Presidente Díaz; y, si es cierto que logramos alejarlo del gabinete, hay que tener presente que, dados los altos empujes del gobernador de Nuevo León, el poco apego que tiene á la vida, nuestras intrigas palaciegas lo tienen indignado, y no podrá conformarse con su suerte, sin esperar la oportunidad de contestar golpe por golpe. Que tal sucede en el alma de ese hombre fogoso, no cabe duda; por lo mismo, ahora es cuando debemos obrar con toda perspicacia y mayor energía: tenemos una coraza que nos protege, y es la personalidad del general Díaz. Precisamente, aquí está todo lo difícil de la cuestión: tirar la piedra contra el mismo que nos defiende, sin que él lo note. ¡Desgraciados de nosotros, si nuestras intenciones fuesen conocidas por el Presidente! ¡Disminuiríamos el número de los habitantes del país!

La estrategia consiste en hacer mucho en la sombra, no porque ese es el camino de los valientes, sino porque de ese modo, estamos á salvo: poco nos importa el título que los adversarios nos quieran aplicar; nosotros no pretendemos sentar plaza de valientes. Si nos llaman hipócri-

tas, tampoco debemos preocuparnos por "tan dulce" dictado, propio de nuestra constitución física y adecuado á nuestra índole moral.

Podremos estar expuestos á las iras del primer jefe del militarismo, que lo es el general Díaz; pero, en este remoto caso, nos aprovecharemos de la disposición pacífica del pueblo.

A cortarle más vuelos al general Reyes, pues es el único que, muerto el actual Presidente, está abocado al mando supremo de la república. Empleemos un medio nuevo para el caso: á fin de no herir las susceptibilidades del Presidente Díaz, su inmejorable amigo, ataquemos con rodeos. El pueblo mexicano ama al ejército, porque lo ha tenido por el salvador de la nacionalidad; y presente esta circunstancia, está encariñado con el militarismo, juzgándolo como la política más práctica y positiva. Sí, nosotros le haremos ver al pueblo los defectos y vicios del ejército, y las depredaciones emanadas de los gobiernos militares. Una vez que vea que el militarismo ha sido tiránico, el pueblo entero abominará á todo militar, quedando por tierra la personalidad del general Reyes. El triunfo entonces habrá coronado todos nuestros esfuerzos, y el señor Secretario actual de Hacienda ascenderá, asegurándose la

II

Discurriendo así los "científicos," demuestran [illegible]n sus fines políticos. Aunque á la república no le [illegible] coge de nuevo la confesión "científica;" pues, cual [illegible] más cual menos, todos conocen los sombríos [illegible] proyectos. Ellos que todo lo sacrifican por el vil [illegible] metal, no era fácil que trabajasen por el honor de [illegible]e ser unos buenos ciudadanos: su máxima es ex[illegible]primir el jugo hasta agotar la fuente, porque tal vez sea breve la duración de la mina.

De manera que el patriotismo, careciendo de asiento en pechos tan mezquinos, no era fácil que hallase cabida. En el campo "científico," la pa[illegible]tria siempre ha ocupado lugar muy secundario. El objeto principal es el dinero, enriquecerse á costa del Tesoro Nacional, no importando los me[illegible]dios, que el salteador de los caminos reales nun[illegible]ca ve la legitimidad del despojo. No diré que mu[illegible]chos de los "científicos" no abriguen ideas sanas respecto de la contribución rentística del pueblo, pero son tan pocos éstos, que no llegarán á me[illegible]dia docena. La mayoría del partido ingresa en él, para asegurarse algo de provecho; persiguen lo que les conviene, preocupándoles bien poco la patria, el pueblo y todo lo demás.

Por otra parte; los que no saben ni ser amigos, mal pueden ser patriotas. El patriotismo se basa

un afecto puro de amistad; es la misma amis-
l en el grado superlativo; y el que es buen ami-
, tiene que ser buen patriota. ¿Son amigos los
entíficos?" Creo que no; nunca los amigos ver-
leros son capaces de traicionar á sus benefac-
es, mucho menos al amigo.

Persiguen los ambiciosos mexicanos algo que
llene, y ese algo es el mando, el gobierno del
ís. Para llegar á la decisiva, se han propuesto
spejar el campo. ¿Que el general Reyes es un
orbo? Propagando su desprestigio, dejará de
lo.

Por las razones expuestas antes y las poste-
res, el medio que encontraron fué el ataque al
litarismo. El general Reyes, como militar, se-
iría las bases de un gobierno militar también.
l ejército entonces se impondría, lo mismo que
ora; con la sola diferencia de que, llegado ese
so, el elemento "científico" quedaría reducido á
nada, sin haber dejado más que tristes recuer-
s; y los que de él sobreviviesen, exclamarían:

Estos hombres escuálidos, caídos,
De poder y de fuerzas casi muertos,
Son míseros filósofos vencidos,
Que, después de la intriga, se hallan yertos.

Para evitar tal anomalía, empezaron los tiros
ntra la masa; sin mencionar para nada á Re-
s, atacaron lo que, según ellos, pudiera ser és-

te, si gobernara. Conclúyese de aquí que los ataques, realmente, de los "científicos," tenían por objeto principal la personalidad del gobernador de Nuevo León, y, por ende, la del Presidente. A Reyes le dirigían sus flechas, porque, ascendiendo al poder, seguiría el mismo sistema del general Díaz: gobernaría militarmente.

No concibo cómo los "científicos," siendo tan sabios, si no pretendían lastimar al señor Presidente, en su afán de hostilizar á un militar que está distante de ellos, agudos dardos lanzaron contra su administración.

Ya he dicho; no cabe la excepción, porque el gobierno actual está en poder del militarismo: todos los ataques dirigidos á éste, tienen que afectar al general Díaz. De modo que, de intento y con la sobrada premeditación, condenaron al militarismo.

El Partido Científico, aprovechándose, pues, de nuestro estado político, creyó segura la victoria por ese lado. Supo bien que lastimaría al Presidente; pero, con las miras de ascender, no se paró en pequeñas consideraciones. Querían —y quieren—los adeptos de Spencer el mando, y, para conseguirlo, no interesan los medios. El pueblo, una vez que esté al tanto de las tropelías que cometió la tropa, sabrá que su suerte, esclavizada en manos del militarismo, pide mejores gobernantes, que no sean militares; y estos go-

bernantes sólo podrían ser ellos, los "científicos." En este caso, el pueblo soberano, llegadas las elecciones presidenciales, repudiaría al elemento militar, optando por el civil.

Tales son los planes del partido.

III

Se han esforzado todo lo posible para coronar sus deseos: creyeron que la mayor parte de los ciudadanos son unos imbéciles; que no saben ni una letra, ni comprenden lo que intentan esos filósofos de último corte. Pero se engañan; el pueblo sabe dónde le aprieta el zapato: los ataques al ejército no son otra cosa que dardos dirigidos por manos ocultas contra el actual Presidente y el general Reyes; establecedor del militarismo, el primero, y continuador, el segundo. En vano rodearán de misterios sus luchas políticas, pues los hombres avisados y observantes los conocen perfectamente: "Para los viejos, los niños tienen el pecho de cristal." ¿Y qué son los "científicos," en política, sino niños?

Concedo que los ataques al general Díaz tengan menor fuerza que los dirigidos á Reyes, pero no admitiré ninguna rectificación en el sentido de que las injurias lanzadas contra el militarismo no tienen que ver con el gobierno del Presidente.

Existen poderosas razones para suponer que, en los planes políticos, está comprendida también la administración actual; de aquí la pitada horrorosa que dieron los "científicos" cuando la Convención Liberal: sorprendidos en sus maquinaciones, fueron á presentar la candidatura fuera de tiempo.

Los fines políticos del partido tan funesto para el país y que producirán la ruina, es hacerse del gobierno de la república, colocando—como lo hicieron los conservadores—en la Presidencia, á un ciudadano extranjero. Ahora, más que nunca, afirmo el NO-NACIMIENTO del señor Limantour en México; pues no habiendo contestado el "Diario Oficial" á mis interpelaciones respecto del caso ("Partidos Políticos," pág. 27), acepto el silencio del órgano del gobierno para confirmar lo que entonces declaré ante toda la nación: que el señor Limantour NO ES CIUDADANO MEXICANO POR NACIMIENTO. Yo, para mis opiniones en el caso presente, debo atenerme á las declaraciones oficiales, únicos argumentos de prueba.

¿Se le podrá llamar decoroso y patriótico á un proceder semejante? Si esto es patriotismo, quiero vivir sin él. Pero si no es patriotismo, sí es un medio de explotación para ellos, y una veta rica no se puede encontrar á vuelta de esquina.



Antonio Tovar



IV

Por lo demás, también estoy en la plena convicción que, así como el espíritu de la patria, poco les interesa el señor Limantour, á cuya sombra se han refugiado, como el cansado beduino de los arábigos desiertos, por necesidad. Buscan el gobierno para saciar su sed de oro; son los descendientes de aquellos ilustres conquistadores, y y si nuevos mártires como Cuauhtémoc hubiera, perecerían en sus garras. Atacan al ejército, porque les falta valor civil para atacar directamente á las personas que les estorban.

Puedo inferir, sin temor de equivocarme, que las luchas emprendidas por el Partido Científico se dirigen directamente á Reyes, y, por efecto, al general Díaz. ¿Será posible, estando comprendido el Presidente, que salgan frente á frente? Máxime ellos, que se creen los más conspicuos políticos. Rodeando la cuestión de ciertos misterios, adquirirán mayor fama de sabios y su sagacidad diplomática sentaría un magnífico precedente; bien que yo ignoro quienes sean los que pregonan la sabiduría de esta gente: á no ser los conservadores y clericales, no he dado con una persona medianamente instruída que garantice el talento político de los "científicos;" conozco, sí, á dos ó tres abarroteros españoles adictos á ellos,

amén de otros tantos empeñeros; y creo firmemente que los tales partidarios no honran el terreno científico.

También puedo contar en el número á unos dos gobernadores en la región del Pacífico, otros dos en el Sur, y á algunos diputados de los que no hablan en el Parlamento, por no saber ni hablar, pero que sí duermen durante las sesiones, entregándose á las delicias del sueño en brazos de Morfeo.

A este reducido número agréganse tres ó cuatro poetillas melenudos, decadentistas y cursis, que viven á las faldas del señor Limantour, como las beatas de sacristía se reclinan en las voluptuosas faldas de un reverendo mofletudo; otros tantos títulos sin profesión, escritores veletas, que son un pesado fardo para todo funcionario público, y la prensa, que ya no tiene ni voluntad propia. Exceptuando á los tales pensadores de tripa y estómago, las personas capaces de emitir opinión, opinan lo contrario: en la escasez de recursos intelectuales en los cerebros "científicos."

V

¿Por qué se abrogan el título de "grandes *políticos*?" Si creen que sus manejos quedan ocultos, se engañan; hasta el más pobre de entendimiento conoce sus tendencias y sabe á dónde dirigen sus

agudas flechas. Aunque sola su inclinación era un medio seguro de inducción, porque los descendientes de Judá presentan de bulto lo que son; su "propia modestia" despejaría la incógnita.

¡Patriotismo! ¡Amor al ejército! ¡Mentores del pueblo! ¡Amigos del general Díaz! ¡Dios mío! ¿cómo no caería el cielo sobre tanto falsario é impostores tantos? ¡Es terrible que mientan tan descaradamente los descendientes de la tribu de Compte!

¿Están en la firme creencia, de buena fe, de que sus maquinaciones, sus trabajos y sus labores, se ignoran? En todas las conciencias está que su único anhelo es el gobierno, y que, para obtenerlo, sacrificarían todo. Considerando estorboso al militarismo, antes que sea más difícil después, pretenden asestarle la puñalada de pícaro: sacando la mano y escondiendo el cuerpo, para herir á mansalva, matar sin ser vistos. ¿Los militares no habrán comprendido la táctica? No puedo—ni debo—suponerlos ignorantes, porque no lo son; perfectamente conocen el terreno que pisan; sólo que callan, porque el general Díaz los ordena, y ellos obedecen la voz del jefe.

Quedan, pues, en claro los siguientes puntos:

1.—El fin que persiguen los "científicos" es eminentemente político.

2.—Todas las luchas misteriosas conducen irremisiblemente á ese fin.

3.—Para su objeto, todo medio es legítimo, por-
que de las campañas políticas deducen toda clase
de licitud, hasta un crimen.

4.—El Partido Científico, en habiendo intere-
ses particulares, poco le importan el patriotismo,
el pueblo, la república; sacrifica toda clase de sen-
timientos, á fin de conseguir el oro, el dios á quien
ama, quiere y adora.

5.—El único enemigo de los "científicos" es el
general Reyes; siendo militar este personaje, muy
fácil será aniquilarlo, exhibiéndolo ante la nación.
¿Cómo lograr ésto? De un modo muy fácil: Reyes
es militar, partidario del militarismo, por lo tanto;
desprestigiando á éste, queda en las mismas con-
diciones el rival.

6.—También estorba el general Díaz, porque
él apoya, por hoy, á Reyes; pero los "científicos"
creen desairada la administración actual, una vez
hechas sus descripciones punibles del militarismo.

7.—Al general Díaz le temen, no se atreven á
atacarlo de frente: hé ahí la razón de insultar y
vituperar al ejército, del que él es el supremo jefe.

8.—El objeto directo, pues, de todas sus ener-
gías gastadas en la campaña, es Reyes, primero,
y el Presidente, después.

9.—Caídos ambos, el Secretario de Hacienda
tendrá libre la entrada á la Presidencia; y serían
ellos los soberanos de la situación.

10.—Así procediendo, los civilistas reducirían

al ejército á la condición del soldado: defender con su espada, para que otro coma.

11.—Naturalmente, el resultado de todas estas maquinaciones sería seguro, si se logra dispersar á los jefes militaristas; logrado esto, ya no temerían nada de Reyes, único en perspectiva para lo porvenir.

12.—Como el enemigo es de muchos quilates, los esfuerzos han sido muchos y de diversa índole, pero todos han ido á estrellarse en una roca de granito, contra el pecho del general Díaz, hombre sagaz y que sorprende al vuelo los planes forjados.

13.—El pueblo, á quien se lo quiere hacer comulgar con ruedas de molino, está ya en posesión de las intrigas sombrías: si antes pudo simpatizar con los "científicos," ahora casi los odía.

Deducidos estos puntos de la conducta seguida por el Partido Científico, ¿qué hará el señor Presidente Díaz? Tal es la pregunta que hace toda la república.



CAPÍTULO XXII.

Los "científicos" llaman en su ayuda á los enemigos del general Reyes.—Militares "científicos."—El general Treviño surge á la lucha.

I

CHAGUALAS les han puesto á sus pocos partidarios los "científicos" con las dádivas, los empleos y el oro, presente que todos aquellos marchan en pos de la pepita del metal precioso; pues las chagualas no son malas riendas para guiar á los nietos de Creso ó á los Calígulas del dinero: afectando ellas á las partes más nobles y dúctiles, hacen obedecer á los que las usan, al primer intento.

Cuando un enemigo pretende un resultado completo y absoluto, el mejor medio y más seguro es acumular partidarios. ¿Cómo deben ser éstos? ¿Qué cualidades deben tener? La respuesta es bien sencilla: deben no ser amigos del enemigo, porque, en este caso, no se podrán utili-

zar, como se deseara, sus servicios; ser fáciles de manejo, para tenerlos á la disponibilidad siempre; propensos al soborno y afectos al dinero. Y cuando todo esto no sucede, al menos, que profesen odio absoluto al rival político, cuyo desprestigio se trata de cimentar.

Ni más ni menos, eso es lo que han hecho los adversarios del general Reyes.

Es natural, que, en un país republicano, se procure la mayoría del número, máxime en tratando de cosas políticas. Se quiere la Presidencia de la nación, y no se llegará á ella sino con el voto de los conciudadanos. Ese voto, pues, es lo que hay que procurar, de cualquier modo que sea.

Como los trabajos de los "científicos" son de preparación, á fin de tenerlo todo listo en las elecciones, comenzaron por atraer hacia ellos un número competente de partidarios. Y como éstos no han de ser del común de las masas, se procuraron los de algunos méritos prestados en aras de la patria. Para personas sin condiciones especiales, el resultado no llegaría nunca, porque de estas personas se podrá formar una colección grande, sin ningún provecho. ¿Qué vale la pléyade de los malos verificadores, como ciertos indigestos "mechudos;" de la gavilla de gacetilleros, como los cronistas de la prensa "científica;" el montón de hidrofóbicos empleados que sirven por el pan que comen; la turba politiquera de las

calles públicas; el haz de los financieros ó "monetarios?" Para el fin perseguido, es claro que nada. El que profesa un credo político sin saber lo que es credo ni lo que es política, no ha podido inventar la pólvora, y vale lo que una cantidad negativa su opinión. El contingente de tanto escritorzuelo que va de "Santa Ana á la Reforma," sin ideas propias, es lo mismo que nada. Los académicos que escriben gramáticas y se les va el tiempo en disquisiciones sobre si México debe llevar jota ó equis; si señor y don pueden ir juntos en el tratamiento, y quedan derrotados por el eminente filólogo Cuervo; es incuestionable que no tienen significación en política. Los hombres que de todo tratan y se llaman los genios directores de la idea; los que, tanto en religión como en política, son satélites infelices, sin luz propia; los cuerpos opacos que á tasa tienen la inteligencia; que escriben crónicas de funciones líricas, sin haberlas visto, son unos desgraciados que no prestigian á nadie. Los periodistas sin voluntad propia, que hoy defienden á éste, mañana al de más allá; las ardillas de la prensa, que están vendidas al parecer del director y que hablan de memoria; están imposibilitados de influir en los destinos de un credo político. Para dirigir y opinar, es menester cortarse la melena y conocer el terreno que se pisa.

Fácil ha sido en nuestro país congregar parti-

dos políticos, como que todo periodista está
el derecho de llamarse jefe de una masa que
na. Antes, la espada, el valor y el arrojo, sol
dar el triunfo y señales al victorioso; hoy co
audacia, basta, y hasta sobra. Cualquier peleg
estudiante destripado de primeras letras, que
estudiado á todo correr las reglas de Aristóteles
considera capaz de formar partidos, proclam
se en contra del gobierno, criticar los actos
ministrativos, ó de empuñar el lábaro santo d
Cruz, para defender á la religión de ultrajes
no ha sufrido nunca con las Leyes de Refor
finge ser creyente, comulga después de haber
seado la mujer del vecino; predica pobreza,
peto á la propiedad, cuando la conciencia lo ac
de avaro y conspirador contra el bien ajeno.
embargo, en nombre de las leyes cuya bondad
reconoce, porque está más arriba de inteligen
tan mezquinas, á la sombra de ideas religiosas
yo credo no se sigue, se afilian ó establecen ag
paciones, para ir en defensa de derechos que
son otros que los del interés propio. Está vi
aquí el defensor es un pícaro, el redentor un fa
rio y el político un ignorante incapaz de poder b
car la vida fuera de los empleos. Muchísimos t
lados que, debiendo ir á labrar la tierra, se c
forman con un empleo que les deja apenas p
mal llenar el estómago de frijoles y tortilla; por
en el campo no h   llame doctores

quien los invite á tomar "las once" en tal ó cual centro de los llamados—en una república—aristocráticos. Hé aquí las deficiencias, los muchos peculados y los atentados contra la propiedad. Todos esos seres inhábiles tienen que constituir un peligro inminente para la sociedad; un azote para el país y un mal terrible para el buen gobierno; infelices, inútiles, el día que se los quite del puesto, se lanzan al periodismo, á la oposición al gobierno; á predisponer los ánimos contra éste ó el otro personaje. ¡Algo habían de hacer! Incapaces de ir á despachar manteca en un expendio de abarrotes, se van á las redacciones de oposición, á los partidos políticos. ¡Infelices entes, cuyas tendencias se dirigen á revolcarse en la escoria!.....

II

No podían los secuaces de Barreda hacer uso de tanto despechado inútil, porque su concurso no les daría resultados. Para melenudos, poetillas, gacetilleros que viven á costa de los imbéciles, sobran en el Partido Científico; porque en él se cuentan por miles las personalidades que viven del arte....digo, de los empleos que el partido les ha podido proporcionar, á fin de salvarlos de una muerte segura por inanición. Allí están los oradores de las fiestas cívicas, que, en kilométri-

cos versos, revientan los oídos del p-
pseudo-filósofos, magníficos manipuladores de
silogismo; los autores de obras, como el de "La
grandes mentiras de nuestra historia;" los nove-
listas fatuos, necios, y no sabios, como el disci-
pulo de un gran literato amigo mío; algunos pro-
fesores que hablan de Minos cual si fuese algo
del otro mundo; pintores y conferencistas, que
sólo en su casa los conocen. Pero no son éstos
los que han de salvar al partido; los "científicos"
buscan algo más firme, de más prestigio, pues
los que venden sus ideas y ponen precio y tasa
á sus opiniones, ante el pueblo no valen nada;
la república los distingue con el armonioso nom-
bre de "anfibios." A esta clase de gente pentene-
cen los explotadores, de los cuales hablaré en
mis "Explotadores Políticos," obra que seguirá
á ésta.

No á tanto llega la ignorancia "científica," que
no sepa distinguir cuáles han de ser los elemen-
tos adecuados y que darían magníficos resulta-
dos. La opinión de más peso, la que inclina la
balanza, ha de venir de personas caracterizadas,
independientes y que siguen la profesión del mis-
mo á quien se ataca. Por lo mismo, siendo militar
el general Reyes, la campaña tiene que empren-
derse con elementos iguales.

No hay hombre en este mundo que no tenga
enemigos personales, con mayor razón los tienen

los políticos. No es posible exceptuar á Reyes de esta regla, que me atrevo á llamar general. Y aun estoy por decir que el actual gobernador de Nuevo León los tiene forzosamente, y grandes.

Me explico.

En el mundo corpóreo, formado por seres que, desgraciadamente, no son lo que debieran, la amistad es dinero contante y sonante; y el mejor amigo, es el que saca mayor partido de uno. Confirma esta verdad la conducta del mismo Partido Científico, que no tiene más adhesión al señor Presidente Díaz que el fabuloso subsidio que reciben sus miembros de las arcas del Tesoro Nacional; pues la amistad de los "científicos," faltando esa base, viene por tierra: cuando el señor general Díaz deje de gobernar, todos le darán las espaldas. Si ahora, á pesar de mantener tantos estómagos famélicos, lo traicionan, ¿qué será el día que baje de la Presidencia? La amistad pura y sincera, la que viene al campo de los hechos sin dinero, yo no la concibo ni en los ministros de los cultos religiosos, quienes profesan porque esa es la manera más breve y segura para vivir á costa de la sociedad, sin hacer grandes esfuerzos físicos. A mí, no me habléis de lealtad desinteresada, porque ni aun bien retribuída la admito.

Mientras los políticos del dinero le puedan sacar algo al general Díaz, estarán á su lado; esto

es, intrigarán en la sombra; pero una vez qu
vean que no hay nada que explotar, lanzarán
guante blanco contra el mismo que les ha colma
do de riquezas y atenciones. Considero este cam
bio como natural, no obstante haber excepcic
nes, porque el hombre es de dinero, el alma hu
mana es de dinero, el corazón es de dinero,
todas las colectividades ante el becerro de oro
arrastran, doblan la rodilla y, abandonando
decoro y la dignidad personal, rinden culto fe
voroso á las barras de acuñada plata.

Presente lo cual, estoy en mi perfecto derecl
para no aceptar ninguna acción buena sin la e
peranza de la recompensa: la reciprocidad es
norma de la conducta humana. El heroísmo pr
viene de la nobleza del fin y se desprende d
tiempo en que se obra: si salvar á un individu
de una muerte segura es loable, el acto es heroic
cuando, tan sólo por obrar el bien, se arriesga
propia vida, aunque venga después la retrib
ción. Al tiempo de hacer el bien, se antepuso é
te al fin del lucro; y siempre que se proceda
esta manera, existe el heroísmo. Admitida la
ferencia de tiempo, no negaré el influjo de cie
tos actos buenos; lo que no debo admitir es
desinterés absoluto, y no tengo yo la culpa
este pesimismo.

En política, mayor es la aplicación de lo q
pienso respecto de los servicios prestados y

los móviles de la amistad. En ella, nadie obra por impulsos sinceros: los políticos que predican á las masas al levantamiento contra determinada administración, ¿lo hacen por el interés del pueblo que amotinan? Después de una asonada, de una revolución, de un cambio de gobierno, ¿quiénes son los que se aprovechan? Los cabecillas, explotando las fuerzas bélicas del pueblo, mejoran de condición, en tanto que el pueblo queda lo mismo; se le prometió libertad é incremento, pero no ve ni la una ni el otro. Se le predicó bonito, se le habló al oído y se le convenció; pero ¿qué beneficios obtuvo con el cambio de cosas? ¿Derramada tanta sangre, pudo salir de su antiguo estado de abatimiento y pobreza?

Las prédicas, pues, de los políticos van enderezadas á mejorarse ellos mismos, importándoles muy poco los demás, así bien pueden arrastrar las cadenas del esclavo: una vez obtenida la victoria, son reducidos los que se acuerdan del pueblo que les dió triunfo. Una persona ocupa lugar en nuestra mente cuando nos sirve; dejando de hacerlo, parece que tenemos derecho para odiarla.

Así ¿queréis convencerme de la sinceridad política? Es imposible; la amistad de partido es parecido á los ejes de un coche: si se les unta grasa, funcionan las ruedas bien, y si no, queda entorpecido el movimiento é inútil el coche.

El general Díaz, teniendo presente este prin-

cipio, ha sabido untarles sebo á los "científicos, con lo que serán leales, mientras haya grasa. creo que ni aun así.....

III

El general don Bernardo Reyes, sea que le haya faltado ese tino, sea que no haya podido obsequiar lo que no tiene, dados sus escasos recursos, por ese lado tiene un flanco para el ataque.

Durante el tiempo que lleva en el gobierno de Nuevo León, ha sabido gobernar, pero no comprar amigos: lo primero está á la vista, porque de un Estado pobre supo hacer uno rico, próspero y feliz; y lo segundo se palpa también, pues, realmente, Reyes tiene más enemigos que amigos, aunque los pocos que lo siguen de estos últimos valen mucho, desde el momento que no son pagados.

Es bien sabido—los habitantes del Estado que gobierna dan fe—que el general Reyes es un hombre sumamente escrupuloso y honrado, incapaz de apropiarse un centavo de los fondos públicos; por lo mismo, de las arcas del Estado no debe distraer nada para objetos que no se relacionen con el progreso público. Una vigilancia matemática ejerce el gobernador sobre la caja, al grado de regatear hasta una peseta; porque

comprende la obligación que tiene de vigilar lo que se le confía: un gobernador es el administrador de los intereses sociales, nunca el propietario. Una persona honrada así lo entiende; por consiguiente, no debe disponer de lo que no le pertenece, sin hacerse acreedor á duros adjetivos.

Las rentas de un Estado están dedicadas á las necesidades públicas del mismo. ¿Es una necesidad pública la persona del gobernador, para que de las cajas del Estado salgan sumas para comprar amigos? Desde luego que no; porque, como á servidor, se le paga, y puede, si quiere, gastar su sueldo en operaciones de partidos, á fin de atraerse amistades y defensores.

No disponiendo el general Reyes, porque su conciencia no se lo permite, de las rentas del Estado para subvencionar á sus defensores, todos los que han ido á él con ese objeto han encontrado una redonda negativa. El único medio de contentar á tantos peticionarios era el que les diese de sus fondos particulares. A la vista de todos los que saben quién es Reyes está que no tiene capital para dar y atraerse prosélitos; porque el gobernador de Nuevo León es el más pobre de todos los que gobiernan en la república. ¿Será posible dar lo que no se tiene? Si ahora mismo estableciera yo comparaciones, sacaría por consecuencia que los gobernadores más ricos del país son los "científicos," porque han sabido aprovecharse de

la precisión de los números escritos. Gobernantes "científicos" conozco y empleados de la misma clase que han entrado al ejercicio de sus funciones sin segunda camisa, y al final del primer período pudieron comprar acciones ferrocarrileras, establecer casas bancarias; poner lujosos trenes, y tener en caja algo más de medio millón de pesos; en cambio, el general Reyes, después de veinte años de gobernar, á pesar de haber hecho grande al Estado, colocándolo á la altura de los poderosos centros industriales americanos, si su capital pasa de unos CIENTO CINCUENTA MIL PESOS, es mucho. Y ese capital ha ido creciendo debido á la intervención del señor Presidente, pues él le compró la casa de Monterrey, para usos del gobierno federal, él le vendió la que poseía aquí en la Reforma, ganándole, y, con el producto, también el general Díaz le hizo la operación de una casa en la capital de un Estado del Centro.

A no ser la intervención del señor Presidente, ni los ciento cincuenta mil pesos tuviera. ¿Qué vale esa suma después de treinta años de servir á la república, cuando los "científicos" con cuatro años son señores feudales, dueños de vidas y propiedades inmensas?

Un gobernante, con un capital tan infeliz y con familia, no está, desde luego, en aptitud de subvencionar periódicos, gratificar amigos y pagar defensores. No habiendo prodigalidad, es incues-

ticionable que deba tener enemigos; porque éstos son hijos de las circunstancias.

Vista así la cuestión, Reyes no será político, pero es un gran gobernante y honrado: no distrae los fondos públicos ni puede dar de los suyos, pues no tiene para dar.

La política cuesta mucho dinero, porque ella se basa en metal acuñado; y el que no expensa largamente á los suyos, éstos lo abandonan.

Por falta de esplendidez remunerativa, Reyes tiene que contar con muy pocos amigos, aunque ellos sean escogidos. Durante el tiempo que desempeñó la Secretaría de Guerra y Marina siguió el mismo sistema de siempre: nunca compró amigos. ¿Son iguales las condiciones de un ministro que las de un gobernador? Si no lo son, sí la persona era la misma, y carácter y figura, hasta la sepultura.

Al principio, se le congregaron varios hambrientos, que andan viendo lo que se pescan en torno de los altos funcionarios del gobierno; pero tuvieron que retirarse, debido á que el Secretario no repartía dineros. ¿Estaba en condiciones de hacerlo, ó no quería hacerlo? Yo creo que ambas cosas pasaban: un ministro de guerra no puede disponer de fondos, pues los pagos los hace el Secretario de Hacienda, y éste sí puede ser largo y dadivoso con los partidarios. Además, ya dije, Reyes, con la ascensión, no cambió de

táctica: huraño y apegado á sus deberes, poca mella hicieron en él los partidos políticos.

Su actitud tuvo que acarrearle enemigos, aunque sean pequeños; y si es cierto que, según se dijo, se hallaba á prueba, el aislamiento tenía que perjudicarle, bien que él está dispuesto á jugar el todo por el todo. Un hombre del temple del general Reyes, no se fija en esas pequeñeces de tinte político; ellas forman un detalle, mas no el cuerpo del todo.

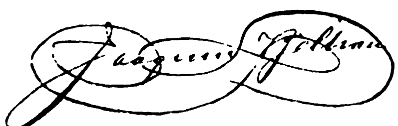
Mi opinión es que el ex-Secretario de la Guerra, en este punto, no procedió con cordura; porque la marcha política requiere, para un completo triunfo, el más pequeño detalle, aunque en otras cosas se sacrifique algo en aras de este fin. No tomo á los "científicos" por modelo, porque éstos pecaron por el lado opuesto: de tanto detallar, han rodado á un abismo político, al aniquilamiento social.

De la cortedad pecuniaria del gobernador de Nuevo León, se aprovecharon los "científicos," atrayendo á todos los que eran adictos á él, mediante empleos y dineros.

IV

Mas no sólo esa clase de enemigos tiene el general Reyes, que, de todas maneras, valen bien







poco: el despecho nunca ha podido ser una arma poderosa de partido; influirá más ó menos en la lucha emprendida, pero no resuelve cuestiones. Todo mundo repudia á los enemigos serviles: en asuntos religiosos, son abominable Lutero y punible Calvino, porque ambos se rebelan contra un principio guiados por el despecho, y éste no puede ser esgrimido como argumento noble y contundente.

En el campo político acontece lo igual. ¿Qué significación tiene la influencia adversa de un periodista que ataca porque no se le dió dinero? Su conducta es la de un "*chantagista,*" y nada más. Pero sí significa mucho la batalla librada por un personaje de valer y retirado hace mucho tiempo de la política activa; y es tal la significación, que sorprende.

Un enemigo precedido de tamaños y quilates, puede ser un instrumento poderoso de lucha. Así lo han comprendido los "científicos," al llamar al campo al general don Jerónimo Treviño para que presidiera la Convención Liberal. Me refiero en especial á este militar, porque los demás militares "científicos" NO SIGNIFICAN NADA, políticamente hablando. ¿Qué importancia puede tener un ciudadano que nunca ha logrado inscribir su nombre en la historia de los que valen? Claro está que ninguna; y esto mismo pasa con el señor general don Jesús Aréchiga, viejo militar que

acudió al llamado del tenebroso partido, y otros cuyos nombres no han sonado en los oídos del pueblo ni por bien ni por mal.

El señor Aréchiga, después de veinte años de gobernar á Zacatecas, no sólo no supo impulsar al Estado, sino ni siquiera formarse un grupo de leales amigos y desinfectar su administración de tantos seres relajados y corrompidos, que eran una especie de tábanos para el gobierno. Tampoco quiero atribuir esto á la maldad del ex-gobernador de Zacatecas, pues me consta que es un ciudadano bueno y honrado; culpo á su poco acierto y al ningún tino para elegir á sus amigos y hacerse de buenos consejeros. Por lo mismo hoy digo que su contingente político no refuerza á ningún partido. Y si el señor Aréchiga no indica importancia, los demás son perfectas nulidades, materia disponible para los descendientes de Krause y Epicuro.

Pasa lo contrario con el señor general Treviño; el concurso de este antiguo jefe del ejército vale mucho, visto de una manera abstracta. En primer lugar, Treviño pertenece á la Plana Mayor, y tiene antecedentes honrosos, porque ha sido un militar aguerrido y valiente, y su sangre, derramada en los campos de batalla, ha bautizado la libertad de la república. Su hoja de servicios es eminente, inmaculada. Peleó siempre en las filas de la libertad, y es uno de los grandes

soldados de la frontera norte, en donde cuenta con numerosos partidarios.

Con decir que es un poderoso guardián de las instituciones liberales y un excelente militar de la vieja guardia, está hecha su biografía. Aun más: á no ser su avanzada edad, lo juzgo magnífico para Presidente, terminada la misión del general Díaz; pero tanto él como el Secretario de Relaciones Exteriores, hombres de grandiosas prendas cívicas y sociales, están, se puede decir, en el ocaso de la vida.

No desconozco el valor intrínseco del general Treviño como medio político; sé bien que vale. Pero no puedo admitir que un jefe del ejército, viejo defensor de la disciplina militar, libertador de la nacionalidad, en momentos de prueba, se afilie á un partido que, desde un principio, anunció una política hostil hacia el elemento militar. El general Treviño, á más de ser un gran patriota, es amante de la institución, porque tiene que serlo al pertenecer á ella. ¿Cómo, pues, se agrega al número de sus enemigos? El general Treviño, siendo militar y perteneciendo á la Plana Mayor, ¿puede estar convencido de los ataques que los "científicos" le dirigen al militarismo? Cuando, hace veinte años, él aspiró á la Presidencia, ¿qué sistema de gobierno iba á implantar? Sabiendo ahora que el pueblo mexicano lo favorece con su voto, ¿optaría por un sistema

opuesto al militarismo, y sería capaz de mantener la paz?

A todo el país se le ha ocurrido preguntar: ¿cómo es posible que un militar pundonoroso, valiente y aguerrido, defensor de las instituciones democráticas, trabaje por la sumisión de la república, favoreciendo la causa de un extranjero?

Las interrogaciones no carecen de razón, pues no es tan fácil que el general Treviño esté convencido de la lealtad del Partido Científico; algún fin persigue, al surgir á la lucha después de veinte años de quietud política.

V

No se habrá olvidado que, á raíz del triunfo de lo que han llamado los políticos Plan de Tuxtepec, en 1876, el señor general don Porfirio Díaz ascendió al poder, como legítimo triunfo obtenido en los campos de batalla. La Presidencia fué para el caudillo acariciado por la victoria sobre los partidarios de Lerdo de Tejada la recompensa justa, el fruto del trabajo. Así es que, consumada la absoluta derrota del enemigo, Díaz subió al mando, con el aplauso y la aprobación de unos y con el disgusto de los demás. Pero como nadie de sus compañeros de armas fuese designado por el pueblo, él tuvo que ascender, favorecido por el voto de sus conciudadanos.

Realmente, consumado el hecho de armas, aunque hubiese muchos generales aspirantes, la opinión sana y fundada de todo el ejército recaía en sólo dos personajes: Díaz y González. Mediante convenios, ó sea porque la lealtad de ese aguerrido manco era notoria, es el caso que el general González cedió el puesto á su bravo amigo.

Concluído el período, el general Díaz se retiró á la vida privada, dejándole el campo libre á González, quien, mal ó bien,—más bien mal que bien—terminó el período de 1880 á 1884, año en que la república volvió á pedir los servicios del hoy Presidente. ¿Debió rehusarse el general Díaz á aceptar la confianza depositada en él por el pueblo? La respuesta no es de este lugar; la definitiva sí lo es: Díaz volvió á aceptar el puesto.

Lo que alcanza á hacer un hombre patriota en cuatro años, el victorioso militar lo hizo; su misión era refrenar pasiones, contener ánimos, matar tantas ambiciones; y todo esto no podía conseguirse en tan poco tiempo. A fin de consolidar la paz, se proclama la reelección para el siguiente período de 1888 á 1892, pues el país vió perfectamente que el general Díaz podía hacerlo.

Durante el término de 1884 á 1888, probablemente, previendo la reelección indefinida, algunos generales encabezaron nuevas revoluciones, para hacerse del mando supremo de la nación. Algunos acudieron á las armas, como García de

la Cadena y Neri; al primero le costó caro el levantamiento de Zacatecas, pues fué fusilado, favor que le debe á su protegido, el general Aréchiga; y el segundo se rindió á discreción, después del tumulto del Sur. Este militar cuantas veces agitó la discordia en las montañas de Guerrero, otras tantas deponía su bélico ardor, dándose por vencido.

Pero hubo otros, y de muchos empujes guerreros y de méritos para los Estados fronterizos, que se opusieron resueltamente á la reelección del Presidente: éstos fueron Treviño y Naranjo, dueños coaligados de la frontera norte, y peligrosos, por lo tanto. El primero lanzó, se puede decir, su propia candidatura; y el segundo, viendo fracasada la tentativa, se inclinó en favor del general don Manuel González, cuya administración fué totalmente ruinosa para la república.

Tanto Treviño como Naranjo son militares de excelentes servicios y liberales probados en los campos de la lucha. Personajes que con tamaños y servicios se apresten á una oposición, es para temer la perturbación del orden público y el aniquilamiento, en su cuna, de la paz. Por este motivo, el general Díaz vió el peligro, y acudió á quitarlo de raíz. Su conducta haya ó no obedecido á un fin patriótico, ahora se ve que, después de veinte y tantos años, ella fué altamente benéfica; pues de aquella enérgica actitud dependió la

paz actual, que ha dado por frutos innegables la riqueza y prosperidad del país, colocándolo á una altura no imaginada entonces.

A fin de contener los ímpetus belicosos de los generales Treviño y Naranjo, en su plan de gobierno estuvo mandar á la frontera á otro militar, para apaciguar aquellos rumbos y secundar la política del gobierno. Es natural que, un caballo brioso, con intenciones de desbocarse, al llamarlo con el freno, se llene de coraje contra el domador y dé un salto de ira. Sin desconocer los innegables méritos de los señores Treviño y Naranjo, yo creo que eso mismo les pasó, cuando sintieron de cerca la autoridad federal, el peso del gobierno y la certera disposición del Presidente. A no ser este proceder, ambos militares (no negaré su patriotismo, pues lo reconozco; pero la ocasión hace al ladrón) hubieran levantado la frontera contra el Centro y hecho cosas que no son para contadas, incuestionablemente.

El Presidente, viendo la hoja de servicios del general Reyes, le dió órdenes especiales y lo mandó á gobernar aquella peligrosa zona, madre de tantos revolucionarios. El joven y gallardo jefe, criado en una escuela de valor y disciplina, no se amedrentó, á pesar de lo difícil de su misión; acató el mandato del jefe supremo del ejército y marchó á hacerse cargo de su empleo.

¿Qué instrucciones llevaba Reyes? Esto vive en el secreto más absoluto, en la confidencia militar, inviolable como el sigilo sacramental. Pero no es difícil deducirlo: llevado el general Díaz de su espíritu de paz, órdenes de paz le ha de haber dado. ¿Quiénes estaban amenazando la tranquilidad? La historia contemporánea dice que Treviño y Naranjo. De manera que no es difícil ni aventurado afirmar que el general Reyes llevase instrucciones terminantes respecto de ambos, que tendían á matar ambiciones y á quitarles el influjo que tenían en toda la frontera norte.

Los que hoy estudian detenidamente las acertadas disposiciones dadas entonces, las califican de supremas. ¿Qué hubiera pasado, si el general Díaz no procede así? Capitaneado un levantamiento por dos valientes generales y que gozan de grandes simpatías, era para que la nación presenciara un derrame terrible de sangre, degollándose los hermanos unos á otros. Cansado ó no de tantas guerras intestinas, por propia experiencia el Presidente sabía que su deber es ahogarlas en su nacimiento.

Ni más ni menos aconteció, al enviar al general Reyes á la zona militar de Nuevo León; con órdenes estrictas, ni quien intentara fomentar más

tumultos. Comprendo también que la obediencia de Treviño y Naranjo fué patriótica, y oportuna más que nada: temerosos ó no del enviado, como militares disciplinados, acataron las disposiciones presidenciales y se dejaron de intenciones aviesas.

Hombres acostumbrados á hacer su santa voluntad, ciudadanos libres que se creen con derechos irrefutables á la Presidencia, ¿pueden ver con ojos serenos al que, en nombre de la nación, los reduce al orden? En este pícaro mundo, ninguno quiere ser mandado, pues el orgullo especial del ente-pensante es ser siempre superior y mandar á todo mundo: Treviño se hallaba en las mismas condiciones; de aquí que le tomó un odio personal al general Reyes, lo mismo que su compañero de armas.

Cualquier hombre sensato califica de caprichosa una enemistad que no tiene razón de ser; en este caso, el verdadero enemigo lo es el Presidente, porque Reyes no hizo ni hace más que obedecer al Primer Magistrado del país. La prueba de todo esto, es que el general Treviño, como compañero de armas del Presidente, si Reyes se hubiese traslimitado, no ha protestado contra los procederes de éste. ¿Será por compasión ó por temor y conformidad? No creo lo primero, porque no es Treviño—ni nadie—quien, teniendo derechos que alegar, se conforme con que lo hostilicen lindamente; tampoco lo segundo, porque

el general Treviño ha probado no tener miedo á nadie, ni amor tanto á la vida. Lo más lógico es la conformidad, porque la conciencia lo acusa; y si es así, ninguna culpa le cabe á Reyes; pues no es culpable quien acata órdenes de un superior jerárquico.

Mas, sin embargo de todo, el general don Jerónimo Treviño es un enemigo personal de Reyes, por no convenirle serlo del Presidente. Hé aquí cómo se explica que los "científicos" pretendan hacer surgir á la lucha á un militar, después de muchos años de profundo sueño.

Que Treviño es enemigo, no tan sólo político, sino personal de Reyes, es cosa que de sabida se calla. Si no lo fuera, el Partido Científico no lo hubiese postulado y proclamado como su presidente. ¿Quién va á creer que el general fronterizo comulga con las ideas de los "científicos?" No es tan sencillo que un ameritado jefe del ejército escuche los peores insultos contra la institución y acepte la sentencia condenatoria del militarismo, cuando él mismo seguiría un sistema de gobierno militar, en caso de subir al poder. Lo que aquí sucede, es que, en vista de la oposición ciega al general Reyes, Treviño lanzó un guante limpio, á fin de confirmar lo que tengo dicho; aunque debiera más bien estarle agradecido como patriota y como hijo de Nuevo León, Estado que puso á flote el actual gobernador.

¡Lo que pueden los odios del amor propio lastimado!

Con lo expuesto, haciéndose el Partido Científico de Treviño, se atraen hacia sí á todos sus partidarios, enemigos de Reyes; resultando que los "científicos" combaten al ex-Secretario de la Guerra con el elemento prestado por sus adversarios personales, no políticos. Mejor apoyara yo al mismo Treviño que aceptar su voto en favor del señor Limantour, extranjero por todos los costados; pues el general fronterizo ha acreditado su patriotismo en los campos de batalla, derramando su sangre para asegurar las libertades del pueblo; mientras que el Secretario de Hacienda está propenso á esclavizar lo que Treviño libertó con denuedo, bravura y bizarría, paseando, á través del territorio nacional, sus triunfales huestes.

Yo espero mucho del ardimiento patriótico del general Treviño, y quiero creer que, al presidir la Convención Liberal y hacer propaganda "científica," fué engañado, pues no debo ni puedo admitir que sentencien á ese valiente ejército que, lleno ó hambriento, desnudo ó cubiertas sus carnes, supo defender la bandera, saliendo victorioso de todos los combates librados; y que lo insulten, lo vejen y lo calumnien delante de él, esto es, en presencia de un general que lo vió pelear como fiera, sin contar el número del enemigo.

En tratando de los intereses de la república,

no debe haber odios personales ni desidencias políticas, perjudiciales al engrandecimiento de la nación. Reflexionando el señor Treviño, comprenderá que lo engañan los "científicos," sembradores de la zizaña é incapaces de unir á los mexicanos en una sola alma y un solo sentimiento.

Reyes sabe ser valiente y sabe ser amigo.

CAPÍTULO XXIII.

EL GENERAL REYES ES AMANTE DEL EJÉRCITO.—ES GRANDE EN LA GUERRA Y SUBLIME EN LA PAZ.—COMO MILITAR Y COMO GOBERNANTE.—QUE LO JUZGUE LA HISTORIA.

I

ZANJAR las dificultades habidas entre los generales Treviño y Reyes, sería una obra eminentemente patriótica, y llevadera á la práctica; pues ambos militares son hijos preclaros de la república y hay que esperar de su patriotismo hasta el sacrificio, si es posible, de sus intereses personales. En tratando de ciudadanos útiles, todos estamos obligados á avenirlos, procurando el restablecimiento de unas relaciones que nunca han tenido razón de estar interrumpidas, porque el cumplimiento del deber no debe traducirse en odio personal, sino en admiración profunda. Si pudo ser riguroso el general Reyes al ejecutar las órdenes recibidas, esto no debe de extrañar á nadie, ni mucho menos al se-

ñor Treviño, persona acostumbrada, como sol-
dado, á obedecer sin discutir las disposicione
recibidas. Si bien es cierto que el amor propi
se resiente cuando se tiene la convicción de ha
ber prestado grandes servicios á la patria, no ha
que olvidar tampoco que ésta puede exigir de s
hijos toda clase de sacrificios y privaciones. Tén
gase presente, asimismo, que el general Reye
de *motu proprio*, no es capaz de hostilizar á nin
guno.

Los buenos ciudadanos juzgan de inoportuna
y perversos á los "científicos," con fomentar dis
cordias que debieran ser sepultadas en el olvid
porque, si ellas fueron hijas de la época, ahor
que todos los mexicanos cantan los triunfos d
la paz victoriosa, carecen de fundamento. Au
quiero suponer que el actual gobernador de Nue
vo León se hubiese extralimitado en el cumpli
miento de las órdenes recibidas,—esto sin con
ceder—¿la nación no tiene el derecho para ped
á sus hijos las transacciones que pueden engran
decerla? Si el general don Jerónimo Treviño n
niega esto, á mí queda el derecho de interpelarl
y al país el de reclamarle la razón de su proce
der, entonces toda discusión sale sobrando: ser
el caso del filósofo de Balmes; no es posible co
vencer al que no quiere convencerse, ni al sabi
que se encastilla, fortificando sus infranqueable
trincheras. El poder del raciocinio, la fuerza d

argumento, son para las inteligencias accesibles al convencimiento; que los que cierran los oídos para oir y los ojos para ver, ni pueden oir, ni pueden ver.

Todos los mexicanos, verdaderos patriotas, lamentamos nuestro pasado, creado por los mismos hombres que dirigían entonces los destinos nacionales; pero ¿qué otro remedio? Lo que pasó, ya no es posible hacer que retroceda en la sucesión del tiempo: que nos sirva de escarmiento, al menos, ya que no es posible evitarlo.

Debemos olvidar lo irremediable y procurar no reincidir en los errores pasados: tal debe ser la norma de nuestra conducta, si queremos ocupar lugar preferente en el concierto de las naciones civilizadas. Corregir un defecto de raza, remediar un mal que heredamos por la sangre, es cosa que debe preocuparnos á todos: y esto no se logra, si, en vez de alejarnos del peligro, nos precipitamos en él; para no hundirse en el abismo, el mejor medio es retirarse de su sima.

La raza hispana, heredando de los ardientes moros los más grandes defectos, ha venido á probar que es incapaz de dirigir las libertades de un pueblo ni de impulsarlo al desarrollo, condiciones que sólo se logran estableciendo la unión y la armonía entre los patriotas que valen. España, volteada al revés, posee las mismas costumbres de los nietos de Boabdil y Abdul-Hassan: los

adoradores de la media luna son remedos puros de la ira, del encono y de la envidia; idólatras de toda clase de pasiones mezquinas, transmiten, por legado de noble herencia, todos sus vicios y todos sus defectos. Pueden pasar años, lustros y siglos, pero no perdonan; vive en ellos la venganza, y son capaces de exterminar al enemigo, y, si no lo logran, dejan encargo á sus descendientes para que lo hagan. Los españoles siguen, poco más ó menos, los mismos usos é idénticas costumbres: tampoco perdonan. El pueblo español, antes que grandeza en este sentido, pudo legar á los pueblos congéneres mucha pequeñez. Nosotros somos sus hijos, y, dicho se está, el hijo es el reflejo de los padres. Explícase, por esto mismo, nuestro temperamento agresivo, con tendencias á la no-conformidad y al espíritu tumultuoso y agitado. Cuando podamos deponer de las venas esa sangre nociva, enemiga de la paz, el problema quedará resuelto; se levantará en nuestro pecho un templo para la quietud, un altar para el progreso y un trono para la paz. No es mucho honor fomentar rencillas pasionales, en tiempos en que se necesita el concurso de todas las personas de buena voluntad.

II

Más satisfechos estarán los "científicos" si ven logrados sus deseos: faltos de antecedentes propios, acuden á quien los tiene. Llaman á las puertas de los enemigos de Reyes, pues sólo así podrán obtener los fines que buscan; mientras que la república pide la unión, porque, al decir del Gran Capitán del siglo XIX, ella hace la fuerza.

Sin embargo, aunque el Partido Científico procure aumentar las dificultades, entorpeciendo la marcha de la nación, el pueblo sabe á qué debe atenerse en estos casos: se unirá á los que están con el ejército, único que puede salvar la cuestión.

Ahora bien, ¿el general Reyes es amante del ejército? Yo creo que ni los mismos enemigos del ex-Secretario de Guerra se atreven á asegurar lo contrario. Reyes, en todas las épocas de su vida, se ha mostrado adicto al ejército.

Precisemos.

¿Qué se necesita para ser amante de una cosa? Defenderla, sostenerla y procurar sacarla á flote de de las emergencias y azares del mundo. Con reflexionar de qué modo el general Reyes ingresó á la milicia y la brillante carrera que hizo en el servicio de las armas, se verá que no sólo es adicto al ejército y partidario de él, sino que ha da-

do ejemplos grandiosos de saber cuál debe ser la dignidad de un militar verdadero. Desde niño, apenas púber, ingresó al servicio de la patria, no en fuerza de un castigo por sus malos comportamientos sociales, reclutado por vicioso y deleznable miembro de la sociedad, sino voluntariamente, impulsado por el hondo amor á la república y el profundo ardor bélico. Como el sabio ama su ciencia, así él, vigoroso, descendiente de guerreros, ama las armas. No es el apóstol religioso que finge piedad, porque no halla mejores medios de vida; es el soldado que nace con vocación completa, y se lanza á la guerra porque adora la libertad del pueblo, las garantías y franquicias de la república.

Los que van por la fuerza del destino á la lucha, los que se afilian obligados en el ejército, son llevados, no se presentan suplicando ser admitidos en las filas; el general Reyes, en vista de las terribles condiciones porque atraviesa el país, seducido por el espíritu de vocación, ingresa á aumentar el grueso de las tropas federales.

Ahora decidme, ¿puede ser enemigo del ejército el que así procede? Convencido de la grandeza de la institución militar, entra á ella, á la edad de catorce años; y la inclinación que nace casi en la adolescencia no puede ser más que amor profundo á una cosa.

Las vocaciones surgen á la vida con el [illegible]di-

viduo, á un mismo tiempo, y ellas no mienten ni son capaces de fingimiento.

Infiérese que Reyes, al ofrecerse al servicio de las armas, no pudo reflexionar en la conveniencia personal, sino en la bondad de la institución; porque, á los catorce años, el hombre no está en aptitud de entrar en consideraciones filosóficas. Sólo el amor obra en los primeros años de la vida, y ese no participa de las disquisiciones para obrar; obra impelido por el sentimiento, el cual nace en el corazón. Existe una sentencia grandísima, que dice: cuando el corazón quiere una cosa, se sobrepone á los discursos de la inteligencia, porque él es el director del sentimiento y el único soberano del reino del amor.

Efectivamente, amando el corazón, el cerebro se nubla, ya no distingue. Con lo que se prueba que el general Reyes sólo por afecto á la milicia se arrojó en brazos de ella; lo único que le sirvió de estímulo fué su decidida vocación. Luego debe deducirse que es amante decidido también del ejército, probando la obediencia ciega que prestó á los impulsos de su corazón cuando abrazó la carrera, en una edad de ensueños y de ilusiones.

III

Todo el país recuerda, hoy día, con asombro las condiciones fatales en que se encontraba la

nación cuando Reyes ingresó en el ejército. Una guerra terrible diezmaba el territorio; el estampido de los cañones y los clarines tocando á funerala, infundían pavor en los pechos timoratos. Los maridos, el padre y el hermano, obligados á la defensa nacional, se despedían para siempre de los seres queridos, ya con la mira de no volver jamás á verlos, pues iban con la seguridad de ofrecerse en holocausto por la libertad, injustamente atacada por los ambiciosos mexicanos, que, inconformes con la derrota de sus destinos, pretendían hundir al país otra vez en la ignominiosa esclavitud.

Las familias desoladas y tristes, veían desaparecer edificios, iglesias y palacios y quedar convertidos en ruinas ciudades, pueblos, villas y aldeas. Muchos abandonaron sus hogares para dejar libre albergue á las tropas conservadoras que, comandadas por jefes franceses y zuavos, cometían mayores depredaciones que las fuerzas liberales. Aquí llantos, ahí gemidos, y lágrimas y lamentos más alla, se dejaban escuchar, al saber la noticia de la muerte del esposo amante ó del hijo querido. La paz llegó á ser imposible; la guerra devastadora no respetaba nada, todo lo destruía, dejando las ciudades sin templos ni altares, porque las fuerzas asaltaban á esos lugares para convertirlos en cuarteles y fortalezas militares.



Juan Quintas.

En ese estado se hallaban los acontecimientos cuando Reyes ofrece sus servicios á los jefes que guarecían la plaza de la Perla de Occidente. Parecía mentira que el valor heredado de la madre patria, el heroísmo de la raza abatida por las armas y el yugo españoles, surgieran tan poderosos en pechos niños, en almas adolescentes, incapaces de sostener todavía un fusil. Sin embargo, en aquella época, rica en leyendas épicas y en acciones grandiosas de guerra, como Reyes, muchos jóvenes mexicanos, cual nuevos argivos, cantando aires nacionales, se aprestaban á la pelea: la sed de la libertad crecía en aquellos pequeños patriotas, preclaros guerreros de la defensa nacional.

Desde entonces Reyes comenzó su carrera, adquiriendo sus grados en fuerza de acciones ganadas. Las cicatrices de las heridas, hechas por las balas enemigas, le granjearon la estimación general de sus jefes y superiores. El valor, el denuedo, el arrojo y el heroísmo fueron el patrimonio de Reyes. Con una hoja limpia de magníficos servicios, llegó á ser la admiración de propios y extraños. De Reyes puede decirse lo que de Napoleón: jamás conoció el miedo, ni contó la superioridad de la fuerza adversaria; la patria le pidió todo su empuje, y él le ofreció hasta la vida.

Los que conocieron á Reyes entonces y que viven ahora, le atribuyen una temeridad inaudi-

ta que muchas veces le puso casi á las puertas de la muerte. Conocedor profundo del honor y de la disciplina militar, acató, durante su permanencia bajo el mando de ameritados jefes liberales, sin disputas algunas, las órdenes recibidas; virtud que ni sus enemigos han podido negarle. Esto era obvio: el que por su propia voluntad sigue una profesión, es que está dispuesto á aceptarla con sus consecuencias y todo.

A su abnegación como patriota, á su valor personal como soldado, á su fidelidad como caballero y amigo, y á su resolución como valiente, el general don Bernardo Reyes deja una estela guerrera digna de griegos y romanos. Un hombre que jamás amó la vida, un audaz que buscaba el peligro, un militar resuelto y temerario, llegó á cimentar una fama que para sí quisieran aun los jefes más aguerridos de Europa. Reyes en la batalla—y esto que nuestra historia pone ejemplos sublimes—fué un tigre, un león que se arroja impetuoso, erizada la melena, sobre su presa, con firmes intenciones de vencer ó morir. Todos sus jefes conocían las tales prendas, y por lo mismo supieron premiarlo y confiarle el mando de las tropas en circunstancias azarosas para la república, porque eran de transición. El mismo general don Porfirio Díaz, conocedor, como gran militar que es él, de las nobles prendas de valor que adornan á Reyes, en muchas ocasiones y en mo-

mentos solemnes le hizo justicia, proclamando muy alto sus dotes eminentes de aguerrido militar.

Con decir que desde soldado raso ha obtenido sus ascensos en la carrera, está hecha su biografía militar. Yo agrego que Reyes (sin espíritu de adulación) es un genio en la guerra; porque no es el militar inculto, es el soldado instruído, el general que conoce perfectamente el arte del combate. Ojead su historia y sus hechos notables de armas, y veréis que su vida es una no interrumpida cadena de hechos gloriosos, suficientes para inmortalizarlo y esculpir su nombre en bronces y mármoles entre los generales más distinguidos de la nación.

IV

De temperamento belicoso, los "científicos" le atribuyen el espíritu levantisco, sin comprender que el que ha sido grande en la guerra, puede llegar á la sublimidad en la paz. Todo el mundo conoce la impetuosidad guerrera del señor general Díaz: fué el azote más terrible de las tropas de Napoleón III. Sus actos de fogosidad y arrojo muchas veces llegaron á comprometerlo. Sin embargo, el actual Presidente es el fundador de la era pacífica del país; nadie se ha atrevido á negarle el espíritu tranquilo y conciliador (no la

conciliación de que habla cierto abogado de quinto orden y financiero de malísima categoría, en un folleto concebido en hebreo y escrito en un idioma que nadie entiende); porque los mejores argumentos los suministran los hechos, y obras son amores y no buenas razones.

Comprendo también la diferencia de temperamento entre ambos militares, porque la reflexión en el Presidente Díaz ha sido proverbial, mientras que el gobernador Reyes es una voluntad dinámica, una fuerza eléctrica que obra al primer contacto, sin pensar ni madurar en la mente lo que va á hacer. Si es cierta la frase de Miraubau, de que los genios de la humanidad, por temperamento, no reflexionan mucho, sino que más obran que piensan, Reyes debe ser un hombre extraordinario; ó, lo que es lo mismo, un genio. Se corrobora la frase del tribuno revolucionario con lo dicho por Castelar, respecto de Napoleón I: "No pudo ese genio de la guerra reflexionar sobre sus actos y las dificultades interpuestas á las acciones de sus armas, porque la reflexión iba invívita en la concepción de lo que pretendía hacer. Así, concepción, reflexión y acción, surgían al mismo tiempo en aquel cerebro extraordinario, en aquella mente privilegiada. Hé ahí la razón del genio humano: su imaginación, abarcando el pensamiento de un acto, en el campo de los hechos concibe, reflexiona y obra."

Aplicando las tales teorías á Reyes, queda justificado su proceder: hay hombres que, por ser tan grandes, no son dueños de sí mismos; así como capaces de llegar á la inmortalidad en un momento dado, saliendo incólumes, llevan de una manera intuitiva en su sér la idea de lo sublime y pueden sacrificarse en aras de los bellos ideales. Napoleón, pretendiendo libertar al mundo en su período de grandeza, quiso adjudicar para Francia á todo Europa, y quedó sin libertad para sí, pereciendo encadenado en Santa Helena. ¿Se negará que ese coloso fué un asombro para todas las generaciones?

Si es cierto que Reyes posee una constitución nerviosa, en cambio, es tan grande en la guerra como en la paz; sabe amoldarse al medio. Cuando la patria le reclamó vigor y denuedo, él fué incansable en la batalla, recorriendo inmensas distancias con misiones dificilísimas que llevaba de un campamento para otro, animando entre sí á las fuerzas republicanas. Ahora que la paz está cimentada, se le ha visto unirse á la labor del Presidente y trabajar de común acuerdo con él, sin envidias ni rivalidades. No obstante los muchos é injustificados ataques de que ha sido objeto, él, sereno y tranquilo, respetando el espíritu de las leyes, perdona á sus enemigos y se encuentra completamente dedicado á las labores de su misión.

V

No necesito detallar su trabajo como milit[illegible] vistos sus triunfos como guerrero. El país e[illegible] al tanto de los adelantos llevados á cabo en Secretaría de Guerra en un lapso de tiempo, r[illegible] lativamente, corto. Personas peritas en el arte [illegible] la guerra, tanto extranjeras como nacionales, c[illegible] honor para el general Reyes, han asegurado q[illegible] el ex-Secretario de Guerra y Marina es un ve[illegible] dadero militar: dotado de un talento preclaro, in[illegible] truído y conocedor de los adelantos más mode[illegible] nos y de las evoluciones que han sufrido l[illegible] ejércitos europeos, le dió un impulso grandio[illegible] á la milicia. Fué incansable, al grado de tran[illegible] formar por completo la Secretaría de su cargo.

Los hombres sinceros y observadores consta tes del ejército, comprendieron que ningún n[illegible] nistro pudo lograr lo que Reyes: una regener[illegible] ción, llevada á cabo en algo más de dos años. [illegible] buen soldado no manda, pone el ejemplo; R[illegible] yes, personalmente, dirigía toda clase de mani[illegible] bras en los ejercicios militares, significando co[illegible] esto, que él había también aprendido á obedece[illegible] antes que á mandar. Los inteligentes en la ma[illegible] teria, al calificar la bondad de los trabajos em[illegible] prendidos por Reyes en el ramo de guerra, l[illegible] llegaron á reputar como uno de los generale

más entendidos y hábiles de la América Latina, capaz de competir con los jefes más ilustres de Europa.

Todos los juicios que favorecen al gobernador de Nuevo León son de fuente extraña, de personas independientes que nunca han tenido liga con el general Reyes ni interés para adularle. Todos los jefes de la vieja guardia, hombres eminentes del ejército, admiraron los esfuerzos de un verdadero impulsador de las glorias militares de la república, mostrándose complacidos. El Presidente mismo pudo apreciar—y apreció—el talento director y los conocimientos de su Secretario de Guerra y Marina; de ahí que lo distinguiera y proclamara muy alto sus dotes y tamaños militares.

Y como gobernante civil, Reyes es un gran modelo. Los "científicos" no podrán citar uno que le supere en sus filas, ni aun que sea capaz de igualarle. De los que verdaderamente han hecho profesión de fe "científica," que son: Ahumada, en Jalisco; Santamarina, en Durango; los dos Pimenteles, en Chiapas y Oaxaca; Molina, en Yucatán; Izábal, en Sonora, y algún otro sin valor para confesar su credo político, ¿quién ha sabido gobernar como el general Reyes? Y si se tiene presente que Yucatán, Chiapas, Oaxaca, Jalisco, Durango y Sonora tienen muchos elementos de riqueza propios, llegaría al colmo la

comparación: ninguno de esos gobernantes, á pesar de disponer de recursos, puede enorgullecerse de cantar victoria, porque están mucho muy atrás de Nuevo León. Para hacer un símil exacto, es necesario preguntar la diferencia que existe entre Cuautitlán y la gran ciudad de Nueva York.

Se dirá que la comparación es imperfecta, porque Nuevo León debe su rápido y sorprendente progreso al comercio extranjero y á la industria. ¿Y por qué ellos no establecen industrias? ¿Por qué no impulsan el comercio? Ni éste ni aquéllas han venido á instalar sus tiendas en Monterrey solas; se los ha traído, mediante cálculos y concesiones. Es seguro que, con ventajosas franquicias, el capital afluye: la afluencia del capital es el origen del desarrollo de Nuevo León, Estado pobre y sin recursos propios.

También hay que advertir que, no obstante el progreso sorprendente de ese Estado fronterizo, el autor de tanta grandeza no ha podido hacer fortuna; y los gobernantes "científicos," extorsionando los destinos de la Entidad que regentean, ellos ya disponen de asombrosos capitales, haciéndose dueños de las mejoras propiedades rústicas y urbanas. Y para gobernar bien, los intereses del pueblo están en razón inversa de los intereses de los gobernantes.

Sin embargo de estas verdades palmarias, el

Partido Científico le niega al general Reyes el acierto necesario para gobernar á un Estado: estableced comparaciones, y ganad la apuesta. Todos los Estados gobernados por los "científicos," están en la miseria, y los que gozan de algún prestigio, débenlo á sus propios elementos, como Yucatán. ¿Por qué Campeche no logra adelantar, estando tan próximo á la Península yucateca? Porque los "científicos" predican el espíritu emprendedor cuando el Estado marcha solo.

Muchos atribuyen la prosperidad de Monterrey á su proximidad á la frontera americana. En este caso, hay otros Estados fronterizos, ¿por qué no compiten con Nuevo León?

Se contestará á estos poderosos argumentos, cuando los "científicos" exhiban gobernantes con los tamaños de Reyes, y puedan decir: este gobernador, después de veinte años de estar al frente de los destinos de un pueblo y hacerlo inmensamente rico, ES POBRE.

El general Reyes es émulo del señor Presidente: éste, haciendo grande y rica á la república, dándole paz y progreso, no le señalan bienes ni BONOS FUNDADORES DE BANCOS; aquél, sacando de la postración á Nuevo León, y salvándolo de la miseria, HA TENIDO QUE VENDER SU CASA, para poder venir á México, cuando estuvo al frente de la Cartera de Guerra y Marina.

Engrandecer á un pueblo y hacerse rico, apro-

vechando las circunstancias, el gobernante puede llamarse honrado; pero resucitar á un Estado, ponerlo en la cumbre del desarrollo y darle elementos de vida que no tenía, y quedar pobre, eso se llama ser, más que grande, sublime.

Estudiado así el general Reyes, que lo juzgue la historia, porque la Secretaría de Guerra nunca tuvo mejor servidor; con su permanencia en ella, pudo descansar el señor Presidente, quien siempre ha tenido que despechar las diligencias del ramo.

CAPÍTULO XXIV.

EL MAYOR Ó MENOR GRADO DE ILUSTRACIÓN EN LA OFICIALIDAD, CONSTITUYE LA MAYOR Ó MENOR FUERZA EN LOS EJÉRCITOS.—EL PODER Y LA VICTORIA DEPENDEN DE LA INSTRUCCIÓN MILITAR.—LA SEGUNDA RESERVA ES UN GRANDE BIEN PARA LA FORMACIÓN DE UN PUEBLO GUERRERO.

I

BIEN estudiadas las miras del Partido Científico, no podrán ser más pérfidas y tendenciosas para sus propios intereses; se han abrogado el "nobilísimo" papel de la inventiva en achaques de perjudicar al ejército mexicano. En su afán de quedar equilibrados, son capaces hasta de un delito, de un atentado: lo que no harían como personas aisladas y sociales, están acometiéndolo como agrupación política. ¿Se habrán creído los retoños de Mill que les está permitido hacer en política lo que la moral prohibe en el seno doméstico? Siendo los pueblos un reflejo directo de los hombres que los forman,

se rigen, moralmente, aquéllos por las leyes que regúlan la marcha de éstos; y no existen filósofos, sociólogos, políticos ni biólogos que aseguren lo contrario. Es un principio general científico que el todo se somete á las reglas que ordenan á las partes. ¿De donde deducirán, pues, los "científicos" la legitimidad de una política de traición en los asuntos de Estado, cuando al individuo le está prohibido traicionar ni intrigar en sociedad? A no ser que los justifique una lógica acomodaticia y singular, no veo una base buena que les sirva de seguro apoyo.

El orden moral es de aplicación universal: lo mismo que obliga al individuo, obliga al pueblo, y obligando á éste, obliga asimismo á la república. Si lo infringe el individuo, lo infringen también el pueblo y la república; porque uno y otra están constituídos por el contingente que presta aquél. Tienen las mismas obligaciones y se rigen por las mismas leyes, variando tan sólo la aplicación de las últimas; pero la forma no altera el fondo.

La política es término exclusivo del Estado; á él pertenece. Los hombres que se dedican á ella, tienen que guardar los mismos principios de ética aplicables á ellos, para sus actos sociales. Sin exceptuar á ninguno, todos están obligados á ser rectos; pues el que la política se haya trocado en un *modus vivendi*, esto no significa autorización

moral para mentir: la forma con que hoy se presenta, es, sencillamente, una adulteración, hija de los hombres que han podido evolucionar tanto, al grado de establecer leyes para engañar á los demás.

No es admisible, políticamente, la conducta del Partido Científico, al obrar de una manera pérfida y alevosa en contra del general Reyes, agraviando al ejército. ¿Cuál de los dos ha sido el medio aquí para los ataques? Pues es casi seguro que los dardos van dirigidos contra alguno de los dos, entre tanto el otro no es más que medio. Si mis argumentaciones son concluyentes, así como yo lo creo, en este caso el ejército es el medio para vilipendiar al ex-Secretario de Guerra y Marina.

No faltará quien diga: ¿por qué esos hombres, que se han creído grandes sabios y mejores valientes, se valen de rodeos para atacar á un ciudadano que está solo en el campo de la lucha, indiferente á las bravatas "científicas"? ¿O es que tanto como odian á Reyes, también abominan al ejército?

Para mí tengo que el Partido Científico odia tanto al ejército como á Reyes, con una pequeña diferencia: hacen uso del ejército como resorte, á fin de lanzar más certeros tiros contra el gobernador de Nuevo León. En su ataque, han podido—ó, al menos, querido—nulificar á los dos, sin

conseguir perjudicar á ninguno; pues los necios ofenden, no agravian.

Mas si no han logrado alcanzar su intento, sí se han puesto en evidencia ante la nación, procurando desbaratar lo que á un pueblo puede engrandecerlo. Nadie está en aptitud de convencerme que un país es tanto más grande, cuanto que pueda disponer de mayor número de hombres dispuestos á tomar las armas, ni que los "científicos" han sido la causa de la supresión de la Segunda Reserva del ejército, llamada á proporcionar grandes servicios á la república.

II

¿Qué móviles los impulsaron á gestionar del Primer Magistrado la supresión? ¿Qué fines persiguieron? Puesto que no se puede negar la parte activa que tomaron en ese paso, que me atrevo á calificar de malo, urge hacer algunas consideraciones respecto del particular.

1.—Deseosos los "científicos" de inflingirle á Reyes todos los males que ellos creen que son terribles golpes políticos, era natural que, después de haber logrado su separación de la Secretaría de Guerra, quitándose de cerca á un formidable enemigo, se fijaran en la obra más trascendental de él, la Segunda Reserva del ejército.

2.—Para el partido del señor Limantour era

una amenaza la Segunda Reserva. La razón es obvia. Además de altos fines políticos, la creación de esa reserva del ejército obedecía á miras de patriotismo. ¿Quién creó la Segunda Reserva? Antes de Reyes, nadie se había ocupado en formar reservas nuevas, que surgieren del pueblo. De manera que á su talento claro, á su espíritu reformador, se debió la nueva institución militar.

3.—Como exclusiva de Reyes, la Segunda Reserva podía ser un elemento político, que, agregado al poderoso factor del ejército armado en un momento preciso, sería utilizable en la contienda que surgiese en las disputas de partidos para las elecciones presidenciales.

4.—Enemigos los "científicos" del ejército, tendrían en su contra, además de las fuerzas vivas, un elemento fuerte y nuevo, que los derrotaría con el simple voto en los comicios electorales.

5.—La Segunda Reserva del ejército llegó á alcanzar la respetable cifra de 50,000 hombres. ¿Qué harían 50,000 en un evento de lucha? No sería remoto predecir los afanes de los reservistas porque su fundador triunfaría sobre sus adversarios: el reconocimiento y la gratitud son dos virtudes intuitivas en el corazón humano; por consiguiente, los reservistas pelearían por su jefe.

6.—Las victorias siempre favorecen al que dispone de mejores elementos de combate, y con el

ejército y la Segunda Reserva de 50,000, ambos unidos, Reyes se hubiera hecho invencible en cualquier terreno; los "científicos" no tendrían el gusto, ni de sostener combate electoral, pues, por primera diligencia, habría un número abrumador en su contra, algo así como de 100,000 ciudadanos dispuestos á patrocinar á su jefe.

7.—Con el ejército, no pueden contar los hijos fieles de Mill, porque lo han injuriado, calumniado y vejado. Después de la ruda campaña sostenida de una manera descarada contra el militarismo, es imposible tenerlo á su lado. En el pecho de los nobles jefes militares arde la ira, se agita el enojo y todos quieren la venganza: habiendo sido ultrajados, ninguno puede quitarles el derecho de defenderse.

8.—Aseguro también que, en los momentos de prueba, hasta los pocos militares adictos al Partido Científico se separarían para agregarse á la causa común del ejército, pues es materialmente imposible que abandonen las filas de la mayoría capitaneada por distinguidos y pundonorosos jefes, para sostener derechos ajenos al ejército.

9.—Comprendiendo estas poderosas razones, procuraron los "científicos" la supresión de la Segunda Reserva, á fin de debilitar el empuje del enemigo, dividiéndolo y reduciéndolo. El mejor medio del triunfo, es la división del adversario.

10.—¿Qué medios emplearon para ello? Han

haber sido los de siempre: los de la intriga, únicos que han sabido aprovechar los famosos "intelectuales de México."

11.—Procuraron, pues, la supresión de la Segunda Reserva, para evitar la existencia de un decidido elemento en favor de Reyes; que 50,000 reservistas forman un factor de consideración, si se tiene presente que la nueva institución militar se componía de hombres seleccionados, cuya instrucción les permitía luchar con ventaja.

12.—Con esto, creyeron darle un golpe al adversario, siendo que el perjudicado, realmente, es el país, por los motivos que voy á exponer á continuación; pues el general Reyes no sufre grandes consecuencias con la muerte de la Segunda Reserva.

III

Usando las maquinaciones de siempre, le han de haber dicho al señor Presidente, para que sancionara la supresión, lo siguiente: que Reyes creó la Segunda Reserva para sus fines políticos; que, herido ahora en su amor propio, sería muy fácil que se levantara con los mismos elementos formados por él; que, dado su espíritu bélico, en cualquier mamento podría pronunciarse en contra del gobierno, alterando la paz pública.

No dudo que esa gente sea capaz de hacer se-

mejantes observaciones, pues los juzgo aptos para todo lo innoble, como políticos. Pero á lo dicho por los "científicos" debo objetar, porque la índole de este estudio lo reclama.

1.—No negaré que la Segunda Reserva haya obedecido, en su creación, á fines políticos, porque es fácil que el general Reyes, hombre más práctico y previsor que los adeptos de la escuela positivista, haya imaginado un peligro futuro, originado por la desaparición del eximio militar que hoy dirige los destinos de la nación. Conocedor de los que así mismos se apellidan lumbreras políticas, no anduvo muy lejos con suponerse tal cosa, porque los disturbios tenían que causarlos ellos mismos.

2.—Naturalmente, un ciudadano que ama á su país, previendo un peligro inminente, está en la obligación de preparar los medios de conjurarlo. Reyes, como Secretario de la Guerra, faltaba á sus deberes de militar y de ciudadano, si no ponía todo lo que estaba de su parte para cimentar la tranquilidad pública, disponiendo de los elementos que tuviese á mano.

3.—Perfecto conocimiento de sus atribuciones militares tiene el actual gobernante de Nuevo León, para quedarse sumergido en un período de postración: se le llamó al gabinete para aprovechar sus energías, sus esfuerzos y su inteligencia, los cuales él no podía escatimar, sin peligro

gravísimo de no cumplir con sus deberes. De aquí que, elevado á la categoría de jefe inmediato del ejército, trazó una ruta de adelanto en la disciplina, en el armamento y equipo de éste, reforzándolo con una nueva institución que le sirviese de auxilio en los momentos de prueba.

4.—Es propia de los hombres grandes la evolución, y el general Reyes no pudo estar, como sus antecesores y sucesor, en un letargo, sin pensar en las necesidades de la república; sea personal ó no el fin, la creación de la Segunda Reserva fué eminentemente patriótica. ¿Que tenga tendencias personales también una institución patriótica? Creo que, en todas las obras humanas, algo de particular va adherido al fin general. El gobernante procura esmerarse ante sus compatriotas en gobernar bien, para merecer una voz de aprobación general. ¿Tan sólo por tratarse de Reyes, hay que hacer excepciones?

5.—Tendrá miras políticas, pero las tiene—y mayores—patrióticas; y lo segundo justifica lo primero.

6.—Decir que el general Reyes es capaz de aprovechar los elementos criados por él para levantarse, es una mala fe, una arma de mal género, esgrimida en su contra; pues un militar de los empujes del ex-Secretario de Guerra, no aprovecha las horas de trancisión para fomentar revueltas, ni es capaz de una deslealtad tamaña.

7.—Sabe el general Reyes resignarse, cuando se trata de prestigiar á un gobernante amigo, como lo es el general Díaz. Habiendo sacrificado toda su vida á la patria, luchando por sus libertades, ¿es creíble que él mismo arme revoluciones con los elementos de fuerza que le dió?

8.—Las aserciones en su contra son hijas de una malevolencia refinada, y no prueban otra cosa sino que, faltos sus enemigos de argumentos nobles y leales, se valen de la impostura para hacerlo aparecer como enemigo del señor Presidente. Afortunadamente, el general Díaz, digno apreciador de su amigo, sabe lo que vale como caballero, como soldado y como gobernante.

9.—Un levantamiento del general Reyes en armas contra del gobierno, es un sueño de los "científicos," porque el ex-Secretario de Guerra sabe apreciar lo que vale la tranquilidad para el engrandecimiento de la república, ahora que más se necesita de ella. Sus enemigos, en su afán de persecución, han podido inventar tales paradojas; el gobierno general conoce á su subalterno.

10.—Es incuestionable que Reyes, no sólo no se levantará, viviendo el general Díaz, sino que ni lo pensará siquiera; antes, al contrario, procurará sofocar cualquier indicio de movimiento revolucionario, reduciendo á la inopia á sus autores. ¿Quién logró pacificar las fronteras de Nuevo León y Tamaulipas? Ambos Estados le deben

á él su bienestar. ¿Cómo es posible, pues, que se levante en armas quien siempre ha sido pacificador? Un dislate de tal magnitud, sólo cabe en la cabeza de un "científico."

11.—Mal han conocido á Reyes los que lo consideran capaz de fomentar discordias. Precisamente, ahí está su mérito más grande: en ser leal al gobierno del señor Presidente Díaz. Y, llevado de esta lealtad, no obstante los ataques personales que le han dirigido los miembros del Partido Científico, él no se ha defendido, dejando que sus adversarios políticos gocen en su obra.

12.—Eso sí, cuando el general Díaz acabe con su benéfica misión gubernativa, no les aseguro á los secuaces de Compte la libertad del campo; porque, para entonces, es muy fácil que el general Reyes tome la ofensiva, y devuelva golpe por golpe, contando con el apoyo de toda la nación, ó, al menos, con la ayuda de la mayoría. Este sería el resultado final de las intrigas en su contra, pues tanto va el cántaro al agua, hasta que se hace pedazos: entonces comenzará el período de las represalias, siendo de rigor que no hay deuda que no se pague, ni término que no se cumpla.

13.—Por hoy, los "científicos" deben de agradecerle al señor Presidente que tenga encauzadas muchas voluntades opuestas, sujetas las fuerzas más disímbolas y encontradas; pero, una vez

desaparecida esa formidable palanca que sostiene la unidad de los mexicanos, el Partido Científico habrá concluído su misión, y todos sus jefes acudirán suplicantes ante el general Reyes ó ante don Joaquín Baranda, para demandar un empleo con que mitigar el hambre.

14.—En éste mundo, todo se acaba: la existencia de las cosas humanas en su ser lleva el límite.

IV

El Partido Científico no quiere pensar en esto, porque, sin embargo de ver la constante transformación de todo lo que abarca el universo mundo, sigue en su excelente tarea de acarrearse enemigos, esto es, elementos de destrucción. Y lo peor de todo, es que, en su anhelo de atacar á determinados individuos, para asegurarse de la Presidencia, lastima los intereses de la república.

Cualquiera tendrá el derecho de interrogar: ¿qué clase de ciudadanos son esos que pretenden mermar las fuerzas vivas del país, dejándolo inerme?

Por hoy, los países más grandes son aquellos que disponen de mejores ejércitos. Es una verdad, puesta fuera de duda, que el poder de una nación estriba en sus fuerzas vivas. Por más que se ha hablado de una paz universal, de un des-

arme general, los congresos reunidos con tal fin, en el terreno práctico, nada han podido lograr. A raíz de la Conferencia de la Paz, celebrada en la capital de Holanda, los Estados Unidos se lanzaron á conquistar á Cuba, Filipinas y Puerto Rico, so pretexto de intervención amistosa. El mismo coloso del Norte se apodera de Panamá, desmembrando el territorio de un país pequeño y desolado por la guerra civil, á fin de extender su poder de invasión.

Además de estos dos casos, después del acuerdo pacífico de La Haya, dos potencias arden en guerra internacional en estos momentos, ambas signatarias del tratado. Y lo más curioso es, que una de ellas se lanza á mansalva, hiere por la espalda; porque hacen fuego sus buques antes de la declaración oficial de la guerra. Si bien es cierto que la conducta alevosa de ese país tiene que costarle caro, el hecho es elocuente: no sólo no es posible la paz general, sino que, en tratando de intereses de conquista, las naciones todavía no pueden observar los principios internacionales que justifican una guerra.

No pudiendo atenerse á una paz estable, que garantice los derechos de los pueblos, es necesaria la fuerza bruta, principio formidable de un nuevo derecho. Para llegar á él, hay que formar ejércitos bien disciplinados y con armamento moderno. De lo contrario, no habrá justicia posible;

pensar en un desarme general, en una paz duradera, es pretender lo imposible: la realidad de los sueños.

No me desvío, si aseguro que la integridad territorial, la independencia de un pueblo, requieren fuerzas para sostenerlos. Sin elementos ofensivos y defensivos, la existencia del pequeño sería un imposible: el débil en su propia constitución lleva el germen de muerte.

Ninguna nación poderosa ha sido lo que es, en gracia de la suerte ó de la fortuna; las grandes potencias deben su esplendor al formidable empuje de sus ejércitos terrestres y marítimos. Lo cual prueba que, sin fuerza viva, no habrá poder ni grandeza, toda vez que éstos estriban en la pujanza del armamento.

Napoleón atraviesa toda la Europa, debido á la superioridad de su ejército; Alemania vence á Francia porque disponía de mejores elementos de combate, y el Japón subyuga á los hijos de Confucio, porque su poder guerrero es mayor. Las potencias europeas se respetan recíprocamente, porque todas ellas mantienen en pie de guerra formidables escuadras marítimas y potentes columnas de tropa terrestre. A no ser esto, unas á las otras se devorarían, valiéndose de la superioridad; pero el nivel de los elementos destructores las hace guardar una relativa armonía entre sí.

La Gran República ha surgido en medio del poder de sus armas, y extiende sus dominios, porque le temen y nadie se atreve á reprimirle su ambición. Esta es la razón de que se vaya comiendo á los países pequeños, para darle ensanche á su imperio y poderío. ¿Qué importa la flagración del derecho? Para los poderosos, el derecho jamás puede favorecer al pequeño. Pasa en las naciones lo que en los individuos: el rico es sabio, hermoso y de honor; mientras ¿quién sabe apreciar las virtudes de un pobre? Aquél es capaz de todo lo bueno y su honra no tiene tasa, entre tanto que éste no vale nada, porque los méritos de un mísero mortal nada significan, y carece de honra. Si ese desheredado de la fortuna sufriese los cambios de la suerte, de deshonrado que era, el poderoso le rinde vasallaje y lo sienta á su lado públicamente.

El pez chico es el manjar del grande. Lo igual acontece en el mundo humano: las naciones grandes avasallan á las pequeñas. Por consiguiente, así es como se explica que todos los países procuran aumentar sus fuerzas, disciplinando ejércitos y construyendo barcos de guerra. Más preocupa ahora á los Estados reforzar sus elementos de combate que impulsar la industria y fomentar el progreso; porque el dominio de los factores de la guerra dan la estabilidad y el orden: los ejércitos y acorazados son los formidables cen-

tinelas del desarrollo en un pueblo. Asegurada la paz exterior, *de facto* queda asegurada la interior, dejando libertad para dedicarse á las labores del adelanto.

VI

Por esto son los afanes de todas las potencias de primer orden en formar buenos soldados. Es una mentira que haya paz sin ejércitos: si en todas épocas llegó á ser una necesidad el mantenimiento de la fuerza armada, esta necesidad hoy es imperiosa.

Cuando se ven los elementos de guerra, el respeto se impone. Pero tampoco el poder reside en el número tan sólo, sino en el número y calidad del ejército. Numeroso fué el ejército persa, al pasar por el Helesponto, y, sin embargo, no pudo obtener grandes jornadas contra Grecia, porque los helenos eran más disciplinados y más valientes.

Deduzco que, al número, hay que agregar la calidad de la tropa: el ejército de Napoleón pudo ser muy corto en la guerra de Crimea, pero era de una superioridad indiscutible en disciplina. Componían las huestes de Gran domador de Europa los mejores soldados del mundo: á la disciplina que supo darles el jefe, unían el valor, la resolución y el arrojo. Las tropas de Napoleón

eran formadas por hombres que no volverá á ver la vieja Francia; por lo mismo, no le fué difícil pasear sus legiones á través de poderosos países europeos.

En los grandes ejércitos hay que procurar la selección de la oficialidad, porque de ella depende el éxito en los combates. La clase de tropa es la carne de cañón; muchas veces el soldado simple sirve de parapeto al jefe que dirige la acción que se libra. Un ejército es tanto más poderoso, cuanto puede contar con número competente de oficiales instruídos y que conozcan perfectamente su deber.

Se habrá visto que en las grandes batallas sólo se hace mención de la buena ó mala táctica de la oficialidad, y esto es lógico: siendo los oficiales la cabeza pensadora en las filas, á ellos están subordinadas las tropas, á quienes tienen obligación precisa de instruir.

Infiero de aquí, que de los conocimientos científicos de la oficialidad depende el triunfo; porque este es el resultado directo de la fuerza de los ejércitos, cuyo valor efectivo tiene que residir en la oficialidad. Prueba esta verdad el triunfo del Japón sobre China: esta última nación puso en pie de guerra centenares de miles de hombres, pero de nada servían, por la falta de instrucción militar y de elementos para armar á sus oficiales y tropas; en cambio, los nipones, menores en

número, disponían de mayores conocimientos modernos.

Justo apreciador de todas estas circunstancias, el general Reyes fundó la Segunda Reserva, cuyo objeto no podía ser más patriótico y noble. Pensó darle á la nación una cifra abrumadora, en tiempo de combate, de soldados instruídos y perfectamente dispuestos. Sólo sus feroces enemigos pudieron atribuirle intenciones dañadas, cuando sus ideales fueron darle á la república cuerpos disciplinados y con amplios conocimientos de la guerra moderna.

Hasta la fecha, nuestro ejército se ha compuesto de un contingente forzado. Aunque la oficialidad, en pequeña parte, ha salido del Colegio Militar, no se me podrá negar que la tropa la forman puros reclutas analfabetas, que ingresan en las filas de nuestro ejército porque los obligan. Las deserciones son muy frecuentes, dadas las muchas causas que tramita la Corte Militar. Y si bien es cierto que algunos delincuentes no pertenecen al orden de los desertores, sino que obedecen á otras causas, también lo es que, en la mayoría de los casos, los militares instruídos raras veces delinquen. Esta circunstancia fué una razón poderosa para el general Reyes, al crear la Segunda Reserva.

Los reservistas acudían á los ejercicios é ingresaban en la nueva institución de una manera v-

luntaria, y es claro que los voluntarios tienen más cariño á la profesión de la que forman parte. Resultando que la Segunda Reserva, preparando á jóvenes voluntarios, los que en todos los países son más valientes y decididos, prestaba un poderoso contingente al ejército, porque aumentaba su oficialidad con jóvenes patriotas y de conocimientos vastos.

Esto, en tratando de los que ingresaban luego á las filas. Pero este no era el objeto primordial. El fin más grande de la Segunda Reserva era otro: tener disponibles á unos 100,000 voluntarios en horas difíciles para el país. Y 100,000 hombres, perfectamente preparados, no adquiridos en fuerza del reclutamiento, representan las fuerzas unidas de medio millón, y tal vez más. Pues hay que considerar que la Segunda Reserva, salvo poquísimas excepciones, la componían personas de elevada ilustración y jóvenes de las mejores clases sociales; los cuales, después de múltiples ejercicios y estudios previos, formarían legiones napoleónicas.

Vista así la cuestión, ¿era ó no útil la Segunda Reserva? Se necesita cerrar los ojos á la razón, para no palpar, desde luego, los servicios que estaba llamada á prestar. Confesemos que la idea no puede ser más grande, porque es sublime é hija de un cerebro militar de muy elevados quilates.

Por otra parte; en México, dado el atraso in-

telectual en las tropas del ejército, el uniforme ha llegado á constituir un escarnio social, porque los individuos que lo llevan, en vez de crearle el respeto, lo han desprestigiado. Si en otro tiempo no se pudo remediar tan grave mal, ahora sí estamos en circunstancias de hacerlo, á fin de preparar el carácter militar del pueblo. Las tendencias de la Segunda Reserva eran esas; porque viendo las altas clases sociales uniformados á sus hijos, le perderían la repugnancia al uniforme y se acostumbrarían á verlo con cierto respeto, como distintivo de los defensores de la patria.

Ignoro, pues, el odio que se los llegó á profesar á los reservistas. ¿Qué importa que, en tiempo de guerra, el patriotismo nos impulse á todos al combate, si no sabemos manejar un fusil? Nuestra fuerza tiene que estribarse en el mayor ó menor grado de ilustración; sin conocimientos previos de la guerra, ineptos para aprovechar el uso del armamento moderno, podremos ser unos grandes patriotas, pero nunca un pueblo militar y guerrero.

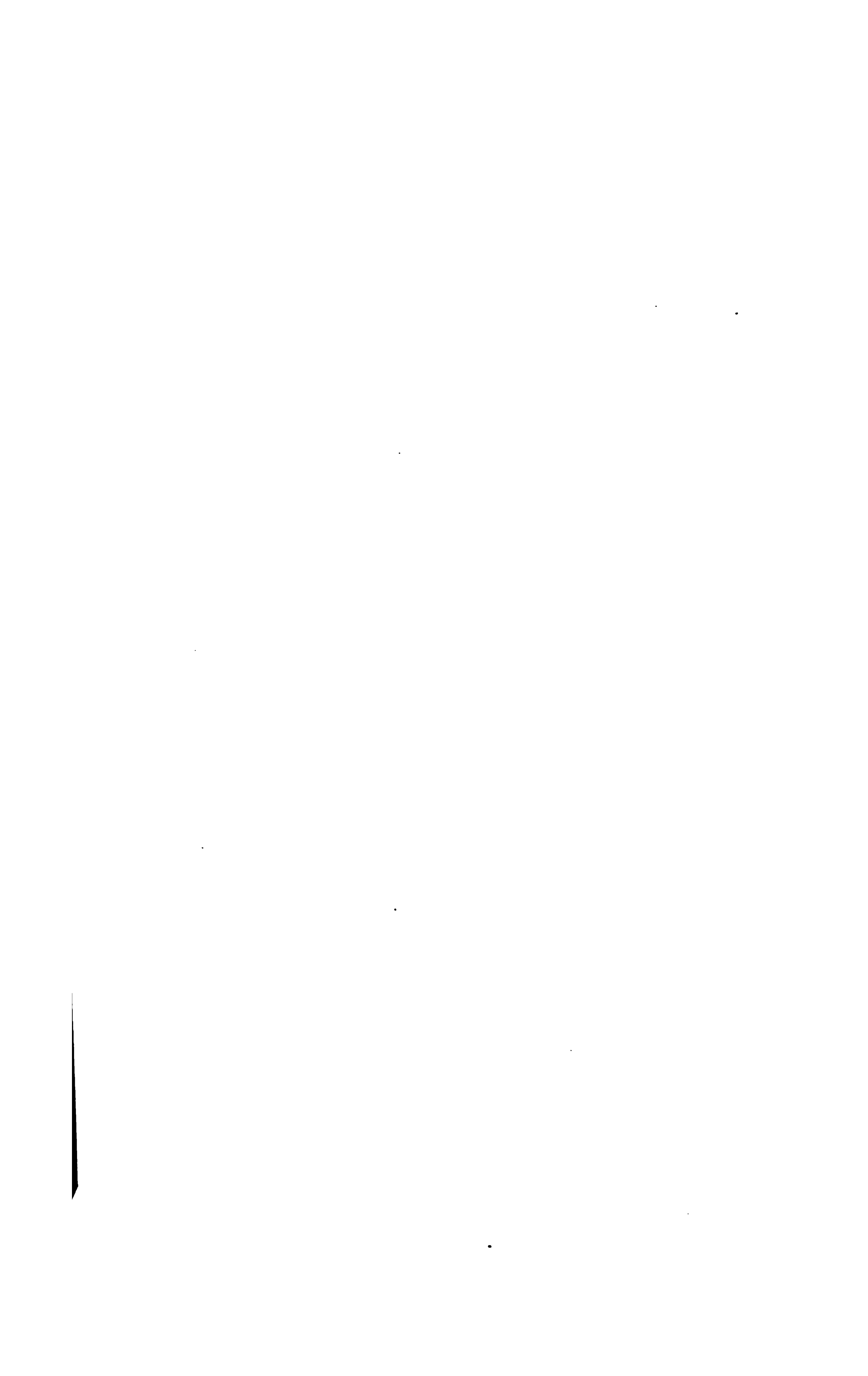
Los boeros pudieron resistir por algún tiempo el poder de la Gran Bretaña, gracias á la formación militar y disciplinaria de tan heroico pueblo; de lo contrario, la derrota hubiera sido según lo dijo el pueblo inglés: segura en dos días. Pero los ingleses se engañaron; los héroes del Transvaal, desde pequeños se ejercitan en la guerra.

Que los militares viejos hicieran una brillante carrera en el ejercicio de las armas, peleando, advierto que los tiempos los favorecieron para el caso; y yo quisiera, aunque no haya más héroes, que no vuelvan aquellas épocas terribles para la república. No hay razón para que los veteranos del ejército odien á los "reservistas;" pues, mañana ó pasado, llegarán momentos fatales en que la nación necesite de ellos. ¿Y qué es mejor, apelar al reclutamiento forzoso, ó lanzar al campo de guerra un ejército compuesto de hombres disciplinados, instruídos y hábiles? La Segunda Reserva daría huestes de pura oficialidad instruída.

Además, con esa institución, se forma el pueblo para la guerra; y de dos países en la lucha, ya se sabe á quien favorece la victoria: al que tenga ejércitos mayores y de mejor calidad.

Creo firmemente que la supresión de la Segunda Reserva es un mal paso de la Secretaría de Guerra, sin entrar á calificar los móviles que la impulsaron á ella.

¿Así son los triunfos de los "científicos"?



CAPÍTULO XXV.

La guerra al militarismo.—Los ataques de los "científicos" al ejército.—Generales que protestan.—Una agrupación política de altos fines.—Indignación nacional.

I

Llama verdaderamente la atención el proceder del Partido Científico, aunque no debiera, pues todo el mundo conoce los manejos de sus adeptos; por consiguiente, á ninguno debe extrañarle que procedan de éste ó del otro modo. Personas que han fijado nuevos principios á las leyes morales, siempre han de tramar bases también nuevas para el derecho público. Por lo mismo de sus caprichosas doctrinas, la república los estudia detenidamente, porque están afectados de una enfermedad rarísima, que ya estriba en locura política, delirio de gobierno ó éxtasis de mando. De ahí la razón poderosa y contundente de que, como el imán atrae al ace-

ro, los jefes "científicos" atraen hacia sí á todos los rábulas del derecho y reclutas del entendimiento, para que sirvan de tropa vil y arremetan contra las instituciones más sagradas del pueblo. Cada cacique "científico"—no se los puede llamar de otra manera—tiene un estado mayor, compuesto de títulos jurídicos sin profesión, venidos de lejanos Estados del país, y son los parapetos de carne humana, tras de los que se ocultan los verdaderos enemigos de la nación: con la sola diferencia de que el tal núcleo de leguleyos, en vez de militares de valor y graduación, son una especie de mozos de cordel que van de ministerio en ministerio, impetrando los favores de los señores Secretarios de Estado, de los altos empleados del gobierno, á nombre de sus amos y señores. Que hay un hombre que se atreva, por convicción de credo y patriotismo probado en los campos de batalla, á publicar las infamias de tantos políticos de conveniencia, como faltan los principios fijos en las jefes y son hipócritas hasta el extremo, difamadores del pueblo, refutan en la sombra, ocultan sus nombres, y con los fondos de la nación, mendigan la publicidad de las imprentas del gobierno, mandando á humillarse ante el mismo que han insultado como militar, cualquier "barrilete." Eso sí, los emisarios los "científicos," á fuer de no significar nada, social ni políticamente hablando, se presentan

como señores feudales, henchidos de altanería y orgullo, á recabar del superior la ejecución de una especial gracia, concedida por el señor Presidente; y no contentos aún, injurian al mismo que les otorgó la merced, llamándolo "rey."

Tengo en cartera un dato precioso á este respecto. Un individuo, humilde servidor de un magnate "científico," ante el cual siempre va descubierto, no ha mucho, se presentó á la Secretaría de Fomento, reclamando la ejecución de una "graciosa orden" del señor general Díaz, para que se publicara en los talleres de imprenta de ese ministerio una obra política que, supongo, tenía por objeto defender al señor Limantour de los justos cargos que últimamente se le han hecho, no como particular sino como funcionario público, aspirante á la Presidencia de la república. Tan altanera fué la actitud del conserje "científico," que creyó estar hablando con otro de su misma clase. Lo cual prueba que los partidarios del señor Secretario de Hacienda no merecen tener por jefe á un hombre todo educación y pulcritud, pues al señor Limantour le concedo las más exageradas finezas sociales.

Tal es la constitución del Partido Científico, que sus miembros son limosneros con palos; pues no creo que una gracia se pida con la fuerza armada, porque quien otorga un favor, harto hace con sólo hacerlo Y ¿quiénes son los emisarios

para exigirle á un Secretario de Estado para que los atienda "preferentemente," sacrificando los intereses de la nación? ¿Qué sambenito tienen los hijos de Mill y Spencer? El que sean "científicos," no creo que justifique una gracia preferencial.

Por otro lado: las refutaciones políticas se hacen con fondos propios, pues no existe una partida en el Presupuesto Nacional que asigne gastos para defender á una facción política, altamente inmoral. Creo que al señor Secretario de Hacienda se le ha atacado con recursos particulares; la equidad y la justicia reclaman una réplica en igualdad de circunstancias.

Pero—está visto—los "científicos" quieren cargar á la república hasta sus gastos personales; me temo que, mañana ó pasado, llevados de su inflexible lógica, estemos en el inminente peligro de contribuir para la seducción de viudas y los banquetes en honor de los semitas mexicanos.

II

¿Esa misma gente será la que hace también la propaganda en contra del ejército? Con hombres desterrados por una mano militar, estoy en disposición de asegurar feliz éxito en los ataques al militarismo: han podido acertar con la elección de los medios, pues el despecho es un magnífico

aliciente para el triunfo de una causa, y más si esa causa es política. Abogadillos sin facultades para ganarse un pan, escritorzuelos sin tamaños para concebir grandes ideas, poetastros de lira inmunda, periodistas dignos de la horca, tal es el cuadro que forma el centro "científico." Sin embargo, ¿esta es la tropa que se atreve á insultar al ejército? ¿Estos ignorantes son los que condenan el militarismo y repudian los gobiernos de régimen militar? ¿Tan grandes son los enemigos de Reyes? . . . .

No cabe duda, aun existen audaces, que, faltos de dotes intelectuales, piensan salirse del común de las gentes. ¿De qué modo? Afiliándose á los "científicos," á esa pléyade de "sabios" financieros que compran bonos á cuatro y medio, para venderlos á cuatro. . . .

No persiguen los respetables jefes "científicos" otro fin que la Presidencia; y, para llegar al logro de sus deseos, echan manos de tantos rábulas. En las agrupaciones civiles precisan las clases: unos son jefes, otros lugartenientes, y los demás allá individuos de tropa. Los partidos políticos son lo que los ejércitos: la graduación forma la fuerza. Aunque la oficialidad, en las luchas políticas, es necesaria, la tropa no deja de serlo: por lo mismo que un oficial requiere más instrucción, sus obligaciones son mayores que las del simple soldado, que no tiene más que prestar obediencia

á su inmediato superior, quien está en el deber de instruírlo para la batalla. En los combates, se considera de gran presa de guerra la adquisición de un oficial, mientras que la prisión de un soldado no significa mucho. Como el soldado es la carne de cañón, mientras más prisioneros de esta clase, menor será el blanco de las balas.

Considero, pues, de poquísima significación el concurso de la tropa inferior en el campo enemigo, porque los soldados "científicos" son reclutas que buscan el pan seguro; siendo hoy de ese partido, mañana podrán ser del que primero triunfe. Como es imposible la victoria política del Partido Científico, tanto mozo de cordel tendrá que morir de hambre, cuando se retiren del campo los "spencerianos," que no debe tardar mucho.

Muchos méritos han hecho los "científicos," todos ellos para asegurarse la posición gubernativa.

III

Se ve que el partido del Secretario de Hacienda tira por lo sano; esto es, dirige sus flechas contra el elemento que lo perjudica en sus planes. ¿Cómo conseguir su objeto? La manera no puede ser más sencilla: encontrándose el enemigo en las filas militares, el medio seguro es atacar al ejército y al gobierno que de él emana. Esta es

la razón de los últimos cargos hechos al elemento militar y al militarismo. Desde luego, que no pudieron repudiar ni á lo uno ni á lo otro, sin haber lastimado al Presidente de la república, militar y militarista; y esto, á pesar de que mantiene á tanto badulaque.

Al ver su obra tenebrosa, lanzaron el "meaculpa," pidiéndole perdón al general Díaz; pero el eximio y perspicaz estadista ya los conoce, simuló perdonarlos; aunque pecadores de ese jáez nunca pueden arrepentirse, por llevar en su propio ser la especie del pecado. Por lo mismo de la actitud del Primer Magistrado, creyeron estar ya completamente rehabilitados de nuevo con la gracia del gobierno, y publicaron aquella famosa obra de su nervioso defensor, que no es otra cosa que la corroboración de los cargos primeros hechos al ejército y al militarismo: cual nuevos Iscariotes, ellos mismos se echaron la soga al cuello.

Entre tanto se ensañaban contra el elemento militar, los miembros más ameritados de nuestro ejército, no pudiendo tolerar las injurias embozadas de los "científicos," lanzaron duras protestas. ¿Estaban en su derecho? Es evidente que todo ciudadano, por ley natural, debe defenderse, porque la propia defensa es legítima.

No existe militar que no se haya indignado por los ataques injustos á los militares: si es cierto que

los cargos tenían miras especiales, porque iban dirigidos, por caminos torcidos, al general Reyes, no es posible justificar una conducta tan punible, pues la dignidad de nuestro aguerrido ejército quedó hondamente lastimada. Se explican las protestas de los distinguidos jefes militares, hombres valientes y nobles, inclusive el mismo señor Presidente, quien no debe haber visto la conducta de los "científicos" con ojos serenos, ni oído aquella tempestad de denuestos de un modo indiferente: pudo disimular, dada su elevación en el gobierno; pero de ser prudente á pasar por alto los insultos contra el ejército, va mucha distancia.

Sea porque así conviene á los intereses del país, sea porque obedeciesen á las indicaciones del general Díaz, los altos miembros militares guardaron reserva sobre la indignación que les causara el proceder infame de ese partido surgido en gracia de la benéfica influencia del militarismo. Existe una orden, emanada del Presidente, que prohibe á los jefes del ejército tomar parte activa en publicaciones políticas; y esta disposición es fácil que haya ejercido peso en los militares de alta graduación. Pero fueron tan duros los cargos hechos al militarismo, tan terribles los cuadros que los "científicos" presentaron á todo el país, en los que fueron actores los militares, que, no obstante la prohibición dada de antemano, dos ameri-





tados generales, héroes de la guerra contra los conservadores, rompieron el silencio y protestaron. La protesta se publicó profusamente y el pueblo la recibió con inusitado júbilo, creyéndola atrevida, valiente y justa.

Los partidarios del libre pienso llegaron á creerse inmunes, con derechos para injuriar, pero refractarios á los ataques. ¿Quién les dió tal inmunidad? ¿Los rábulas que los rodean? Por más que pregunto, nadie se atreve á contestarme.

Tan errónea creencia, hizo que se sorprendieran, cuando los generales don Francisco O. Arce y don Sebastián Villarreal publicaron su enérgica protesta. Apelaron los amigos del señor Secretario de Hacienda á la ley prohibitiva que tienen que acatar los militares, en tratándose de política. ¿Qué razones alegaban para acallar á los expresados y distinguidos jefes? La inmunidad política, el ser ellos los directores intelectuales del pueblo, por más que yo pregunte quién les ha dado esa dirección.

El señor Presidente, como era natural, en vez de llamar al orden á los generales Arce y Villarreal, debe haber aprobado el proceder de estos jefes, que volvían por el honor del ejército mexicano, abnegado hasta el sacrificio. Fué entonces cuando los "científicos" comprendieron que estaban metiendo la pata horrorosamente, pues la indignación del general Díaz se hacía visible:

refrenando el eminente militar los ímpetus violentos, se redujo á aprobar tácitamente lo que él no pudo hacer, por el puesto que ocupa. Estoy seguro que, de no ser don Porfirio Díaz el Primer Magistrado de la nación, él hubiera sido el subscriptor de la protesta, y el más grande defensor público del militarismo; mas su posición oficial lo ha imposibilitado. No habrán olvidado los señores "científicos" los hechos de armas que lo llevaron á la Presidencia, en la cual lleva ya cinco lustros: los acontecimientos son casi idénticos.

IV

Todas estas bajezas han sido necesarias é indispensables para que el pueblo sepa con quién se las tiene que ver. El ejército y los militaristas, por su parte, ganan, pues su causa ha venido á fortalecerse con la fundación de un poderoso partido político, formado por todos los elementos nacionales.

Retrocedamos un poco.

A raíz de la primera reelección del general Díaz para la Presidencia de la república, algunos de sus partidarios llegaron á formarse en clubs, para festejarlo y felicitarlo cada aniversario de su ascenso al primer puesto del país. Bien que la nación, cuando llegó á posesionarse de las do-

tes de su gran gobernante, comprendió perfectamente que él era el único de su estimación y aprecio, y toda ella lo favoreció con su aplauso y voto. Cansados de revueltas, los mexicanos deseaban una era pacífica; había faltado hombre que les diese lo que ellos anhelaban: el general Díaz fué el designado por la Providencia para darle nuevo giro á la política. A colmar los deseos del pueblo, se dirigieron, desde luego, todas sus atenciones.

La conducta del Presidente le acarreó toda clase de simpatías de parte de sus gobernados, congregándose en torno suyo, á fin de trabajar por la paz que hacía falta. Mientras la mayoría de los mexicanos celebraba de buena fe sus triunfos, los doctrinarios "científicos," con el fin de ver el partido que le podían sacar, comenzaron á hacer gestiones para acercarse á él. Fingieron adhesión á su persona, y formaron una sociedad que, hasta hoy lleva el nombre de "Círculo de amigos del general Díaz." El objeto de la singular agrupación es comer y beber á costa del Tesoro, y adular cada día onomástico del Presidente, ofreciéndole un regalo.

Aunque el "Círculo de amigos del general Díaz" parece que no reviste carácter político, sí es eminentemente político; pues de su seno surgió la Convención Nacional Liberal. Que esto es un hecho, no hay más que comparar los nombres

de una y otra agrupación; lo que sucede es que los "científicos" siempre han hecho política para su propio provecho, preocupándose muy poco por la amistad ofrecida al Presidente del país, en cuyo torno giran para ver las ventajas que sacan.

De manera que la agrupación de los tales amigos, que realmente son enemigos, no la estableció el Partido Científico para recompensar, en nombre del pueblo, los servicios del general Díaz prestados á la república; es un medio para comer hasta indigestarse á la sombra de un ciudadano morigerado, sobrio y virtuoso, que, de buena voluntad, estrecha unas manos intrigantes. Deduciendo que el famoso club no produce bienes positivos á la nación, sino el sacrificio de la patria en aras de las ambiciones personales de cuatro ó cinco traficantes ferrocarrileros ó banqueros, sin credo fijo ni política sana. Para los que se dicen amigos del Presidente, ya lo creo, no hay más amistad que las concesiones ventajosas de la Secretaría de Hacienda; por lo demás, son tan católicos como Lutero y tan patriotas como los "científicos" y los clericales.

En cambio, si el "Círculo de amigos del general Díaz" no es partidario de su política, si desde el año de 1896, funge un partido verdaderamente político y compuesto por hombres de valer y admiradores del Presidente, conocido con el nombre de "Círculo Nacional Porfirista." Este par-

tido, convocado y formado por el señor coronel don Antonio Tovar, de una manera desinteresada, fomenta en el espíritu público la devoción hacia la persona del general Díaz. Su mesa directiva ha hecho esfuerzos inauditos por hacer propaganda: sin ejercer el apostolado de que alardean los "científicos," se puede decir que sus miembros han sido los únicos que han acudido al sufragio libre para allegarse votos en pro de la candidatura del actual gobernante. Sacrificando los intereses personales, han podido demostrar al país que el "Círculo Nacional Porfirista" persigue nobles ideales democráticos, enseñando al pueblo sus derechos de ciudadanía. Desde que se fundó, debido á los activos trabajos del coronel Tovar, partidario incondicional del Presidente, jamás se ha desviado ni un ápice de sus propósitos: no serán mentores, ni "científicos," ni sabios los que forman ese partido, pero no se les puede negar el patriotismo sano que los guía.

Bajo la dirección acertada de una mesa directiva compuesta de ciudadanos competentes, como lo son: don Antonio Tovar, presidente, don Carlos de Olaguíbel y Arista, don Ireneo Paz, don Juan de Dios Peza y don José María Castellanos, 1º, 2º, 3º, 4º y 5º vocales; don Francisco Romero, don Benito Juárez, don José Casarín y don Antonio Alvarez Rul, secretarios los tres primeros y tesorero el último; en 1896, por medio de

un sufragio completamente democrático, recogieron, de toda la república, algo más de 500,000 votos en favor del general Díaz. ¿Han hecho algo igual los que se dicen sus amigos?

V

Para mí, el "Círculo Nacional Porfirista" fué la única agrupación política en el país; pues, si es cierto que todos los que la dirigían llevaban por mira única sostener la candidatura del general Díaz, tampoco hay que negar el mérito de todos sus trabajos, buscando votos espontáneos y voluntarios, estableciendo juntas locales en todo el país. Algunas energías se necesitan para obtener, en una nación que aún no conoce ni sabe apreciar la bondad de sus instituciones, 500,000 votos; el mérito de esa labor, perseguida por la mesa directiva del Círculo Nacional Porfirista, es incalculable, pues preciso es confesar las dificultades que se presentan en casos idénticos: en nuestro país, el pueblo le tiene horror á los comicios electorales, porque creen los ciudadanos incultos que ir á voto es un delito, cuando es una prerrogativa constitucional, un derecho el que se ejercita.

Al período siguiente, en 1900, la labor dismi-

ıyó en dificultades; pues, gracias á las juntas ·cales, el "Círculo Nacional Porfirista" logró ı intento con mayor éxito. Nótese que la agru›ación expresada jamás hizo propaganda en fa›or de otro candidato que no fuera el general Díaz, pues el señor coronel Tovar nunca ha querido separarse de su primer objeto: la continuación del general Díaz en el poder, porque así conviene á los intereses del país. Esta conducta laudable, en vez de ser admirada por los "científicos," les causó indignación, porque esa gente no sabe apreciar el mérito de los amigos leales del Presidente, como que ellos nunca han sido leales á nadie.

Próximas las nuevas elecciones presidenciales, pretendieron ejercer dominio en una agrupación ya establecida, fuerte y vieja. Procediendo así, creyeron aprovecharse de los elementos preparados en favor de su candidato. A sus pretensiones, como era natural, se opuso el presidente del Círculo, hombre honrado y digno, é incapaz de una traición á sus principios. La negativa del coronel Tovar fué tomada como un reto formal, y en frente de los partidarios leales del general Díaz establecieron lo que se llama Convención Nacional Liberal, que ni es convención ni es nacional, ni es liberal; no es sino albergue de intrigantes políticos, hipócritas y falsos, quienes, aprovechándose de los elementos proporcionados por

un grande amigo, atacaron á las instituciones militares.

No era difícil prever los resultados; los "porfiristas" ganaron en tiempo, y obtuvieron la victoria. Los "científicos," todos humillados y confundidos, quisieron volver sobre sus pasos, retractándose de sus malas acciones; pero la nación, indignada por los ultrajes inferidos á sus hombres de armas, no aceptó el arrepentimiento.

En vista de tan vergonzosa derrota, ¿qué han hecho los llamados intelectuales? Seguir la conducta de siempre: trabajar por la causa de un ciudadano que haría infeliz á la república, reduciéndola á la esclavitud de los hombres ambiciosos y de miras bajas y mezquinas.

Hoy contemplan los "científicos" cuánto vale la lealtad. No quedándoles otro recurso, ahora vejan á los "porfiristas," llamándolos ignorantes. Aunque los hijos de Spencer jamás podrán justificar ese epíteto, estoy en condiciones de asegurar que el Partido Científico es más ignorante que todos en política, porque en él se anidan todos los melenudos imbéciles. No deben ser tan ignorantes los partidarios del general Díaz, cuando supieron triunfar de los que se consideran como los más sábios de México. ¿Dónde está esa sabiduría? ¿Dónde la ciencia de que hacen alarde los amigos del señor Limantour? A excepción de los jefes del partido, á lo sumo diez, los que

formaron la Convención Liberal, entre todos, no valen por lo que representa la mitad de un solo ciudadano útil.

Ahora que ellos se llamen mentores del pueblo, esto no significa nada; esto quiere decir que se apropian un adjetivo que no les corresponde. Cuando los demás les den esa calificación, que lo dudo, entonces ya estarán en aptitud de proclamarse como los intelectuales del país.

VI

Adelantando al Partido Científico, el Círculo Porfirista ofreció su contingente al Presidente para que siguiera en el puesto en el próximo período administrativo. Este paso le acarreó las simpatías del pueblo mexicano, porque ve en él á una agrupación de altos ideales, y no al que persigue fines bastardos.

Las glorias de los "porfiristas" fueron motivo para que los convencionistas rabiaran de coraje: no pudiendo emprenderla á bofetada limpia contra ninguno, hicieron hincapié en las supuestas depredaciones cometidas por el militarismo. El encono "científico" acabó de ponerlos de relieve, porque el ejército y el pueblo están identificados entre sí.

Y á pesar de que los "porfiristas," según los

"científicos," son unos ignorantes "presididos por otros dos ignorantes;" mientras los famosos oradores echaban la casa por la ventana, convocan á asamblea general y, con aprobación unánime, hacen más extensivo su programa político: en vez de Círculo Nacional Porfirista, se constituyen en Partido Nacionalista, ofreciendo al Presidente, no la simple adhesión de un círculo, sino de toda la nación mexicana.

El general Díaz los recibe gustoso en audiencia privada á principios del corriente año y aplaude, con todas las veras de su alma, el programa del nuevo partido, cuyo objeto principal es inculcar en todos los corazones mexicanos el amor hacia uno de los derechos más sagrados de los pueblos democráticos: el sufragio popular.

Los jefes del Partido Nacionalista lanzaron sus proclamas en grandes carteles, anunciando la fusión del Círculo Porfirista en el nuevo partido político. Expusieron los deseos que los impulsaban á la fundación de un partido eminentemente nacional, que diese cabida en su seno á todos los hijos de la nación, desde el funcionario público más encumbrado hasta el artesano más humilde. Porque el programa republicano democrático no exceptúa á nadie en el ejercicio de los derechos constitucionales.

De modo que, mientras los "científicos" sólo llaman á sus congéneres en ideas filosóficas, el

Partido Nacionalista no hace distinción de ideas religiosas: los "científicos" son sectarios, los nacionalistas son mexicanos. ¿Quiénes predican mejor la democracia? Los ideales del Partido Nacionalista son sublimes, en tanto los de los convencionistas "científicos" son de trascendencias pérfidas. Así lo ha de haber comprendido el señor Presidente; por este motivo aprobó la conducta seguida por los directores del nuevo partido.

Reconozco, por lo mismo, la bondad de la agrupación que llama al pueblo entero á las urnas electorales, haciendo efectivas las prerrogativas del sufragio libre.

Forman la mesa directiva de Partido Nacionalista los mismos, poco más ó menos, que formaban las del Círculo Porfirista.

1.—Coronel don Antonio Tovar, presidente. Este ameritado militar partidario decidido del ejército, no porque pertenece á él, sino por afecto á las instituciones militares, es el alma y vida del partido. Al señor Tovar se le deben grandes trabajos políticos en favor del general Díaz, del que es particular amigo.

Es diputado al Congreso de la Unión, cuyo cuerpo legislativo ha sido presidido por él varias veces; y fué gobernador del Estado de Morelos en 1883.

El coronel Tovar es un hombre de carácter, y

enemigo de los "científicos." Siendo tenaz en todas las empresas, no hay que dudar del triunfo absoluto del partido que preside ahora, porque es el único centro democrático.

2.—Don Carlos de Olaguíbel y Arista, diputado al Congreso y periodista, es el vicepresidente del Partido Nacionalista. El señor Olaguíbel es un buen patriota; y, aunque fué partidario del general González, ahora se ha afiliado como todos los "gonzalistas," al partido del actual gobernante, y no hay por qué desconfiar del buen éxito de sus trabajos en pro de una causa nacional.

3.—Los señores don José Casarín, don Manuel L. Villaseñor, don Juan de Pérez Gálvez y don Wenceslao Cervantes, son secretarios; don Donaciano Morales y don Manuel Vidaurrázaga, prosecretarios; don Antonio Barrios y don Francisco Ituarte, tesorero y subtesorero, respectivamente.

Todas estas personas son honorables.

4.—Don José de Landero y Cos, acaudalado banquero y opulento propietario de la república, es uno de los miembros más distinguidos de la sociedad de México, y fué uno de los que compusieron la Comisión Monetaria, oponiéndose al cambio del talón monetario. Aunque no soy de la misma opinión del señor de Landero en este sentido, confieso sinceramente que sus doctrinas,

hasta última hora conocidas por mí, son las únicas del partido de la plata dignas de tomarse en cuenta, pues van precedidas de argumentos de empuje y que acreditan á su autor de hombre de negocios y de gran observador.

Goza el señor de Landero de un gran prestigio, sobre todo en el Estado de Hidalgo, donde disfruta de general reputación como persona de ideas firmes. Creyente, sin ser clerical, tiene que ser un gran factor político é inclinará la balanza al lado donde él esté. Afiliado al Partido Nacionalista, indica tan sólo patriotismo; pues no teniendo necesidad, dada su colosal fortuna, de las intrigas políticas, milita en el grupo que cree que salvará á la república del naufragio que la pueda amenazar.

Fué Secretario de Hacienda en los comienzos de la actual administración.

Los miembros del partido, tal vez antagonistas en ideas religiosas, respetan al venerable anciano, como los griegos respetaron á Néstor en el sitio de Troya; porque estiman al correcto caballero, saben aquilatar las virtudes del ciudadano y apreciar las prendas del varón instruído, prudente y recto. De ahí que, en el Partido Nacionalista, el señor de Landero y Cos es una gran presea de inestimable valor, como su miembro importante.

5.—El licenciado don Demetrio Salazar, dipu-

tado al Congreso y vicepresidente del partido. En el Círculo Porfirista, ocupó un gran puesto este letrado; por esto, los "científicos" le tienen un odio grande. Activo, inteligente y magnífico amigo, es incapaz de cometer una bajeza política. Descendiente de una familia netamente liberal, profesa principios heredados de sus mayores. Puede asegurarse que el señor Salazar es el propagandista político más resuelto, llevando la contraria del Partido Científico, al grado de no perdonar medio para desbaratar sus planes nocivos.

6.—El licenciado don Manuel Garza Guerra, hombre de excelentes cualidades, también forma parte activa del Partido Nacionalista; comparte los honores de la victoria con el resto de sus compañeros y está resuelto á toda clase de campañas políticas.

Excuso decir que todos los nacionalistas son militaristas, adictos al Presidente y á su gobierno militar. Las bravatas de los "científicos" y sus injurias al ejército constan ya en los apuntes del Partido Nacionalista, y en breve, los transmitirá á sus juntas locales, para que las conozca toda la república.

Partido del pueblo y para el pueblo, solamente lo es el Nacionalista, porque acoge en su seno á todos los mexicanos. Es fácil también que tenga algunas deficiencias, pero éstas tienen que llevar-

las toda institución humana, y mayormente si es de reciente fundación.

Somos nuevos en la vida democrática; por lo tanto, nuestra marcha tiene que ser lenta. Mas— hago constar—que es mil veces superior el Partido Nacionalista al Partido Científico, porque aquél tiene un programa fijo, y es democrático, en tanto que éste no se apoya en base segura y conocida. De aquí infiero que el Partido Nacionalista está llamado á muy altos fines políticos: enseñar al pueblo sus derechos constitucionales, en verdad que es sublime todo esto.

CAPÍTULO XXVI.

NACIONALISTA, ¿ES LO MISMO QUE UNIONISTA? —EL PARTIDO NACIONALISTA ¿ES ADICTO AL MILITARISMO?—¿EN QUIÉN DEBE RECAER LA VICEPRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA?—EL SEÑOR CORRAL, DESDE EL PUNTO DE VISTA PATRIÓTICO, NO DEBE SER VICEPRESIDENTE.

I



ABIÉNDOME inclinado á la política seguida por el Partido Nacionalista, alguien ha de extrañar mi conducta, después de manifestar ideas sobre la formación de otro partido con el nombre de Nacional Unionista; y tal vez no falte quien advierta alguna contradicción en mis doctrinas.

Me apresuro á manifestar, de nueva cuenta, que, aceptando en mis "Partidos Políticos" la formación de un partido con tendencias á unir en una sola voluntad á todos los mexicanos, de ningún modo me contradigo, pues mis intenciones son que exista una agrupación eminentemente

nacional, en contraposición de la "científica," ya se llame simplemente "nacionalista," ya "nacional unionista." Para mis propósitos, el nombre no significa gran cosa, toda vez que el objeto es el mismo. Aquí la diferencia es de detalle; y, aunque una palabra puede cambiar el fin exclusivo de un proyecto, en el presente caso no implica un cambio radical y absoluto.

Además, yo tengo deseos que exista un partido nacional, en el que ingresen todos los mexicanos con derechos expeditos constitucionales; que él se llame de uno ó de otro modo, es cuestión de palabras. Los mismos personajes que dí á conocer como aptos para la jefatura de ese partido, pueden, con el mismo carácter, reforzar el ya existente, si es que éste cumple, como no lo dudo, con las bases de su fundación. Mi idea principal es que, siendo los que apunto como grandes figuras políticas, las cabezas más sanas del país, en su torno se congregarán los ciudadanos, sin temor de tener que sufrir un atropello constitucional; porque, instruídos por ellos, ejercitarán todos sus derechos sin coacciones de ninguna especie, y podrán favorecer con su voto al personaje más idóneo y patriota para ejercer el mando supremo de la república.

Creo que tales son también las tendencias del Partido Nacionalista: los deseos de éste y los míos propios se encaminan á la unión de los me-

xicanos, á la fusión de las diversas facciones políticas existentes en un solo partido formidable, bien preparado para las luchas electorales. Como los nacionalistas no se atreverán á exceptuar á ningún ciudadano del concurso general, no debo repelerlo de mi programa, máxime cuando tenemos las mismas ideas sobre la conveniencia de que el actual Presidente prosiga en el poder.

Que el Partido Nacionalista tenga sus defectos, éstos son inherentes á toda institución humana, y en mayor escala si ésta es política y de reciente creación. Cuando se haga vieja la idea, eche profundas raíces y sea bien conocida, ya se depurará de los pequeños lunares que tenga. Por hoy, es fuerza empezar, y las cosas que comienzan, tienen que caminar de una manera lenta.

Urgidos por las circunstancias del momento, á fin de impedir el avance malévolo de los "científicos," se emplean los elementos que estén más á mano; y esto es lo que ha pasado con el Partido Nacionalista: fué su creación hija de las necesidades de la época actual. A pesar de su corta edad, ya cuenta con una victoria sobre el Partido Científico, fundado para sostener la candidatura de Limantour. Cuando los grandes políticos que yo señalo entren en acción, la resistencia del Partido Nacionalista ó Unionista será formidable.

Teniendo las mismas ideas sobre la existencia de un partido político de altos y nobles fines, no

creo incurrir en contradicción, apoyando á los nacionalistas, máxime cuando ya están hechos grandes trabajos.

Por lo demás, tanto la palabra "unionista" como la "nacionalista" son convencionales; pues una y otra son términos de las circunstancias, acomodaticias. Aquí, llevando los mismos ideales y refiriéndose á la concordia que debe existir entre todos los mexicanos, teniendo el carácter ambas de derivadas, no difieren en el concepto; por consiguiente, son iguales é idénticos por la significación; pudiendo agregar la palabra unionista, que es el nombre que yo escogí: Nacional Unionista.

II

¿Qué fines persigo yo con un partido "unionista"? Cuáles son los que persiguen los "nacionalistas"? Yo, aconsejando la formación de un centro político, manejado por hombres patriotas y hábiles, deseo que el pueblo todo entre en el movimiento político, ejercitándose en un derecho que es la base de nuestra institución democrática: que elija á sus funcionarios por voto espontáneo y sin influencias ni imposiciones de tres ó cuatro favorecidos por la suerte. Hoy por hoy, el pueblo ha vivido alejado de todo lo que significa sufragio; los destinos electorales han estado



Wenceslao Jorvidez



en manos de los caciques, adictos á este ó al otro personaje colocado en envidiable altura en gracia de tal ó cual intriga palaciega, tramada en la sombra. Tal sistema, en un país republicano, ya es tiempo que desaparezca, y que la colectividad sepa cuáles son las prerrogativas que tiene. Para llegar á este final, urgen los grupos directores, los partidos que enseñen; y como los "científicos" se quieren adjudicar el título de apóstoles, haciendo que todos los derechos populares recaigan en ellos, proclaman la aplicación de la perniciosa máxima de Luis XIV: "El Estado soy yo," los ciudadanos de buenas intenciones y firmeza de voluntad están en el deber de arrancarles la presa, si no se quiere el hundimiento de la nacionalidad.

Por todas sus obras, dan á entender los "científicos" que son unos bajos, impulsores del desorden y propensos á arruinar al país. Se les ha metido entre ceja y ceja ascender, aunque el pedestal del tal ascenso político sea de traiciones y calumnias: el caso es gobernar, que para nada importan los medios para subir al gobierno. Firmes en sus propósitos, para cortar obstáculos que obstruyen el paso, atacan inhumanamente al ejército y al militarismo, hiriendo con la misma piedra al mismo Presidente.

Pues bien, los encargados de la defensa nacional están en el deber de destruir ese partido de hom-

bres peligrosos y nocivos: tales son mis ideales.

No creo que persiga otros el Partido Nacionalista; por lo mismo, existe una concordancia entre sus ideales y los míos. Pudiendo aprovecharse de una institución que ya tiene vida, ¿por qué no hacerlo? Mi patriotismo queda—y con creces—pagado, con haber hecho propaganda, desenmascarando á los enemigos de la nación; no pretendo tener mayores triunfos. Sin conocer de antemano las constituciones de ese partido, llevados de los mismos propósitos, hemos ido á converger al mismo punto: la salvación de la patria, á cuya defensa tengo el valor civil suficiente para consagrarle todo lo que soy.

Afortunadamente, no participo del orgullo satánico que anima á los "científicos;" reconozco la bondad de una obra, no importando de donde venga. De aquí que me incline ante el mérito de una causa virtuosa, aunque se cubra con harapos; de estrechar la mano de un sabio, aunque sea un mendigo; de admirar al patriota, aunque esté mutilado, y de rendirle pleito homenaje al héroe de la humanidad, aunque descienda de humilde hogar. Con reconocer el mérito y la virtud, estimo al que los ostenta, quien se exhibe como un sér superior á los demás. El que tributa demostraciones de respeto á quien los merece, señala á los seres extraordinarios del género humano.

Presente esto, ¿qué me importan las apreciaciones de los enemigos de los "nacionalistas?" En primer lugar, yo juzgo conforme á mis convicciones, sin admitir consejo en política; y en segundo, estimo en mucho lo que soy, para fijarme en los conceptos vertidos sobre mi persona. Yo tengo por base invariable de conducta no aceptar indicación alguna é ir contra de la corriente; porque esta es la manera de escupirle el rostro á esta sociedad compuesta de seres tan rastreros y miserables.

Admiro, pues, á los nacionalistas, porque están constituídos en sólida base democrática.

III

Para los hombres políticos, la cuestión más candente en estos momentos es la Vicepresidencia de la república, iniciativa presentada al Congreso de la nación por la Secretaría de Gobernación, y que será elevada á la categoría de ley en breve. Para suponer tal cosa, tengo presente la aprobación de veinte y tres Legislaturas locales, número que, según el artículo 127, de la Constitución, pasa de las dos terceras partes, exigidas por él. Así es que, tan luego como abra sus sesiones ordinarias el Congreso, la iniciativa del Ejecutivo se elevará á ley y dejará restablecida

la Vicepresidencia, surgiendo las elecciones para ese puesto al mismo tiempo que para el de Presidente.

Si á la generalidad de los ciudadanos preocupa la Vicepresidencia del país, con mayor razón á los políticos. Si es cierto que tenemos un cuarto de siglo sin movimientos de alguna significación, pues la voluntad del pueblo ha sido que el general Díaz continúe gobernando, de dos ó tres años á esta parte, se nota animación política, debido á la avanzada edad del Primer Magistrado.

Es natural que, en este movimiento, haya de todo; personas de nobles fines y otras de bastardos. A estos últimos pertenecen los del Partido Científico.

Los que conocen la constitución robusta del señor Presidente, están tranquilos, porque le auguran aún muchos años más de vida. Desgraciadamente, aunque los que estimamos los méritos del general Díaz deseáramos que no muera, esto tiene que suceder; y el seguro acontecimiento es lo que despertó el espíritu público, al ser presentada al Congreso la iniciativa para la creación de la Vicepresidencia.

Estamos todos pendientes de quién ha de ser el Vicepresidente; porque, de todos modos, no será otro que el que el Presidente designe: dados los importantes servicios del caudillo, es seguro que su opinión en el caso será de mucho peso.

Esto lo sabe toda la república. Pero ¿quién será el Vicepresidente? Aun los más sagaces en política se pierden en conjeturas, pues de las altas esferas del poder no se trasluce nada.

Los personajes que unas y otras facciones designan son, hasta hoy: el licenciado don José Ives Limantour, Secretario de Hacienda; el general don Francisco Z. Mena, Secretario de Guerra y Marina; el general don Jerónimo Treviño, aspirante hace veinte á la Presidencia, y don Ramón Corral, Secretario de Gobernación, autor de la iniciativa. No faltan algunos que se inclinen á señalar, como un hecho cierto, á los señores licenciado don Joaquín Baranda ó don Teodoro A. Dehesa, gobernador de Veracruz.

¿Cuál de los seis sea el que apoye el general Díaz? Es difícil adivinarlo, dada la profunda reserva que el señor Presidente acostumbra observar en todos sus actos. Yo me atrevo á asegurar que, no obstante la insistencia con que se señala á los seis expresados señores, es muy probable, para desconcertar á todos sus partidarios, que no sea ninguno; sino que surja el Vicepresidente de una persona no designada hasta ahora, y sea más capaz y de la confianza del pueblo.

El Vicepresidente tiene que reunir las mismas condiciones constitucionales que el Presidente. Partiendo de este principio fundamental, los

"científicos" fracasarán con la postulación del señor Limantour, que, incapacitado por el artículo 77 de la Constitución para la Presidencia, tampoco está en aptitud de ser Vicepresidente. Para ambos puestos se requiere la ciudadanía mexicana POR NACIMIENTO. Hasta el cansancio se ha repetido que el Secretario de Hacienda no es mexicano POR NACIMIENTO. Luego carece del carácter constitucional para ser electo Vicepresidente.

Algunos rumores han asegurado últimamente la renuncia de Limantour á la Vicepresidencia. Yo no debo creer estos murmullos, porque supongo que el Secretario de Hacienda no habrá perdido el sentido común, pues renunciar un puesto que ni existe todavía y que nadie le ha dado, es una atrocidad filosófica. Si es cierto que el general Reyes rechazó un caso probable, pero lo hizo anticipándose á los amigos que creyeron oportuna una coyuntura para adular al gobernante de Nuevo León: queriendo vivir tranquilo, creo que supuso llegado el momento de retirarse de nuevos movimientos, secundando las indicaciones. Y si he de decir verdad, tampoco fué oportuno el general Reyes, pues no se puede renunciar una probabilidad; ni tampoco impedir que el pueblo le confiera un puesto de su confianza: una vez electo, está en su derecho de no aceptar, declinando el honor. Pero mientras

que no sea un hecho la postulación, lógicamente, es un desacierto político rechazar lo que no se tiene.

También confieso que, hasta cierto punto, el gobernador de Nuevo León tenía sus razones particulares para proceder así, razones de las que carece Limantour en lo absoluto. Mas el general Reyes, como patriota, tendrá que acatar la orden del pueblo mexicano.

Ha probado, pues, poca cordura el "leader" positivista con renunciar lo que no le ha propuesto el pueblo; ni tampoco es posible que se le propusiera un empleo que no podrá desempeñar POR NO SER MEXICANO.

Para el general Treviño existen argumentos poderosos y de orden confidencial para que no sea Vicepresidente; mas, si la opinión lo señalara, tendría que desprenderse del Partido Científico, enemigo del pueblo que lo elevaría, lo cual juzgo muy difícil que haga. Pero, de cualquier modo que sea, sería más aceptable que Limantour.

Respecto del general Mena, hay más probabilidades; pues, si es exacto que no ha inventado la pólvora en achaques administrativos ni políticos, lo recomiendan muchas prendas personales que lo acreditan como hombre leal al Presidente, capaz de ser manejado con un cabello. Como yo, todo el país está en la inteligencia de que, á pesar

de los pocos recursos de inventiva intelectual de parte del Secretario de Guerra, en cambio no tiene ambiciones y lo juzgo incapaz de intrigas; pudiendo ir al sacrificio personal por salvar al general Díaz en cualquier evento desgraciado.

Así, siendo este señor Vicepresidente, haría lo que el general Díaz le indique, mientras el señor Presidente viva. Mas como la Vicepresidencia es para los remotos casos de que falte el Presidente, entonces las dificultades quedan en pie: el señor Mena no llenaría su papel, no por falta de voluntad, sino de medios propios.

IV

A mi juicio, es más apto el general Treviño para el caso; porque, además de una brillante hoja de servicios militares, sería una garantía para la república, con sólo alejar de su lado á los "científicos," peligrosos para cualquier gobernante.

El Partido Científico, fracasadas sus gestiones en favor de Limantour, no se conformaría con su suerte: haría surgir la postulación de don Ramón Corral, hechura del Secretario de Hacienda, á quien le es deudor del puesto que hoy ocupa. En este caso, el señor Corral, "científico" por todos lados, empuñaría la bandera de los "científicos"

y harían éstos con él lo que desearan hacer con Limantour.

Por ahora, viéndose en la imposibilidad los satélites de Compte de salir avantes con su "leader" predilecto, se conformarían con replegarse al pabellón de los políticos que él mismo fabricó.

¿Puede el señor Corral ser Vicepresidente? Es claro que, de poder, constitucionalmente, puede; porque lo ampara la Constitución: está en las condiciones del artículo 77. Lo que no le es dable al Secretario de Hacienda, al de Gobernación no se le puede negar: es mexicano por nacimiento: y goza, por lo tanto, de las prerrogativas constitucionales marcadas por la Carta Magna de la república.

Los que señalan á este funcionario con las probabilidades del ascenso y lo incluyen en la lista de las personas antes expresadas, han tenido presente esta circunstancia. Pero como los rumores no son ni pueden ser leyes, cabe preguntar: pudiendo el señor Corral, ¿debe ser Vicepresidente del país?

Aquí cambia ya la cuestión. Entre el poder y el deber, hay la misma diferencia que entre la ley y el capricho. No negando, pues, el derecho que le asiste, como ciudadano, al Secretario de Gobernación, tengo que sostener el que NO DEBE ser Vicepresidente, porque no conviene á los intereses nacionales que el ser Corral lo sea.

Se ve, pues, que la discusión toma aquí distinto giro que en tratando del señor Limantour: ESTE NO PUEDE, AQUEL NO DEBE.

Examinemos.

¿Qué antecedentes políticos justifican la elevación de Corral? Para mí, no existen ningunos, al no ser que la fortuna que posee sea signo de competencia. En Sonora, aspirando á un puesto en el gobierno local, comenzó á atacar á la administración de un gobernante antagonista, desde las columnas del periódico, fundado, como todas las hojas de provincia, para hacer oposición sistemática. El cambio operado, lo hizo ascender á diputado local, secretario de gobierno, y—lo que no se esperaba ni él mismo—el Centro lo puso al frente del gobierno. Durante su administración, no creo que se hayan llevado á cabo ningunas mejoras, ni gestión alguna que indicase un impulso extraordinario al Estado. Debiendo ser Sonora una de las Entidades más adelantadas, debido á su proximidad á los Estados Unidos, hasta la fecha, no obstante sus poderosos elementos de riqueza, no se palpa ningún movimiento de progreso notable; ni siquiera el proyecto de una vía herrada que una al Estado con el resto del país y lo acerque al Centro, existe: retirado de la capital, para venir á ella, hay que dar la vuelta por la Confederación Americana, por no haber otro medio más directo.

Debiendo haberse empeñado en algo de provecho, se conformó con seguir los pasos virreinales, lo mismo que hace su aliado y sucesor, el señor Izábal.

Con tales antecedentes, el general Díaz, á fin de mejorarlo, lo eleva al gobierno del Distrito Federal. Su frecuente trato con Limantour, hizo que éste influyera, á la caída de Reyes, para que el señor Presidente ascendiera al gabinete al señor Corral, desempeñando la Cartera de Gobernación.

Tal es la larga biografía del señor Corral. No veo ninguna nota sobresaliente que lo acredite como un gran funcionario público, ni mucho menos como un eminente político. Su carrera ha sido muy rápida, y, en política, mientras más aprisa se sube, la caída tiene que ser más terrible y lastimosa, dado que ese camino se recorre lentamente y con mucho cuidado.

Como "científico," el señor Corral es enemigo político del Presidente.

La prensa extranjera, sobre todo la norteamericana, le atribuye dotes extraordinarias de gobierno; ¿en dónde están ellas? Yo no he podido todavía admirar algo que indique mano hábil y certera en el manejo de los asuntos de Estado. Cuando el señor Corral ascendió á la Secretaría de Gobernación, por más que lo quisieran, los periódicos no encontraron datos biográficos sen-

sacionales que publicar; se redujeron á decir que "contribuyó mucho á la extinción de la peste en Mazatlán." Pero esto que juzgaron como mérito del señor Corral, le corresponde al señor Presidente.

Que el Secretario de Gobernación sea un ciudadano que promete con el tiempo, yo no tengo razones para dudarlo; máxime cuando tiene disposiciones para el estudio y es todo un caballero fino y educado. Mas estas cualidades no bastan para ocupar el alto puesto de Vicepresidente y tener la confianza del pueblo. Habiendo tantos conciudadanos de magníficos antecedentes políticos, hay que trabajar por el ascenso de quien lo merece, porque el Vicepresidente es de grande significación en México: decir Vicepresidente, es lo mismo que decir Presidente, y la república tiene la obligación de premiar á sus hijos distinguidos y notables, de los que hay gran número.

Por otra parte, el señor Corral, como "científico," tiene aspiraciones de gobernar al país con los argumentos filosóficos de Spencer, y el carácter de nuestro pueblo pide un gobierno de sable; esto es, la imposición del militarismo, repudiado por el Partido Científico. Curioso sería el caso de que, pidiendo la nación un sistema de gobierno, se le diese otro distinto; viniendo á un choque, que daría por resultado la revolución civil, por fortuna ya olvidada.

¿ Estaría conforme el ejército con un orden de cosas tan inestable, propenso á la discordia? Que el choque de militaristas y civilistas provendría, mandando el señor Corral, es seguro, porque los "científicos" se despacharían con la cuchara gorda, humillando al elemento militar, firme base de las instituciones populares.

Por esta razón, el Secretario del Interior, desde el punto de vista patriótico, no debe ser Vicepresidente. El general Díaz tendrá presente todas estas circunstancias respecto de este candidato.

No sólo se requieren condiciones constitucionales para ser Vicepresidente; hay que reunir, además, cualidades de historia y especiales, de las que carece el señor Corral. Ni se crea, por esto, que le tengo alguna animosidad; pues, desde el punto de vista personal, es todo lo contrario; ha podido, sin conocerlo, arrancarme un aplauso de admiración. Y, cuando deje de pertenecer al bando de Limantour, estará más preparado.

El único capaz, á pesar de su avanzada edad, para la Vicepresidencia, es el señor licenciado don Ignacio Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores. Si este gran diplomático mexicano, honra de la república, asciende, habría una tregua en nuestro movimiento político; pues no hay ciudadano que no sepa apreciar lo que vale este eximio hombre de Estado, en cualquier terreno. Es

muy fácil que el Presidente lo tenga en cartera para el caso, dados los importantes servicios prestados durante su vida política. Hábil político, profundamente instruído, sabio jurisconsulto, jamás ha querido encabezar partidos de ningún género: su política ha sido la del Presidente.

El señor Mariscal es de conducta inmaculada; ni lícitamente ha querido medrar á la sombra de su empleo; por esto mismo se le considera como el ministro más pobre del gabinete, siendo un blasón de gloria su reducida y escasa fortuna. Partidarios de este personaje serían todas las facciones políticas, porque su espíritu conciliador y apacible le atrae amigos y admiradores.

Tampoco faltan opiniones que designen al licenciado don Joaquín Baranda, ex-Secretario de Justicia, hombre lleno y liberal probado en el campo de los hechos. No es de dudarse que vuelva á la política activa este personaje, pues tiene mayores méritos para ello que Limantour y Corral; porque le preceden terribles combates parlamentarios por la libertad y los derechos del hombre. El señor Baranda es uno de los más eminentes juristas del país, y la patria debe aprovechar sus conocimientos: parece que vive olvidado, pero su política es viva y sorda, y, en cualquier momento, el Presidente tiene que utilizar los servicios del viejo campeón tribunicio.

Considero yo al señor Baranda como un recur-

so de transacción entre los partidos existentes, porque impondría á su política el sostenimiento del ejército y el carácter militar, que es lo que le conviene á la nación.

No habiendo nada de cierto, es casi seguro que, como he dicho, el Vicepresidente surja cuando menos se piense, recibiendo todos los políticos el acostumbrado golpe que suele dar el general Díaz, en los momentos de prueba.

También señala la opinión pública al señor don Teodoro A. Dehesa, porque encuentra méritos en el gobernador del Estado más instruído del país para que ocupe tan elevado puesto. Creo muy acertada la elección, porque el señor Dehesa se ha mostrado como un gran estadista y mejor patriota.



CAPITULO XXVII.

LOS CLERICALES DESPIERTAN AL COMBATE POLÍTICO.—COMO ALIADOS DE LOS "CIENTÍFICOS," SON ENEMIGOS DEL EJÉRCITO Y DEL MILITARISMO.—LA PRENSA PERIÓDICA ES NOCIVA Á LOS INTERESES NACIONALES.—EL ESCÁNDALO NO ES POLÍTICA.

I

TODO lo grande que es el principio católico, lo tiene de bajo y mezquino el principio clerical; porque aquél eleva, dignifica al hombre, y éste lo sumerge en el fango de la impudencia. Sin embargo de esta verdad palmaria, los partidarios del clero viven encenegados en toda clase de excesos, sin querer fijarse en la majestad del mandato escrito. Como todos los hipócritas de que habla Cristo, cubiertos con la capa de la santidad, cometen los errores más inauditos que concebir puede la humana inteligencia. En vista de los hechos, en presencia de lo que pasa, quiero preguntar: ¿en nombre de

quién pregonan, sin temer á las voces de la conciencia, esas doctrinas que ni constan en los Sagrados Textos ni se encuentran en la Tradición cristiana? . . . .

Y podría esperar la respuesta para cuando la tierra deje de girar sobre su eje. Porque no habiendo algo que justifique tan atroz proceder, los políticos de Loyola, siguiendo su invariable conducta, guardarán silencio; porque el clericalismo es la política de las mujeres. Sea anatematizando la revolución del 93, sea condenando las formas democráticas de la república, los clericales entran en las conciencias débiles que rinden la cerviz, no en fuerza del argumento ni del poder de la razón, sino por temor de la amenaza. ¿Y será posible, será filosófico, será cuerdo aceptar principios emanados del capricho de un gremio que predica con el terror? La filosofía es una diosa tenue, transparente, que usa sutil túnica de bordados flecos, y penetra en el convencimiento sin amagos; se impone por su propio peso, sin acudir á los resortes de la fuerza bruta.

¿Y quiénes son los que se presentan ataviados de coraza y yelmo en medio de las colectividades? Es un escarnio para la bondad de una doctrina, que, los ministros de un Dios tan bueno, benigno y magnánimo se truequen en elementos de discordia, y, en vez del consuelo cristiano, aporten los medios revolucionarios, las medidas

destructoras. ¿Qué dirá el eximio Pescador, cuando esa turba de falsos apóstoles rinda cuentas de sus actos? ¿No se cubrirán el rostro de vergüenza? ¿No temblarán, dando con sus cuerpos en tierra, cuando se les exija la razón de sus punibles procederes? ¡Momentos terribles se les esperan á esos Calígulas de capucha!

Por más que se los dice que su misión es de paz; por más que se atrevan los ciudadanos honrados á denunciar la adulteración de la doctrina, cuando se espera el correctivo, llega la amenaza; porque, para cubrir impunidades, haciendo mal uso de las sublimes frases de Jesús, exclaman: "Yo juzgaré á mis cristos."

Bien. ¿Qué entienden los clericales por el "Yo juzgaré á mis cristos?" Si están en la inteligencia de que un delito humano debe quedar impune, desde luego, confieso que no han podido comprender la sentencia. ¿Cuál es el origen de las leyes humanas? Supongo que el derecho humano es emanación de un precepto divino, y por lo mismo, nadie puede infringir lo que ese derecho dispone.

Aun más: el mandato divino va más lejos. Si la ley castiga un hecho, el precepto divino establece el castigo también para quien piense quebrantarlo. Lo que equivale á decir: la justicia humana condena al infractor de hecho, en tanto la divina al que intente hacer algo malo, aunque no lo consuma.

Ya comprenderán los clericales que Cristo no pudo poner á sus cristos fuera de la acción penal; eso sí, estableció tribunales para todos, porque no hay criatura exenta de pecado. Que haya hecho una excepción en la forma de aplicar la ley á los criminales eclesiásticos, esto no quiere decir que los pusiera fuera del alcance de la misma ley, sino que los juzgará en tribunales propios, aplicándoles los castigos correspondientes.

Admitida una tramitación judicial, pues, en los expresados tribunales especiales, ¿han condenado alguna vez los obispos á los infractores? Cuando la Iglesia y el Estado estaban mancomunados, la condena se reducía á cambiarlos de lugar, como si el cambio de un convento para otro fuese un castigo: en el lugar donde delinquió el reverendo, había comida, blanda cama y robustas mujeres, las que nunca faltaban en el nuevo domicilio del delincuente. ¿Qué castigo era ese que dejaba al criminal en las mismas ó mejores condiciones?

Si esto acontecía cuando la unión de la Iglesia con el Estado facilitaba un duro castigo temporal, huelga decir que, hecha la separación, aunque los delitos eclesiásticos hubiesen aumentado, los castigos no se aplican: comete una atrocidad cualquier tonsurado, y queda cual si hubiese hecho una gracia.

Como el castigo á un delincuente es vindicar



Miguel Cárdenas



á la sociedad ultrajada, resulta que los clericales, cometiendo tropelías, nada los preocupa la sociedad.

Cristo quiso prevenir á las ovejas la obediencia á sus fieles pastores, pero también previno á los dignatarios de la Iglesia castigasen á los delincuentes, entregando á la justicia humana á los criminales reverendos. Pero los ilustres prelados ni aplican las penas, ni juzgan á su gente; y lo peor de todo, tampoco quieren que los tribunales del orden común castiguen á los ministros reos de delito.

II

Esto quiere decir que los señores obispos, con raras excepciones, quieren comentar la doctrina adulterando el principio. A esta adulteración nos opondremos siempre los católicos; porque, creyentes de convicción, no admitiremos quien ultraje las bases fundamentales de la Religión.

Yo no acepto doctrina alguna filosófica que no pase por el libre examen intelectual, porque nadie está obligado á aceptar lo que no entiende. En tratándose del dogma religioso, á fin de que los ministros cumplan con sus deberes de enseñar y doctrinar, la Iglesia niega la salvación al que no esté instruído lo suficiente en él. Lo cual

prueba que Dios abomina la ignorancia y exige previo conocimiento de sus cosas.

Por lo mismo, observador por intuición, he procurado investigar los fueros de la verdad, porque no quiero aceptar ni rechazar sin previo conocimiento de causa. Así es como soy creyente y católico, por convicción. Y al no escribir de memoria, reclamo de los clericales lo que la Religión establece: el cumplimiento de la fe protestada.

El principio religioso, siendo todo verdad, no entra con amenaza, sino por la convicción de su bondad. Cuando el terror infunde las ideas, es que estas mismas ideas no pertenecen á un orden de superioridad conocida.

Se dirá que, aunque sea por la fuerza, llega á dominar. Y entonces yo replico: toda religión introducida con la punta de las bayonetas, podrá tomar asiento en las conciencias á través del tiempo; mas esto no quiere decir que los nuevos adeptos de ella sean religiosos; serán todo lo que se quiera, menos creyentes. Por lo mismo, los indios de América, profesando la Religión Católica, eran tan idólatras como cuando rendían culto á Huitzilopochtli: orando ante la imagen del Pilar, entendían tanto como sacrificando víctimas humanas en aras de Quetzacoatl.

Ignorando los aborígenes los principios fundamentales de la nueva religión, para ellos signifi-

caba lo mismo. De ahí que se mezclasen en el culto sagrado cosas profanas, indignas de la alteza del Dios del Calvario. Sin ir más lejos: todavía á los pies de la Virgen de Tepeyacatl depositan los naturales comestibles, creyendo ofrecer algo utilizable á la Reina del Paraíso. Y es que el que no comprende los principios, infundidos á fuerza, desempeña el mismo papel que una máquina: se mueve inconscientemente.

De manera que los frailes españoles y otros reverendos seculares, creyendo haber conquistado almas creyentes, se equivocaron: nueva forma de idolatría se implantó en estas regiones. Me induce á creerlo así, el que ni los conquistadores eran capaces de propagar una doctrina religiosa que ellos desconocían. ¿Es conocer un principio cuando, cambiando de forma, se procura denigrarlo?

¿Qué diferencia había entre los sacrificios de los indios antes de la conquista y los autorizados por los clericales después de ella? Para mí, si salvajes eran los aztecas, más salvajes lo fueron los conquistadores "cristianísimos," porque los primeros obraban impelidos por la falta de conocimientos morales, en tanto que los segundos sabían que infringían los preceptos de una doctrina superior. De modo que, sea en honor del dios ídolo, sea en las hogueras de la Inquisición, el atentado del sacrificio humano era el mismo, más

grave, en tratándose de los españoles clericales, pues cometían delitos tan atroces y punibles en nombre de una religión santa y buena, como los aborígenes á la sombra de la idolatría.

Y existiendo la idolatría entre los mismos conquistadores, ¿será posible que los conquistados supiesen á cuánto alcanzaba la bondad de la doctrina nueva? Los errores todos se deben á las profesiones religiosas impuestas por las armas.

Afortunadamente, la Religión Cristiana no autoriza la profesión armada, pide que se la quiera y se la aprecie, después de conocida: entra por la belleza de su doctrina y la bondad de sus principios. Los clericales, valiéndose de ella, pueden cometer errores á su sombra, mas estos errores no están prescriptos en el precepto fundamental. Y todo hombre que predica ideales filosóficos y principios religiosos apelando al poder de la fuerza bruta, es que no tiene fe en la grandeza de su causa, y teme perder.

III

Entendámonos.

Los clericales, propiamente dichos, no son los ministros de ningún culto, mucho menos del católico. El clericalismo es la política clerical. Cuando los sacerdotes, conociendo sus derechos y los deberes que tienen en la sociedad, obran confor-

me al principio doctrinal, entonces hay que respetarlos, porque no se desvían de su papel; pero si, trocando su carácter pacífico y conciliador, entran á litigar en las cuestiones políticas del país, entonces dejan el objeto directo de sus funciones, y, saliendo de la órbita de sus atribuciones, se meten en terreno vedado, y de ministros del Señor, pasan á ejercer la tarea del clericalismo.

Más claro.

Algunos creyentes timoratos, comprendiendo yo su índole, pueden calificarme de descreído é irreligioso, mal aconsejados por algunos rollizos reverendos; por lo que creo de mi deber detenerme un poco en este asunto.

La palabra clericalismo no pasa de la revolución francesa en su origen. ¿A qué obedeció aquella terrible revolución? No hay hombre medianamente civilizado que no conozca los móviles que impulsaron á los guillotineros á devastar á París con tanta carnicería: habiéndose identificado el gobierno con los eclesiásticos, las cosas fueron de mal en peor, hasta que los franceses pretendieron sacudir el yugo, haciendo un escarmiento terrible en los transgresores del derecho público.

La guerra, pues, era contra los sacerdotes y sus congéneres. A los eclesiásticos y civiles que acudieron á defender el trono, se los llamó "cle-

ricales;" resultando el término "clericalismo," aplicado á la política del clero en las cosas del Estado.

Los revolucionarios franceses llevaban por base este apotegma: "El clericalismo, hé ahí al enemigo." Yo no creo que la frase se dirigiese á los ministros pacíficos del culto, sino á los ministros que se mezclaban en política.

Malamente, pues, los reverendos díscolos, valiéndose de la ignorancia de algunas gentes, quieren hacer aparecer como enemigos de la Religión Católica ni de sus sacerdotes buenos á los que lo son del clericalismo. Políticamente, yo excluyo la acción del clero del gobierno, porque soy partidario de la separación de la Iglesia y el Estado, en este período histórico, y, sin embargo, no soy enemigo del clero: el que no acepte á los sacerdotes en el gobierno del país, no significa aberración mía á los ministros del culto; para mí, el clero no debe inmiscuirse en las cosas de política.

Mas, desgraciadamente, los clericales, derrotados en todo terreno, se valen hasta de ardides de mala fe, á fin de desprestigiar á un ciudadano. Ya he probado ("Partidos Políticos") que los eclesiásticos buenos no deben intrigar; les basta, para cumplir con su misión, guardar una actitud neutra en política, y los inquietos y turbulentos, que no se conforman, es que no ingresan al mi-

nisterio sacerdotal por vocación de apóstoles, sino para asegurarse un porvenir.

El epíteto de "clericales," á esta clase de individuos corresponde; pero entiéndase que, dedicados á la política, algún nombre habían de tener. Los apegados al clericalismo, no lo hacen por el amor al carácter reverencial, sino porque así conviene á sus intereses. Y tanto los reverendos como la legión de viejos conservadores que los sigue, sin sér buenos católicos, forman un peligro político; pues, colocados á la sombra de un principio ó profesión general en la república, los ataques que á ellos se les dirigen hacen creer que van dirigidos á la religión, excomulgando á los que no tienen más pecado que haberse defendido.

Hubo un tiempo en que los reaccionarios clericales gozaron del privilegio de delinquir sin que nadie se atreviese á reprocharlos, porque entonces había aún cándidos que creyesen en la inmunidad política del clero. Podía un eclesiástico conspirar contra el poder, derrocando gobiernos, y hacía muy bien, pues sus actos se consideraban como intangibles. Ahora ha cambiado la perspectiva: bien comprendida la Religión, cada ciudadano—católico verdadero—sabe á qué debe atenerse. Que delinque un reverendo, á entregarlo á los tribunales; que conspira contra el gobierno, á fusilarlo; que los presbíteros importados de España, Turquía y Francia, son perniciosos, los

católicos pedimos que se los destierre, porque no hay sacerdote extranjero que por bueno abandone á sus lares. En suma, el clericalismo, en todas sus fases, es peligroso, y, como yo, lo repudian los católicos mexicanos.

IV

Ahí está la razón de que, no pudiendo los clericales justificarse ante la historia, hacen aparecer como enemigo del principio á quien ataca al clericalismo como elemento perturbador. Ya lo he dicho, y lo repito: el clericalismo es la política del clero, condenable, por lo mismo; no tienen que ver en esa condenación ni la Religión Católica ni el ministro del culto, que ambos son ajenos á las discusiones políticas del Estado.

Al defenderse con tales armas, los clericales no hacen más que continuar su hipócrita conducta, basada en perjudicar á media humanidad, sin ser capaces de dar de comer, como lo hizo Cristo, á ningún hambriento. Los clericales saben despertar al combate, aprovechando las circunstancias, porque, para todo lo que indica revolución, están listos, sin hacer preguntas. Lo contrario acontece: estableciendo Dios hacer el bien sin preguntar á quién, ellos investigan, confiesan al mísero que llama á sus puertas, hasta que declare cuán-

do, cómo y en dónde nació; para venir á brindarle UN CENTAVO, insuficiente para alimentar á un pájaro.

El clericalismo es abusivo, despótico, retrógrado, é hijo de las conveniencias personales. Un clerical, al igual que un "científico," puede darse golpes de pecho en el templo y prestar al doce por ciento cada mes, ó seducir á la mujer del vecino; que todas estas lindezas clericales y "científicas" pasan por el amor á la Divinidad. Porque—hay que advertirlo—clerical y "científico," sino son una misma cosa, sí son idénticos, por la causa común que ambos defiendan.

Es incuestionable, y esto cae por su propio peso, que los clericales son enemigos declarados del ejército y del militarismo. Siendo aliados de los "científicos," lo más lógico era comulgar con las mismas ideas, aunque sean deplorables.

Para que los clericales sean enemigos tanto del ejército como del militarismo, hay, además, otras razones poderosas.

El clericalismo es una institución política que vive á la sombra del catolicismo. Si es cierto que los clericales no son católicos, sino judíos, dado su amor al agio, no hay que negar que aparentan serlo. El ejército, desde la separación de la Iglesia y el Estado, es una institución que no admite, según el principio republicano–democrático, religión determinada, excluyendo de su se-

no á los ministros del culto que ingresaban antes con el carácter de capellanes. Por lo mismo que siendo el Estado neutro en religión, están reguladas por las mismas leyes las instituciones de su dependencia. De aquí que no acepte el ejército capellanes: quedan en libertad sus individuos para que, en lo particular, profesen las ideas religiosas que les plazcan. La ley prohibe el ejercicio religioso á la masa colectiva, como se lo prohibe al empleado del gobierno, mas no penetra en las conciencias, dejándole al soldado la libertad absoluta para ser creyente ó deje de serlo.

Declarado el divorcio entre la Iglesia y el Estado, era consecuencia lógica quitar de las manos del clero todos aquellos elementos que podrían ser medios de combate: la desamortización de los bienes del clero, la religión de Estado, la exclaustración de tantos reverendos encerrados herméticamente en amplios palacios monásticos, y la supresión de los capellanes del ejército, fuentes de posibles levantamientos. Disponiendo el clero de las conciencias de los soldados, gente reclutada la más, ya tenía para causar un nuevo dolor de cabeza, pues con las fuerzas vivas, aunque no tenga dinero, él sabría buscarlo para lanzarnos á la guerra.

La razón de la medida adoptada por la ley es magnífica: el Estado no prohibe la profesión de

fe al individuo, sino á la masa instituída en ejército. Y la prohibición reconoce por causa la neutralidad del poder civil, que no debe, sin infringir los principios de la tolerancia religiosa, optar por esta ó por la otra religión: se garantiza el ejercicio de todas, sin aceptar á ninguna como oficial y exclusiva religión de Estado. Tal proceder está justificado por la más pura democracia republicana, necesaria é indispensable para el progreso. Mientras que el clero impuso sus leyes, haciendo del gobierno lo que quería, la república estaba sumergida en el retroceso; lo que prueba que la tolerancia religiosa es la autora directa del impulso avasallador que ha podido engrandecer á la nación.

Si los clericales están convencidos de estas grandes verdades, aparentan no estarlo.

De modo que tal es la causa de que el clericalismo odie al ejército: como fuerza viva, no podrá ejercer imperio sobre él, presente el que la ley le prohibe la entrada. Con capellanes en el ejército, compuesto éste de personas algo incultas, dominaría el fanatismo, y ¡para qué se quieren mayores desastres!

Emanando el militarismo de la acción política del ejército, no hay para qué decir que el clero tiene á un enemigo en él; viniendo á ser su más terrible rival. Precisamente, el clericalismo le debe la caída completa de su poder á los militares;

de manera que, por razón natural, pugna por hacerlo venir abajo. Sabedores de estos poderosos motivos los secuaces de Epicuro, buscaron la alianza, para trabajar unidos.

V

Aunque no mayor, el militarismo tiene otro enemigo de consideración: éste lo constituye la prensa periódica, que está enteramente á disposición del Partido Científico.

La oposición que presenta la prensa menuda, me la explico: los periodistas famélicos se han atribuído, como los "científicos," el dulce nombre de apóstoles. Los clericales llaman á sus inválidos defensores "apóstoles laicos;" será, probablemente, porque á todos ellos los tienen á media ración de pan, y nunca pueden ostentar un estómago lleno. Los partidarios de Spencer, los intitulan "palancas del cuarto poder;" también ha de ser porque todos ellos usan muletas para andar, pues los periodistas "científicos" son todos cojos.

Sea lo que fuese; ya se llamen "laicos," ya "palancas," lo cierto es que la tal pléyade está constituída por seres incapaces de ganarse un pan, trabajando. Los periodistas mexicanos no tienen conciencia de sus actos, porque no pelean prin-

cipios suyos, sino que están á entera disposición del que los paga. Con el afán de viajar gratis, asistir á banquetes gratis, concurrir á los bailes gratis, y de llamarse "señor don," cualquiera piedra de colegio se afilia al periodismo moderno, y con mucho descaro se atreve á escribir sobre economía, política ó religión. ¿Qué opiniones buenas y provechosas podrá emitir un zángano melenudo que jamás ha podido saber lo que es derecho público?

Así es. Hoy cualquier horticultor ó barrendero de calles, con la misma facilidad con que maneja la escoba, quiere manejar la pluma y dar lecciones de política. Vaga por esas calles de Dios una gavilla de *reporters*, luciendo placas en el pecho y codeándose con los altos empleados del gobierno, que tienen la audacia de hacerse pasar por los publicistas más grandes del país, como si el ser publicista es cuestión de saber tan sólo cuántas letras tiene el alfabeto. Sin embargo, estos rábulas del entendimiento humano, "laicos" "palancas," ó lo que sean, forman los pedestales sobre que descansa el cuarto poder en México, En cualquier país del globo, los periodistas son personas de talento y de vastos conocimientos; en México, hasta el cargador de la esquina es un periodista

Esto da por resultado que el periodismo sea la profesión de los ignorantes entre nosotros, sien-

do que debiera serlo de los grandes y eminen enciclopedistas. Y no es que falten personas biles é idóneas, sino que pasa con la prensa riódica lo que con los grandes actores de te tro: cuando el mismo artista es el empresa procura escoger un personal mediano ó nul fin de que todos los aplausos recaigan sobre solamente; cuya figura tendrá que destacar de en-tre de las medianías que la rodean. Y empresa-rios los directores de periódicos, procuran tam-bién buscar perfectas nulidades que no les hagan sombra y sean fácilmente explotables.

Para explotar, no se necesitan talento ni ciencia; basta saberlo hacer. Y como el único objeto de los que así mismos se llaman palancas es vivir á costa de los demás, de ahí proviene que no reparan en medios.

Si el periodismo se compusiera de gente sensata, enhorabuena. ganarían con el sudor del rostro el pan; pero los periodistas mexicanos, sin credo propio ni convicciones políticas, son tan sensatos como los clericales y los "científicos:" en política, son explotadores todos. Nadie está obligado á prestar servicios sin la justa retribución, pero tampoco debe cobrar ninguno lo que no ha podido ganar legítimamente. Cuando se me pruebe que la prensa de la república lucha por principios sanos y patrióticos, quedaría en la obligación de rectificar.

Es muy difícil que se me pueda convencer de error, porque no yerra quien conoce los móviles indecorosos empleados por los supuestos apóstoles de la nación. Turba de ignorantes y falsarios, no tienen más conciencia que el pan que reciben en pago de los "estudios económicos" que de algún aspirante á "científico" publican.

No son los periodistas de México ni creyentes ni políticos, son los ateos del dinero; no son ni clericales ni "científicos," son convenencieros; no son instruídos ni inteligentes, son los audaces de la fortuna; no son valientes ni campeones, son unos seres atrevidos que juegan el todo por el todo: en una palabra, no defienden más que el principio de la propia conservación.

Visto así el asunto, ¿serán capaces de emitir opiniones los tales ciudadanos? ¿Podrán favorecer á este ó al otro partido? Así como defienden á Limantour y á su gente, que son pródigos en "emisiones pecuniarias," si el general Reyes ó don Joaquín Baranda aflojasen la guita, estos grandes hombres dispondrían de la prensa como elemento de combate. Pero—no sé si por fortuna ó por desgracia—aunque la política cuesta dinero, ninguno de los dos ha pagado á personas para que lo defiendan. Es cierto, en política, no deshonra la paga; pero tampoco es una deshonra no tener defensores pagados, ni periódicos que cobren á buen precio los artículos de-

fensivos. Considero como legítimo título de glo ria no cambiar metal acuñado por elogios.

VI

¿Cuántos periódicos independientes existen? ¿Quiénes los redactan? La prensa que aparece como semi-oficial, grandes sumas recibe del Erario. Y ¿para qué?. . . . Yo creo que las subvenciones que da una administración política obedecen á fines de defensa, tanto del gobierno general como de los locales: no es posible defender al gobierno general, atacando á los de los Estados, porque éstos son subalternos de aquél.

Si tal no puede hacer la prensa subvencionada, menos política en contra del jefe de la nación, como ha pasado con los periódicos pagados; pues mostrar política franca del lado del señor Limantour, una de dos: ó esta es la actitud del Presidente, siendo, por lo mismo, la elección del gobierno, ó esa prensa falta al objeto de la subvención. Lo primero no lo acepto, porque tengo razones que me demuestran que el general Díaz no puede simpatizar con la política de intrigas de los "científicos." Lo segundo. . . . lo segundo es un hecho, tanto más palmario, cuanto que el ataque al general Reyes indica una deslealtad al gobierno general, dador de la subvención.



Además, la prensa semi-oficial es de mala fe; tiene más pasiones que criterio: con tal de salirse con la suya, inventa, calumnia y difama. En este sentido ha llegado á tal grado, que muchas veces no halla uno á qué atenerse. Hace poco que, traduciendo un artículo político de periódico norte-americano, llegó al colmo del cinismo; pues, suprimiendo todo lo que hacía justicia á Reyes, hizo aparecer á éste como amigo de Limantour.

Se necesita mucho descaro para mentir. A los enemigos se los ataca de frente, no por las espaldas; y á cada quien se le da lo que le pertenece. ¿No sabrán traducir del ingles los periodistas semi-oficiales y, abusando de la bondad del gobierno, defensores de los "científicos?" En este caso, son unos ignorantes é imbéciles, que no merecen ni el agua que beben: cuando uno no sabe una cosa, se pregunta á quien más sabe.

Por otro lado; con una subvención de $60,000 ó más, cada año, ya hay para pagarle á un traductor competente.

Pero la prensa se ha propuesto denigrar al general Reyes, y, para obtener su objeto, no pierde coyuntura. Y luego agregan: "opinamos lo mismo que el periódico anglo-sajón."

Ahora, yo pregunto: ¿son capaces de opinar los *reporters?* Les niego la facultad del raciocinio; que sepan traficar con el escándalo, poniendo á tasa la conciencia, para eso, no necesitan

poder argumentador: con perder el decoro y la vergüenza, es más que suficiente.

La prensa clerical no le va en zaga á su congénere: compuesta de elementos accesibles á la demanda y á la oferta, navega á flote, predicando principios que no profesa.

Tal vez sean más ignorantes los periodistas clericales en política; porque si los "científicos" pasaron por las pruebas de vender cebollas, haciendo méritos para el periodismo, los acólitos de sacristía traficaron primero en nabos. Confirman esta ignorancia con tantos dislates cometidos en todos los ramos de la política. Y llama la atención esto, al grado de negarle al propagandista clerical hasta las nociones del sentido común. Es probable que esto provenga de "tantos ayunos y vigilias," pues que estos ribetes de reverendos practican lo que predican; bien que estoy en autos para asegurar que no conocen cuales son los preceptos de la Madre Iglesia.

Los desaciertos de la prensa clerical se explican luego, si se reflexiona que malamente podrían acertar en achaques administrativos, cuando ni los jefes tienen nociones de política. Se han distinguido los famosos cristianos últimamente, debido á la alianza pactada con los "científicos" para atacar á Reyes é insultar al ejército. Obedeciendo á esta conducta, brotó á defenderlos

aquel articulista de marras, del que hablé al principio de esta obra.

A mí me queda el derecho de no aceptar á la prensa periódica como un factor útil á la república, sino de calificarla como nociva á los intereses sociales. No conozco periódico honrado que no se deje llevar de las pasiones del momento y del odio sectario: el liberal se va como fiera contra el clerical, y viceversa. Resultando que, á falta de quilates intelectuales, sobran pasiones.

Existe, por otra parte, diferencia en la manera de comprender la independencia periodística, dando por resultado que ni los vendidos públicamente dejan de ser independientes. Pero, á través del escándalo sembrado en el hogar, en la familia y en la república, los hijos del cuarto poder hacen cuestión de Estado lo que es cuestión personal simplemente: no permiten la diferencia de opiniones. Son como los romanos: el que es enemigo del César, lo es de la república. Y váyase cualquiera á salvar la política del país con ideas mezquinas. Yo puedo ser enemigo personal de Blas, y, sin embargo, partidario de su gobierno: detesto al caballero, pero admiraré al hombre.

Los clericales no pueden aceptar un principio tan democrático, pues ellos y su prensa son pequeños para comprender las cosas grandes.

Lo que sí está puesto fuera de discusión, es que todos los periodistas son comprables; aho-

ra, que la forma varía, esto depende de circunstancias, sin destruir el principio. Si alguno de los periódicos no estuviese conforme, que levante el dedo.

Y favor les hago con acusarlos de un solo delito, teniendo tantos....

Resumiendo: compuesta la prensa de un personal detestable, no puede dar opinión política; porque de personas competentes es este derecho.

1.—En política la prensa está, salvo poquísimas excepciones, vendida á los "científicos." Toda persona obligada con subsidios, no tiene independencia.

2.—Por sistema, pues, tiene que atacar al general Reyes, único enemigo declarado hasta hoy.

3.—Llevada de sus ciegas pasiones, la prensa semi-oficial adultera los hechos y calumnia al gobernador de Nuevo León.

4.—Para la prensa todo es legítimo, con tal de inflingirle golpes al adversario.

5.—Periódicos sin libertad propia, son incapaces de dirigir la opinión pública.

6.—Participando el periodismo de las ideas "científicas," es enemigo del ejército y del militarismo; porque, caído éste del poder, á pesar de tener un personal tan inepto, aspira á formar parte del gobierno: en vez de militares, quieren soldados "laicos" y "palancas" tribunicias.

7.—Con lo expuesto, la misión de la prensa







(en México) no es civilizadora, porque sacrifica los intereses nacionales al interés personal; por consiguiente, es cínica é inmoral.

Nótase, en vista de lo anterior, que el periodismo es un escándalo, y el escándalo no se llama "política." Cobrar la defensa de los principios y atacar al que no da dinero, antes que algo noble, á esto lo llamo yo: CHANTAGE.

En tratándose de prensa menuda, no hay término medio: toda es mala, porque ella es el alveolo de los INVÁLIDOS DEL ENTENDIMIENTO.

Estoy en la inteligencia de que, con mejores elementos y más nobles medios, la prensa es un gran factor político; pero, á todo trance, urge su drenaje.

CAPITULO XXVIII.

DEFENDER AL EJÉRCITO, ES DEFENDER LA REPÚBLICA.—NUESTRAS GRANDES FIGURAS HISTÓRICAS SON MILITARES.—JEFES DISTINGUIDOS CONTEMPORÁNEOS.—TODOS ELLOS PROFESAN EL MILITARISMO.

I

No por favoritismo, sino por conveniencia nacional, el ciudadano está en el deber de salir á la defensa de nuestro ejército. Es una tarea más que ingrata atacar á los cuerpos colectivos que nos han asegurado el bienestar de que disfrutamos. A nadie se le oculta que todo cuanto somos y podemos ser reconoce por autor al elemento armado. Recorrida nuestra historia, queda de relieve esta gran verdad, que ningún mexicano sería capaz de negar. Extrañeza causa que, no obstante los servicios prestados á la nación por el ejército, sufra éste persecuciones de aquellos que más adictos debieran serle.

Hablo así, como pueden hablar las almas convencidas; de lo contrario, ¿qué me impulsa á manifestar tales ideas en el campo de los hechos? He sostenido y sostendré siempre que el progreso, la prosperidad y el bienestar de las naciones, hoy día, dependen del poder de las fuerzas vivas. Un pueblo es tanto más grande, cuanto que pueda disponer de mayor número de elementos destructores. En el transcurso de esta obra, he dejado demostrada esta proposición con argumentos incontrovertibles: he hecho desfilar á las naciones más poderosas del orbe, y en todas se habrá podido observar el signo característico del adelanto, reconociendo como factor la fuerza bruta.

¿Cuánto mejor fuera que el idealismo puro, en cuyas regiones sueñan las hadas vaporosas, proporcionase más vasto panorama de grandeza? El Partenón de Atenas, que denuncia al fulgurante arte helénico y exhibe á la primera república guerrera é intelectual de la antigüedad, enclava sus cimientos, tal vez, en tierra regada por sangre humana. Las gigantescas pirámides de Egipto se alzan también en superficie que sirvió para librar grandes batallas; el Capitolio romano, la mezquita de Omar y la Alhambra de Granada, yerguen su majestad en lugares que conservan vivos recuerdos de combates sin cuento librados ahí.

El arte, la ciencia y todo lo que sorprende á la



imaginación del hombre son el producto directo de luchas sostenidas, de batallas ganadas ó de victorias obtenidas de unos pueblos sobre otros. Porque todo lo que admira á la vista del poeta, del artista ó del filósofo, tanto por su esplendor como por su grandeza surge, precisamente, de las ruinas: tal es y debe ser la grandeza humana.

Lo que nace á la vida y permanece en el mismo estado, además de ser imposible su condición, estará en aptitudes de no evolucionar, condenado al *statu quo*. ¿Es dable la existencia de un sér que así viene á la vida? Surgido en tan deplorables circunstancias, no tendrá más movimientos que los que le designen las leyes de la inercia.

En este caso, se vive en la abyección, cuando se trata de seres animados. Sujeto el hombre á una ley permanente, que le impide evolucionar, á la fecha, tendría que guardar el estado primitivo: habitar en míseras cabañas formadas de paja y lodo y alimentarse con silvestres yerbas. Sumidos los hombres en un estado semejante, saldría sobrando en ellos la substancia espiritual; incapaces de hacer uso de ella, para nada la aprovecharían.

Pero el ente pensante lleva en su propia constitución las nociones del adelanto; no puede vivir, sin asfixiarse, en condiciones de no moverse. Para cumplir con su objeto, tiene que evolucionar por fuerza. Y esta evolución, para fijarse é

imprimirse, procede de los derrumbes hechos, dejando á su paso puras ruinas.

Sobre los escombros, pues, se levantan los pueblos y los monumentos de arte y belleza. Cuando se piensa en el Areópago de Atenas, en los coliseos y circos de Roma, en los perfumados baños de los haremes del Asia; en las ciencias y en las literaturas antiguas y modernas, se piensa, asimismo, en los hechos destructores que les precedieron; porque los palacios, los edificios suntuosos, los castillos y las grandes fortalezas, así como las ciencias y las artes, se levantan sobre ruinas.

Para construir hay que destruir: tal es el principio. Parecerá paradógica la expresión, pero no hay verdad más segura ni más grande. La destrucción precede, forzosamente, á la construcción.

Cuando se trata de obras materiales, el procedimiento es sencillo; pero en tratándose de cambiar sistemas, usos y costumbres, la cosa varía, y se hace más difícil la consecución del fin: los medios que se han de emplear deben estar fuera de lo común y ordinario.

Ojeada la historia, ya vimos cómo han logrado su intento los pueblos que han querido cambiar su carácter y trocarse en naciones nuevas, grandes y temibles: sosteniendo poderosos ejércitos, porque ellos son el sostén de los destinos nacionales.

II

Por lo que antecede, se verá que, siendo la misión del ejército transformar las ruinas en grandezas, la obligación que tiene todo ciudadano de defender la institución militar, protegerla y hacer que se respete, es grave. Mayor es el deber de los mexicanos, en este sentido, porque nosotros le debemos al ejército todo cuanto somos y podemos; y, defendiendo á las fuerzas vivas, es defender la misma república.

Yo creo que no habrá ningún ciudadano que deje de amar á la nación, porque el amor nacional es intuitivo en el corazón del individuo; por lo mismo, no concibo cómo puedan existir hombres capaces de vejar á los miembros destinados á la defensa de la patria.

Está visto que somos libres por el ejército, independientes por el ejército y grandes por el ejército; que los hombres civiles, á no ser la sangría que le han dado á la república, nada han hecho que merezca una mención especial; pues nuestras grandes figuras históricas fueron y son militares. Desde nuestra emancipación de España hasta nuestra actual y próspera era, todos los hombres más preclaros son militares. Y sí existieron algunos varones sobresalientes en las letras y en las ciencias, muchos de ellos sirvieron al ejérci-

to; y los que no, adquirieron valor y fama á la sombra del militarismo: convertido el suelo patrio en campo de forajidos, ni las ciencias ni las letras eran á propósito para formar hombres extraordinarios. Bien sabido es que la inteligencia humana estará én posibilidad de desarrollarse cuando la república no esté conturbada por las guerras ni las revueltas intestinas. La discordia nacional es venero fecundo de desdichas, nunca de grandezas.

Para contener las turbulencias, reprimir los trastornos y preparar los caminos para el progreso, está la espada, empuñada por los militares, cuyo único objeto es vigilar por el adelanto del pueblo y cuidar la independencia é integridad nacionales.

En este punto, México ha probado valer, precisamente, debido á sus hombres de armas, sin los cuales fuera un sueño la paz de hoy. De modo que lo que somos en el concierto de las naciones civilizadas, se lo debemos á las consecuencias legítimas de una gran lucha de tres cuartos de siglo, sostenida por las fuerzas vivas del país.

Reflexiónese, pues, que estamos obligados con el ejército, por varios motivos. Insultarlo, sería tanto como ultrajar á tantos héroes acreedores á nuestra gratitud, y á los cuales es deudora la patria de todo lo que es. Pero si esto no fuese razón poderosa, sí lo es que la república pide ho-



menajes de respeto á la memoria de sus grandes figuras históricas y veneración para sus mártires.

Compréndese, por esto, que los "científicos," hijos defeccionados de la república, han puesto un maravilloso ejemplo de patriotismo, al atacar al ejército. Ellos querrán negar los hechos que están á la vista, pero el país está convencido de su felonía. Quédales el consuelo legítimo de haber atraído sobre sí la atención nacional, pues, á cual más, á cual menos, todos los ciudadanos hanse sorprendido en presencia de la actitud "científica."

Los descendientes de los fementidos positivistas, ¿creerán haber hecho algo notable, con su proceder punible ante la verdad y ante el patriotismo? Estoy seguro de que la conciencia misma los acusa de traición á la patria y de falsarios de la verdad, porque no quiero consentir, ni por vía de experimento, en la falta absoluta de moralidad en el Partido Científico. Si no el patriotismo ni el respeto á los grandes militares que, con su vida, pagaron la libertad de la nación, sí los obliga la gratitud. De todo el país es bien sabido que los "científicos," los hombres poderosos en riquezas, deben todas sus fortunas al militarismo. De esta verdad, dará pruebas palmarias el mismo Secretario de Hacienda, hecho potentado á la sombra del ejército. ¿Cómo? Lo sabe también la república, y, aunque este punto lo trataré en mi

próxima obra, no será por demás manifestar aquí que el señor Limantour es rico en gracia de las múltiples adjudicaciones de bienes eclesiásticos. Mientras que el ejército defendía, desnudo y muerto de hambre, las Leyes de Reforma en el campo de combate, el candidato "científico" gozaba en aprovecharse, presentando escritos denunciando conventos, fincas y predios urbanos del clero, llegando á constituirse en señor feudal de la metrópoli; pues al decir de algunos liberales respetables y verídicos, el señor Limantour tomó posesión de la mayor parte de los edificios conventuales y casas de los pobres frailes, contiguas á las iglesias; al grado que, para conocer las propiedades del Secretario de Hacienda, con decir que todas las casas adyacentes á los templos son suyas, basta. En esto, el señor Limantour es algo parecido á los capellanes, que no parece sino que su oficio lo ha puesto próximo á las iglesias para administrar los sacramentos.

El capital del candidato de los "científicos," en puras adjudicaciones, monta á varios millones; porque tan sólo en fincas urbanas posee 500, siendo la renta, como promedio, de 500 pesos; al uno por ciento mensual, denuncia ese rédito una suma formidable, capitalizada en bienes inmuebles.

Los partidarios de él, tampoco cantan mal en cuestiones de dinero y bienes; todos ellos forman



un núcleo de poderosos judíos, hechos potentados en gracia de la desamortización de los bienes del clero. Si el ejército no hubiera triunfado de la reacción, ¿qué fortunas tendrían los "científicos?" Bien conocida es la situación de los próceres del capital en México antes de la Reforma; muchos no tenían ni segunda camisa, y ahora ni quien les tosa alto.

III

Sin embargo de que el militarismo les dió poder y riquezas, ahora se atreven á insultar al ejército, ese ejército valeroso y noble que por todas partes sembró victorias sin cuento: él en la batalla, escaso de víveres y equipo de ropa, peleaba para enriquecer á los que hoy lo injurian.

Todos los jefes distinguidos del militarismo viven punto menos que en la miseria: generales retirados conozco que apenas disponen de lo necesario para vivir decentemente; mientras que los "científicos" gastan lujosos trenes y viajan por el extranjero, dando y aceptando banquetes, debido á los esfuerzos y triunfos del ejército. ¿A qué obedece esta anomalía? La razón no puede ser más clara. Los hombres militares que pelearon por la Reforma, nunca buscaron su propio bienestar, trabajaron por salvar á la república del

hondo abismo que la amenazaba hundir. De aquí su pobreza y el no haberse aprovechado en la desamortización, como lo hicieron los "científicos," adjudicando hasta las sotanas de los curas, los birretes de los canónigos y los solideos de los obispos.

Pueden, pues, los partidarios del señor Limantour ostentar lujo y grandeza; morirán sepultados entre ricos plumajes y cubiertos con fosas de oro y pedrería sus cadáveres; pero jamás descenderán á la tumba con una conciencia que no acusa, dejando grata memoria y dulces recuerdos á la patria. Y los que lucharon por la libertad, los que han instalado la paz en el país, dándole prosperidad y grandeza, muertos, vivirán en la mente de un pueblo agradecido y las generaciones les rendirán ferviente culto, enseñando á venerarlos: quedarán bustos esculpidos en mármoles y bronces en los parajes públicos, y la república sabrá pregonar todos sus hechos gloriosos. Los héroes no mueren nunca; viven á través del tiempo.

¿Podrán decir otro tanto los enemigos de ejército? Es muy fácil citar á todos los jefes preclaros de nuestra milicia, y se verá que, no obstante haber prestado tantos servicios á la república, llevan una vida modesta, esperando, sin intrigas ni ambiciones bastardas, volver á consagrarle los últimos momentos de su vida, en caso de nuevas revueltas que peligran la libertad nacional.

Expiden luces de primera magnitud en la historia patria contemporánea:

1.—Don Ignacio Mejía, general de división, grado que le expidió el señor Juárez, en 1865. Este gran militar es la figura más simpática y venerable del ejército: admirado y respetado por todos, cuenta una hoja de servicios esplendorosa, habiéndose encontrado en las más grandes acciones de guerra, ya sostenidas con las naciones extranjeras, ya para defender la Constitución de 57. Don Benito Juárez, comprendiendo el mérito del señor Mejía, lo hizo su Secretario de Guerra y Marina, abandonando el puesto á la muerte de tan distinguido patricio.

El general Mejía jamás ha encabezado revueltas ni apoyado partidos; fiel al gobierno, ha sido incapaz de intrigas palaciegas. Retirado del servicio activo en 1885, en un momento dado, con su gran influjo que ejerce sobre todo el ejército, sería partidario del militarismo; porque nadie mejor que él conoce la importancia de esa política en el medio en que vivimos.

Yo considero al general Mejía como un monumento histórico de la institución militar; es el árbol frondoso á cuya sombra se refugia la juventud que sigue la carrera de las armas, para aprender cuál es la fuerza del honor militar. Sin enemigos ni rivales, el distinguido ministro del gran repúblico mexicano, toca ya en el ocaso de la vida.

2.—El señor don Jesús A. Flores, comandante militar de la plaza de México y general de división, cuyo grado le fué concedido por el actual Presidente en 1902, debido á su limpia hoja de servicios.

El señor. Flores es uno de los militares de mayor mérito en el ejército, que ha estado siempre al lado del general Díaz, acatando fielmente las órdenes recibidas. Actualmente forma parte del Partido Nacionalista, y sus compañeros de armas ven en él al militar distinguido y caballeroso.

Excusable es decir que, perteneciendo al Partido Nacionalista, tiene que ser enemigo declarado de los "científicos;" pues, presente el odio que ese grupo tiene á lo que no es de ellos, quien no está con ellos, tiene que ser su contrario. De modo que dos méritos tendrá el general Flores para ser adversario del Partido Científico: su personalidad militar y pertenecer á un partido polí-co opuesto á los fines antimilitaristas.

3.—El señor don Alejandro Pezo, presidente del Tribunal Militar y general de división, grado concedido por el mismo Primer Magistrado en 1902. También pertenece el señor Pezo al Partido Nacionalista; comulgando, en un todo, con las ideas que persigue en política la expresada agrupación.

Además de ser el general Pezo un gran militar, de ideas liberales muy avanzadas, es un ca-

ballero recto para administrar justicia en los tribunales que preside é incapaz de soborno: con esta última cualidad está acreditado como un ciudadano de valer.

4.—El señor don Manuel González Cosío, Secretario de Fomento y general de brigada, grado obtenido el 29 de junio de 1863.

La adhesión del general González Cosío á la república es notoria, acreditada por una hoja de servicios digna de un espartano. Durante la guerra de intervención francesa, fué hecho prisionero y conducido á Europa, de donde, después de penalidades inauditas, trabajando de simple albañil en España, á fin de allegarse recursos pecuniarios, regresó al país por los Estados Unidos. En esa época se agitaba la guerra civil en la vecina república. Muchos mexicanos se hallaban en Nueva York sin fondos ni para los más indispensables gastos de la vida; todos ellos expatriados por los conservadores y los aliados de los franceses. González Cosío, condolido de las penalidades de sus paisanos y sin elementos para auxiliarlos, y queriendo hacerse de gente para defender á la república por el norte, ya con el grado de general, se hizo recluta voluntario del ejército norteamericano comandado por Jefferson, á fin de arbitrarse fondos para sí y sus compañeros.

Un aviso oportuno al general Mejía hizo sa-

ber á este veterano de la democracia la situación triste de que un general mexicano sirva de soldado raso en las filas de un ejército extranjero; y, con recursos personales, lo mandó á traer con toda su gente.

Esta acción del general González Cosío, por sí sola, lo acredita de un gran militar de alma noble, generosa y compasiva, y pone muy alto el nombre de Mejía.

Vistos sus importantes servicios en el ejército y su patriotismo, el general Díaz le confirió la Secretaría de Gobernación; pero los satélites de Limantour, en varias ocasiones, han procurado hostilizarlo, mezclando su nombre en intrigas impropias de un amigo y caballero que tanto vale. Convencido el Presidente de esa lealtad mostrada por el general González Cosío, lo ha conservado en su puesto, á pesar del encono de sus enemigos. Ultimamente, para colocar en Gobernación á uno de los suyos, hubo un cambio en el gabinete, pasando el pundonoroso y valiente militar á la Secretaría de Fomento.

De manera que el probo y honrado ministro González Cosío es enemigo de los "científicos," quienes han procurado inflingirle todos los golpes posibles, saliendo él siempre airoso de los ataques; porque la virtud tiene la particularidad del aceite: flota sobre el agua.

5.—El señor don Gaspar Sánchez Ochoa, ma-

gistrado del Tribunal Militar y general de brigada, grado alcanzado el 25 de Octubre de 1864.

También este militar es de la vieja guardia, enemigo declarado del Partido Científico. Cuenta en su biografía rasgos de valor y heroísmo, habiendo peleado siempre en las filas del ejército libertador. Fiel á la administración del Presidente Díaz, cumple con el deber jurado, sin entrar al campo de las luchas abiertas.

IV

6.—El señor don Jesús Lalanne, vocal de la comisión de auténticas en la Secretaría de Guerra. Fué ascendido á general de brigada el 5 de julio de 1867. Corresponde el general Lalanne al número de los bravos que lucharon por salvar la independencia nacional, y ha consagrado toda su vida para defender los principios de la idea liberal Republicano por convicción, se afilió al ejército en días de prueba para el país; y, después de formidables combates librados, pudo ver el pabellón nacional flotar en las almenas, y coronados sus esfuerzos personales en favor de la libertad.

Es "anticientífico" completo; y, en el evento de que ese partido pretendiese el mando para sumir al país en nuevas revueltas civiles, sería im-

placable con todo lo que significase elemento perturbador. Amigo del Presidente, mientras él viva, no levantará la mano; pero sería nuevo Atila si la paz fuese perturbada á la muerte del caudillo.

7.—El señor don José María Mier, oficial mayor de la Secretaría de Guerra. Obtuvo su grado de general de brigada el 12 de Mayo de 1884.

El temperamento sereno y tranquilo de este jefe del ejército, lo ha hecho estimable ante sus compañeros y subalternos, pues, á pesar de los varios cambios en la Secretaría de Guerra, él sigue desempeñando su alto cargo. Siendo miembro del Partido Nacionalista, tiene que ser "anticientífico" como consecuencia legítima. Aunque sea amigo de la concordia, su carácter lo pondría en el caso de hacerle oposición al partido del dinero.

Con una hoja limpia de servicios, es adicto asimismo á la causa "porfirista," porque, como todo el país, está convencido del gran papel que desempeña el actual gobernante.

8—El señor don Manuel Sánchez Rivera, general de brigada en comisión especial de la Secretaría de Guerra. Se le concedió su despacho el 4 de Junio de 1872.

Después de la defensa nacional, el señor Sánchez Rivera háse adherido á la causa del gobierno legítimamente constituído, trabajando por la permanencia en el poder del general Díaz. Per-



tenece, por lo mismo, al partido formado por el coronel Tovar para ese objeto.

Debe considerársele á este jefe como un miembro distinguido de nuestro ejército, tanto por su ilustración como por su educación esmerada y culta. Hijo de una sociedad selecta, cual lo es la potosina, está á una gran altura de cortesía y caballerosidad.

Es altamente estimado, y su opinión política será de gran peso.

9.—El señor don Martín González, ex-gobernador de Oaxaca y actual senador al Congreso por el Estado de Guanajuato.

Esta es una de las figuras militares eminentemente popular, *sui generis* en México. Incendiada la república por la revolución, Martín González era un niño, y, semejante á su compatricio el general Díaz, arde en su pecho el amor á la patria y, sin poder sostener el fusil, se lanza á la guerra, encontrándose en dos notables acciones, en Oaxaca: la 12 de diciembre de 1855 y la del 2 de enero 1856.

El general González se encontró en varios combates, librados en Oaxaca, Calderón, Puebla, Tecoac, habiendo sido prisionero de Forey, en Puebla. Pocos hombres habrán luchado con tanto valor como este jefe; pues, surgiendo de las masas populares, debido á sus propios esfuerzos y á sus empujes, ha hecho su carrera militar desde

soldado raso en un bàtallón de guardia nacional, obteniendo sus ascenso por rigorosa escala.

El 15 de mayo de 1860, el general Díaz lo hizo ingresar en su estado mayor; y obtenido el triunfo del gran repúblico en Tecoac, al ser reconocido como Presidente de la república, llegó Martín González á ser el jefe del mismo cuerpo, como para recompensarle tantos servicios prestados en horas de verdadera prueba. Concluída su carrera activa, después de más de veinte años de duros combates, el actual Presidente le confirió la banda de general de brigada, el 21 de septiembre de 1887.

Si hay hojas de servicios limpias en el ejército mexicano, la del general don Martín González debe ser de las primeras, pues obra en su poder, un gran documento firmado por el mismo general Díaz, y en el que se acredita la conducta inmaculada del fiel amigo del Presidente. Cuando ví publicado ese documento, quedé maravillado, pues no creo que existan muchos jefes que sean poseedores de algo parecido.

El señor Bolaños Cacho, en un discurso, hacía notar que no es nada extraordinario que un potentado dé hijos notables, pues éstos son tanto más fáciles, cuanto que el medio sea más adecuado y propicio. El señor general González es sublime, pues, hijo de humilde cuna, ha sabido, por medio del heroísmo y de la honradez, alcan-



D. Salazar



zar la preponderancia de lo grande. Valiente, generoso, noble y leal, tales son las virtudes que encierra el corazón de ese militar, fiel custodio de la sinceridad democrática.

En varias ocasiones fué diputado al Congreso de la Unión, hasta que sus conciudadanos de Oaxaca lo favorecieron para gobernar los destinos del rico y floreciente Estado. La honradez del general González quedó confirmada estando al frente del gobierno oaxaqueño: entró pobre y salió pobre, cosa que no han podido hacer los "científicos;" porque llegan á los puestos con *huaraches* y salen luciendo zapatos taconeados de oro.

Debido á una guerra sorda que le hicieron los partidarios de Limantour, tuvo que abandonar su puesto, y tomó asiento en el Senado de la república.

Es uno de los militares más fieles á la persona del Presidente, y tanto por esto como por sus propios méritos, el general Díaz lo tiene cerca de sí, guardándole todas las consideraciones que merece por sus servicios prestados y la profunda sinceridad que lo caracteriza. Puede decirse que el general González es de la misma familia del general Díaz, pues vive en su propia casa y come en su misma mesa.

Es enemigo declarado del Partido Científico; porque, en medio de su franqueza, no puede ocul-

tar sus arraigados sentimientos: su espada sería la primera que defendiese la causa del ejército y del militarismo en México.

10.—El señor don Sebastián Villareal, general de brigada, ascendido el 18 de septiembre de 1885. La biografía de este ciudadano lo coloca en una altura respetable, pues ha prestado magníficos servicios á las armas de la república.

Además de ser partidario del presente gobierno, es enemigo franco de los "científicos," porque, en unión del general don Francisco O. Arce, fué el único que protestó públicamente contra los ataques al ejército, no obstante prohibirlo ciertas disposiciones disciplinarias, y por este hecho, mereció la aprobación general de todos los militares.

11.—El señor don Emiliano Lojero, viejo general de brigada, pues su grado data del 28 de mayo de 1879, jefe de la zona militar cuyo cuartel central está en la ciudad de León.

El general Lojero es el tipo acabado del soldado, pues lo caracteriza una mirada viva y penetrante. Su carrera fué brillante, saliendo victorioso de todos los combates, y habiendo concurrido á los hechos de armas más notables en nuestra historia contemporánea.

En premio á sus servicios, y presentes sus excelentes dotes de organización y mando, le confirió el Presidente la Jefatura de una de las Zonas militares más importantes del país.



12.—El señor don Juan A. Hernández, uno de los soldados más arrojados del ejército libertador, pero reflexivo. Hoy es jefe de las armas en la Zona militar de San Luis Potosí, después de haber estado con igual carácter en Chihuahua, en donde fué muy querido y estimado de todos los fronterizos, tanto por sus méritos personales como los servicios prestados á la nación.

El general Hernández comenzó su carrera á las órdenes del inolvidable general Corona en 1859, año en que Lozada, el remedo de los bárbaros del norte de Europa, el hijo del famoso Atila europeo, saqueaba á Tepic. Algo así como 17 años debería tener entonces el señor Hernández. En seguida siguió luchando por la segunda independencia de la república, portándose como lo saben hacer los héroes y beneméritos de la patria; y fué recompensado con el grado de coronel.

En 1887, al mando del 11º regimiento, pasó á la campaña del Yaqui, donde su valor llegó á la temeridad luchando contra las tribus rebeldes. Y habiendo ido á reducir á los bandidos de Tomochic, tuvo después que escarmentar á Luján y Carbajal, indios terribles y enemigos de la paz. Reducidos y derrotados que fueron, Hernández fué ascendido á general de brigada, y se le nombró jefe de la 2ª Zona militar.

Es todo un correcto caballero, cuyo carácter dulce y afable le atrae innumerables amigos: leal

y agradecido, puédesele citar como tipo de sinceridad; y en tal concepto lo tiene el Presidente Díaz, de cuyo gobierno es secundador.

El general Hernández es "reyista" por convicción, porque es amigo del ex-Secretario de Guerra y Marina y los unen relaciones estrechas desde remotas épocas, habiendo concurrido juntos á muchas acciones de armas. De lo que se infiere que es "anticientífico" á carta cabal.

13.—El señor don Francisco de P. Méndez, ex-director del Colegio Militar, de cuyo puesto fué separado, porque no aceptaba solicitudes de los jóvenes sifilíticos, escrofulosos ó tísicos, ni mucho menos de los míopes. Es general brigadier, y su brillante carrera de artillero la hizo en el mismo colegio, del cual fué después director. Comenzó sus estudios en 1855, y ahí recibió los grados de cabo, sargento 2º y subteniente alumno. El grado de teniente se lo concedió el ejército constitucionalista de 1859; capitán de artillería por su distinguido comportamiento en la batalla del Puente de Calderón, 1º de noviembre de 1860, en la que fué derrotado el general don Leonardo Márquez, conservador; teniente coronel de infantería por los servicios distinguidos prestados al cuerpo del ejército comandado por el entonces Secretario de Guerra, general don Miguel Negrete, para desalojar á las tropas de Napoleón III, que ocupaban los Estados del norte en 1865.



Se le confirió la jefatura de división de artillería y la dirección de la Fundición Nacional, 1867. Ascendió á teniente coronel de artillería en marzo de 1870, siendo jefe de la 1ª Brigada, y á coronel artillero en marzo de 1876. Y, por último por los servicios sobresalientes prestados á la república, como artillero distinguido y de profundos conocimientos técnicos, alcanzó el grado de brigadier en 12 de junio de 1882.

Presente su vasta competencia como uno de nuestros mejores artilleros en el país, se le nombró director del Colegio Militar en 1883.

Efectivamente, el general Méndez es uno de los más preclaros militares científicos, y persona de aquilatados servicios, que honra al ejército viejo y al Colegio Militar. La separación de él de la dirección de este plantel, no quedó bien justificada; porque los jóvenes enfermos no pueden servir á las armas por su constitución enclenque y raquítica. Tampoco son útiles para soldados los míopes; pues, suponiendo que en un combate se le caigan las gafas al joven oficial, ¿qué hará para ver al enemigo? Hay que convenir en que un corto de vista, sin espejuelos, no podrá ver ni el Peñón de Gibraltar.

Amante de la institución, el señor Méndez no ha querido figurar en ningún partido político; pues él ha peleado por la libertad y la Constitución. Fiel á la línea de conducta que se ha im-

puesto, respeta á los demás, para que á él se le respete.

Tampoco es "científico." Como difamadores los "científicos" del ejército, creo que no podrá simpatizar con sus ideas.

Afable y jovial, el general Méndez es un ciudadano venerable y de agradable conversación, A todos los que se acercan á él, los atiende con exquisita finura, saliendo todo mundo satisfecho de su conversación amena é instructiva.

Honra, pues, este militar, al ejército y á ese plantel cuna de mártires y de héroes, que siempre estarán dispuestos al sacrificio por la patria, cual lo hicieron "los niños del 47."

CAPITULO XXIX.

MÁS JEFES DISTINGUIDOS DEL EJÉRCITO CONTEMPORÁNEO.

I



El señor don Francisco Cantón, viejo general del ejército y ex-gobernador de Yucatán.

Cuando el gobierno constituído legítimamente en el país era compuesto por elementos conservadores y liberales, las desavenencias surgidas, hicieron que el Partido Conservador quedase en el poder; por consiguiente, los hombres de méritos, fieles á la república, se constituyeron en defensores, NO DE UN GRUPO INTRIGANTE, sino de las leyes promulgadas con el carácter de obligatorias y que establecían la nacionalidad. Así como conservadores que fueron los gobernantes de entonces, hubieran sido liberales, los militares de la época, deseosos de consolidar la unidad nacional, habrían servido á las órdenes del gobierno. Los miembros del ejército, al menos, muchos de ellos, no esgrimían sus armas en de-

fensa de los particulares intereses de este ó del otro político, jefe de partido; peleaban por la causa nacional, á fin de ponerla á flote del naufragio que la amenzaba.

Desde luego que, atendiendo al espíritu patriótico que los animaba, no serán nunca reos de delito aquellos valerosos soldados que expusieron sus vidas para defender al gobierno constituído de la república. Se ha querido culpar de traición á [illegible]s que pelearon, al principio, al lado de [illegible]os c[illegible]r[illegible]ores; sin comprender que una [illegible] de [illegible] índole no la puede ni debe jus-[illegible] Del mismo modo que, así como tri[illegible]ron los liberales, la victoria hubiese agracia[illegible] al Partido Conservador, los miembros de éste no tendrían derecho para apellidar de traidores á aquéllos. En las luchas intestinas de los partidos que se disputan el gobierno, ambos se creen con iguales derechos para aspirar; y si cualquiera de los dos merece un dictado tan poco armonioso para el patriotismo, en todo caso, debe recaer sobre los jefes, los directores del partido dominante, y de ninguna manera débesele aplicar al soldado que no tiene más obligación que combatir al lado de las autoridades constituídas.

Una pasión ciega ha hecho que algunos jacobinos liberales repudien á personajes que sirvieron al Partido Conservador, cumpliendo con un

deber de soldados de la patria, pues tenían la convicción de defender á un gobierno autorizado por la ley. En las contiendas civiles, ¿quién me asegura que los conservadores no tuvieron las mismas prerrogativas que los liberales? A pesar de estar yo convencido de los graves errores del Partido Conservador, no me parece justo denigrar á los militares que pelearon, creyendo defender á la nación. Pudieron haberse equivocado; pero, habiendo ellos mismos comprendido las miras de un grupo que tan pocas nociones tenía de patriotismo, reconocieron el error, y han estado trabajando en el concierto general de nuestra unidad patria.

El general Cantón comenzó en las filas conservadoras, al lado del gobierno constituído, y ahí obtuvo sus grados militares. Probó en la batalla ser un excelente soldado, valiente hasta la temeridad, y patriota como el que más. Enterado de las malas inclinaciones de los conservadores, y triunfante la causa liberal, se afilió á ella, protestando cumplir la Constitución de 57, del mismo modo que lo hicieron Pradillo y Vélez, generales que fueron del ejército conservador y que hoy ocupan distinguidos puestos en la administración de Tuxtepec. En atención á su juramento, el Presidente, al igual que el pueblo yucateco, le confirieron el gobierno de la Península Yucateca, permaneciendo algún tiempo en tan

o empleo de la confianza de sus conciu-
s.

l oro cómo, después del progreso intelectual que nos invade, algunos hombres exaltados, desconociendo el mérito de los ciudadanos útiles, tan sólo porque pensaron ó dejaron de pensar como nosotros, desconocen los méritos de éstos. Ya lo dije: no son traidores los que han jurado cumplir, como patricios, los deberes que la ley les señala, defendiendo á un gobierno nacional.

Además, el general Cantón jamás extorsionó la causa liberal; pudo repelerla al principio, pero, convencido de su bondad, puso después á su ser-
cio todos s esfuerzos personales; viniendo á ser o de l ejores gobernadores de la repú-
l está igado á seguir ideas nuevas,
do antes en su alteza de fines; y esto es lo que pasó con muchos militares conservadores: servidores del gobierno, cuando vieron las torcidas miras de sus jefes, reflexionaron y se adhirieron al nuevo orden de cosas

El señor Cantón es amigo personal y admirador del general Díaz, á cuya causa es capaz de sacrificar todo lo que es y vale; lo cual prueba que es tan liberal y tan patriota como el más grande del país. En un momento dado, gozando en el sur de grandes simpatías é imponiéndose por su valor personal, pondría poderosos elementos de combate á favor del Presidente; pues yo

considero al general Cantón como á uno de los partidarios de mayor empuje que tiene el Primer Magistrado de la nación. No lo sigue por el interés de algún empleo, porque Cantón, gran luchador por la vida, inteligente y emprendedor, es uno de los yucatecos más poderosos y el ferrocarrilero mexicano más atrevido: debido á sus constantes gestiones y favorecido por la suerte, ha podido salir avante en muchos negocios de cuantía y consideración, de los que ha formado una fortuna de varios millones de pesos.

De manera que no admira al Presidente por el espíritu de adular, sino que llevado de la convicción de una labor útil, progresista y patriótica. Los yucatecos justamente estiman las prendas militares y personales de este militar que fué bravo en la guerra é importante factor en la paz.

Amigo del señor Baranda, tiene que ser enemigo implacable de los "científicos."

II

15.—El señor don Abraham Bandala, gobernador del Estado de Tabasco y general de brigada.

Importantes son los servicios prestados por el señor Bandala á la causa del país. Después de una carrera militar concluída á las órdenes de nues-

tros más preclaros jefes, el señor Díaz lo distinguió con sus confianzas; y los tabasqueños, estimando en lo que vale su gestión administrativa, lo han reelecto varias veces para gobernador del Estado. Durante su administración política, se han llevado á cabo mejoras de gran importancia: todo lo que significa algo en Tabasco, es debido á su iniciativa.

Uno de los jefes "científicos,"—el más peligroso—como hijo de Tabasco, ha procurado minarle el puesto al general Bandala, tan sólo porque este militar abomina á los "spencerianos;" pero, leal y sincero amigo del gobierno general, las tentativas "científicas" han fracasado, siguiendo en el puesto, á pesar de los rencores de sus feroces enemigos.

A algunos leguleyos "científicos" de mala índole, los ha perseguido, como perturbadores del orden público. Buenos recuerdos tiene de esto, un conocido "barrilete" de un jefe "científico," que se cree un Catón, y no es sino que un ignorante.

Naturalmente, este acertado proceder del general Bandala, le acarreó la enemistad de los enemigos del bien ajeno: entre tanto reciba los aplausos por su probidad y honradez, poco le importarán las intrigas en su contra maquinadas.

16.—El señor don Francisco Cañedo, gobernador de Sinaloa y general de brigada.

Este militar ha sido el más perseguido por la prensa de oposición, subvencionada por los "científicos;" sin embargo, aunque parezca extraordinario, el general Cañedo tiene grandes méritos para la república. Como soldado de la patria y como gobernante, ha dado pruebas palmarias de valer mucho. Se recordará que, á raíz de invadir la peste bubónica el puerto de Mazatlán, á fin de infundir aliento á los habitantes, él mismo, dejando sus altas funciones de gobernador y poniéndose en inminente peligro, se transladó al lugar infestado, para dictar órdenes encaminadas á la extinción de tan terrible mal. La nación entera aplaudió entonces la acción del señor Cañedo.

Es natural que el gobernante de Sinaloa tenga enemigos, que se crean víctimas de supuestos atropellos; pero todos los adversarios de Cañedo son dirigidos por los "científicos," que piden el gobierno para sí, á fin de adquirir preponderancia en el Pacífico. Mas los hombres sinceros sabrán apreciar su labor y dar á cada quien lo que le corresponde, no importando el encono del Partido Científico. Mientras el general Díaz esté en el poder y el militarismo domine, el gobernador de Sinaloa figurará siempre en la política de la nación.

17.—El señor don Luis Terrazas, gobernador de Chihuahua y general de brigada.

Este militar es uno de los jefes de la vieja guardia nacional. Peleó por el triunfo de las armas republicanas y defendió la Constitución de 57, en el norte de la república. Después de combates reñidos y sin cuento, tomó la ciudad de Chihuahua, estableciendo ahí su cuartel general, y desalojando á las tropas imperialistas que, derrotadas y vencidas, abandonaron la plaza y, al mismo tiempo, toda la república, pues en esos días se les daba la última batida en todo el territorio.

La carrera militar del venerable patriarca del ejército liberal fué brillante y llena de episodios dignos de los jefes romanos; y tiene la particularidad de no haber transigido con las ideas conservadoras: firme en sus principios, se han conservado al lado de la democracia.

No es tampoco el general Terrazas un demagogo; de carácter apacible y tranquilo, lo anima el espíritu conciliador; pues, para él, ya no tiene razón de ser el odio á los conservadores, desde el momento que quedó triunfante el pabellón liberal. Si en un tiempo fueron necesarios los extremos, ahora no existe ninguna necesidad que los justifique.

Todavía, cuando los indios apaches invadían y revolucionaban en el Estado de Chihuahua, el general Terrazas fué nombrado gobernador por el señor Juárez, de quien era personal amigo y defensor incondicional. Entonces procuró apaci-



guar los ánimos exaltados y extinguir las revueltas que trastornaban el orden en todas aquellas regiones infestadas por los indios semi-bárbaros, destructores de vidas y propiedades. Su acertada gestión administrativa logró hacer mucho, aunque no todo lo que él hubiese querido, porque la muerte de don Benito Juárez hizo que abandonase su puesto de gobernador.

El general Terrazas, el capitalista más fuerte del país y el segundo ó tercer ganadero de la América, se recluyó entonces á la vida privada, dedicándose á fomentar sus negocios particulares y viendo el desenvolvimiento de la república desde su residencia señorial; hasta que el Presidente Díaz lo llamó á su lado, confiriéndole el gobierno del Estado, después de tantos años de olvido político.

Predilecto de los chihuahuenses, como militar viejo y dueño de la mayor parte de aquel territorio, el nombramiento fué recibido con regocijo; pues, con la nueva faz política, se tuvo en la seguridad de que las casas de juego, sostenidas por turcos y moros y apoyadas por el gobernador anterior, desaparecerían; así como la reducción al orden de tantas mujeres prostituídas que invadían las calles y los paseos públicos, luciendo su cinismo é impidiendo que las damas honorables saliesen á tomar el aire libre.

Chihuahua, debido á circunstancias especiales,

durante la administración pasada, recibió cierto impulso material; pero la moralidad pública andaba muy mal parada, ignorando—porque así lo quiero—los motivos.

El general Terrazas comenzó á regenerar al pueblo, y su obra se verá pronto, si sigue una conducta recta, y separado de los "científicos;" porque los hombres, á la sombra de tan pérfidos políticos, naufragan.

III

18.—El señor don Ignacio Salas, sub-inspector de artillería y general brigadier, cuyo grado le fué concedido el 23 de agosto de 1884.

El general Salas corresponde á los militares de ciencia en el ejército, y es uno de sus miembros más entendidos en artillería. Goza de grandes simpatías por su carácter dulce y jovial. Partidario del régimen militar en el país, su opinión es de mucho peso, porque pertenece al elemento científico y distinguido.

Fué el señor Salas uno de los que más se indignaron cuando los "spencerianos" atacaron al ejército; pero, consecuente con las disposiciones militares, guardó silencio sobre el particular, dejando que los ciudadanos independientes se encargasen de la defensa. Por lo mismo, este viejo



soldado, patriota y resuelto, es enemigo del Partido Científico.

19.—El señor don Miguel M. Morales, jefe del 27º batallón y general brigadier desde el 27 de mayo de 1901, grado que le concedió el Presidente Díaz.

También es "anticientífico," y un aguerrido soldado. Debido á su magnífica hoja de servicios, ocupa el mando de uno de los batallones más disciplinados del ejército mexicano. Distínguese el señor Morales por las excelentes dotes de gobierno que ejerce sobre sus tropas, las cuales obedecen ciegamente á su jefe.

20.—El señor don Lauro Villar, jefe del 24º batallón y general brigadier, ascenso que data desde el 27 de mayo de 1901.

De los que mandan cuerpos de tropas en pie de guerra, Villar debe considerarse como el jefe más valiente del ejército contemporáneo, porque respira, no valor, heroísmo por todos los poros; al grado de decir que cada molécula de este militar constituye un soldado. El grado de brigadier se lo debe á su distinguido comportamiento en la campaña del Yaqui, en donde probó á la nación entera lo que vale un militar defendiendo el honor del ejército. Los que conocieron á Villar en el combate, jamás lo vieron esquivar el cuerpo de las balas enemigas; firme al frente de sus aguerridas columnas, defendió con orgullo el estan-

darte federal, derrotando á los indios rebeldes. Por eso, el señor Presidente, haciendo mención especial del batallón que mandaba, lo distinguió con el ascenso en el escalafón.

21.—El señor don José Vicente Villada, gobernador del Estado de México, y general brigadier desde el 8 de marzo de 1893.

Aunque en los "Partidos Políticos" hablé bastante de este funcionario público, ahora hay que presentarlo como militar.

Villada fué soldado de la Reforma, distinguiéndose por su valor y su resolución. Durante la guerra por las ideas democráticas, probó ser hombre de valor en la lucha. Los biógrafos de él le atribuyen hechos de armas que hubieran honrado hasta á los jefes del estado mayor de Napoleón el Grande: tal era el denuedo con que peleaba.

Liberal convencido, jamás desertó de las filas reformistas, concurriendo á las acciones más culminantes de nuestra historia bélica, é hizo una carrera que no desecharían ni los militares de más renombre en la América Latina. La victoria siempre le sonrió y obtuvo sus grados por rigurosa escala.

Concluída la guerra, se dedicó á la política, militando á las órdenes de Romero Rubio, suegro del general Díaz. Pero Romero Rubio era partidario de Lerdo de Tejada, y el Plan de Tuxtepec derrotó á este gobernante intelecual, hacién-



dolo emigrar al extranjero, para dejarle libre la Presidencia al héroe del Dos de Abril.

Con la caída de Lerdo, cayó también Romero Rubio, y todos los "lerdistas" vinieron por tierra, ascendiendo—cosas naturales y frecuentes en política—los partidarios del caudillo. Entonces Villada, fiel á su causa, se dedicó á la prensa, haciéndoles oposición á los "tuxtepecanos" desde las columnas de un periódico que fundó con ese objeto. Corriendo el tiempo, el señor Romero Rubio, hábil y entendido político, hizo las paces con el general Díaz é ingresó en el gabinete, desempeñando la Secretaría de Gobernación. Las relaciones del Presidente y su Secretario se afirmaron más con el parentesco habido después entre ambos, por el enlace matrimonial de aquél con una hija de éste, la distinguida dama doña Carmen, flor de nuestros aristocráticos salones y joya preciada de nuestra más culta sociedad.

El señor Romero Rubio, que tenía presente la amistad de Villada, nunca desmerecida por la adversidad de la suerte, influyó porque éste tuviese algún empleo digno de su lealtad. El general Díaz lo designó para el gobierno de México. Y desde entonces rige los destinos de uno de los Estados más poblados y ricos de la república.

Como buen militar, ha sido un gran gobernante. Para convencerse de esta gran verdad, no hay más que visitar el Estado de México, trans-

formado completamente por su acción administrativa y acertada.

No pierde el señor Villada medio alguno que indique progreso: la instrucción pública, difundida en todo el Estado, está á una gran altura; la industria y el progreso reciben ayuda poderosa, favorecidos por la benignidad de los impuestos. En una palabra: para el adelanto, está dispuesto el gobernador de México, y para los vicios, es el mayor enemigo. Proscriptos la embriaguez y el juego, con leyes prohibitivas, el Estado entra por una era grandiosa de prosperidad, y la nación admira á un militar que es uno de los mejores gobernantes.

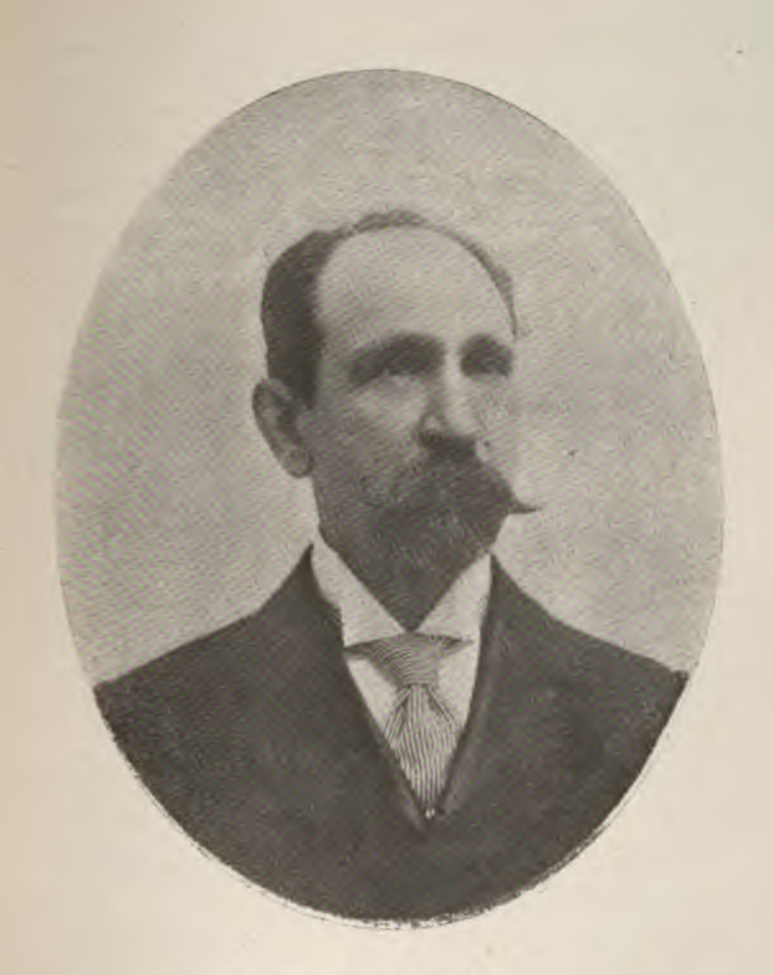
Como militar y como político, es enemigo de los "científicos" el general Villada.

IV

22.—El señor don Pablo Yáñez, jefe del 15º batallón y general de brigada desde el 22 de septiembre de 1892.

Este militar empezó su carrera el 12 de diciembre de 1852, sentando plaza de soldado raso en un batallón de Guanajuato. Debido á sus excelentes comportamientos, por rigurosa escala, ha ido ascendiendo, hasta llegar al grado que hoy, con orgullo, ostenta.







Desde entonces acá, el general Yáñez se encontró en todas las acciones más notables habidas en la república. Llevado de sus ideales de libertad y democracia, peleó contra el Partido Conservador, enemigo de las leyes constitucionales del 57, promulgadas por el señor Juárez. Estuvo al lado de la Reforma y se halló en los más grandes hechos de armas, como en la batalla del 5 de mayo de 1862, siendo uno de los héroes más distinguidos del paso de las Termópilas mexicanas. Paseó sus legiones triunfales á través de las atentorias tropas del pequeño Napoleón francés, recibiendo graves heridas en muchos combates.

El comportamiento de este glorioso militar, por sí solo, es una honra para el ejército y un timbre de gloria para las armas nacionales. Jamás conoció el temor ni el miedo, ni escatimó su sangre en defensa de la nacionalidad mexicana. Afiliado á las columnas liberales por convicción de principios, supo mantener muy alto el pendón de la república.

Su hoja de servicios limpia y pura, lo hace ser visto como miembro distinguido y pundonoroso del ejército. Teniendo el gobierno plena confianza en él y presentes sus hechos de guerra, le confirió el mando de un batallón disciplinado y valiente.

23.—El señor don Angel Ortiz Monasterio, contralmirante de la armada nacional.

El señor Monasterio es el marino más distinguido de México, é hizo sus estudios en las escuelas navales españolas, en donde alcanzó un grado más alto que el que le fué conferido por el gobierno al regresar al país. Pero, hombre de muchos quilates y gran patriota, traía ideales bellísimos para engrandecer nuestra reducida armada y aumentar la defensa marítima de nuestras costas. Encargado del mando naval de las corbetas que había, debiósele la compra de dos ó tres barcos de guerra, aconsejando al gobierno.

Instruído y con conocimientos vastos en marina, en breve alcanzó el puesto más alto en nuestra armada. Comprendía el señor Ortiz Monasterio que un país, como el nuestro, circuído por dos océanos, y teniendo encima las miras de poderosos enemigos, necesitaba de una marina de guerra fuerte. Con este objeto, jamás descansó en hacer indicaciones al gobierno, encaminadas á la compra de buques. Desgraciadamente, sea por la oposición de la Secretaría de Hacienda, ocupada en demoler fincas urbanas para abrir nuevas calles, sea porque el Tesoro no está en condiciones de hacer gastos, los esfuerzos del contralmirante Monasterio fracasaron siempre, por más ardiente que fuera el patriotismo que lo impulsaba á ello.

Los pocos marinos prácticos que tenemos, se formaron también bajo sus órdenes, á bordo de

la corbeta Zaragoza. Pero las oposiciones del señor Limantour á ciertos proyectos presentados por el señor Ortiz Monasterio al gobierno general, en bien de la república, hicieron que aquél pidiera su licencia absoluta, para retirarse del servicio activo.

No debo yo reprochar al gobierno nacional, pero creo que ha cometido un error en licenciar al marino más útil y más instruído que tenemos, desde el momento que los deseos del contralmirante eran en bien de la defensa del país, en el evento de un conflicto internacional.

¿Y así es como son patriotas los "científicos?" Procurar la separación de militares idóneos, es tanto como mermar las fuerzas del ejército.

Amante el señor Ortiz Monasterio del militarismo, estará siempre al lado de la fuerza armada.

24.—El señor don Joaquín Beltrán, jefe del departamento del estado mayor especial y coronel efectivo del ejército, desde el 2 de agosto de 1890.

El señor Beltrán es un militar de mucho precio: valiente, pundonoroso é instruído. A sus propios méritos debe el lugar distinguido que ocupa en el estado mayor especial. Los "científicos," con el afán de mermar el número de enemigos, es probable que estén constantemente conspirando contra esta clase de grandes militares; pero

el coronel Beltrán sabrá imponerse, acudiendo á la defensa de las instituciones que más le convienen á la patria.

25.—El señor don Marcial Benítez, jefe del detall en el cuerpo de ingenieros, y coronel desde el 15 de mayo de 1886.

Pertenece el coronel Benítez al número de los militares científicos. Ignoro el credo político que profesa; aunque debo creer que, como miembro del ejército, estará siempre con éste, repudiando á sus enemigos.

26.—El señor don Juan Quintas Arroyo, subinspector general de tiro y coronel desde el 17 de diciembre de 1885.

El señor Quintas, viejo militar, ostenta una hoja espléndida de servicios, y á ella debe el grado que tiene en el escalafón. Es uno de los artilleros más notables del ejército. Soldado instruído, conoce perfectamente los adelantos del ejército moderno, y puédesele considerar como uno de los intelectuales distinguidos de la artillería moderna.

Es de los que, sin hacer política, han sido fieles al gobierno actual.

27.—El señor don Manuel M. Blásquez, jefe del 7º regimiento y coronel graduado el 23 de diciembre de 1890.

Desde el momento que comanda uno de los regimientos más disciplinados de la república, es



que el gobierno lo considera digno del honor que se le confiere. Soldado por convicción, el coronel Blásquez se ha encontrado en acciones memorables para las armas nacionales. Fiel á las órdenes superiores, las acata sin discutirlas, mostrando la verdadera disciplina militar.

Se le tiene como una de las figuras más simpáticas de nuestro ejército, y amante del régimen militarista en el país.

28.—El señor don Juan de D. Irízar, jefe del 2º regimiento. Su grado de coronel data del 12 de Octubre de 1889, recompensa concedida á sus méritos y servicios prestados á la patria.

También el coronel Irízar peleó por la causa de la libertad en los años azarosos para la nación, distinguiéndose como un valiente soldado liberal.

29.—El señor coronel don Próspero Cahuantzi, gobernador del Estado de Tlaxcala.

Este probo gobernante, adicto en un todo al actual orden de cosas, debe considerarse como vástago legítimo de la raza primitiva, pues es de sangre pura. Circulan por sus venas verdaderas gotas de valor y heroísmo, probados en el campo de la lucha, durante la guerra de Reforma.

Los jefes á cuyas órdenes peleó, apreciaron debidamente las dotes del señor Cahuantzi. Y el señor Presidente Díaz, conocedor de los méritos del descendiente de aquellos aguerridos tlaxcaltecas, lo llamó á su lado para que dirigiera los

destinos de la Entidad Federativa que hoy gobierna, en cuyo encargo lleva cerca de veinte años.

Hijo de una raza que los españoles degeneraron, en vez de civilizarla como se debiera, ha procurado mejorar la suerte de sus conciudadanos, en la medida que se lo han permitido los exiguos recursos de un Estado pequeño y pobre. Sepultado el pueblo de Tlaxcala en profundo fanatismo religioso, al grado de ser esclavos tributarios de los curas sus habitantes, el señor Cahuantzi ha debido tropezar con dificultades insuperables en sus planes de progreso; porque los clericales de hoy más cuidan de la fortuna que del fondo de la doctrina, importándoles bien poco el adelanto material de los pueblos. Con estas teorías tan arraigadas, el gobernador del Estado tiene formidables enemigos en los párrocos, listos para cobrar diezmos, mas no para impulsar el progreso.

Sin embargo, el señor Cahuantzi, conocedor profundo de los indígenas, ha sabido reducirlos al acatamiento de las leyes generales de la república, haciendo que concurran á los establecimientos oficiales á instruirse, á pesar de la oposición clerical.

Dotado de la firmeza de carácter, el gobernador de Tlaxcala es el militar aborigen, legendario ejemplar de una república fuerte y temible que



destruyeron los españoles, al penetrar á México, haciéndola tributaria de los tribunales inquisitoriales y de un monarca desconocido en estas regiones. Poseyendo con toda perfección el idioma náhuatl, goza de gran prestigio como el anticuario más distinguido del país.

Considero al señor Cahuantzi como amigo fiel del señor Presidente, y enemigo del Partido Científico, desde el momento que los "científicos" son la reencarnación de los aventureros que asaltaron la república de sus mayores.

30.—El señor coronel don Wenceslao González, jefe del 14º regimiento.

Este es uno de los jefes activos del ejército de mayor empuje, por su espíritu organizador y las glorias conquistadas en los campos de batalla. Empezó su carrera el año de 1871, teniendo apenas 18 años de edad; y á los seis meses de haber ingresado al ejército, tomó parte, á las órdenes del general don Sóstenes Rocha, en la batalla librada el 2 de mayo de 1872 en Zacatecas, así como en el asalto al Cerro de la Bufa, el 30 del mismo mes. Desde entonces, y al mando de diversos y renombrados generales, recorrió todo el norte de la república, estando presente en los combates más gloriosos para las armas liberales, y mostrándose á sus jefes como el tipo más caracterizado del oficial aguerrido y valiente.

Habiendo empezado su carrera como subte-

de infantería de auxiliares, ha ido ascen- por su brillante hoja de servicios, en el calafón militar, hasta llegar al grado que ocupa el día. Después de haber sido teniente, capi-, ayudante, mayor y teniente coronel de in-tería en los años de 1873, 1875, 1881, 1883 y, respectivamente, pasó á los cuerpos de ca-llería auxiliares, con el grado de teniente co-nel y coronel, en 1897.

Mandando 2º cue le auxiliares de caba-ría, estuvo e del Yaqui, en donde ivo laureles les de victoria sobre rebeldes y pre os le concedió la nación su heroico compo nto, y que en las gran-s paradas él ostenta con la modestia que lo caracteriza.

Llamado por la Secretaría de Guerra el 2º cuerpo de auxiliares en 1898, formó con él el 14º regimiento.

Cuando el general Reyes estuvo en el gabinete, de él recibió muchas distinciones; y no ha habido ministro que le haga un reproche durante el tiempo que lleva en el cuerpo de jefes. De manera que el coronel González, después de 33 años de servicio activo, exhibe una hoja inmaculada en el ejército mexicano, honrando al elemento militar con esto.

31.—El señor don Julio M. Cervantes, general de brigada y magistrado del Tribunal Militar.

El señor Cervantes, después de una carrera honrosa en la milicia, fué jefe de las armas en Matamoros, Estado de Tamaulipas. De ese puerto pasó á Puebla, como encargado de la Zona cuyo cuartel general reside ahí. Debido á los buenos servicios prestados, la nación lo recompensó con el elevado puesto de magistrado en uno de sus tribunales más distinguidos.

También fué gobernador del Estado de Querétaro, en cuyo cargo se esforzó por mejorar las condiciones de esa Entidad federativa, á pesar del atraso propio de un período histórico nada halagador.

Todos estos militares, hombres de acción y valor personal, podrán no ser unos profundos sabios, porque el soldado mexicano no surgió de las aulas, sino de las masas populares y de las escuelas de aldea, en donde sólo se aprende á leer y á mal escribir; pero es seguro que son unos héroes y patriotas, porque, sin temor, se lanzaron á redimir á la república. Y ¿qué importa, pues, el que no sean filósofos? Ya vemos que éstos han sido los peores gobernantes: la espada en las manos del ciudadano inculto, pero valiente, ha gobernado mejor que el argumento aristotélico esgrimido por los sabios de academia, como los adictos al Secretario de Hacienda, que presentan brillantes iniciativas de ley sobre ferrocarriles, resultando un estupendo disparate en el campo concreto.

Témenlos los "científicos" mexicanos á esos militares que ellos llaman "defeccionados, incultos é ignorantes," pues, en medio de su poco saber, pueden apelar á la ley del sable, cuando los insultos lleguen al colmo. Al león que está enjaulado, no hay que azuzarlo, porque es capaz de hacer pedazos la jaula y devorar á sus instigadores.

Al número de tantos militares valientes y pundonorosos, tengo que agregar un ciudadano militarista y gobernador de un Estado fronterizo. Me refiero al licenciado don Miguel Cárdenas, quien, sin ser militar, es partidario del régimen en México. Amigo del ejército, constituye una amenaza para el Partido Científico, porque es el gran amigo del general Reyes.

La política del señor Cárdenas es activa y bien definida: subordinado del señor Presidente, laborioso y trabajador en bien de la paz, el día que el general Reyes se retire de la escena pública, como su mejor amigo, él también tocará marcha, dejando libre el campo para otros, deseosos de gobernar.

Durante su administración en Coahuila, es fácil que no haya hecho mucho; pero hay que tener presente que su antecesor le entregó un esqueleto: ¡es difícil infundirle vida á un cadáver!

Y conste que aquí he hablado de los enemigos del Partido Científico; que de algunos genera-



les amigos, como los señores Vélez, Bravo y Rosalino Martínez, otros serán los que deban hablar.

Tampoco considero como muy extensa la lista anterior; pues existen otros militares dignos en el ejército, cuya actitud política desconozco.



CAPITULO XXX.

EL MEDIO POLÍTICO ACTUAL.—NOS FALTA VALOR CIVIL.—SON MÁS LOS COBARDES QUE LOS VALIENTES.—CONCLUSIONES.

I

EBO inferir, de todo lo que llevo expuesto, que nos encontramos en un trance político capaz de hacer saltar la vergüenza al rostro.

Me explicaré.

Nuestra raza, de por sí tan turbulenta y politiquera, en sus gestiones de baja cuerda, ha podido tocar los extremos. Parecemos á los musiquillos de pocas alturas afónicas: sin tener presente la escala musical, ó suben éstos una barbaridad en el diapasón, ó bajan al abismo de la armonía. Resultando que jamás pueden escalar las notas del pentagrama, procurando halagar con la dulzura del canto.

En nuestra actitud política, guardamos nosotros la misma simetría que los filarmónicos expresados: subimos y bajamos, buscando lo más

ılto ó lo más bajo. No nos es dable militar en el :dio, tan propicio—las más de las veces—para ȝar á las resoluciones que nos podrían favore- en la práctica.

Este defecto es capital en nosotros; puédese .gurar que viene inherente en la sangre; sien- de raza. Los teutones ó anglo-sajones, pro- ısos á la meditación, reflexionan lo bastante a ir graduando las impresiones del momento ɔoder llegar á un resultado apetecible: ni quie- avanzar tan rápidamente, que estén expues- á no obtener el fin, ni permanecen indiferen- al de quedar en continua suspensión. el medio y hallarlo, sin ponerse en :ar los extremos. Fríos y serenos por temperamento, estudian la manera de llegar á lo que desean, empleando medios adecuados y conducentes. Lo que no pasa con los hombres de nuestra raza; quijotes por intuición, son incapa- ces de dar con el procedimiento lento que los con- duce al fin que buscan. Amantes á lo extraor- dinario, que muchas veces dista de adquirirse en breve plazo, con tal de sobrepujar á los demás, cualquiera que sea el camino, intentan andarlo; dando por resultando el fracaso y la derrota en la tentativa.

A pesar de los muchos trastornos sufridos, nos empeñamos en no escarmentar; queremos mejor imitar á don Quijote que á Newton, á Sancho

Panza que á Leroy-Beaulieu. Porque nos encantan las aventuras de mal género; preferimos lo ligero á lo útil, lo fantástico á lo práctico. Si es cuestión de progreso, nuestro orgullo mal entendido del abolengo nos hace sacrificar todo el campo positivo, para embarcarnos en frágil madero y cruzar los océanos; cuando, para salvar la superficie de las aguas marítimas, urgen naves de gran calado.

Todo esto es hijo del medio en que nacemos y nos desarrollamos. Si desde la cuna oímos las bravatas y quijoterías de los padres, dándola por sabios ó por valientes, tenemos que heredar, precisamente, su lenguaje, modo y todos los vicios ó virtudes de ellos: estas últimas suelen escasear mucho en la raza latina, porque en ella, más que en ninguna otra raza, se confunde la verdadera virtud con el vicio. Y ¿podrá haber hombres virtuosos si no se conoce la virtud? Refiriéndose á artistas, cualquiera mesalina ó tiple impúdica se la llama artista; tratándose de filósofos, cualquier sastre lo es, y de políticos ó gobernantes, hasta los leguleyos se hacen llamar hombres de Estado. Procedimiento que nos pone en el caso de no saber lo que realmente significan las palabras virtud y vicio. Tergiversando el sentido filosófico de los términos, debe sernos imposible llegar á un fin honroso en las disquisiciones del entendimiento.

Esclavistas los latinos por nacimiento, no sabrían de fijo cuál pueda ser la belleza de la libertad; porque no está en aptitud el señor feudal de apreciar en toda su fuerza la extensión de lo libre. Creemos que los excesos sin límites, si somos demócratas, dan la libertad; pues los jacobinos están en la creencia de que el pillaje y el asesinato de los adversarios en ideas políticas es lícito y conforme al espíritu liberal. Los creyentes piden la sujeción al principio religioso muy suyo; mientras que los indiferentes en religión imploran el apoyo del libre pensamiento. ¿Quiénes tienen la razón de su parte? Yo creo que alguna de las facciones defiende los fueros de la verdad y la justicia, porque ni pueden errar todos á un mismo tiempo, ni tampoco estar en lo justo.

Que nosotros somos enemigos de la perfección legal, es cosa puesta fuera de duda. Todo el que es inepto en la práctica de las leyes liberales, tiene que ser esclavista. Confirman esta verdad tantos propietario mexicanos que ejercen imperio absoluto sobre sus dependientes y operarios. Hacendados conozco que, á fin de no pagar con dinero á sus peones, los someten á martirios inauditos. Sin embargo, ellos creen—de buena ó mala fe—que son liberales y humanitarios.

El religioso, el ferviente devoto, que comulga dos veces al día, le gusta que le besen la mano y

lo intitulen "señor don." La monja no perdóna el tratamiento de "madre," aunque yo ignoro el por qué de esa maternidad, siendo que en su vida ha conocido varón. El cura de aldea y el alcalde de pueblo se presentan á sus subordinados como verdaderos soberanos, exigiendo tributos, dádivas y homenajes. Los obispos no admiten á ningún ciudadano en su presencia, si primero no hace las genuflexiones de estilo. El gobernante de provincia, amparándose con los principios liberales, extorsiona al pobre, y es altanero con los gobernados.

II

Todas estas anomalías obedecen á nuestra índole, á nuestro origen; somos esclavistas, incapaces de comprender la igualdad. Predicamos leyes desconocidas, que, por lo mismo de su grandeza, están fuera de nuestra comprensión. Gustando de los tributos, de las distinciones y demás homenajes terrestres, es claro, no nos es dable practicar lo que no sentimos, ni somos capaces de sentir.

Y al no reconocer por causa única la razón de origen, yo no concibo otro motivo distinto. A fuer de tantos defectos orgánicos, á pesar de los muchos vicios, aun pretendemos descollar como hombres

piadosos, almas cristianas y compasivas: haciendo funcionar el látigo sobre las espaldas del infeliz desheredado de la fortuna, se tiene la creencia segura de que se obra conforme á las leyes morales, implantadas en el Paraíso y selladas en el Calvario.

Esta es la raza de víboras que alega derechos sin aceptar obligaciones. Tiranos con el desgraciado y desgraciados con el tirano, tal es nuestra condición ¿A qué obedece esta situación altamente inmoral? No hay que ir muy lejos: á los impulsos de raza.

Por lo contrario: los sajones, sin predicar mucha moral, son más afectos á la moralidad que nosotros. Y es que infringen con más frecuencia los preceptos los que los predican. Para justificar una aserción semejante, basta con hojear la historia sagrada: los seres más defeccionados, los políticos más intrigantes y los hombres más corrompidos han brotado de las filas escogidas, de las columnas del clero. Que un partidario de Rousseaux cometa tropelías sin cuento y ultraje la pureza de las leyes, me lo explico; pero me sorprendería la traición de un prelado, la intriga palaciega de un reverendo, ó el atentado de algún ser predestinado por la Divinidad. En los primeros, habiendo una conciencia exaltada y sin dique moral, si no admisible, es tolerable la impunidad; empero en los segundos, encargados



de enseñar, de ejercer el magisterio de la verdad, el delito no tiene límite.

No obstante las sorpresas y todo, es más grande la criminalidad entre los ungidos, por que los delitos tienen que pesarse por la capacidad moral de la persona que los comete. Y es incuestionable que, moralmente, conocen mejor las leyes morales los latinos, predestinados para la predicación del Evangelio, que los hombres de las otras razas, dispuestas para catecúmenas y no para predicar lo que han venido á conocer después.

Precisamente, ahí está el error: los latinos, enemigos de la evolución, han debido compender menos la grandeza de la doctrina que profesan, por vivir al amparo de un principio superior á sus inclinaciones impúdicas.

Tampoco me inclinaré del todo hacia las razas sajonas; lo que me importa, es hacer constar la poca aptitud de la raza latina para encarrilarse por la ruta democrática. Desconocedora del medio, porque no quiere ó porque no le place, vaga por los extremos. Conducta tan punible y refractaria á las leyes del adelanto, la pone en un *statu quo*, pues todo sér que escogita los puntos de escala en las cuestiones humanas, tendrá que conformarse con estar en la inercia, propia para las cosas que marchan impelidas por fuerza extraña, sin estar en la posibilidad de obedecer al movimiento personal.

III

Es más notable en política lo que pasa con la raza hispana; los extremos son más frecuentes, por ser más propensos sus hombres al error. Descendientes nosotros de los españoles, en política y religión, no argumentamos, ni seguimos los principios por convicción. Nuestra monomanía de conservarlo todo, nos pone en el duro trance de apelar á medios áltamente inmorales: la traición y la intriga.

Para ser grandes políticos, es indispensable tener un pensamiento libre, una inteligencia expedita; y ni el pensamiento ni la inteligencia se encuentran en estado de libertad, porque ambos están cohibidos por la maléfica influencia ejercida por los seres que se llaman directores del pueblo: estos supuestos maestros, ó pertenecen, entre nosotros, al clericalismo, la pesadilla más terrible de la república, ó al Partido Científico, azote de las libertades públicas. Unos y otros perjudican el bienestar nacional, como que ambos extorsionan, intrigan y traicionan en política.

El creyente, teniendo sobre su cabeza la espada de Damocles, se ve estrechado y sin voluntad propia: es un autómata que sigue la fuerza que le da la cuerda. No es fácil que acepte las leyes de la república, porque ellas establecen el





Juan A. Hernandez

divorcio entre la Iglesia y el Estado y prohiben la adquisición de bienes raíces por el clero. Naturalmente, los clericales, partidarios de los homenajes humillantes, temen incurrir en las excomuniones de rito, y desaprueban lo que debieran aplaudir: las leyes de la evolución.

Yo tengo entendido—así lo he expresado en diversas ocasiones—que el principio católico no se opone á la democracia; lo que sí se opone es el capricho clerical, porque pierde sus prerrogativas sobre las conciencias individuales y los fueros de mando sobre el país. Pero de estas verdades profundas no hay que hablarles á los creyentes, temerosos de escandalizarlos: los títulos, los pergaminos de alta nobleza humana y las pomposas ceremonias de corte, son indispensables para el amor propio de birretes y solideos, acostumbrados á las manifestaciones esclavistas de hombres que han nacido libres á la sombra de la fe religiosa de la libertad católica. Equilibrar los pareceres y las opiniones, dejando satisfechos á la república y á los ciudadanos clericales, sería tanto como redimir á la sociedad en un corto plazo: para lograr esto, sería indispensable nueva guillotina. O dejar que el tiempo corra y las cosas por sí evolucionen, procurando ganar campo.

No ceden, pues, los apegados á las sacristías, limpiando las sandalias ó el calzado de los reverendos: sin libertad de pensamiento, están atados

á la coyunda clerical. Podrían romper las ligaduras, mas fáltales el valor propio de las conciencias puras y tranquilas que obran sin temer la amenaza de un tercero.

Los hijos del Partido Científico pecan por lo opuesto: defienden el desquiciamiento de la ley moral. Y restringidos los unos, desenfrenados los otros, han podido crear un medio difícil, cuyas consecuencias las resiente el país. Buscar la solución, conciliando los ánimos, sería medida de magníficos resultados. En este caso, habrá que analizar y pesar los actos, tanto de los partidos enfrentados, como del gobierno, y la cuestión se presenta de un modo muy difícil. Señalar, es tanto como juzgar los hechos de hombres que viven; y si los vivientes se hayan en el poder, disponen de la fuerza bruta, que oprime y no discute; aplasta y no convence; despedaza y no arguye; persigue y no hace justicia. ¿Quién estará dispuesto á jugar el todo por el todo?

Si bastara con un solo mártir, no creo que ese mártir falte: aun existe uno que otro mexicano abnegado, capaz de lanzarse á desenmascarar. Pero no basta el martirio; porque el cristianismo, para su eficaz propaganda, tuvo que emplear, además, el poder de las armas, á fin de llevar sus principios con la punta de su espada á las más apartadas regiones del globo.

Los mártires, ofreciéndose en holocausto, pu-

dieron probar la bondad de la doctrina; pero ésta no se extiende con la devastación de vidas humanas. Por lo mismo, urge la separación en escena de los héroes: de éstos es el campo y ellos son los únicos dueños de la victoria. Con los mártires, como medio, y con los héroes, como fin, triunfan y se propagan los principios.

IV

De aquí que la existencia de los héroes es imprescindible en las sociedades humanas, y su necesidad se palpa más en política.

Perdiendo las nociones del valor personal, hemos llegado á un período de vergüenza y escarnio; pues, por no disgutar á este ó al otro personaje, nos abstenemos de tomar parte en lo que interesa á toda la república; en la resolución del problema más palpitante en sus destinos, cual lo es la elección del Presidente.

Existen dos partidos en pie, y al lado de ellos crecen, en la sombra, muchos ciudadanos que nadie sabe qué ideas profesan. Viviendo en el gobierno, con el pan que éste les da, aparentan ser partidarios del general Díaz, y, cuando salen de sus cuotidianas funciones, en la calle, ya comienzan á vociferar contra el gran Presidente: á

éstos pertenecen los "científicos," únicos intrigantes en política.

Mas existe también un número de mexicanos que, creyendo en el triunfo del Partido Científico, tan presto se muestran adictos como indiferentes. Estos individuos, teniendo poca fe en la prolongación indefinida del actual orden de cosas, ni ellos mismos saben el credo que profesan: son unos miserables seres anfibios. Pareciéndoles cierta la eternidad de los "científicos" en el poder, han declarado guerra á muerte á los "reyistas," y á todos los partidarios del militarismo en México, injuriando á todo lo honorable que tiene el pundonoroso ejército mexicano.

Desde luego que los tales entes, sin más leyes políticas que las que repletan de paja á un estómago hambriento, no tienen significación alguna; porque la inteligencia no se basa en las peticiones panificadas. Ellos son los vehículos infelices de un pensamiento extraño, conductores de lo que siente otro. Por lo tanto, su actitud es despreciable.

Entre esta clase de politicastros se cuentan á algunos gobernadores de los Estados, como el de Michoacán, Sonora y Jalisco; personajes que se han agregado al Partido Científico, porque sí, pues no conocen ni cuáles son las tendencias de sus miembros. Han oído cantar el gallo, sin poder designar el lugar. ¿O ejercen esa profesión



política porque son enemigos del ejército y de Reyes? Si tal cosa acontece, deben presentar al señor Presidente su renuncia inmediata, pues no es decoroso que pertenezcan á una administración militarista.

Respecto de los gobernadores de Michoacán, Sonora y Yucatán, estoy plenamente convencido de que son "antimilitaristas;" del de Jalisco, lo sospecho, con visos de certeza.

Lo que más me extraña es que ninguno tiene el valor civil necesario para confesar su credo. ¿Tendrán temores? Creo que, presentes los preceptos constitucionales, no incurrirán en delito, si predican sus convicciones políticas Á LA LUZ DEL DÍA Y SOBRE LOS TEJADOS; la república lo exige, á fin de saber á qué debe atenerse. Noto un miedo pánico entre los hombres del día; creen que, al manifestar sus ideas, van á la horca. Y, aun suponiendo—sin conceder—que se les persiguiera, lo cual no debo creer, pues existe la libertad de petición, garantizada por un artículo constitucional, ¿donde están tantos bríos? ¿Qué se ha hecho el heroísmo pregonado en las tribunas parlamentarias? No que, cuando se los llama al campo de batalla, á discutir los puntos que deben interesarles á todos, esquivan el cuerpo, por el temor de perder un miserable empleo, proporcionado por algún "científico" mofletudo.

Parece mentira tanta cobardía; no la concibo.

Porque su admisión implica una terrible verdad: la de que los valientes de la idea, los defensores de la democracia, han muerto ya, para jamás resucitar en México. ¿Para cuándo reservan los tribunos esos empujes de titanes y los ímpetus de águila caudal que hiende el espacio?.... ¿Son dueños ya de todas las voluntades los "científicos?" ¿Se han impuesto?

Lo primero indicaría defección política; porque si el Partido Científico se ha adueñado de la colectividad, esto es un síntoma de degeneración moral en la república, y los esfuerzos del señor Presidente por darnos valor moral, han resultado estériles é infructuosos. Lo segundo nada honroso sería para un pueblo activo, de férrea voluntad, de cerviz de bronce, porque no pueden ni deben imponerse los cobardes á los hombres formados en la guerra política y fundidos en los moldes de Mirabau.

Y lo triste es que, en estos momentos, todo mundo está sumido: el político calla, el militar guarda silencio, el funcionario público no despliega los labios. Y para aumentar el escarnio, hasta el impresor y el librero, temblando de cobardía y miedo, se niegan á publicar las opiniones dadas en fuerza del período histórico por que atravesamos.

Descendientes de Cuauhtémoc, ¿dónde están vuestros antecedentes? Los que no han temido

ni á las balas, hoy se ocultan, como si fuesen á cometer un crimen, para exponer sus ideas políticas. ¡Cómo cambian los tiempos! Ya no hay hombres en México; tienen más valor las mujeres.

V

Concluyendo:

1º—El sistema militar en los gobiernos remonta á épocas prehistóricas, de las que ni memoria se conserva.

2.—Los pueblos más grandes de la antigüedad debieron su poderío á la fuerza de sus armas. Si el pueblo judío no hubiese seguido una marcha militar, no hubiera llegado á su final destino; porque, tanto para despejar el camino de obstáculos adversos como para tener á raya las multitudes, era indispensable un régimen absolutista y rigoroso. Hé ahí la razón que protegía el régimen militar en el pueblo hebreo.

3.—También los pueblos asiáticos debieron su esplendor al poder de sus fuerzas; pues sin ellas, ningún dominio serían capaces de conservar.

4.—De Grecia y Roma, madres de la civilización, y naciones conquistadoras, su poder fué militar, y su régimen gubernativo lo mismo.

5.—La soberanía de Bonaparte era la soberanía de sus disciplinadas huestes.

6.—Las grandes naciones europeas mantienen el equilibrio civilizador y la potencia de su imperio, debido al empuje y número de sus ejércitos; de lo contrario, unas á otras se amagarían y se reducirían á polvo y ceniza. Pero, dueñas de grandes escuadras y formidables ejércitos, se temen mutuamente, y del temor nace el respeto que se tienen.

7.—Los pueblos, no teniendo más derecho que la fuerza, y careciendo de ésta, están expuestos á ser la presa segura de los lobos carnívoros. Por lo mismo, á fin de disponer de algunos elementos de defensa, deben mantener, en constante pie de guerra, á hombres armados.

8.—El pueblo mexicano también debe considerarse entre los pequeños, con la agravante de tener al enemigo á sus puertas, presto á despojarlo de sus propiedades.

9.—En vista de esto, más obligado está á mantener ejércitos, para el evento de un ataque injusto; no sea que se repita nueva hazaña de nuestros queridos vecinos, como la del año de 1847.

10.—Esto, por lo que respecta á la defensa exterior. Pero no tenemos que olvidar nuestras condiciones interiores. Nuestra historia es de puras guerras intestinas y revueltas, de más ó menos significación. Para sofocarlas, hemos estado sosteniendo combates sin cuento, desde nuestra emancipación política.

11.—Se habrá visto, que, por más esfuerzos que hemos hecho, nuestro reposo tan sólo remonta de treinta años á esta parte. El resto de nuestra vida independiente fué un caos horroroso, un mar de sangre.

12.—Desangrados é insolventes, nuestra ocupación era degollarnos unos con otros. Este entretenimiento sanguinario, produjo la bancarrota, las depredaciones y otros géneros de atraso. Resultando que, impotentes los gobernantes para sofocar las agitaciones intestinas, el suelo mexicano era parecido á la antigua Roma: rodaban las cabezas del poder con la misma facilidad que se rebana una sandía ó un melón.

13.—Aprovechándose de estos incidentes, los países europeos quisieron imponernos de nuevo el yugo.

14.—Pero como el patriotismo nunca se ha extinguido en los pechos aztecas, el ejército—ó el pueblo convertido en militar—desafió todos los peligros y, afrontando las circunstancias, dió ejemplar castigo á los transgresores del derecho internacional. Batiendo con denuedo y heroísmo á las tropas extranjeras, se hizo dueño de los destinos nacionales.

15.—A pesar de esto, descendientes de dos razas belicosas y fieras, los triunfos no calmaron los ánimos, como era de desearse. Debido á las ambiciones de los partidos, surgió una lucha

abierta entre los amigos del ejército triunfante y los legisladores: á los unos los encabezó el actual Presidente, y á los otros don Sebastián Lerdo de Tejada.

16.—Rodeado este gobernante de los hombres que no quisieron reconocer los servicios de los valientes militares, exasperaron el ánimo del ejército; y, encabezado por el general Díaz, derrocó á los que podremos llamar "civilistas," y se hizo del poder.

17.—Comprendió el general Presidente, una vez en el más alto puesto de la república, que un gobierno eminentemente republicano y democrático no era llevadero en México, y, á fin de cortar de raíz tantos males, estableció el régimen central, basado en la fuerza de las armas federales.

18.—A este sistema de gobierno, es á lo que yo llamo militar. Siendo hijo de las necesidades del momento, ha producido la paz de la república y el engrandecimiento de ella.

19.—Sostenido por el ejército primero, y después por la espontánea voluntad del pueblo, el señor general Díaz es el fundador de los gobiernos militares en México. Que su administración ha sido próspera y buena, el mundo entero sabrá decirlo.

20.—El señor Presidente es gran estadista, porque dió con el medio de pacificación, y es

un eminente militar, porque es el héroe más grande de los tiempos contemporáneos.

21.—Pero la obra que lo ha inmortalizado, es el haber vuelto por el honor del ejército, llamando á sus jefes al poder. Teniendo cerca á tan poderosos elementos de fuerza viva, pudo encauzar los principios de la discordia y borrar las revoluciones del país.

22.—Prosperidad, grandeza y magnífico porvenir, tales son los laureles que el Presidente supo buscar para sus compatriotas. En recompensa de los servicios recibidos, todos los mexicanos lo estiman y lo favorecen con su voto, á fin de que siga gobernando.

23.—Ya ven los enemigos del militarismo que, atacando al ejército, tienen que atacar al jefe mismo que lo sostiene: este jefe es el general Díaz.

24.—El militarismo es una necesidad en la república, por las razones ya expuestas; por lo tanto, les es imposible á sus enemigos probar lo contrario. Basta considerar cómo fueron los gobiernos civiles, para convencerse de esta gran verdad. Limitad el régimen militar, y la paz vendrá por tierra.

25.—No pueden los "científicos" ser enemigos del militarismo y amigos del ejército, porque son imposibles dos cosas contradictorias á un mismo tiempo.

26.—Los únicos adversarios del militarismo

son los partidarios del señor Limantour; por consiguiente, los amigos del Secretario de Hacienda son enemigos del señor general Díaz. En la escena política sobra alguno de los dos; y como el pueblo, á voz en cuello, declara que quien sobra es el candidato de los "científicos," el señor Presidente sigue inmortalizado en el corazón de de sus compatriotas.

27.—Todos los miembros del ejército están dispuestos á sostener al general Díaz, como el único capaz de seguir una meritoria labor administrativa.

28.—A no ser los "científicos," ningún mexicano ha pensado en otro Presidente, MIENTRAS ÉL VIVA. Los partidarios del general Reyes y todos los nacionalistas, de hecho, son "porfiristas," pues sus trabajos son para que él siga en el poder hasta que muera.

29.—Si los "científicos" quedan derrotados en las elecciones presidenciales, también tienen que serlo en las vicepresidenciales; porque su permanencia en la cosa pública es altamente nociva y peligrosa.

30.—No basta con que el señor Limantour sea incapaz para Vicepresidente, constitucionalmente hablando, sino que tampoco el pueblo debe admitir al señor don Ramón Corral, ó á cualquier otro que ellos favorezcan con su voto y aprobación.

Para ver si conviene ó no un personaje en política, desde luego no convendrá, si lo apoya el Partido Científico.

31.—A no ser el señor Mariscal el Vicepresidente, el señor Baranda, ó el señor Dehesa, todos secundadores de la política militarista, hay que colocar en el puesto á algún general de los victoriosos, que viven separados del movimiento político del país.

32.—Si por desgracia, favorecidos por las muchas intrigas, asciendeu los "científicos," el ejército lastimado por los insultos que le han dirigido, estaría propenso á protestar, como lo haría toda la república.

33.—Pero fiando en el gran patriotismo de los verdaderos mexicanos, el Partido Científico, maquinando en la sombra y esgrimiendo la intriga por arma de combate, caerá vencido, después de quemar sus pendones y el último cartucho

La calumnia, la mentira y el embuste, nunca han sido productores de grande hombres, únicos que pueden salir victoriosos en los combates: LA VICTORIA ES PARA LOS HÉROES QUE MATAN DE FRENTE Y NO HIEREN.

FIN.



NOTA.—Algunos respetables hijos de Pelayo, residentes entre nosotros y amigos míos, han querido tachar de injusto el contenido de mis "Partidos Políticos," en lo tocante á España. Como es probable que pase lo mismo con esta obra, no por vía de satisfacción, pues yo jamás doy satisfacciones á nadie, sino como una simple advertencia, manifiesto: que, aceptando el principio español, repudio los crímenes empleados como medios para desarrollarlo en el terreno práctico. Condenando la impericia de la política española, admito los rasgos sobresalientes—pocos por cierto—de los héroes de España. Para llevar á cabo mi línea de conducta, he expuesto razones, probando los múltiples errores en que han caído los gobernantes iberos; y no creo que los racionamientos sean motivos de ofensa para ningún ciudadano medianamente instruído.

Por lo demás, tengo entendido que, exceptuando á poquísimas personas, nuestros apreciables hermanos por la sangre no están en aptitud de apreciar todo el valor que encierran mis afirmaciones; holgando, por lo tanto, una discusión científica con individuos de pocos alcances intelectuales. Cuando algún sabio español brote á la arena, desde la Península, entonces cambiarán las cosas, y no sería remoto entablar una polémica seria y digna, la cual dejará á cada quien en el lugar que le corresponde. Por ahora, me basta la anterior declaración, hecha en fuerza de las circunstancias del momento, y porque se trata de escrúpulos de personas á quienes estimo altamente.

Dejo, asimismo, consignado que, si dura ha sido mi exposición filosófico-histórica en ambas obras publicadas, no dudo que será terrible en la siguiente, próxima ya á salir á luz con el nombre de "Explotadores Políticos." Pero á los españoles residentes en México les queda un recurso poderoso: para satisfacer su indomable enojo y quedar recompensados del mal rato que les he podido causar; ESTÁN EN SU PLENO DERECHO, SI SUPRIMEN LA MESADA QUE ME PASAN PARA RENTA DE CASA Y ALIMENTOS. (?) Este paso sería el más filosófico, siendo imposible variar la inflexible verdad de la historia.

Vaya lo uno por lo otro.



INDICE

INDICE DE LAS LÁMINAS









DATE DUE			

